





OBRAS DRAMÁTICAS  
DE  
GUILLERMO SHAKESPEARE

---

---

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESES DE RIVADENEYRA»,**  
**Paseo de San Vicente, 20.**

---

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLXVI

---

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

GUILLERMO MACPHERSON

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR

DE

EDUARDO BENOT

---

TOMO V

---

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>a</sup>  
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1892

MAIN

*Ex Libris*

*Silvestre Terrazas*

*Editor - Publicista*

*El Comercio de Chihuahua*

*1899 - 1935*

*Chihuahua, Chihuahua, Mexico*

PR 2793  
M 3  
1892  
v. 5  
MAIN

ANTONIO Y CLEOPATRA





---

---

## PRÓLOGO.

---

En el Registro de Libreros de Londres (*Stationers Register*) fué inscrito el día 20 de Mayo del año 1608, por Eduardo Blount, un libro intitulado ANTONIO Y CLEOPATRA (*a booke called Anthony and Cleopatra*), asiento que, sin duda, se refiere al célebre drama de Shakespeare que lleva este título.

Es de presumir que la obra fuera escrita en ese mismo año ó poco antes; pero no llegó á imprimirse hasta que en el año 1623 apareció formando parte de la edición en folio de las obras dramáticas del autor.

Los trágicos amores de Antonio y Cleopatra habían ya servido de argumento á tres tragedias francesas escritas antes de la época en que Shakespeare escribió la suya; y en Inglaterra aparecieron también antes de esa fecha la *Cleopatra*, de Daniel, y el *Antonio*, de la Condesa de Pembroke.

Nada, sin embargo, debe Shakespeare á estas diver-

sas producciones, que el olvido más absoluto ha sepultado en el polvo de las bibliotecas.

La biografía de Plutarco, que minuciosamente refiere la vida del célebre panegirista de César, fué exclusivamente la base sobre la cual el insigne dramaturgo levantó este monumento literario, que de tan diferentes maneras ha sido apreciado en el transcurso de cerca de tres siglos, por la variable crítica de cada época y por la idiosincrasia especial de amigos ú hostiles críticos.

Hase juzgado este drama recorriendo toda la gama de las apreciaciones, sonando desde las más altas notas del encomio hasta las más bajas de la censura.

Coleridge dice que á Shakespeare sólo comparándolo consigo mismo es como se le puede alabar; y que el mejor elogio que puede hacer de este drama, ó, por mejor decir, la más elevada forma de alabanza que se ofrece á su espíritu, es la duda que abriga de si ANTONIO Y CLEOPATRA no es, teniendo en cuenta sus gigantescas manifestaciones de fuerza, vigor y madurez, rival formidable de *Macbeth*, *Hámlet*, *El Rey Lear* y *Otelo*, porque «*Feliciter audax*» es el lema de su estilo.

En cambio un autor alemán, el Dr. Benedex, asienta que, en realidad, el ANTONIO Y CLEOPATRA de Shakespeare no es ni drama siquiera, y que lo único que ha hecho su famoso autor es poner en forma dialogada la *Vida de Antonio* por Plutarco.

Con igual justicia, ante el cuadro de las Meninas, podría asentar un crítico á lo Benedex que el insigne

---

Velázquez no hizo más que trasladar al lienzo su propio estudio.

Esta diversidad de opiniones al apreciar las obras de tan insigne ingenio viene ya de muy lejos, y no es de extrañar que todavía se las juzgue con remanentes de los prejuicios de una literatura trasnochada.

Hase tildado á Shakespeare, aun por sus mismos compatriotas, de bárbaro, de grosero, de altisonante, de pueril, de plagiaro, de inmoral, de obsceno, de vulgar, de autor de farsas monstruosas, de escritor de la canalla, y de otras lindezas por el estilo; y, en cambio, se le apellida el Cisne de Avon, el divino Guillermo, la mayor gloria de Inglaterra y el poeta más grande del mundo.

Shakespeare, por su absoluta falta de afectación y por su completa independendencia de toda escuela establecida, es, sin duda, verdadera paradoja, enigma indescifrable para el crítico dogmático; pero, aunque sea cierto que Shakespeare no se ajusta en sus dramas á escuela alguna conocida, se atiene, sin embargo, á las severísimas leyes que él mismo se dicta, cuando, por boca de Hámlet, dice: «Todo lo que se opone á la naturaleza, se opone igualmente al arte dramático, cuyo objeto es presentar fiel espejo á la naturaleza, mostrar á la virtud su verdadero semblante y al vicio su imagen propia.»

El objeto primordial de Shakespeare es ser «fiel espejo de la naturaleza», y espejo es que refleja con precisión absoluta y con claridad pasmosa lo más recóndito

del alma humana, con toda su brillantez y con todas sus bellezas, y con toda su deformidad y con todas sus sombras.

Shakespeare, como dice Paul de Saint Víctor, «es tan potente cuando se arrastra como cuando se cierne; cuando toca el fango como cuando sube al cielo. Nada de lo que existe en la naturaleza le repugna, y remueve un estercolero con la misma buena voluntad con que Hércules limpió los establos de Augias. La necedad, la infamia, la lujuria promueven en él hilaridad sobrehumana.»

Maravillanos Shakespeare por su completa imparcialidad en la exposición y el desarrollo de los variadísimos caracteres que nos presenta en sus dramas.

Las ideas, las creencias y los sentimientos de los distintos personajes se expresan con absoluta justicia y sinceridad, y dice y hace cada cual lo que, con arreglo á las circunstancias y á sus especiales cualidades, es natural que diga y haga; y ni una palabra siquiera que se halle en contradicción con la verosimilitud introduce el autor furtivamente en el candente diálogo de sus dramas, con el fin de auxiliar preconcebido plan ó para reforzar determinada tesis.

Los sucesos que se van desarrollando en sus grandiosas obras, sirven como de fondo á los cuadros en donde se destacan cada vez con más vigor y más verdad las variadas fases de los caracteres que se propone describir.

Y por eso, un Hámlet, un Macbeth, un Timón, un Coriolano, ó una Julieta, una Desdémona ó una Cleopatra ostentarian, si su mano maestra nuevamente retratara á esos personajes en circunstancias distintas á las en que los retrató, sus especiales distintivos y sus idénticas fisonomías, cambiadas únicamente las pasajeras expresiones impuestas por externas causas.

En ANTONIO Y CLEOPATRA Shakespeare ha seguido casi con servilismo en lo histórico de su drama al célebre biógrafo griego; y, en parte, aparece justificada la aseveración de que esta tragedia es la *Vida de Antonio* por Plutarco, puesta en forma de diálogo.

Cuantos pormenores, no sólo históricos, sino anecdóticos, aparecen en el drama, se encuentran también relatados por Plutarco.

El que Antonio, despreciando sociales miramientos, recorriera de noche las calles de Alejandría en compañía de Cleopatra, como pudiera cualquier mozalbeta libertino de cualquier época ó país; el que trocase de trajes la divertida pareja en esas noches de crápula, el que Antonio no se curara de los emisarios que Octavio César le enviaba desde Roma; el que Fulvia, contra la voluntad de su esposo Antonio, y para atraerlo á Roma, provocara la guerra civil; las razones que Antonio aduce para separarse momentáneamente de su amada «Culebra del Nilo»; los harto naturalistas pormenores puestos en boca de Octavio para encomiar la varonil rudeza de Antonio en su campaña contra los cónsules Hircio y

Pansa; la profecía de Enobarbo de que Antonio tornaría á los brazos de su seductora egipcia y abandonaría á la pulcra Octavia; la pintoresca descripción del encuentro de Cleopatra y Antonio en el río Cidno; las casi pueriles excusas que, al reunirse con Octavio en Roma, alega Antonio para explicar su conducta; su insolente jactancia al insistir, contra toda razón, en luchar por mar; el que golondrinas anidaran en las jarcias de los buques de Cleopatra; la vergonzosa huida de las naves egipcias en el combate de Accio, y la inexplicable indignidad de Antonio al abandonar la lucha en seguimiento de su acobardada amante; el subsiguiente abatimiento de Antonio, su generosidad para con los que le abandonaron en su desgracia, sus celos del emisario que Octavio envió á Cleopatra; la muerte de Eros, la de Antonio, la de Cleopatra, con sus más mínimos pormenores, incluso el de que un rústico introdujera en el Mausoleo áspides en una cesta, manifestando que eran higos; todo esto, é infinitos pormenores más, ya importantes, ya de escaso interés, se hallan en la biografía de Antonio por Plutarco y en el ANTONIO Y CLEOPATRA de Shakespeare.

Parece como si el poeta, haciendo alarde de absoluta imparcialidad, nada hubiera querido dejar oculto de lo que consideraba histórico, y por lo tanto verdad.

Y no sólo, á veces glosando, y otras condensando, presenta en la escena los hechos que constituyen la historia de estos personajes, sino que va aún más allá, y se

---

atiene también á los perfiles que de sus caracteres dejó trazados la pluma del historiador.

Así describe Plutarco á Antonio: «Agréguese á esto la noble dignidad de su figura. Tenía la barba poblada, la frente espaciosa, la nariz aguileña, de modo que su aspecto en lo varonil parecía tener cierta semejanza con los retratos de Hércules, pintados y esculpidos; y aun había una tradición, según la cual los Antonios eran Heráclidas, descendientes de Acteón, hijo de Hércules, y, además de parecer conforme tal tradición con su figura, según se deja dicho, procuraba acreditarla el mismo ANTONIO con su modo de vestir; porque cuando había de mostrarse en público llevaba la túnica ceñida por las caderas, tomaba una gran espada y se cubría de un saco de los más groseros. Aun cosas que chocaban en los demás, su aire jactancioso, sus bufonadas, el beber ante todo el mundo, sentarse en público á tomar un bocado con cualquiera y comer el rancho militar, no se puede decir cuánto contribuían á ganarle la afición y el amor del soldado. Hasta para los amores tenía gracia, y era otro de los medios de que sacaba partido, terciando en los amores de sus amigos y contestando festivamente á los que se chanceaban con él acerca de los suyos. Su liberalidad y el no dar con mano encogida ó escasa para socorrer á los soldados y á sus amigos, fueron en él eficaz principio para el poder; y, después de adquirido, sirvieron en gran manera para aumentarlo, á pesar de los millares de faltas que hubieran debido echarle por tierra.»

A Cleopatra describe Plutarco de la siguiente manera: «Su belleza no era tal que deslumbrara ó dejara paradas á las gentes que la veían; pero su trato tenía un atractivo inevitable, y su figura, ayudada de su labia, y de una gracia inherente á su conversación, parecía que dejaba un aguijón clavado en el ánimo. Cuando hablaba, el sonido de su voz tenía cierta dulzura, y con la mayor facilidad acomodaba su lengua como un órgano de muchas cuerdas al idioma que quería, usando de una adulación no cuádruple, como dice Platón, sino múltiple. Ora Antonio estuviese dedicado á cosas serias, ora á juegos y chanzas, siempre le tenía preparado un nuevo placer y una nueva gracia que le traía embobado, sin aflojar de día ni de noche.»

No son, sin embargo, las descripciones de Plutarco lo que da vigoroso relieve á estos personajes; y, si conocemos á Antonio y á Cleopatra hoy, cual si los hubiésemos tratado íntimamente, y mejor, acaso, que los que en torno suyo vivieron, eso se debe al potente genio de Shakespeare, quien con tan maravillosos rasgos y con perfección tanta presenta retratos que, como los pintados por el Tiziano, Van Dyk ó Velázquez, pregonan á gritos su legitimidad.

Antonio, en sus relaciones con Cleopatra, es encarnación del espíritu romano de aquella época, mezcla de ambición, arrogancia y voluptuosidad. A veces muestra destellos de la antigua grandeza republicana, para descender más tarde á las abyecciones que auguran la fu-



tura postración moral de aquel gran pueblo. Influida su alma por la artera Egipcia, la parte más sana de su ser se deteriora y corrompe, y el varonil aunque sensualísimo Antonio va quedando poco á poco desprovisto de toda dignidad.

Cleopatra, rodeada de los encantos de una degenerada cultura oriental; aspirando los vapores de un refinado sensualismo; adornada de belleza embriagadora; dotada de exquisita gracia, de clarísimo ingenio; repleta de femenil travesura; caprichosa hasta la exageración; conjunto de hechizos, de encontradas pasiones, de vicios, de perspicaz astucia y de femenil vanidad y coquetería, era capaz de enloquecer á la generalidad de los hombres que se le acercaban, como logró enloquecer á Marco Antonio, y antes á Pompeyo y Julio César, que entre sus brazos dejaron adormecer su gloria.

La verdadera «Culebra del Nilo» que supo fascinar á aquellos poderosos guerreros, es la que ofrece Shakespeare en esos espléndidos cuadros que se desarrollan en su drama. La historia trazó sólo tosco perfil de aquella mujer extraordinaria. Pero el mágico pincel de Shakespeare la pintó con brillantes y exactísimos colores, dándole realidad tanta, que así se explica perfectamente su colosal prestigio y su incontrastable influjo sobre las almas de aquellos hombres dominadores del mundo, pero esclavos á la par de sus pasiones; porque, á pesar de todos los defectos y de las múltiples fragilidades; á pesar de todas las liviandades y de todos los vicios de aquella mujer

tan artera como apasionada, tan orgullosa como abyecta, tan débil como valiente, esa mujer es tan mujer; que, á despecho de la severa voz de la justicia que la condena, logra atraer á sí inexplicable simpatía, fundada quizá en ese temple varonil que hace condonar ó disculpar, ó por lo menos compadecer las debilidades, extravagancias y contradicciones femeniles.

---

## PERSONAJES.

---

MARCO ANTONIO, OCTAVIO CÉSAR, M. EMILIO LÉPIDO.	}	Triunviros.
SEXTO POMPEYO, DOMICIO ENOBARBO, VENTIDIO, EROS, ESCARO, DERCETAS, DEMETRIO, FILO.	}	Amigos de Marco Antonio.
MECENAS, AGRIPA, DOLABELA, PROCULEYO, TIRREO, GALO.	}	Amigos de César.
MENAS, MENEKRATES, VARBO.	}	Amigos de Pompeyo.
TAURO, Teniente general de César.		
CANIDIO, Teniente general de Antonio.		
SILIO, Oficial del ejército de Ventidio.		
EUFRONIO, Embajador de Antonio.		
ALEXAS, MARDIANO, SELEUCO, DIOMEDES, UN ADIVINO. UN RÚSTICO.	}	Servidores de Cleopatra.
CLEOPATRA, Reina de Egipto.		
OCTAVIA, hermana de César y esposa de Antonio.		
CARMIA, EIRAS.	}	Damas de Cleopatra.

*Jefes, soldados, mensajeros y séquito.*

---

La escena en varias partes del Imperio Romano,



---

---

## ACTO PRIMERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Alejandro.—Habitación en el palacio de Cleopatra.

Entran DEMETRIO y FILO.

FILO. En fin, esta chochez de nuestro jefe  
Rebosa por completo la medida.  
Hoy esos ojos de altivez henchidos,  
Que, como armado Marte, fulguraron  
Sobre guerreras filas y legiones,  
En atezada faz ponen humildes  
El fin y aspiración de sus miradas.  
Su corazón marcial, que en el tumulto  
De las grandes refriegas las hebillas  
De su fuerte coraza reventaba,  
Reniega de su temple, transformado  
En fuelle y abanico que apacigua  
De una gitana lúbricos afanes.

(Clarines dentro.)

Allí vienen. Contéplalos; contempla  
Del mundo á una de las tres columnas  
En bufón de ramera convertido.

Entran ANTONIO y CLEOPATRA con su séquito.—Eunucos abanicando á CLEOPATRA.

CLEO. Si es, en verdad, amor, ¿cuánto me tienes?

ANT. Pobre es amor que á cálculos se presta.

CLEO. Poner linderos al amor quería.

ANT. Pues busca nueva tierra y nuevo cielo.

Entra un SIRVIENTE.

SIRV. Nuevas, señor, de Roma.

ANT. ¡Qué fastidio!

Sé breve.

CLEO. No. Pon atención, Antonio.

Enojada tal vez Fulvia se halla;

Ó puede ser que el casi imberbe César

Sus terminantes órdenes te dicta:

«Haz tal y tal: conquista al pueblo ese:

Libra aquel: obedece, ó te anonado.»

ANT. ¡Cómo, mi amor?

CLEO. ¿Tal vez? No. Muy probable.

Ni aquí más tiempo detenerte debes.

Hoy tu destitución César te envía:

Óyela, Antonio, por lo tanto.—¿Dónde

La orden de Fulvia está—digo, de César?—

¿De ambos?—¡Entren aquí los mensajeros!

¡Tan cierto cual que soy reina de Egipto,

Que, Antonio, te sonrojas! A tu rostro

La sangre asciende en homenaje á César,

Ó de rubor tu faz tributo paga

Al gruñir la estridente voz de Fulvia.—

¡Los mensajeros!

ANT. ¡En el Tiber Roma

Disuélvase! ¡Desplómese el gran arco

Del Imperio sostén! Mi centro es éste.  
 Fango los reinos son. La inmunda tierra  
 Mantiene al bruto cual mantiene al hombre.  
 Hacer esto es la gloria de la vida,

(Abrazando á Cleopatra)

Cuando pareja tal, cuando dos seres  
 Como nosotros dos pueden hacerlo.  
 Cual ahora unidos, á la tierra emplazo  
 A proclamar, so pena de mi enojo,  
 Que no existe pareja semejante.

CLEO. ¡Hermosa falsedad! ¿Por qué motivo,  
 Si no la amaba, se casó con Fulvia?  
 No soy tan necia cual parezco.—¡Antonio,  
 Siempre igual!

ANT. Pero amado de Cleopatra.

Mas, por amor de nuestro amor lo pido  
 Y de sus dulces horas, no perdamos  
 Con ásperos reproches nuestro tiempo.  
 Sin una distracción ni un solo instante  
 Se debe deslizar nuestra existencia.  
 ¿Qué diversión tenemos esta noche?

CLEO. Oye á los mensajeros.

ANT. ¡Calla, calla,  
 Discola reina, á quien le cuadra todo!  
 Reñir, llorar, refr. En quien, luchando  
 Las distintas pasiones, se presentan  
 Constantemente hermosas y admirables.  
 ¡Qué mensajeros! Con tu amor y solos  
 Recorramos las calles esta noche  
 Para estudiar la multitud que pasa.

Mi reina, ven. Anoche deseaste  
Esto hacer.—Nada escucho.

(Vanse ANTONIO y CLEOPATRA con su séquito.)

DEM. ¿Tan escaso

Valor da Antonio á César?

FILO. Se despoja,

Señor, á veces, cuando no es Antonio,  
De aquella dignidad que debería  
A Antonio siempre acompañar.

DEM. Me pesa

Que la voz del escándalo confirme,  
Que lo describe tal cual es en Roma.  
Confío, sin embargo, en que mañana  
Procederá mejor. ¡Felicidades! (Vanse.)

## ESCENA II.

Alejandro.—Obra habitación del mismo palacio.

Entran CARMIA, EIRAS, ALEXAS y UN ADIVINO.

CARM.—Noble Alexas, dulce Alexas, casi cualquier cosa Alexas, casi perfectísimo Alexas, ¿dónde está ese adivino que tanto celebraste á la Reina? ¡Oh! ¡que no conozca yo á ese marido que, según dices, ornará con guirnaldas sus cuernos!

ALEX.—¡Adivino!

ADIV.—¿Qué queréis?

CARMIA.—¿Es este nuestro hombre? ¿Eres tú quien sabe lo que ocurre?



ADIV. Algo leer en el secreto libro  
De la naturaleza se me alcanza.

ALEX.—Enséñale tu mano.

Entra ENOBARBO.

ENOB.—Alistad pronto lo necesario para el banquete. Que haya bastante vino para beber á la salud de Cleopatra.

CARM.—Dame buena suerte.

ADIV.—No la doy: la preveo.

CARM.—Pues entonces prevémela.

ADIV.—Aun más blanca serás de lo que eres.

CARM.—Da á entender mi tez.

EIRAS.—No, que te pintarás al envejecer.

CARM.—¡Impidanlo mis arrugas!

ALEX.—No le impacientéis. Poned atención.

CARM.—¡Chito!

ADIV.—Sentirás más amor del que te tengan.

CARM.—Más me valiera padecer del hígado por causa de la bebida.

ALEX.—Escuchad, escuchad.

CARM.—Venga la buenaventura. Que me case con tres reyes una tarde, y enviude de todos. Que tenga un hijo á los cincuenta años, á quien Herodes, el de Judea, rinda homenaje. Haz que me case con Octavio César, para equipararme á mi ama.

ADIV.—Has de vivir más tiempo que tu ama.

CARM.—¡Magnífico! Larga vida me gusta más que comer higos.

ADIV.—En tu pasado viste ya y gozaste

Mejor fortuna que hay en tu futuro.

CARM.—En ese caso, mis hijos carecerían de nombre. Por favor, ¿cuántos hijos e hijas tendré?

ADIV.—Si entrañas fuesen tus deseos todos,  
Un millón, siendo fértiles, tendrías.

CARM.—¡Anda, necio! Te perdono por brujo.

ALEX.—¿Crees que solamente tus sábanas conocen tus secretos?

CARM.—Vamos. Dile á Eiras la buenaventura.

ALEX.—Todos queremos conocer nuestra suerte.

ENOB.—La mía y la de casi todos será ir esta noche beodos al lecho.

EIRAS.—La palma de esta mano por lo menos presagia castidad.

CARM.—Como presagia hambre la inundación del Nilo.

EIRAS.—Calla, loca compañera de mi lecho; tú no sabes adivinar.

CARM.—Pues si una mano suave no pronostica fecundidad, no acierto á rascarme la oreja. No le predigas, te lo ruego, más que una buenaventura de día de trabajo.

ADIV.—Vuestra suerte es idéntica.

EIRAS.—¿Pero cómo, cómo? Dame pormenores.

ADIV.—He dicho.

EIRAS.—¿Tengo siquiera una pulgada más de fortuna que ella?

CARM.—Y si tuvieras una pulgada más de fortuna que yo, ¿dónde la pondrías?

EIRAS.—En la nariz de mi esposo no.

CARM.—El cielo nos perdone todo mal pensamiento. Vamos, Alexas. Tu buenaventura. Tu buenaventura. ¡Oh! que se case con mujer inútil, amada Isis, yo te lo

imploro; y que se le muera y se case con otra peor; y de peor en peor llegue hasta que la peor de todas, con la risa en los labios, lo acompañe á la tumba, ya cincuenta veces burlado. Isis bondadosa, concédeme este ruego, aunque me niegues cosa de más importancia; bondadosa Isis, yo te lo suplico.

EIRAS.—Amén. Diosa amada, oye esta pública plegaria. Porque así como parte el corazón contemplar á un arrogante mozo con esposa casquivana, causa honda pena el que un bribonazo escape sin cuernos. Por lo tanto, amada Isis, ten decoro y concédele suerte adecuada.

CARM.—Amén.

ALEX.—Ved esto. Si en su mano estuviera, hiciéranme cornudo, aunque para ello tuvieran que prostituirse

ENOB. Callad. Que llega Antonio.

CARM.

No: la Reina.

Entra CLEOPATRA.

CLEO. ¿Viste al señor?

ENOB. No tal.

CLEO. ¿Aquí no estaba?

ENOB. No, señora.

CLEO. Dispuesto á divertirse

Se encontraba ha un instante, mas de pronto

Le conmovió de Roma algún recuerdo.

¡Enobarbo!

ENOB. Señora.

CLEO. Vé en su busca

Y hazle venir aquí. ¿Dónde está Alexas?

ALEX. Aquí, señora. Mi señor ahí viene.

CLEO. No lo quiero ahora ver. Venid conmigo.

(Vanse.)

Entran ANTONIO, un MENSAJERO y SIRVIENTES.

MENS. Fulvia, tu esposa, fué la que en campaña  
Primero entró.

ANT. ¿Contra mi hermano Lucio?

MENS. Sí: mas la guerra terminó muy pronto,  
Razón de Estado haciéndolos amigos,  
Y unieron sus legiones contra César,  
Quien, más feliz, en el primer encuentro  
Los arrojó de Italia.

ANT. Bien. ¿Qué sigue?

MENS. Es condición de la noticia mala  
El que con ella el narrador se infecte.

ANT. Si se trata con necios ó cobardes.  
Sigue; que para mí cosas pasadas  
Acabaron. Escucha. A quienes dicen  
Verdad, aunque mi muerte vaya en ello,  
Como si me adularan los escucho.

MENS. Labiano.....—¡mala nueva...!—con sus Partos  
Recorre desde el Eufrates el Asia.  
Su enseña triunfadora va blandiendo  
Desde la Siria hasta la Lidia y Jonia,  
Y mientras.....

ANT. Antonio..... ¿no es verdad?

MENS. ¡Señor!

ANT. Sé franco.

No ocultes lo que dicen. Dale el nombre  
Que darle suelen á Cleopatra en Roma.  
Ensalza á Fulvia al deprimirme. Tacha  
Mi conducta con toda la rudeza  
Que la verdad y el odio combinados  
Se puedan permitir. ¡Oh! la cizaña

Creer hacemos, si la mente activa  
 Ociosa permanece; y cual labramos  
 Cosechamos oprobio. Por ahora,  
 Adiós.

MENS. Hasta que os plazca. (Vase.)

ANT. ¡Las noticias

De Sicióné!

SIR. 1.º Que entre el mensajero

De Sicióné. ¿Ha llegado?

SIR. 2.º Fuera aguarda.

ANT. Entre, pues. Si no rompo estas cadenas

Que al Egipto me ligan, en imbécil

Acabará. (Entra otro Mensajero.)

¿Quién eres, di?

MEN. 2.º Tu esposa

Fulvia ha muerto.

ANT. Di dónde fué su muerte.

MEN. 2.º En Sicióné.

De su dolencia el curso, y lo restante

Que te importa saber aquí va escrito.

(Entrega una carta.)

ANT. Déjame. (Vase el segundo Mensajero.)

¡Huyó del mundo una gran alma!

¡Y yo lo deseé! ¡Cuán á menudo

Con desdén arrojamos lo que luego

Ansiamos otra vez! Los actuales

Placeres con el uso se aminoran,

Trocándose en su opuesto. ¡La he perdido,

Y ahora ya es cara para mí! La mano

Que la empujara recobrarla quiere.

Zafarme de esta reina encantadora

Es forzoso. Desastres á millares,

Males como ningunos que conozco  
En mi inacción se incuban. ¡Enobarbo!

Vuelve á entrar ENOBARBO.

ENOB.—¿Qué mandas, señor?

ANT.—Presto debo salir de aquí.

ENOB.—Pues, entonces, matamos á todas nuestras mujeres. Ya hemos visto que la más leve contrariedad las mata. Si nos vamos, muerte tenemos.

ANT.—Tengo que irme.

ENOB.—En caso preciso, mueran las mujeres. La última sería darlas de balde, aunque entre gran motivo y ellas, hay que tenerlas en poco. Si el más leve rumor de lo que ocurre llega á oídos de Cleopatra, fenece al punto. Yo la he visto morir veinte veces por mucho menor motivo. Me pienso que la muerte tiene la propiedad de enamorarla; de tal suerte se apresura á morir.

ANT.—Tiene más astucia de la que nadie imagina.

ENOB.—¡Ah! no, señor. Sus pasiones están compuestas de la esencia del amor más intenso. A sus borrascas y lluvias no hay que llamar suspiros y lágrimas. Tormentas y tempestades son, mayores que cuantas reza el almanaque. Esto no puede ser astucia en ella, pues si lo fuera, sabe llover como Jove.

ANT.—¡Ojalá que nunca la hubiera yo visto!

ENOB.—Pues hubieras, señor, dejado de contemplar obra maravillosa; y no haber tenido esa ventura des- acreditara tus viajes.

ANT.—Fulvia ha muerto.

ENOB.—¡Señor!

ANT.—Fulvia ha muerto.

ENOB.—¡Fulvia?

ANT.—Ha muerto.

ENOB.—Pues, señor, sacrifica en acción de gracias á los dioses. Cuando les place quitarle á un hombre su mujer, aparecen como terrestres sastres, y los consuelan haciéndoles ver que cuando nuestra ropa está harta de uso, gente hay para renovarla. Si no hubiera más mujer que Fulvia, habrías sido herido verdaderamente, y el caso era de lamentar. A la pena va aparejado el consuelo. Tu antiguo traje aporta enaguas nuevas; y en realidad en una cebolla están las lágrimas que lavarán esta desdicha.

ANT. Los asuntos por ella promovidos  
En el país requieren mi presencia.

ENOB.—Y los asuntos que tú has promovido aquí no pueden seguir sin ti. Particularmente el de Cleopatra, que depende absolutamente de tu permanencia.

ANT. Déjate ya de bromas. Que los jefes  
Sepan cuál es mi intento. Yo á la Reina  
De mi resolución diré el motivo,  
Y su venia obtendré para mi marcha.  
No es la muerte de Fulvia únicamente  
La voz que escucho enérgica. De Roma  
Mis amigos me piden que retorne.  
Sexto Pompeyo á César desafía,  
Dominando en el mar. Voluble el pueblo,  
Que nunca estima al mérito cual debe  
Sino cuando acabó, del gran Pompeyo  
Las glorias todas atribuye al hijo,  
Quien, con más poderio y más renombre  
Que valor y energía, se presenta  
Cual primer capitán; y puede, acaso,  
Creciendo en fuerza, amenazar al mundo.

Mucho se fragua, que la vida tiene  
De la crin del caballo, si el veneno  
De la culebra no. Manda que informen  
A mis fieles soldados que precisa  
Partir pronto de aquí.

ENOB. Lo haré. (Vanse.)

### ESCENA III.

Alejandro.—Otra habitación del palacio.

Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS y ALEXAS.

CLEO. ¿Dónde está?

CARM. No lo he visto desde entonces.

CLEO. Ve dónde está. Con quién. Qué es lo que hace.  
Yo no te envío. Si lo encuentras triste,  
Dile que bailo. Si lo ves alegre,  
Di que mala me he puesto. Vuelve, y pronto.

(Vase ALEXAS.)

CARM. Si es tan grande tu amor, pienso, señora,  
Que es mal método éste de atraerle  
A igual pasión.

CLEO. ¿Que no hago lo que debo?

CARM. Cédele siempre y no le contraríes.

CLEO. Torpe Mentor, es de perderlo el modo.

CARM. No lo exasperes tanto. Ten prudencia.  
Se acaba por odiar lo que se teme.

CLEO. Antonio llega. Me hallo enferma y triste.

Entra ANTONIO.

ANT. Dar voz á mis propósitos lamento.



- CLEO. Carmia querida, llévame. Me caigo.  
 Esto no durará. Naturaleza  
 No habrá que lo soporte.
- ANT. Reina amada.
- CLEO. De mí apartaos ; por favor.
- ANT. ¿Qué ocurre?
- CLEO. Buenas noticias en tus ojos leo.  
 ¿Qué dice esa casada?—Puedes irte.  
 ¡Ojalá que jamás te hubiera dado  
 Para venir permiso!—Que no diga  
 Que te detengo yo. Poder ninguno  
 Tengo yo sobre ti. De ella tú eres.
- ANT. ¡Los Dioses lo sabrán.
- CLEO. ¡Oh, reina alguna  
 Fué jamás engañada de este modo!  
 Desde el comienzo, sin embargo, he visto  
 Echar raíces tu traición.
- ANT. ¡Cleopatra!
- CLEO. Aunque hagas que los tronos de los Dioses  
 Con juramentos bamboleen, ¿cómo  
 Puedo creer que eres leal y mío  
 Tú, que engañaste á Fulvia? ¡Qué demencia,  
 Ligarme yo con votos formulados  
 De labios para afuera, que se rompen  
 Apenas se pronuncian!
- ANT. Reina amada.
- CLEO. No. No le des color á tu partida.  
 Di adiós y vete. El oportuno tiempo  
 Para emplear palabras era cuando  
 Pretendías quedarte. ¡Quién pensaba  
 Entonces en partir! En nuestros ojos  
 Y en nuestros labios lo eternal yacía;

Arqueaba la dicha nuestras cejas;  
 Cuanto era de nosotros, de celeste  
 Origen era. Nada ha variado.  
 Tú, el hombre más valiente de este mundo  
 En el más embustero te trocaste.

ANT. ¡Como, señora mía!

CLEO. Si tuviera

La talla que tú tienes, encontraras  
 Un corazón al menos en Egipto.

ANT. Óyeme, Reina. Circunstancias graves  
 Reclaman breve espacio mis servicios;  
 Pero mi corazón queda en tu empleo.  
 Espadas blanden en civiles luchas  
 En toda Italia. Se aproxima á Roma  
 Sexto Pompeyo. La igualdad de fuerzas  
 De dos poderes que el Estado rigen  
 Fomenta las facciones. Los odiados  
 Se aman ya siendo fuertes; y Pompeyo  
 Proscrito, rico de paternas glorias,  
 Gana los corazones de las gentes  
 Que con este gobierno no medraron.  
 Amenaza su número; que, enfermo  
 De tanto descansar, se curaría  
 Con un violento cambio. Por mi parte,  
 La más fuerte razón y la que debe  
 Tranquilizarte á ti de mi partida,  
 Es la muerte de Fulvia.

CLEO. Aunque mi edad salvarme no ha podido  
 De locuras, me impide por lo menos  
 Pueril credulidad. ¿Acaso puede  
 Fulvia morir?

ANT. Ha muerto, Reina mía.

Quando, á tu regia voluntad, te dignes  
 Esto leer, verás cuántos disturbios  
 Originó. Con acabar bien hizo.  
 Cómo y cuándo murió verás.

CLEO. ¡Oh amante

Falso como ninguno! ¿Dónde, dime,  
 Los sacros vasos que de llanto amargo  
 Llenar debieras? Claro, claro veo,  
 Por la muerte de Fulvia, de qué suerte  
 Recibida por ti será mi muerte.

ANT. Deja ya de reñir, y escucha atenta  
 Mis planes; que según lo que tú digas  
 Realizáranse ó no.—¡Por ese fuego  
 Que del Nilo los limos vivifica,  
 De aquí me voy tu siervo y tu soldado,  
 Para ofrecer la paz ó hacer la guerra  
 Según ordenes tú!

CLEO. Desabrochadme.

Carmia, ven.—Pero no.—Tan pronto mala  
 Cual buena estoy..... con el amor de Antonio.

ANT. Tranquilízate, amada Reina mía,  
 Y ten en su cariño confianza,  
 Que á honrosa prueba se somete

CLEO. Eso

Ya me lo dijo Fulvia. Te suplico  
 Que el rostro vuelvas, y por ella llores;  
 Y que son esas lágrimas me digas  
 Por la Reina de Egipto al despedirte.  
 ¡Vamos, pues! Un pasaje representa  
 De mímica acabada, cual si fuese  
 La realidad.

ANT. Arde mi sangre. ¡Basta!

CLEO. Aunque cabe mejor, mal no va esto.

ANT. ¡Por mi espada!

CLEO. Y escudo. Ya se enmienda.

Mas queda lo mejor. Observa, Carmia,  
Qué bien le sienta á este romano hercúleo  
Su iracundo ademán.

ANT. Me voy, señora.

CLEO. Dueño cortés, una palabra. Fuerza,  
Señor, es separarnos..... mas no es eso.  
Señor, hemos amado..... mas no es eso.  
Tú lo debes saber. Algo me ocurre.....  
Es un Antonio la memoria mía,  
Y he olvidado ya todo.

ANT. Si no fuese

Porque es excelsa Reina, esclavo tuyo  
Ya la frivolidad, te tomaría  
Por la frivolidad en forma humana.

CLEO. Para Cleopatra fatigosa empresa  
Es junto al corazón llevar tan grande  
Frivolidad. Pero perdón te ruego.  
A mí me mata todo lo que es mío  
Si no lo miran con favor tus ojos.  
Tu honor te llama. Sordo, pues, te halle  
Mi locura, que nadie compadece,  
Y que los dioses todos te protejan.  
Tu espada adornen victoriosos lauros,  
Y éxitos blandamente te acompañen  
Alfombrando tus pies.

ANT. Venid. Partamos.

Nuestra separación ya se dilata,  
O se apresura ya de tal manera,  
Que tú, que aquí te quedas, vas conmigo;

Mientras yo, que me voy, quedo contigo.  
Vámonos. (Vanse.)

#### ESCENA IV.

Roma.—Habitación en la casa de Octavio César.

Entran OCTAVIO CÉSAR, LÉPIDO y acompañamiento.

- CÉS.** Lépidó, ya lo ves; y no lo olvidés.  
No por antipatía César odia  
A nuestro gran competidor. Las nuevas  
Que acaban de llegar de Alejandría,  
Son que pesca, que bebe y que consume  
En orgías las lámparas nocturnas.  
Es hoy tan varonil como Cleopatra,  
Y en ser afeminado iguala casi  
De Tolomeo á la viuda. Apenas  
Audiencias da; ni recordar se digna  
Que sus colegas somos. Ser es ése  
Personificación de cuantos vicios  
Persiguen á los hombres.
- LÉP.** Sus defectos  
Nunca tantos serán que á sus virtudes  
Puedan obscurecer. Las faltas tuyas  
Son cual las manchas en el cielo, brillan  
Más claras en las noches tenebrosas.  
Son más bien que adquiridas, heredadas;  
No espontáneas, fatales.
- CÉS.** Eres harto indulgente. Concedámos  
Que ningún crimen es de Tolomeo  
En el lecho tumbarse: por un chiste

Un reino conceder: con un esclavo  
 Beber copa tras copa: por las calles  
 Bambolearse en pleno mediodía.  
 Darse de puñetazos con canallas  
 Cuyo sudor apesta—que esto, dime,  
 Le cuadra bien; y un organismo extraño  
 Por cierto ha de tener á quien no manchen  
 Tales cosas. Mas nunca puede Antonio  
 Sus faltas excusar cuando nos toca  
 A nosotros sufrir sus ligerezas.  
 Si empleara sus ocios solamente  
 En voluptuosidades, que su hartura  
 Y secos huesos le pidieran cuenta.  
 Pero perder el tiempo que lo llama  
 Como tambor á abandonar los goces,  
 Y cuya voz resuena poderosa,  
 Su deber, cual el nuestro, recordando,  
 Merece reprensión, cual la merece  
 El joven que, sabiendo lo que hace,  
 Por presente placer deja el estudio  
 Y en contra del buen juicio se subleva.

Entra un MENSAJERO.

LÉP. Más noticias tenemos.

MENS. Ya cumplidas  
 Tus órdenes están, y cada hora  
 Sabrás, oh César, lo que fuera ocurre.  
 Domina el mar Pompeyo, y apreciado,  
 Según parece, está de los que sólo  
 Miedo á César tenían. A los puertos  
 Los descontentos llegan. Se le juzga  
 Cual víctima.

CÉS.                                    ¡Saberlo debería!  
 La más remota historia nos lo enseña.  
 Hasta subir ninguno es deseado.  
 Y al caer, quien exento de cariño  
 Se vió mientras valía, fama goza  
 Porque nos falta ya. La muchedumbre  
 Cual acuático lirio vagabundo  
 Va de acá para allá como lacayo,  
 Siguiendo el vacilar de la marea  
 Entretanto pudriéndose.

MENS.                                    Te vengo,  
 Oh César, á anunciar que Menecrates  
 Y Menas, dos piratas afamados,  
 Por suya tienen á la mar, que hieren,  
 Y con quillas de toda clase surcan.  
 A Italia invaden fieros. En las costas  
 Las gentes palidecen, y exaltados  
 Se rebelan los jóvenes. No hay buque  
 Que al mar ose salir porque en el punto  
 Queda apresado. De Pompeyo el nombre  
 Hace más daño que el luchar hiciera.

CÉS. Deja, Antonio, tus lúbricas orgías.  
 Cuando fuiste de Módena lanzado,  
 Y á los Cónsules Hircio y Pansa diste  
 La muerte tú, siguió tu huella el hambre;  
 Y, aunque fuiste criado con gran mimo,  
 Luchaste contra ella más paciente  
 Que el hombre más salvaje. Tú bebiste  
 Del áureo charco sucio y corrompido  
 Que á cualquier animal repugnaría.  
 Paladear entonces te dignaste  
 La ruda fruta del silvestre arbusto;

Y cual ciervo al cubrir la nieve el pasto,  
 Corteza de los árboles roiste.  
 En los Alpes es fama que aceptaste  
 Carne que asesinaba sólo el verla;  
 Y todo esto—repetirlo ahora  
 Debe tu honor herir—tan cual soldado  
 Lo soportaste tú, que tu mejilla  
 Ni adelgazar se vió.

LÉP. ¡Lástima grande!

CÉS. A Roma prontamente  
 Sus propias faltas á tornar le impulsen.  
 Es tiempo ya que á entrambos se nos vea  
 En campaña; y por tanto en el instante  
 El Consejo reunamos. Nuestra holganza  
 Aprovecha á Pompeyo.

LÉP. Puedo, César,  
 Mañana conseguir datos precisos  
 De lo que en mar y tierra disponible  
 Para este caso tengo.

CÉS. Mientras tanto  
 Lo propio haré.—Salud.

LÉP. Salud, señor. Cuando noticias lleguen  
 A ti del exterior, yo te suplico  
 Que me las participes.

CÉS. No lo dudes.  
 Conozco mi deber. (Vanse.)



## ESCENA V.

Alejandro.— Habitación en el palacio de Cleopatra.

Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS y MARDIANO.

CLEO. Carmia.

CAR. Señora.

CLEO. ¡Ah! ¡ah!  
Dame á beber mandrágora.

CARM. Señora,  
¿Por qué?

CLEO. Para dormirme el gran vacío  
Que con su ausencia forma Antonio.

CARM. Piensas  
Harto en él.

CLEO. ¡Qué traición!

CARM. No me parece.

CLEO. Oye, eunuco Mardiano.

MAR. ¿Qué me mandas,  
Alteza?

CLEO. Que no quiero que ahora cantes;  
No hay nada que me agrade en un eunuco.  
Feliz tú que, impotente, del Egipto  
No volará tu libre pensamiento.  
¿Tienes pasiones?

MAR. Si, señora mía.

CLEO. ¿Realmente?

MAR. Realmente no, señora. No me es dado  
Hacer realmente nada deshonesto,

Pero tengo pasiones furibundas;  
 Pienso en lo que con Marte Venus hizo.

CLEO. ¡Oh Carnia! ¿Dónde piensas se halla ahora?  
 ¿De pie ó sentado está? Quizá pasea,  
 O en su corcel cabalga. ¡Cuán dichoso  
 Corcel, que llevas tú de Antonio el peso!  
 ¡Pórtate bien, corcel! ¿Acaso sabes  
 Quién es el que soportas? Semiatlas  
 Del universo. El brazo y la cimera  
 De los humanos seres. ¿Habla ahora?  
 ¿Ó murmura tal vez: «Dónde se halla  
 Del viejo Nilo la culebra mía?»  
 Porque me llama así. Sí, me alimento  
 De veneno dulcísimo. ¿Me juzga  
 Con los besos de Febo ennegrecida  
 Y arrugada del tiempo en el transcurso?  
 ¡Oh César, el de frente dilatada!  
 Cuando te hallabas tú sobre la tierra  
 Era bocado de un monarca digno.  
 Y el gran Pompeyo, inmóvil, mi semblante  
 Contempló con los ojos espantados,  
 Y anclar en él su vista pretendía  
 Y morir en su vida al extasiarse.

Entra ALEXAS.

ALEX. Salud, Reina de Egipto.

CLEO. A Marco Antonio

Cuán poco te asemejas; y, no obstante,  
 Viniendo de él, tan grande panacea  
 Con su tinta te dora.

¿Cómo está mi valiente Marco Antonio?

ALEX. Lo último que hizo fué, Reina queri da,



De un estado ó del otro á ti te cuadra  
Como á ninguno. ¿Has visto á mis correos?

ALEX. A veinte mensajeros; sí, señora.

¿A qué tantos?

CLEO. El ser que nazca el día  
Que deje de enviar mensaje á Antonio  
Morirá pobre. Pluma y tinta, Carmia.  
Alexas, bien venido. Dime, Carmia,  
¿Amé á César así?

CARM. ¡Valiente César!

CLEO. ¡Que semejante exclamación te ahogue!  
Valiente Antonio, di.

CARM. ¡Valiente César!

CLEO. ¡Isis me valga! Sangrarán tus dientes  
Si otra vez comparar con César osas  
Mi hombre entre los hombres.

CARM. Te repito,

Con tu perdón.

CLEO. Allá en mis verdes años,  
Con mi juicio inmaturo. Sangre yerta  
Tuve yo cuando de ese modo hablaba.  
Mas vámonos de aquí. Papel y pluma.  
Nuevas tendrá de mí todos los días,  
Aunque despueble á Egipto. (Vanse.)

---

---

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

Mesina.—Habitación en casa de Pompeyo.

Entran POMPEYO, MENECRATES y MENAS.

- POM.** Si los Dioses son justos, las acciones  
Amparar de los hombres justos deben.
- MENE.** No es negar diferir, digno Pompeyo.
- POM.** Mientras que ante sus tronos acudimos  
Se deshace la cosa que buscamos.
- MENE.** Ignorantes nosotros, á menudo  
Nuestro mal pretendemos, que los Dioses  
Por nuestro bien nos niegan; y salimos,  
Desatendido el ruego, gananciosos.
- POM.** En bien saldré. La gente me es propicia,  
Y el mar es mío. Mi poder, creciente;  
Y mis presentimientos y esperanzas  
Me dicen que veré su plenilunio.  
A su mesa sentado, Marco Antonio,  
Allá en Egipto, ni saldrá á la calle  
A guerrear. Dinero logra César

Perdiendo voluntades. Los adula  
Lépido á entrambos, cual á él entrambos,  
Pero á ninguno de los dos aprecia,  
Ni ellos á él.

**MENE.** Al campo ya han salido  
Lépido y César. Poderosas huestes  
Los acompañan.

**POM.** Falso, ¿quién lo dice?

**MENE.** Silvio.

**POM.** Sueña. Me consta que reunidos  
En Roma están, en donde á Antonio esperan.  
Mas.... que el amor con sus encantos todos  
Suavicen hoy tus ya marchitos labios,  
Carnal Cleopatra. A tu belleza une  
La hechicería, la lujuria á entrambas.  
En un redil de goces aprisiona  
Al libertino, y quémale el cerebro.  
Epicúrea cocina, con sus salsas  
Estimulantes, su apetito avive.  
En modorra letal, sueño y hartura  
Adormezcan su honor.

Entra **VARRO.**

¿Qué ocurre, Vairo?

**VAR.** Lo que vengo á decir es cosa cierta.  
A Antonio aguardan cada instante en Roma.  
Desde que á Egipto fué, tiempo ha tenido  
De más largo viaje.

**POM.** Con más gusto  
Escucharía nueva menos grave.  
Jamás pensé que por tan leve causa  
Este amante glotón se hubiera puesto,

- Menas, el casco. Su pericia es doble  
 Que la de sus colegas. Pero en mucho  
 Nos debemos tener, cuando logramos  
 De la falda apartar de la viuda  
 Reina de Egipto al insaciable Antonio.
- MEN.** Nunca bien se verán Antonio y César.  
 Provocó á César su difunta esposa,  
 Las armas contra él tomó su hermano,  
 Aunque no lo instigó, me pienso, Antonio.
- POM.** Yo no sé de qué modo ceden, Menas,  
 Grandes enemistades á las leves.  
 Si la guerra no hiciéramos á todos,  
 Es evidente que entre sí la harían,  
 Pues motivos bastantes han tenido  
 Para blandir espadas. Mas quién sabe  
 Hasta dónde el temor que se nos tiene  
 Influye en aplacar sus disensiones  
 Y en borrar sus triviales diferencias.  
 ¡Será como los Dioses lo decidan!  
 Es nuestra salvación el que se ostente  
 En el trance actual brazo potente.  
 Menas, ven. (Vanse).

## ESCENA II.

Roma.—Habitación en casa de Lépido.

Entran ENO BARBO y LÉPIDO.

**LÉP.** Buena acción, Enobarbo, en tí sería  
 Suplicar á tu jefe que lenguaje  
 Suave y cortés usara.

**ENOB.** Que responda

Cual debe le diré. Si le ofendiere  
 César, Antonio á César bajo el hombro  
 Debe mirar, y hablar cual habla Marte.  
 ¡Vive Júpiter! Hoy no me afeitara  
 Si las barbas de Antonio fueran mías.

LÉP. De quejas personales no es momento.

ENOB. Cualquier momento sirve, si el asunto  
 Nace en él.

LÉP. A cuestiones importantes  
 Deben ceder las de menor cuantía.

ENOB. No tal; si están primero.

LÉP. Apasionado  
 Es tu discurso. Pero yo te pido  
 Que no remuevas las cenizas. Viene  
 El noble Antonio aquí.

Entran ANTONIO y VENTIDIO.

ENOB. Por allí César.

Entran CÉSAR, MECENAS y AGRIPA.

ANT. Si nos podemos arreglar, ¡á Partia!  
 Oye, Ventidio.

CÉS. No lo sé, Mecenas.  
 Agripa lo dirá.

LÉP. Nobles amigos,  
 Grandiosas circunstancias nos ligaron :  
 No nos divida asunto menos grande.  
 Oigamos nuestras quejas con dulzura,  
 Que si triviales diferencias nuestras  
 Con rencor discutimos, las palabras,  
 Que curar deberían, asesinan.  
 Así, pues, mis queridos compañeros,



- Suplico que los puntos más amargos  
En los más dulces términos se traten,  
Y el mal humor no agrave las cuestiones.
- ANT. Bien dicho. Si estuviésemos al frente  
De las tropas y prontos á la lucha,  
Es eso lo que haría.
- CÉS. A Roma bien venido.
- ANT. Muchas gracias.
- CÉS. Siéntate.
- ANT. Tú primero.
- CÉS. Bueno. Sea.
- ANT. Sé que llevas á mal lo que no es daño,  
Y que, aun cuando lo fuera, no te importa.
- CÉS. Burlas merecería si por nada  
O por motivo escaso me juzgase  
Ofendido, y por ti principalmente;  
Y aun más si te nombrara irrespetuoso,  
Si tu nombre citar no me incumbiera.
- ANT. ¿Qué te importaba, César, que estuviese  
Allá en Egipto yo?
- CÉS. Lo que, estando en Egipto, te importara  
Que yo estuviese en Roma. Sin embargo,  
Si contra mí tramaras desde Egipto,  
Me podía importar.
- ANT. ¡Tramara! ¡Cómo?
- CÉS. Mi pensamiento comprender es fácil  
Por lo que aquí pasó. Tomaron armas  
Tu mujer y tu hermano en contra mía,  
Y de su hostilidad tú fuiste el tema,  
Y de la guerra simbolo tu nombre.
- ANT. Te equivocas. Jamás tomó mi hermano  
El nombre mío. Lo aseguran quienes

Por ti desenvainaron sus espadas.  
 ¿Tanto mi autoridad como la tuya  
 No desautorizó la guerra haciendo  
 Contra mis intereses, tan iguales  
 A los tuyos? Mas de esto ya por cartas  
 Te convencí. Si rebuscar motivo  
 De querella tan sólo te propones,  
 Aunque motivo bueno no hay ninguno,  
 Éste servir no puede.

CÉS. Tú me achacas,  
 Disculpándote así, falta de juicio.  
 Tú sí que has rebuscado tus excusas.

ANT. No tal; no tal. Lo sé, lo sé de cierto.  
 Debí de presentársete esta idea:  
 Que yo, tu compañero de la causa  
 Contra la cual se alzó, con buenos ojos  
 No podía mirar guerra que iba  
 Contra mi propia paz.—Cuanto á mi esposa—  
 ¡Ojalá en otra un alma semejante  
 Encontraras!—Del mundo un tercio es tuyo,  
 Que riges sin afán con muserola,  
 Mas no hallarás esposa que la iguale.

ENOB. ¡Ojalá todos tuviéramos esposas semejantes,  
 á fin de que á la guerra fueran los hombres con sus mu-  
 jeres!

ANT. De espíritu indomable, su impaciencia  
 Disturbios provocó, que, aunque no faltos  
 De agudeza política, confieso  
 Con pena, César, que sufrir te harían;  
 Pero achacarme no podrás la culpa.

CÉS. A Alejandria te escribí durante  
 Tu época de crápula; y mis cartas

- Metiste en tu bolsillo, y, sin oírle,  
Burlándote, insultaste á mi emisario.
- ANT.** Sin mi venia se entró cuando acababa  
Yo de tener tres reyes á mi mesa.  
Ni estaba cual estoy al levantarme.  
Mas conversamos al siguiente día,  
Que era lo mismo que perdón pedirle.—  
Que ese hombre no cuente en la disputa.  
Si hemos de discutir, borrado quede.
- CÉS.** Has faltado á la fe de un juramento;  
Y con eso jamás la lengua tuya  
A mi tacharme puede.
- LÉP.** César, calma.
- ANT.** No, Lépidó; que hable.  
El honor, al que dice que he faltado,  
Es sacro para mí.—Mas sigue, César.  
«La fe de un juramento.»
- CÉS.** El de prestarme gentes y socorros;  
Y entrambas peticiones me negaste.
- ANT.** Que no atendí dirás; y sólo cuando  
Emponzoñadas horas absorbían  
Mi propio entendimiento. La posible  
Penitencia ante ti yo haré por eso.  
Mas mi honradez mi autoridad no amengüe,  
Pues sin ella no quiero poderío.  
Lo que ha ocurrido, en realidad, es esto:  
Para hacerme salir de Egipto Fulvia,  
Hizo la guerra. Yo inocente causa  
No obstante, pediré perdón por todo.  
Hasta donde mi honor me lo permita.
- LÉP.** Noblemente has hablado.
- MEC.** Si os parece,

No habléis ya más de quejas personales;  
Y fuera el olvidarlas por completo,  
Recordar que os impone lo que ocurre  
La reconciliación.

LÉP. . . . . Verdad, Mecenas.

ENOB.—Ó, si tomáis á préstamo vuestra amistad  
ahora, os la podéis devolver cuando no oigáis hablar ya  
de Pompeyo. Ya tendréis tiempo de reñir cuando no  
tengáis que hacer otra cosa.

ANT. Eres soldado nada más. Silencio.

ENOB. Lo olvidé. La verdad debe ser muda.

ANT. Faltas á esta reunión; por tanto, calla.

ENOB. Seguid. Soy vuestra piedra circumspecta.

CÉS. La forma, mas no el fondo del discurso,  
Me desagrada. Porque no es posible  
Persistente amistad còn caracteres  
Que se ostentan con actos tan distintos.  
Y, no obstante, supiera yo de un aro  
Que nos circunscribiera, y en su busca  
De una parte del mundo á la otra iría.

AGRI. César, con tu perdón.

CÉS. . . . . Agripa, habla.

AGRI. Una hermana de madre tuya vive,  
La ilustre Octavia. El noble Marco Antonio  
Es ahora viudo.

CÉS. . . . . Agripa, calla.

Si Cleopatra te oyera, con justicia  
Te tachara de audaz.

ANT. . . . . No estoy casado;

Deja que Agripa siga hablando, César.

AGRI. Para seguir en amistad constante,  
Para haceros hermanos, y que os ligue



Una hermana te doy cual nunca otra  
 Por hermano fué amada. Que ella una  
 Los corazones y dominios nuestros,  
 Y á huir no vuelva más nuestro cariño.

LÉP. Con gusto digo: Amén.

ANT. Contra Pompeyo

No imaginé desenvainar la espada,  
 Porque ha sido cortés en alto grado  
 Su conducta hacia mí recientemente.  
 Las gracias le daré, de olvidadizo  
 No vayan á tacharme; pero luego  
 Le retaré.

LÉP. Ya el tiempo nos apremia.

A Pompeyo atacar precisa al punto,  
 Ó nos atacará.

ANT. ¿Dónde se halla?

CÉS. En el monte Miseno.

ANT. ¿Cuánta fuerza

En tierra tiene?

CÉS. Mucha, y va en aumento;

Pero del mar es dueño en absoluto.

ANT. Así aseguran. Ojalá que hablado

De esto hubiéramos ya. Mas ¡pronto á ello!

Y antes de que empuñemos nuestras armas,

A terminar el pacto convenido.

CÉS. Con gusto. Y á que veas á mi hermana

Luego te llevaré.

ANT. Tu compañía,

Lépido, no nos falte.

LÉP. Cosa alguna

Podría detenerme, noble Antonio.

.(Clarines.—Vanse CÉSAR, ANTONIO y LÉPIDO.)

MEC.—Bien venido de Egipto.

ENOB.—¡Ojo derecho de César, digno Mecenas! ¡Mi honrado amigo Agripa!

AGRI.—¡Buen Enobarbo!

MEC.—Motivo hay para celebrar que tan bien arreglado quede este negocio. ¿Lo has pasado bien en Egipto?

ENOB.—Sí tal. Dormíamos á la faz del día, y aligerábamos la noche bebiendo.

MEC.—¡Ocho jabalies asados para un almuerzo de doce personas! ¿Es verdad?

ENOB.—Eso es una mosca en comparación de un águila. Tuvimos festines infinitamente más gigantescos y más dignos de nota.

MEC.—Triunfante dama es, si es como la describen.

ENOB.—La vez primera que encontró á Marco Antonio fué en el río Cidno, donde dió caza á su corazón.

AGRI.—Allí fué donde se le apareció, si es verdad lo que me han dicho.

ENOB.—Te lo contaré:

Era el bajel donde asentada vino  
 Trono resplandeciente, y parecía  
 Flamear sobre el agua. De oro puro  
 La toldilla, de púrpura las velas,  
 Perfumadas de modo que embriagado  
 De amor por ellas se quedaba el aire.  
 De plata eran los remos; y sus golpes,  
 Dados al ritmo de armoniosas flautas,  
 A las aguas tras ellos impelían,  
 A sus caricias respondiendo amantes.  
 Describir su persona no es posible:  
 En pabellón estaba recostada

De brocado riquísimo, más bella  
 Que la Venus que halló la fantasía,  
 A la naturaleza aventajando.  
 Niños á su alrededor como Cupidos,  
 De hoyuelos en semblantes sonrientes,  
 Con abanicos de colores varios,  
 Su rostro delicado enardecían,  
 En vez de refrescarlo, deshaciendo  
 Lo que hacer procuraban.

AGRI. ¡Qué espectáculo ése para Antonio!

ENOB. Cual náyades sus damas ó nereidas,  
 Obedecían á una seña suya,  
 Inclínadas en bellas actitudes.  
 La timonel sirena parecía.  
 De seda el aparejo, palpitaba  
 Al percibir el mágico contacto  
 De aquellas manos, suaves como flores,  
 Que su cargo tan hábiles cumplían,  
 Desde el bajel extraño, incomprensible,  
 Perfume invade los cercanos muelles.  
 La ciudad se despuebla por mirarla,  
 Y entretanto en su trono Marco Antonio  
 En la pública plaza solitario  
 Clamando al aire está, que al ser posible  
 El vacío, también hubiera ido.  
 En busca de Cleopatra, en la natura  
 De ese modo formándose una brecha.

AGRI. ¡Hija maravillosa del Egipto!

ENOB. Cuando desembarcó, la invita Antonio  
 A cenar. Le responde que sería  
 Más grato á ella que él su huésped fuese.  
 A ruego tal, nuestro cortés Antonio,



A quien jamás oyó mujer ninguna  
Decir que no, diez veces rasurado,  
Va al festín, donde paga por escote  
Su corazón por lo que allí tan sólo  
Sus ojos devoraron.

- AGRI. ¡Regia moza!  
Del gran César dormir hizo la espada.  
Él la labró; fué de ella la cosecha.
- ENOB. La vi una vez andar cuarenta pasos  
Por las calles, y, estando sin aliento,  
Hablabá y palpitaba de manera,  
Que en perfección su imperfección trocaba,  
Su respirar encantos respirando.
- MEC. Ahora la deja para siempre Antonio.
- ENOB. Jamás hará tal cosa.  
No se marchitan con la edad ni el uso  
Sus múltiples encantos. Otras hembras  
Los apetitos que alimentan sacian;  
Mas ella logra provocar más hambre  
Satisfaciendo más. Lo más grosero  
En ella se transforma de tal modo,  
Que hasta los sacerdotes la bendicen  
Aun en sus impurezas.
- MEC. Si talento, modestia y hermosura  
Pueden fijar el corazón de Antonio,  
Con Octavia sacó á la lotería.
- AGRI. Vámonos, Enobarbo. Sé mi huésped!  
Mientras estés aquí.
- ENOB. Sinceras gracias. (Vase)

## ESCENA III.

Roma.—Habitación en casa de César.

Entran ANTONIO, CÉSAR, OCTAVIA (entre ambos)  
y acompañamiento.

ANT. Alguna vez el mundo y mi alto puesto  
De ti me apartarán.

OCT. Yo, mientras tanto,  
Ante los Dioses pediré de hinojos  
Que amparo te concedan.

ANT. (Á César.) Buenas noches.  
En la mundana crónica no leas,  
Octavia, mis defectos. No he sabido  
Mi centro mantener; pero á medida  
Forjaré mi conducta en lo futuro.  
Buenas noches, mi amada.

OCT. Buenas noches.

CÉS. Buenas noches. (Vanse César y Octavia.)

Entra un ADIVINO.

ANT.—Oye, tú, ¿quisieras estar en Egipto?

ADIV.—¡Ojalá que jamás hubiera aquí venido, ni hubieras venido tú tampoco.

ANT.—¿Por qué razón? si es que la sabes.

ADIV.—La veo si me agito; no la tengo en la lengua.  
Pero vuélvete á Egipto.

ANT. Dime, tú, ¿quién más próspera fortuna

César ó yo tendrá, más tarde?

ADIV.

César.

Apártate, por tanto, de su lado.

Tu genio malo, Antonio, que es el genio

Que te domina, es noble, valeroso,

Altivo, incontrastable, no el de César,

Pero cerca del suyo el ángel tuyo,

Cual si lo anonadaran, se acobarda.

Pon tierra, pues, por tanto, entre vosotros.

ANT. No vuelvas de esto á hablar.

ADIV.

Sólo contigo,

Sólo al hablarte á ti. Con él jugando

A cualquier juego, perderás de juro.

Es su fortuna tal, que, aunque te diera

Partido, ganaría. Palidece

A su lado tu luz. Te lo repito:

El genio que te inspira se acobarda

Cerca de él; pero lejos es valiente.

ANT. Vete. A Ventidio dí que quiero hablarle.

(Vase el ADIVINO.)

A Partia irá. Por arte ó por acaso,

Dice verdad. Aun en los dados manda.

Y en nuestros juegos mi mayor destreza

Cede también á su mejor fortuna.

Gana si echamos suertes, y sus gallos

Vencen en sus contiendas á los míos,

Pareciendo imposible; y en el aro,

Aunque lleven ventaja, son vencidas

Siempre mis codornices por las suyas.

A Egipto iré. Que aunque ese casamiento

Tranquilidad me proporciona, yace

Mi gozo en el Oriente.

Entra VENTIDIO.

Ven, Ventidio,  
A Partia debes ir. Ya preparado  
Tu nombramiento está. Conmigo vente  
Y lo recibirás. (Vanse.)

#### ESCENA IV.

Roma.—Una calle.

Entran LÉPIDO, MECENAS y AGRIPA.

LÉP. No os molestéis ya más. Id, y reuníos  
A vuestros generales.

AGRI. Partiremos  
Apenas bese Marco Antonio á Octavia.

LÉP. Hasta que os vea en el guerrero traje,  
Que á ambos sienta tan bien, salud.

MEC. Al monte,  
Según mi itinerario, llegaremos  
Primero que tú, Lépidó.

LÉP. La ruta  
Vuestra es más corta. Me retardan mucho  
Mis proyectos. Dos días de ventaja  
Me llevaréis.

MEC. { Señor, felicidades.  
AGRI }

LÉP. ¡Salud! (Vanse.)

## ESCENA V.

Alejandro.— Habitación en el palacio de Cleopatra.

Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS y ALEXAS.

CLEO. ¡Dadme música! Lúgubre alimento  
De quienes en amor, cual yo, trafican.

CARM. ¡Música!

Entra MARDIANO.

CLEO. No. Tened. Sígueme, Carmia,  
Al billar.

CARM. Tengo el brazo dolorido;  
Fuera mejor jugaras con Mardiano.

CLEO. Tanto monta jugar con un eunuco  
Como jugar una mujer con otra.  
¿Quieres jugar conmigo?

MARD. Como pueda.

CLEO. Si buena voluntad se patentiza,  
Hay derecho al perdón, aunque se falte.  
¡Pero no! ¡Mis anzuelos! ¡Ahora al río!  
Y al son allí de música lejana,  
Peces engañaré de áurcas aletas.  
De parte á parte sus viscosas fauces  
Perforaré mi anzuelo, y al pescarlos,  
Creeré que cada cual es un Antonio,  
Y exclamaré: «¡Ja! ¡ja! ¡Ya te he cogido!»

CARM. Gracioso lance aquel cuando apostasteis

Acerca del pescar; y de su anzuelo  
 Un pez salado le colgó tu buzo,  
 Que él, con grande fervor, sacó del agua.

CLEO. ¡ Oh, qué tiempo ! ¡ Qué tiempos ! Con mi risa  
 La paciencia perdió. Pero esa noche  
 Recobró con mi risa la paciencia;  
 Y de mañana, á la novena hora,  
 Embriagado á su lecho lo conduje;  
 Ciñéndome la espada de Filipos,  
 Y él vistiendo mis mantos y diademas.

Entra un MENSAJERO.

¡ De Italia ! Tus fructíferas noticias  
 Apresúrate á hundir en mis oídos,  
 Por tanto tiempo estériles

MENS. Señora.....  
 Señora.....

CLEO. ¿ Ha muerto Antonio ? Si eso dices,  
 Miserable, asesinas á tu ama.  
 Mas que está con salud y libre afirma,  
 Y oro ahí tienes, y aquí para que beses  
 Mis venas más azules. Mano es ésta  
 Donde reyes sus labios imprimieron  
 Temblorosos besándola.

MENS. Ante todo, está bien, señora.

CLEO. ¡ Vaya !  
 Toma más oro. Pero escucha. Suele  
 Decirse que se encuentran bien los muertos.  
 Dame á entender que es eso, y este oro,  
 Que ahora te he dado, vertiré fundido  
 Por tu mordaz garganta.

MENS. Escúchame, señora.

- CLEO. Bueno. Sigue.  
Mas no es de buen agüero tu semblante.  
¿Si libre y con salud se encuentra Antonio,  
Por qué razón no proclamar tal nueva?  
Si no está bien, de sierpes coronado,  
Cual fiera, presentarte deberías,  
Y no con forma racional.
- MENS. Señora.....  
Si quisieras oirme.....
- CLEO. Ganas tengo  
Antes de oírte de pegarte. Dime,  
Sin embargo, que vivo y bueno Antonio  
Se encuentra; que de César es amigo,  
Que no es cautivo suyo; y una lluvia  
Haré que caiga sobre ti de oro,  
Y por granizos perlas.
- MENS. Bien se halla,  
Señora.
- CLEO. ¡Hablaste bien!
- MENS. Y en paz con César.
- CLEO. Eres un hombre honrado.
- MENS. Más amigos  
Que nunca César y él están.
- CLEO. Tu suerte  
Connigo vas á hacer.
- MENS. Pero, señora.....
- CLEO. No me gusta ese «pero». Disminuye  
Lo agradable anterior. ¡Maldito «pero»!  
«Pero» es alcaide que en custodia tiene  
A horrendo malhechor. Te ruego, amigo,  
Que descargues tu fardo de noticias,  
Buenas y malas, en mi oído juntas.

En paz con César, con salud me dices,  
Y me dices que libre.

**MENS.** No, señora.

No dije tal. Ligado se halla á Octavia.

**CLEO.** ¿Cómo?

**MENS.** A su lecho.

**CLEO.** ¡Carmia, estoy sin sangre!

**MENS.** Señora, con Octavia está casado.

**CLEO.** ¡Mil rayos te confundan!

(Le golpea derribándole.)

**MENS.** Calma tenga,

Buena señora.

**CLEO.** ¿Qué me dices? Vete,

(Vuelve á golpearle.)

Infame vil, te he de sacar los ojos,  
Y haré que ante mí rueden. Sin cabellos

(Lo arrastra por el suelo.)

Dejaré tu cabeza. Con alambres  
Te haré azotar, y al fuego lentamente  
Morirás en salmuera escabechado.

**MENS.** Señora, aunque yo traigo la noticia,  
No hice la boda yo.

**CLEO.** Dime que es falsa,  
Y un reino te daré. Con tu fortuna  
Asombrarás. El golpe que te he dado  
Cancela el que mi furia provocaras,  
Y agregaré, además, cualquier presente  
Que me quieras pedir.

**MENS.** Está casado.



CLEO. Infame, harto viviste. (Saca un puñal.)

MENS. Pues entonces

Hairé. ¿Qué haces, señora? No es mi culpa.

CARM. Contente, queridísima señora; (Vase.)

Es inocente el hombre.

CLEO. Suele alcanzar al inocente el rayo.

¡Oh tú, Egipto! derrítete en el Nilo.

¡Tornaos, seres todos, en serpientes!

A ese esclavo, que vuelva. Que, aunque loca,

No le voy á morder. Que vuelva al punto.

CARM. Teme volver á entrar.

CLEO. No he de dañarle.

(Vase CARMIA.)

Estas manos carecen de nobleza

Al golpear á seres más humildes,

Siendo yo misma quien me da el motivo.

Vuelven á entrar CARMIA y el MENSAJERO.

Aproxímate. Noble acaso sea,

Más no conviene dar malas noticias.

Da con mil lenguas el feliz mensaje,

Pero las malas nuevas, que ellas solas

Cuando las percibamos se publiquen.

MENS. Cumplí con mi deber.

CLEO. ¿Está casado?

No aumentarás el odio que te tengo,

Si otra vez dices sí.

MENS. Pues sí, señora.

CLEO. Confúndante los Dioses. ¿Lo confirmas?

MENS. ¿He de mentir, señora?

CLEO. ¡Así lo hicieras,

Y medio Egipto mío, al sumergirse,  
 Cisterna fuera de escamosas sierpes!  
 ¡Anda! ¡vete de aquí! Si tu semblante  
 Al de un Narciso se igualara, horrible  
 Lo juzgara también. ¿Está casado?

MENS. Con tu perdón, alteza.

CLEO. ¿Está casado?

MENS. No quererte ofender que no te ofenda.  
 Por lo que haces que diga, castigarme  
 No es justo. Está casado con Octavia.

CLEO. ¡Oh! que infame su falta á ti te torne,  
 No siendo vil cual lo que dices. Vete.  
 Las mercancías que de Roma traes  
 Son harto caras para mí. Retenlas,  
 Y que á tu propia perdición te lleven.

(Vase el MENSAJERO.)

CARM. Señora, calma ten.

CLEO. Dime, ¿alabando  
 A Antonio á César deprimí?

CARM. Mil veces.

CLEO. Ahora el pago recibo. Conducidme.  
 Me desmayo. ¡Eiras! ¡Carmia! ¡Nada importa!  
 Alexas bondadoso, busca á ése.  
 Pídele que de Octavia te describa  
 La cara. Qué edad tiene. Qué carácter.  
 Que no omita el color de sus cabellos;  
 ¡Y vuelve al punto! ¡Váyase y por siempre!

(Vase ALEXAS.)

¡Pero no, Carmia! Imagen de Medusa  
 De un lado es, pero del otro es Marte.

A Alexas dile tú que necesito

(Á Mardiano.)

Conocer su estatura. Tenme, Carmia,  
Lástima. No me hables. A mi alcoba.

(Vanse.)

## ESCENA VI.

Cercanías de Miseno.

Clarines.—Entran POMPEYO y MENAS de un lado con tambores y clarines. Del otro CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO, ENOBARBO, MECENAS y soldados marchando.

POM. Tengo vuestros rehenes; vos los míos.  
Hablemos antes de luchar.

CLÉS. Es justo  
Que vengamos primero á las palabras;  
Por eso te mandamos por escrito  
Nuestras proposiciones. Por lo tanto,  
Dinos si te acomodan; si con ellas  
Envainarás la descontenta espada  
Y harás que tornen tantos guapos mozos  
A Sicilia, en lugar de que aquí mueran.

POM. Digo á vosotros tres, los senadores  
Únicos de este mundo, principales  
Agentes de los Dioses, que no entiendo  
Cómo á mi padre vengadores faltan  
Con hijo y con amigos. Desde el punto



La Sicilia y Cerdeña, como purgue  
 De piratas el mar y á Roma envíe  
 Determinada cantidad de trigo;  
 Y el pacto convenido, separarnos  
 Sin que filos se mellen, ni se abollen  
 Nuestros escudos.

CÉS.

ANT.

LÉP.

POM.

Nuestra oferta es esa.

Pues sabed que aquí vine preparado  
 Esa oferta á aceptar; mas Marco Antonio  
 De mal humor me ha puesto; y, aunque pierda  
 Su mérito el decirlo, ved qué ocurre.—  
 Cuando César reñía con tu hermano,  
 Tu madre huyó á Sicilia, y amistoso  
 Recibimiento tuvo.

ANT.

Lo sabía,

Pompeyo, y darte gracias muy sinceras  
 Por eso debo yo.

POM.

Dame tu mano.

¡Nunca pensé que aquí te encontraría!

ANT.

Muy blandos son los lechos en Oriente;  
 Pero, gracias á ti, venir me hicieron  
 Antes que yo de allí venir pensara.  
 Salí ganando.

CÉS.

En tu mudanza noto.

Desde la vez postrera que nos vimos.

POM.

¡Quizá! No sé qué suma en mi semblante  
 Mi áspera suerte escribe; pero nunca.  
 En mi pecho entrará para que sea  
 Mi corazón su esclavo.

LÉP.

¡Venturosa

Reunión ha sido!

POM. Lépido, lo espero.  
Convenidos estamos. Yo propongo  
Que este pacto se escriba y que se selle.

CÉS. Eso hay que hacer ahora.

POM. Pero antes  
De partir festejémonos y echemos  
Suertes á ver quién es el que principia.

ANT. Yo, Pompeyo.

POM. No, Antonio; echemos suertes;  
Mas último ó primero, tu exquisita  
Cocina egipcia llevará la palma.  
Al festejar allí decir he oído  
Que engordó Julio César.

ANT. Muchas cosas

Oíste.

POM. Fué cortés mi pensamiento.

ANT. Y con corteses frases expresado.

POM. Oílo, y además que Apolodoro  
Llevó.....

ENOB. Basta: es verdad.

POM. ¿Y qué? te ruego.

ENOB. En un colchón á cierta reina á César.

POM. Ya sé quién eres. ¿Cómo estás, soldado?

ENOB. Bien; y estaré mejor, porque percibo  
En lontananza cuatro fiestas.

POM. Deja

Que te estreche la mano. No te tuve  
Odio jamás. Te he visto en el combate,  
Y á tu conducta entonces tuve envidia.

ENOB. Nunca, señor, te quise mucho; pero  
Te he celebrado al merecer diez veces

Lo que he dicho de tí.

POM. Franqueza gastas,  
Y no te sienta mal.  
A todos os invito á mi galera.  
A bordo, pues, señores.

CÉS. }  
ANT. } Indica tú nuestro camino.  
LÉP. }

POM. Vamos.

(Vanse todos, menos Menas y Enobarbo.)

MEN.— (Aparte.) Nunca, Pompeyo, hubiera hecho tu padre este trato. Nos hemos visto antes de ahora.

ENOB.—Creo que en el mar.

MEN.—Sí, señor:

ENOB.—Te has lucido en el mar.

MEN.—Y tú en tierra.

ENOB.—Alabo á quien me alaba, pero no puede desconocerse lo que hice en tierra.

MEN.—Ni lo que hice yo en el mar.

ENOB.—Sí: algo debes desconocer en pro de tu propia seguridad. Fuiste gran ladrón por mar.

MEN.—Y tú por tierra.

ENOB.—Desconozco esos servicios terrestres. Pero dame tu mano. Tuvieran nuestros ojos autoridad, y podrían sorprender á dos ladrones que se besan.

MEN.—Las caras de los hombres no mienten, aunque hagan lo que hagan sus manos.

ENOB.—Pero no hay mujer hermosa cuya cara no mienta.

MEN.—No calumnies. Roba corazones.

ENOB.—Aquí vinimos á pelear contra vosotros.

MEN.—Por mi parte, lamento que haya terminado en festín. Pompeyo ha tirado su suerte por la ventana.

ENOB.—Pues no es fácil que la vuelva á encontrar.

MEN.—Es verdad. No esperábamos aquí á Marco Antonio. Di ¿se ha casado con Cleopatra?

ENOB.—Octavia se llama la hermana de César.

MEN.—Es cierto. Fué esposa de Cayo Marcelo.

ENOB.—Pero ahora es esposa de Marco Antonio.

MEN.—¿Cómo?

ENOB.—Es la verdad.

MEN.—De manera que César y él están ligados para siempre.

ENOB.—Si me obligaran á predecir acerca de esta unión, no profetizaría tal cosa.

MEN.—Páreceme que razones de política han influido en este enlace más que recíproco amor.

ENOB.—Créolo también, y ya verás que el lazo que aparentemente liga su amistad, será el que estrangule su cariño. Octavia es de constitución santa, fría y tranquila.

MEN.—¿Quién no quisiera mujer así?

ENOB.—Quien no tiene esas cualidades, como Marco Antonio. Volverá á su manjar egipcio, y entonces los suspiros de Octavia aumentarán el fuego en César, y, como he dicho, lo que parece fortalecer su amistad, será causa de su desunión. Antonio empleará su amor donde lo tiene puesto. Casóse sólo por su conveniencia.

MEN.—Puede que así suceda. ¿Vamos á bordo? Quiero beber á tu salud.

ENOB.—Responderé bebiendo á la tuya. Tenemos el gañote educado en Egipto.

MEN.—Vamos. (Vanse.)



## ESCENA VII.

Cercanías de Miseno.—A bordo de la galera de Pompeyo.

Música.—Entran dos ó tres SIRVIENTES y preparan un banquete.

SIRV. 1.º—Van á llegar. Pocas raíces tienen ya algunas plantas. El más leve viento las tumba.

SIRV. 2.º—Lépido tiene ya color.

SIRV. 1.º—Le hicieron beber sus sobras.

SIRV. 2.º—Mientras que unos á otros se punzan según su genio, él exclama: «Basta»; los reconcilia, y, al par, á sí propio bebiendo.

SIRV. 1.º—Pero aumenta la lucha entre él y su discreción.

SIRV. 2.º—Y todo por codearse con grandes hombres. Tanto vale empuñar una inútil varilla, como una tranca que no puede uno levantar del suelo.

SIRV. 1.º—Ser admitido en alta esfera y no brillar en ella, es como tener órbitas sin ojos, que sirven únicamente para desfigurar el semblante.

Música marcial.—Entran CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO, POMPEYO, AGRIPA, MECENAS, ENOBARBO, MENAS y otros capitanes.

ANT. (A César) Hacen esto. Calculan, por señales  
Que tienen sus pirámides, del Nilo  
La avenida, y conocen por la altura,  
O mucha, ó poca, ó media, si abundancia  
Tendrán ó carestía. Más promete  
El Nilo mientras más su cauce aumenta.  
Al descender, el labrador esparce  
Sobre aquel barro ó cieno el fértil grano  
Y muy pronto cosecha.

LÉP.—Tenéis ahí raras serpientes.

ANT.—Sí, Lépidó.

LÉP.—La serpiente de Egipto nace del limo por  
influjo del sol. Lo mismo que el cocodrilo.

ANT.—Sí tal.

POM.—Sentaos. Venga vino. ¡A la salud de Lépidó!

LÉP.—No estoy tan bien como debiera. Pero no es-  
toy fuera de mí.

ENOB.—Lo estarás hasta que duermas. Me temo que  
lo estarás hasta entonces.

LÉP.—Sí: ciertamente. He oído decir que las pi-  
rámides de Tolomeo son muy bella cosa. No cabe duda.  
Lo he oído decir.

MEN. (Aparte á Pompeyo.) Pompeyo, una palabra.

POM. (Aparte á Menas.) Dí al oído.

MEN. (Aparte á Pompeyo.)

Levántate, señor, yo te lo ruego,  
Y escucha una palabra.

POM. (Aparte á Menas.) Espera un poco.

¡A la salud de Lépido!

LÉP.—¿Qué clase de cosa es vuestro cocodrilo?

ANT.—Tiene idéntica forma á la suya, y tiene el ancho de su anchura. Tiene exactamente la altura que tiene, y se mueve con sus propios miembros. Vive de lo que come, y cuando se descomponen sus elementos transmigra.

LÉP.—¿Qué color tiene?

ANT.—Tiene su propio color.

LÉP.—¿Rara serpiente es!

ANT.—Verdad. Y húmedas son sus lágrimas.

CÉS.—¿Le satisfará esta descripción?

ANT.—Tras los briudis de Pompeyo, sí; si no es muy epicúreo.

POM. (Aparte á Menas.)

¡Vete al infierno! ¿Qué pretendes? Vete.

Haz lo que dije. ¿Dónde está esa copa?

MEN. (Aparte á Pompeyo.)

Recuerda mis servicios y oye atento.

Tu silla deja.

POM. (Aparte á Menas.) ¿Pero estás demente?

¿Qué ocurre, pues?

(Se levanta y se aparta en unión de Menas.)

MEN. (Aparte á Pompeyo.) Yo siempre á tu fortuna

Le he quitado el sombrero.

POM.

Me has servido

Con mucha fe. ¿Qué más?—Gozad, señores.

ANT.

Evita estas arenas movedizas,

Lépido, no te hundas.

MEN.

¿De este mundo?

Quieres tú ser señor?

POM. ¿Qué es lo que dices?

MEN. ¿Quieres tú ser señor del mundo entero?  
Y va de dos.

POM. ¿Y cómo?

MEN. Dí que aceptas,  
Y aunque soy pobre, te daré yo el mundo.

POM. ¿Habrás bebido bien?

MEN. No tal, Pompeyo.

Guárdeme de la copa. Si te atreves,  
Serás terrestre Jove. Cuanto abarca  
La mar y el cielo incluye llama tuyo,  
Si lo quieres.

POM. Enséñame el camino.

MEN. Ahora estos tres condueños de la tierra,  
Estos competidores, en tu buque  
Están. Me dejas que los cables corte;  
Y, hallándonos afuera, ¡á sus gargantas!  
Y todo es tuyo.

POM. ¡Así lo hubieras hecho

Y no lo hubieras dicho! Villanía  
Fuera en mí lo que en ti servicio fuera.  
A mi honor mi interés, tenlo sabido,  
Nunca arrastró. Mi honor es quien lo arrastra.  
Arrepiéntete, pues, de que tu lengua  
Traición tamaña hiciera á tus intentos.  
Sin conocerlos yo, ya ejecutados,  
Tal vez los aprobara; pero ahora  
Los debo condenar. Desiste y bebe.

MEN. (Aparte.) Pues siendo así,  
No seguiré de hoy más tu suerte aciaga.  
¡ Quien algo busca, y, dado, no lo toma,

No volverá á encontrarlo, de seguro.

POM. ¡A la salud de Lépido va el brindis!

ANT. A tierra conducidle. Yo respondo  
Por él, Pompeyo.

ENOB. ¡Por la tuya, Menas!

MEN. ¡Enobarbo, salud!

POM. Colmad las copas.

ENOB.—Hombre forzado es ése, Menas.

(Señalando á un sirviente que se lleva á Lépido.)

MEN.—¿Por qué?

ENOB.—Porque carga con la tercera parte del mundo. ¿No lo ves?

MEN.—Ebria está la tercera parte del mundo. ¡Así lo estuviera el mundo entero é iría rodando!

ENOB.—Bebe y aumenta el baile.

MEN.—Vamos.

POM. Aun no es este festín de Alejandría.

ANT. ¡Va madurando! ¡Eh! chocad las copas.  
¡A la salud de César!

CÉS. Deseara

Dejarlo ya. Trabajo monstruoso  
Es encharcar, lavándolo, el cerebro.

ANT. Sé de la actualidad.

CÉS. ¡Pues bueno! Bebe,  
Que yo responderé. Pero quisiera  
Ayunar por completo cuatro días,  
Y no beber de esta manera en uno.

ENOB. ¡A mi valiente Emperador! ¡Bailamos  
Ahora las Egipcias Bacanales  
Para animar nuestro festín?

POM. ¡A ello!

ENOB. Démonos, pues, las manos;  
 Música recia los oídos bata,  
 Y, al colocaros yo, cante el muchacho;  
 Y el estribillo cada cual repita  
 Con cuanta fuerza tenga en los pulmones.

(Música.—Enobarbo los coloca dándose las manos.—Canción.)

Venid, Baco, con párpados rojos,  
 Venid, rey gordinflón de la vid;  
 Vuestras cubas ahoguen enojos,  
 Nuestras frentes con uvas cubrid;  
 Y vino, al dar vueltas el mundo, suplid.  
 Y vino, al dar vueltas el mundo, suplid.

CRS. ¿Qué más quieres, Pompeyo? Buenas noches.  
 Hermano mío, vámonos te ruego;  
 Tanta frivolidad culpan ceñudos  
 Graves negocios que ocuparnos deben.  
 Señores, separémonos. Los rostros,  
 Como ya veis, tenemos encendidos;  
 Hasta el mismo Enobarbo tiene menos  
 Fuerza que el vino; y aun mi propia lengua  
 Entrecorta las frases. En payasos,  
 A poco más, la crápula nos torna.  
 ¿Decir más es preciso? Buenas noches.  
 Dame tu mano, Antonio.

POM. Ir con vosotros  
 Quiero á tierra.

ANT. Y lo harás. Dame tu mano.

POM. ¡Oh Antonio! tú la casa de mi padre  
 Posees. ¡Pero qué! ¡Somos amigos!  
 Vamos al bote.

ENOB. Cuida no te caigas.

(Vanse todos, menos Enobarbo y Menas.)

Yo á tierra no voy, Menas.

MEN. Por supuesto.

A mi cámara ven. ¡Estos tambores!

¡Las trompetas! ¡Las flautas!—¡Qué decías?

¡Que oiga Neptuno nuestro adiós sonoro!

¡A nuestros distinguidos compañeros!

¡Toquen! ¡Mal rayo los confunda! ¡Toquen!

(Clarines y tambores.)

ENOB. ¡Hola! digo yo. ¡Ahí va mi gorro!

MEN. ¡Hola! ¡Bravo capitán! Vamos. (Vanse).





---

---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Una llanura en Siria.

Entran VENTIDIO triunfante, SILIO, JEFES y SOLDADOS romanos. El cadáver de PACORO los precede.

VEN. Estáis heridos ya, flecheros partos,  
Y, propicia fortuna, de la muerte  
De Marco Craso el vengador me hace.  
Del hijo de su rey llevad el cuerpo  
Ante las tropas. Tu Pacoro, Orodes,  
Por Marco Craso este tributo paga.

SILIO. Noble Ventidio, en tanto que caliente  
Está tu hierro con partiana sangre,  
Sigue á los fugitivos á la Media,  
A la Mesopotamia, á las guaridas  
Donde van los que huyen, porque Antonio,  
Tu excelso capitán, triunfal carroza  
Te ofrezca y orne de laurel tu frente.

VEN. ¡Oh Silio! ¡Silio! con lo hecho basta.  
Un subalterno puede, tenlo en cuenta,  
Hacer en demasía; porque, Silio,  
Vale más—te conviene el aprenderlo—

Dejar de hacer, que demasiada fama  
 Ganar por arte propio, estando ausente  
 El que servimos. César, como Antonio,  
 Con sus subordinados más victorias  
 Que en persona ganaron. Su teniente  
 Mi precursor en Siria, fué un tal Sosio;  
 Y por rápido aumento de renombre,  
 Que en minutos ganó, perdió su gracia.  
 Quien hace más que el jefe en toda guerra,  
 Es jefe de su jefe; y del soldado  
 La virtud, la ambición, antes prefiere  
 Pérdidas á ganancias que lo eclipsen.  
 Hacer pudiera más en pro de Antonio;  
 Mas le ofendiera, y muerte en su disgusto  
 Mis hazañas tendrían.

SILIO. Tú, Ventidio,  
 Tienes lo que, faltándonos, apenas  
 Diferencia al soldado de su espada.  
 ¡A Antonio escribirás?

VENT. Humildemente  
 Le diré lo que hicimos con su nombre,  
 Mágica voz para la guerra; y cómo  
 Con su estandarte y bien pagadas tropas  
 Esa caballería de los Partos,  
 Jamás vencida, desbandar supimos.

SILIO. ¿Dónde está ahora?

VENT. Se encamina á Atenas,  
 Donde, con la premura que permita  
 El peso del botín que nos llevamos,  
 Precederle debemos. Adelante. (Vanse.)

## ESCENA II.

Roma —Antecámara de la casa de César.

Entran, encontrándose, AGRIPA y ENOBARBO.

AGRI. ¿Cómo? ¿Se han separado los hermanos?

ENOB. Ya terminaron con Pompeyo. Fuése.  
 Los otros tres sellan el pacto. Octavia  
 Llorando deja á Roma. César, triste,  
 Y Lépido, cual Menas asegura,  
 Desde la fiesta de Pompeyo tiene  
 Clorosis.

AGRI. ¡Noble Lépido!

ENOB. ¡Muy guapo!

¡Oh, cómo quiere á César!

AGRI. ¡Con qué extremo

Adora á Marco Antonio!

ENOB. ¡César! ¡Vaya!

¡Es Júpiter humano!

AGRI. ¡Pues y Antonio!

¡Dios de Júpiter es!

ENOB. ¿Hablas de César?

¡Cá! ¡Sin rival!

AGRI. ¿De Antonio? ¡El ave Fénix!

ENOB. Si á César quieres alabar, tan sólo  
 Di «César».

AGRI. De estupendas alabanzas

Ha saturado á entrambos.

ENOB. Pero quiere

A César más. No obstante, quiere á Antonio.

¡Oh, corazones, lenguas, cifras, bardos,  
 Escritores, poetas no podrían  
 Sentir, decir, sumar, cantar, rimar  
 Ni describir. ¡Huy! ¡su cariño á Antonio!  
 Pero tocante á César..... ¡de rodillas!  
 ¡De rodillas! Pasmaos.

AGRI. A ambos ama.  
 ENOB. Son sus antenas. Él su escarabajo.

(Clarines dentro.)

¡Hola! ¡A caballo! Adiós, amigo Agripa.,  
 AGRI. Buena suerte y salud, soldado insigne.

Entran CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO y OCTAVIA

ANT. No digas más.

CÉS. Me separas de parte de mí mismo.  
 Trátame bien en ella. Hermana mía,  
 Una esposa sé tú cual yo te juzgo.  
 Confirma cuanto dije en tu alabanza.  
 Antonio nobilísimo, este trozo  
 De virtud que cimenta y consolida  
 El edificio del cariño nuestro,  
 No se vuelva ariete que destruya  
 La fortaleza. Pues mejor sería  
 Haber hecho las paces sin su auxilio  
 Si ambos de modo igual no lo estimamos.

ANT. Con tal desconfianza no me ofendas.

CÉS. No digo más.

ANT. Por mucho que escudriñes,  
 Nunca causa hallarás á esos temores.  
 Los dioses, pues, te guarden; y propicio

- Todo romano corazón te sea!  
Aquí nos separamos.
- CÉS. Adiós, adiós, querida hermana mía,  
Los elementos todos te consuelen  
Y tu alma llenen de contento. Adiós.
- OCT. ¡Mi noble hermano!
- ANT. El Abril en sus ojos aparece.  
Es del amor la primavera, y éstos  
Los aguaceros son que la inauguran.  
Ten ánimo.
- OCT. A la casa de mi esposo  
Atiende tú solícito; y.....
- CÉS. ¿Qué, Octavia?
- OCT. Te lo diré al oído.
- ANT. Su lengua al corazón no se somete,  
Ni el corazón puede animar su lengua.  
Como el plumón del cisne á la crecida  
De la marea permanece inmóvil,  
Sin ir á lado alguno.
- ENOB. (Aparte á Agripa.) César llora.
- AGRI. (Aparte á Enobarbo.) Es nube.
- ENOB. (Aparte á Agripa.) Que en caballo es gran defecto,  
Y en un hombre también.
- AGRI. (Aparte á Enobarbo.) Oye, Enobarbo:  
Cuando Antonio vió muerto á Julio César  
De modo tal lloró que rebramaba;  
Y lágrimas vertió cuando en Filipos  
Vió el cadáver de Bruto.
- ENOB. (Aparte á Agripa.) En esos días  
Estaba resfriado. Lamentóse  
De lo que él mismo aniquiló gustoso.  
En ellas cree cuando yo llorare.

- CÉS. No, amada Octavia; nuevas á menudo  
Tendrás de mí. No ha de borrarte el tiempo  
De la memoria mía.
- ANT. Vamos, vamos.  
Mi amor intenso con el tuyo lucha.  
Mira: te tengo así; y así te dejo  
Y te entrego á los dioses.
- CÉS. Sé dichoso.  
Adiós.
- LÉP. Alumbren las estrellas todas  
Vuestra gloriosa senda.
- CÉS. (Besa á Octavia.) Adiós.
- ANT. Adiós.  
(Clarines dentro. Vanse.)

## ESCENA III.

Alejandría.—Habitación en el palacio de Cleopatra.

Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS y ALEXAS.

CLEO. ¿Dónde está ése?

ALEX. Teme presentarse.

CLEO. ¡Bah, ¡bah!

Entra el MENSAJERO.

Ven aquí tú.

MENS. Reina y señora,  
No se atreve ni Herodes de Judea,  
No estando satisfecha, á contemplarte.

- CLEO. Obtendré la cabeza de ese Herodes.  
Mas ¿cómo? ausente Antonio, ¿á quién podría  
Pedirsela? Aproximate.
- MENS. Señora.
- CLEO. ¿Á Octavia has visto?
- MENS. Si, mi excelsa Reina.
- CLEO. ¿Dónde?
- MENS. Señora, en Roma. Cara á cara.  
Entre su hermano y Marco Antonio iba.
- CLEO. ¿Tendrá, dí, mi estatura?
- MENS. No, señora.
- CLEO. ¿Habló? ¿Su voz es resonante ó débil?
- MENS. Hablar la oí, señora, y quedo habla.
- CLEO. Eso ya no va bien. Por mucho tiempo  
De ella no gustará.
- CARM. ¡Válgame Isis!  
¿Gustar de ella? ¡Imposible!
- CLEO. Yo eso digo,  
Carmia. ¡Débil de voz y aparranada!.....  
¿En su apostura hay majestad? Recuerda  
Qué es majestad, si majestad has visto.
- MENS. Se arrastra. Ya repose ó ya camine,  
Es igual. Tiene cuerpo, mas no vida.  
Es estatua más bien que ser viviente.
- CLEO. Pero ¿es verdad?
- MENS. Ó fáltame criterio.
- CARM. Cual él no hay tres que observen en Egipto.
- CLEO. Discretísimo es. Bien se conoce.  
¡Aun nada encuentro en ella! Juicio claro  
Tiene el hombre.
- CARM. Excelente.
- CLEO. Te suplico

Que calcules su edad.

MENS. Pues es viuda.

CLEO. ¡Viuda, Carmia!

MENS. Treinta me parece.

CLEO. ¿De su cara te acuerdas? Dime, ¿es larga  
Ó e onda?

MENS. Redonda y con exceso.

CLEO. Estas así, por lo común, son necias.  
¿Y su cabello qué color?

MENS. Castaño.

Y su frente más baja que querría.

CLEO. Ten oro para ti; y á mal no lles  
Mi aspereza anterior. Quiero emplearte  
Para volver allá. Te hallo muy apto  
Para el negocio. Alístate al momento.  
Mis cartas están prontas.

(Vase el Mensajero.)

CARM. ¡Hombre listo!

CLEO. Eslo en verdad, y me arrepiento mucho  
De haberle maltratado. Nada vale,  
Según él, yo diría, esa criatura.

CARM. Señora, nada.

CLEO. El hombre ha visto á veces  
Algo de majestad, y por lo tanto  
Debe diferenciar.

CARM. ¡Isis me valga!  
¿Si ha visto majestad á tu servicio  
Estando tanto tiempo?

CLEO. Todavía  
Tengo otra cosa más, querida Carmia,  
Que preguntarle. ¡Mas no importa! Puedes,



Adonde escriba, conducirle. Acaso  
Pueda arreglarse todo.

CARM. Si, señora,  
Lo garantizo yo.  
(Vanse.)

#### ESCENA IV.

Atenas.—Habitación en casa de Antonio.

Entran ANTONIO y OCTAVIA.

ANT. Octavia, no: no es eso solamente.  
Eso y mil cosas más de más momento  
Excusa tienen; pero nueva guerra  
Á Pompeyo declara, y ha leído  
Su testamento en público.  
Habla apenas de mí. Si precisado  
Á elogiarme se ve, pobres y frías  
Sus alabanzas son y mesuradas.  
Evita las mejores ocasiones  
De hablar en mi favor; y si lo hace,  
Lo hace á regañadientes.

OCT. Dueño amado,  
Todo no creas; pero sí es forzoso,  
Que no todo te enoje. No ha existido,  
Si os separáis, mujer más desdichada,  
Rogando por dos seres.  
De mí, sin duda, se reirán los dioses,  
Si « bendecid á mi señor y esposo »  
Es mi oración, que anulo cuando exclame :

« Bendecid á mi hermano ». « Esposo mío,  
Triunfa tú. » « Triunfa, hermano. » Mi plegaria  
Cancela mi plegaria. No hallo senda  
Entre estos dos extremos.

- ANT.** Tu cariño,  
Dulce Octavia, á ese punto te conduzca  
Que más lo ansía conservar. Si pierdo  
Mi honra, yo me pierdo, y más valiera  
Tuyo no ser, que serlo degradado.  
Mas sé la intermediaria, cual pretendes ;  
Y, mientras, preparándome á la lucha  
Esperaré á tu hermano. Cuando quieras  
Te puedes ir, y tus deseos cumples.
- OCT.** Gracias al dueño mío. Jove el fuerte,  
Por este débil, débil intermedio,  
Os concilie. Guerra entre vosotros  
Sería cual si el mundo se partiera,  
Y los que pereciesen rellenaran  
La sima con sus cuerpos.
- ANT.** Al conocer en donde el mal radica,  
Muestra allí tu disgusto. Nuestras culpas  
No pueden ser de tal manera iguales  
Que á tu cariño por igual conmuevan.  
A partir, pues. Tu séquito designa,  
Y de cuanto dinero se te antoje  
Dispón á tu placer.

(Vanse.)

## ESCENA V.

Atenas.—Otra habitación en casa de Antonio.

Entran, encontrándose, ENOBARBO y EROS.

ENOB.—¡Hola, amigo Eros!

EROS.—Extraordinarias noticias han llegado.

ENOB.—¿Cuáles, hombre?

EROS.—Que César y Lépido han declarado la guerra á Pompeyo.

ENOB.—Eso es ya sabido. ¿Cuál es el resultado?

EROS.—Que César, que utilizó á Lépido en la guerra contra Pompeyo, reniega ahora de su rival, y no le consiente participar de la gloria de la campaña. Y no contento aún, le acusa de haber escrito en otro tiempo cartas á Pompeyo, y en virtud de su propia autoridad lo prende. De modo que el pobre tercer triunviro está á buen recaudo hasta que la muerte ensanche su cárcel.

ENOB. Así, pues, sólo un par de mozos tienes,  
¡Oh mundo! Pero arroja tú entre ellos  
Cuanto alimento tengas, y no obstante  
Se morderán. ¿En dónde se halla Antonio?

EROS. Pasea así, por el jardín, y aparta  
A puntapiés el junco que le estorba.  
«¡Necio Lépido!» grita, y el gazzate  
Amenaza del jefe que á Pompeyo  
Asesinó.

ENOB. Nuestra imponente flota  
Está equipada.

- EROS.                                    Contra Italia y César.  
 Hay más, Domicio. Mi señor al punto  
 Quiere verte. Mis nuevas debería  
 Dejar para después.
- ENOR.                                    Quizás sea nada.  
 Pero está bien. A ver á Marco Antonio.
- EROS. Vamos. (Vanse.)

## ESCENA VI.

Roma.

Entran CÉSAR, AGRIPA y MECENAS.

- CÉS. Hizo en Alejandría menosprecio  
 De Roma. Aun más. Es esto lo ocurrido.  
 Sobre tribuna plateada, en sillas  
 De oro, Cleopatra y él aparecieron  
 En la pública plaza entronizados.  
 A sus pies Cesarión, al que apellidan  
 Hijo del padre mío, y la progenie  
 De ilegítimos hijos que engendrara  
 Desde ha tiempo de entrambos la lujuria.  
 A ella entrega el gobierno del Egipto;  
 Y de Siria inferior, de Chipre y Lidia  
 La hace absoluta reina.
- Mec.                                        ¡Pero esto  
 De una manera pública lo hace?
- CÉS. En la plaza de armas del ejido  
 Sus hijos proclamó reyes de reyes.

Dió á Alejandro la Armenia, Media y Partia,  
 Ha asignado la Siria á Tolomeo,  
 La Cilicia y Fenicia; y ella el traje  
 De diosa Isis se vistió ese día,  
 Y aseguran que así frecuentemente  
 Audiencias concedió.

MEC. Sépalo Roma.

AGRI. Que disgustada ya de esa violencia,  
 Su aprecio de él retirará.

CÉS. Ya el pueblo

Lo sabe, y de él recibe acusaciones.

AGRI. ¿A quién acusa?

CÉS. A César. Despojado

Sexto Pompeyo de Sicilia, dice

Que no le di su parte en esa isla.

Dice también que no he devuelto buques

Que él me prestó. Por último, se enoja

De que á Lépido hubiéramos depuesto

Del triunvirato, y siéndolo, que toda

Su renta me reserve.

AGRI. Contestarle,

Señor, es necesario.

CÉS. Ya está hecho,

Y al emisario despaché. Le digo

Que Lépido cruel en alto grado

Se mostraba; que abusos cometía

En su elevado puesto, y que era justo

Deponerle. Que en cuanto á darle parte

En mis triunfos, análoga demanda

Le hacía con respecto de la Armenia

Y de sus otros conquistados reinos.

MEC. A eso jamás accederá.

Cés. Por tanto,  
No accederé tampoco á lo que pide.

Entra OCTAVIA con su séquito.

Oct. Salud, César, señor, querido hermano.

Cés. ¡Que tenga que llamarte abandonada!

Oct. Ni me llames así, ni para ello  
Hay motivo.

Cés. ¿Por qué de esta manera  
Tan imprevista vienes? Cual la hermana  
De César, no: si cual mujer de Antonio,  
Precederte su ejército debía.  
Y mucho antes de llegar, relinchos  
De caballos debieran anunciarte.  
Del camino los árboles debieron  
De gentes ostentar grandes cosechas,  
Y estar la expectación desvanecida  
Por el ansia de ver lo que tardaba.  
Es más: hasta la bóveda celeste  
El polvo por tus tropas numerosas  
Levantado debiera haber subido.  
Mas cual moza al mercado á Roma llegas,  
Y que demuestre mi cariño ímpides,  
Que suele no apreciarse si se oculta.  
Por tierra y mar salieran á encontrarte,  
Y en cada sitio hubieras recibido  
Reiterado homenaje.

Oct. De este modo,  
Hermano, á presentarme no me obligan.  
Lo hago de propia voluntad. Mi dueño,  
Marco Antonio, al oír que te alistabas  
Para la guerra, á mi doliente oído

Todo comunicó. Pedile entonces  
Para venir su venia.

Cés. Que al instante

Concedió, porque obstáculo tú eras  
Entre él y su lujuria.

Oct. Tal no pienses.

Cés. De vista no lo pierdo. Con el aire  
Recibo nuevas de él. ¿Dónde se halla?

Oct. En Atenas.

Cés. No, hermana escarnecida;

Lo atrajo á sí Cleopatra con un gesto.  
Su imperio á una ramera ha regalado,  
Y para hacer la guerra solivianta  
A cuantos reyes en la tierra existen.  
Unido está con Boco, rey de Libia;  
Con Arquelao, rey de Capadocia;  
Con el de Paflogonia, Filadelfo;  
Con el de Tracia, Abdala; con Herodes,  
De Judea; con Malco, rey de Arabia;  
Con Mitrídates, rey de Comagene;  
Al rey del Ponto, á Polemón y á Amintas,  
Los reyes de la Media y Licaonia,  
Con otros muchos más que empuñan cetros.

Oct. ¡Desdichada de mí, que dividido  
Tengo mi corazón entre parientes  
Que luchan entre sí!

Cés. Sé bien venida.

Tus cartas detuvieron la ruptura,  
Hasta que vi cuán ultrajada estabas  
Y en qué peligro yo por confiado.  
Anímate, no dejes que te agobien  
Circunstancias que arrollan tu ventura

Con violencia cruel. Sin lamentarte,  
 Permite tú que su camino siga  
 Lo que tiene el destino prefijado.  
 A Roma bien venida. Nada existe  
 Para mí más querido en este mundo.  
 Aun más de lo que alcanza el pensamiento  
 Abusaron de ti. Los altos Dioses  
 Para vengarte buscan sus ministros  
 En mí y en todos los que amor te tienen.  
 Consuélate, y muy bien venida seas.

AGRI. Bien venida, señora.

MEC. Bien venida,  
 Oh señora, á quien ama y compadece  
 Todo pecho romano, y sólo Antonio,  
 Adúltero, repudia en el exceso  
 De su depravación, su poderío  
 Dando á una meretriz, que claramente  
 Lo usa en contra nuestra.

Oct. ¿Pero es cierto?

CÉS. Muy cierto es. Hermana, bien venida.  
 Ten paciencia, te ruego, amada hermana.

(Vanse.)

## ESCENA VII.

Campamento de Antonio en las inmediaciones del promontorio de Acco.

Entran CLEOPATRA y ENOBARBO.

CLEO. Me las vas á pagar, y no lo dudes.

ENOB. Pero ¿por qué, por qué, por qué?



- CLEO. Te opones á que yo vaya á la guerra,  
Y que no es conveniente has dicho.
- ENOB. ¡Vamós!  
¿Lo es? ¿Lo es?
- CLEO. Si no me lo prohíben,  
¿Por qué no hemos de estar aquí en persona?
- ENOB. (Aparte.) Si fuéramos, diría yo, á campaña  
Con yeguas y caballos juntamente,  
Los caballos de nada servirían,  
Y las yeguas irían con soldados  
Y caballos también.
- CLEO. ¿Qué es lo que dices?
- ENOB. Perturbarás con tu presencia á Antonio.  
De su cerebro y corazón y tiempo  
Robarás lo que ahora dar no debe.  
De ligero lo tachan, y ya en Roma  
Se dice que Totinos, un eunuco,  
Y que tus damas nuestro plan dirigen.
- CLEO. Húndase Roma y púdranse las lenguas  
Que de mí hablaren mal. Llevo mi parte  
En esta guerra, y pues presido un reino,  
En ella debo aparecer cual hombre.  
No hables en contra. Atrás no he de quedarme.
- ENOB. Serás servida. Se acabó. Se acerca  
Aquí el Emperador.

Entran ANTONIO y CANIDIO.

- ANT. ¿Extraordinario,  
Canidio, dí, nõ es que de Tarento  
A Brindis el mar Jónico tan pronto  
Cortasen y ganaran á Torune?  
¿Lo sabes ya, mi amor?

- CLEO. La diligencia  
A nadie admira más que al negligente.
- ANT. Buena amonestación, que cuadraría  
En el hombre mejor cual correctivo  
A la pereza. Yo, Canidio, quiero  
Luchar con él por mar.
- CLEO. Por mar. ¡Es claro!
- CAN. ¡Por qué tal cosa hacer?
- ANT. Porque me reta  
Así.
- ENOB. Del mismo modo que mi jefe  
A él lo ha retado á singular combate.
- CAN. Es verdad. Y citástele á Farsalia,  
Donde lucharon César y Pompeyo.  
Vuestras proposiciones, que no eran  
En su ventaja, rechazó, no obstante,  
Como debes las suyas.
- ENOB. Nuestros buques  
No están bien tripulados. Por marinos  
Llevamos labradores y arrieros,  
Gente de leva. César en su flota  
Lleva los que lucharon á menudo  
Contra Pompeyo. Marineros buques  
Los suyos son; los nuestros son pesados.  
Rehusar el combatir por mar no afrenta,  
Si á combatir en tierra estás dispuesto.
- ANT. Por mar. Por mar.
- ENOB. Señor, por la ventana  
De esa manera arrojas tu pericia  
Militar, distraendo así á tus tropas,  
Casi todas de infantes veteranos.  
Desperdicias tu táctica famosa

Y abandonas los medios que afianzan  
El éxito; y, estando en lo seguro,  
Te lanzas al azar y á la ventura.

ANT. Yo lucharé por mar.

CLEO. Sesenta velas  
Tengo, y César mejores no las tiene.

ANT. Quemaremos los buques que nos sobran,  
Y con su complemento los restantes,  
Desde la punta de Accio batiremos  
A César al llegar. Mas si fallamos,  
Será por tierra entonces

Entra un MENSAJERO.

¿Qué te trae?

MENS. Cierta es, señor, la nueva. Está á la vista.  
César ganó á Torune.

ANT. ¿Pero está allí en persona? No es posible.  
Raro es que allí su ejército se halle.  
Por tierra mandarás mis diez y nueve  
Legiones, tú. Dirige, tú, Canidio,  
Mis doce mil caballos. Yo, á mi buque.  
Mi Tetis, ven.

Entra un SOLDADO.

¿Qué ocurre, di, valiente?

SOLD. No luches en el mar. De viejas tablas,  
Oh Emperador insigne, no te fies.  
¿Dudas de esta mi espada y mis heridas?  
Que Fenicios y Egipcios se zambullan.  
Nosotros hemos conquistado siempre  
A pie y en tierra firme.

ANT. Bien, bien. Vamos.

(Vanse Antonio, Cleopatra y Enobarbo.)

SOLD. De fijo, voto á Hércules, que acierto.

CAN. Soldado, sí. Pero sus actos todos  
No de su propia voluntad emanan.  
Guiado quien nos guía, de mujeres  
Soldados somos.

SOLD. Pero dime, ¿es cierto  
Que la caballería y las legiones  
Mandas en absoluto?

CAN. Marco Octavio,  
Marco Justeyo y Celio se dirigen  
Con Públicola al mar, mas mando en jefe  
En tierra yo. La rapidez de César  
Excede lo creíble.

SOLD. En divisiones  
Tan pequeñas mandando fué sus tropas,  
Mientras en Roma estaba, que engañados  
Quedaron los espías.

CAN. ¿Su teniente  
Sabes quién es?

SOLD. Se dice que un tal Tauro.

CAN. Conozco al que mencionas.

Entra un MENSAJERO.

MENS. Á Canidio  
Llama el Emperador.

CAN. Preñado el tiempo  
De ocurrencias está, y á cada instante  
Algo va dando á luz.

(Vanse.)

## ESCENA VIII.

Llanura cerca de Accio.

Entran CÉSAR, TAURO, OFICIALES y otros.

CÉS.	Tauro.
TAUR.	Señor.
CÉS.	No atacarás por tierra. Ten unidas Tus tropas. No provoques la batalla Hasta que yo por mar haya acabado. No traspases las órdenes escritas En este rollo. La fortuna pende De este azar.

## ESCENA IX.

Otra parte de la llanura.

Entran ANTONIO y ENOBARBO.

ANT. A esa parte del monte colocados  
Queden los escuadrones. A la vista  
De las tropas de César. De ahí veremos  
Cuántos sus buques son, y cual convenga  
Podremos proceder.

Vase.)

## ESCENA X.

Otra parte de la llanura.

Entran CANIDIO marchando con su ejército, de una parte, y TAURO, el teniente de CÉSAR, con su ejército, de la otra. Después que llegan se oye el rumor de un combate naval. Tocan á rebato.

Entra ENOBARBO.

ENOB. ¡Ha terminado todo, todo, todo!  
Mirar más no he podido. La *Antoniada*,  
La Almirantesa egipcia y sus sesenta  
Buques, girando sus timones, huyen.  
¡Se me ardían los ojos de mirarlo!

Entra ESCARO.

ESCA. ¡Dioses y Diosas y su corte entera!

ENOB. ¿Qué te conmueve?

ESCA. Por ineptia pura  
Se pierde el trozo principal del mundo.  
Fuéronse á besos reinos y provincias.

ENOB. ¿La lucha cómo va?

ESCA. Por nuestra parte,  
Cual la lívida mancha que en la peste  
Nuestro próximo fin nos asegura.  
Esa libidinosa jaca egipcia  
¡Que la peste confunda! en el combate,  
Cuando ambas suertes eran aún gemelas,  
Iguales, ó mayor la nuestra acaso,

Siente la mosca como vaca en Junio,  
É iza velas y huye.

**ENOB.** Presenciélo,  
Y enfermaron mis ojos al mirarlo,  
Y ver no pude más.

**ESCA.** Virando ella,  
De su hechizo esa espléndida ruina,  
Antonio, bate sus marinas alas,  
Y cual imbécil ánade, la sigue,  
La lucha en lo mejor abandonando.  
Jamás he visto acción más vergonzosa:  
Ciencia, virilidad, honra, no han sido  
Así violadas nunca.

**ENOB.** ¡Qué desdicha!

Entra CANIDIO.

**CAN.** ¡Nuestra fortuna en mar perdió el aliento!  
¡Y tristemente acaba! Si cual antes  
Fué nuestro general hubiera hoy sido,  
Todo acabara en bien. ¡Ah! con su fuga  
Para la nuestra torpe ejemplo ha dado.

**ENOB.** ¡Conque andas por ahí? ¡Pues buenas noches!

**CAN.** Hacia el Peloponeso van de huida.

**ESCA.** La ruta es fácil, y esperar ahí puedo  
Lo que más tarde ocurra.

**CAN.** Mis legiones

Y mis caballos pasarán á César.  
Seis reyes ya me enseñan el camino,

**ENOB.** La herida suerte quiero todavía  
Seguir de Antonio, aunque en la faz el viento  
De la razón me sople.

(Vanse.)

## ESCENA XI.

Alejandría.

Habitación en el palacio de CLEOPATRA.

Entran ANTONIO y séquito.

ANT. ¡Escuchad! Que á pisarla más no torne  
 La tierra me prescribe. Se avergüenza  
 De sustentarme. Amigos, acercaos.  
 De tal manera se cerró mi noche  
 En este mundo, que la senda mía  
 Perdí ya para siempre. Tengo un buque  
 De oro lleno. Tomadlo, repartidlo  
 Y huid, y vuestra paz haced con César.

SÉQ. Huir! eso jamás.

ANT. Huí yo propio.

He enseñado á correr á los cobardes  
 Y la espalda á mostrar. Partid, amigos.  
 En cuanto á mí, propóngome una senda  
 Donde no necesito vuestra ayuda.  
 Idos. Tengo en el puerto mi tesoro.  
 Me sonroja mirar lo que he seguido.  
 Aun mis mismos cabellos se sublevan:  
 Temeridad mis canas achacando  
 A mis negros cabellos, y á ellas éstos  
 Cobardía y chochez. Amigos míos,  
 Idos al punto. Cartas para algunos  
 Amigos os daré, que vuestra senda



Os barrerán de obstáculos. Os ruego  
 Que ni estéis tristes ni os mostréis remisos.  
 Recoged la indirecta que proclama  
 Mi desesperación. A quien se olvida  
 De sí mismo olvidad. Derechamente  
 A la playa partid. Buque y tesoro  
 Allí hallaréis. Dejadme un rato, os ruego.  
 Os lo ruego, si tal. Hacedlo. ¡Es claro!  
 Perdí mi autoridad, y solamente  
 Rogar me corresponde. Hasta más tarde.

(Se sienta.)

Entra CLEOPATRA, conducida por CARMIA y EIRAS.  
 EROS siguiéndolas.

EROS. — Vé en su busca, señora, á consolarlo.

EIRAS. — Hazlo, querida reina.

CARM. — ¡Hazlo! ¿pues qué otra cosa?

CLEO. — Dejadme que me siente, ¡oh Juno!

ANT. — No, no, no, no, no.

EROS. — ¿Veis esto, señor?

ANT. — ¡Qué vergüenza! ¡qué vergüenza!

CARM. — ¡Señora!

EIRAS. — ¡Señora! ¡oh excelsa Emperatriz!

EROS. — Señor, señor.

ANT. Sí, señor mío, sí; allá en Filipos  
 Él esgrimió cual bailarín la espada,  
 Mientras que al seco y arrugado Casio  
 Hería yo. Y yo al demente Bruto  
 Llevé á su fin. Obraba él solamente  
 Por instinto. Ni práctica ninguna  
 el arte glorioso de la guerra  
 Tenía..... Mas ahora..... ¡Poco importa!

CLEO. ¡Ah!..... Separaos.

EROS. La Reina, señor, la Reina.

EIR. Vete hacia él, señora, á consolarlo.  
La vergüenza anonada su carácter.

CLEO. Iré, pues; ¡oh, sostenedme!

EROS. Alza, señor; la Reina se aproxima.  
Abatida, la muerte la amenaza.  
De consolarla su rescate pende.

ANT. A mi reputación ofensa hice.  
Apostasía vil.

EROS. Señor, la Reina.

ANT. ¿Dónde, Reina de Egipto, me has llevado?  
Mira tú cómo oculto de tus ojos  
Mi vergüenza, mirando á lo que dejo  
Detrás de mí, ruinas de mi honra.

CLEO. ¡Ah! dueño, dueño mío, á mis cobardes  
Buques perdona. Nunca imaginara  
Que tras ellos vinieras.

ANT. Bien sabías  
Que á tu timón con cuerdas amarrado  
Mi corazón, Reina de Egipto, estaba,  
Y que á remolque habías de llevarme.  
Conoces tu fatal supremacía  
Sobre mi alma. Que una seña tuya  
Me habría de atraer, y de los dioses  
La orden desoír.

CLEO. Perdón te pido.

ANT. Ahora es fuerza que humildemente trate  
Con ese mozo yo; que prevarique,  
Y que trampée con serviles trazas.  
Yo, que jugué con la mitad del mundo,  
É hice y deshice á mi placer fortunas.

Hasta qué extremo eras, bien te consta,  
Tú mi conquistador, y que mi espada;  
Por mi pasión entumecida, siempre  
Ciega obedecería.

**CLEO.** Perdón, perdón.

**ANT.** No viertas, te suplico,  
Ni una lágrima tú. Tan sólo una,  
Cuanto hay ganado y hay perdido vale.  
Dame un beso. Esto sólo me indemniza.....  
Hele enviado el preceptor. ¿Ha vuelto?  
Amor mío, me siento cual de plomo.  
¡Hola! ¡Vino vosotros! ¡Las viandas!  
Fortuna sabe que al pegar más recio  
Es cuando con más ganas la desprecio.

(Vanse.)

## ESCENA XII.

Campamento de César en Egipto.

Entran CESAR, DOLABELA, TIRREO y otros.

**CÉS.** Haced entrar de Antonio al emisario.  
¿Le conocéis?

**DOL.** Su preceptor es, César.  
Prueba de su plumaje el triste estado  
De sus alas mandar tan pobre pluma.  
No muchas lunas ha sobra de reyes  
Tenía de emisarios.

Entra EUFRONIO.

**CÉS.** Entra y habla.

**EUF.** Tal cual aquí me veis, me manda Antonio.  
 A sus actos ha poco tan ajeno  
 Era yo cual la gota de rocío  
 Que hay al amanecer sobre la hoja  
 Del mirto, al ancho mar de donde emana.

**CÉS.** Está bien. Tu mensaje.

**EUF.** Te saluda  
 Arbitro de su suerte, y que le dejes  
 En Egipto vivir. No concedido,  
 Este ruego restringe, y te suplica  
 Aire aspirar entre la tierra y cielo  
 En Atenas, cual simple ciudadano,  
 Esto respecto á él. Quanto á Cleopatra,  
 Acata tu grandeza, y se somete  
 A tu poder, y como gracia pide  
 Que de los Tolomeos la diadema  
 Concedas á sus hijos.

**CÉS.** Quanto á Antonio,  
 Sordos tengo á sus ruegos mis oídos.  
 A la Reina atención y buen deseo  
 No faltarán, con tal que del Egipto  
 Al despreciable amigo suyo arroje,  
 Ó le quite la vida. Si esto hiciere,  
 No en vano ha de rogar. Así respondo  
 A entrambos.

**EUF.** La fortuna te acompañe.

**CÉS.** A través de las líneas conducidle.

(Vase Eufronio.)

(Á Tirreo.)

De probar tu elocuencia es el momento.  
 Vé, de Antonio sepárame á Cleopatra;

A ella ofrece en mi nombre cuanto pida,  
 Y, de propia invención, añade ofertas.  
 En plenitud de dicha las mujeres  
 Fuertes no son; mas la penuria torna  
 Perjura á la vestal inmaculada.  
 Tu astucia á prueba pon, Tirreo. Dicta  
 Por tu trabajo tú la recompensa.  
 Ley será lo que pidas.

EUF. César, parto.

CÉS. Cómo soporta Antonio su desgracia  
 Observa, y juzga por sus actos todos  
 Cuál será su actitud.

EUF. Harélo, César. (Vanse.)

### ESCENA XIII.

Alejandro.— Habitación en el palacio de Cleopatra.

Entran CLEOPATRA, ENOBARBO, CARMIA y EIRAS.

CLEO. ¿Qué haremos, Enobarbo?

ENOB. Meditar y morir.

CLEO. ¿Tengo la culpa

De esto, ó la tiene Antonio?

ENOB. Sólo Antonio,

Que hizo de su razón rey su capricho.

¿Qué importaba que huyeras de la lucha

Donde entrambos contrarios se espantaban?

¿Que te siguiera necesario era?  
 La comezón de su cariño entonces  
 No debió hurgar su condición de jefe.  
 Cuando se hallaba medio mundo opuesto  
 Al otro medio, y sólo por su causa,  
 Era un oprobio, al par que su ruina  
 Seguir á tu estandarte fugitivo  
 Y dejar á sus naves asombradas.

CLEO. Calla te ruego.

Entran ANTONIO y EUFRONIO.

ANT. ¿Es esa su respuesta?

EUFR. Sí tal, señor.

ANT. Así, pues, tratará con cortesía  
 A la Reina con tal de que se preste,  
 A entregarme.

EUFR. Eso dice.

ANT. Que lo sepa.

Esta cabeza, ya canosa, envía  
 Al niño César. Tus deseos todos  
 Hasta los bordes colmará de reinos.

CLEO. ¿Mi dueño, esa cabeza?

ANT. Vuelve á verle.

Que de la juventud las frescas rosas  
 Le adornan, le dirás. Que el mundo espera  
 De él algo singular. Que su dinero,  
 Sus buques, sus legiones, de un cobarde  
 Pudieran ser. Que sus secuaces todos  
 De un rapaz al servicio lograrían  
 Lo que al mando de César. Por lo tanto,  
 Le reto á que (sus gayas preeminencias

Deponiendo en mi ocaso, y cara á cara,  
Me encuentre, hierro á hierro, los dos solos.  
Lo tengo de escribir. Vente conmigo.

(Vanse Antonio y Eufonio.)

ENOB. (Aparte.) Sí. ¡Fácil es! ¡El César prepotente,  
A despojarse va de sus ventajas  
Y á exhibirse en tablado, en competencia  
Con un espadachín! Se altera el juicio  
De los hombres al par de su fortuna.  
Lo eventual en la común ruina,  
Al carácter tras sí también atrae.  
¡Cómo soñar pudiera, viendo claro,  
Que César en su auge aceptaría  
Sus vaciedades! ¡Subyugaste, César,  
Aun su razón!

Entra un SIRVIENTE.

UN SIR. De César mensajero.  
CLEO. ¡Qué! ¡Sin más ceremonia? Damas mías,  
¡Ya veis! Ante la rosa marchitada  
Se tapan las narices, y de hinojos  
El capullo adoraron. Admitidle.

(Vase el Sirviente.)

ENOB. (Ap.) Yo y mi honradez á disputar comienzan.  
Suma lealtad para con necios hace  
De la fidelidad mera locura;  
Sin embargo, quien tiene en sí constancia  
Para seguir á su señor caído,

Conquista á aquel que conquistó á su amo,  
Y debe al fin hallar puesto en la historia.

Entra TIRREO.

CLEO. ¡Qué quiere César?

TIR. Sin testigos oye.

CLEO. No hay más que amigos. Con franqueza habla.

TIR. Pero amigos, quizá, también de Antonio.

ENOB. Tantos cual César tiene necesita,  
Ó no le hago yo falta. Si es que César  
Quiere, mi amo su amistad de un brinco  
Acogerá. Tocante á mí, soy siempre  
De quien él es; por tanto, soy de César.

TIR. Está muy bien. Reina famosa, escucha.  
César te ruega en estas circunstancias  
Que pienses que él es César solamente.

CLEO. Sigue. Nobleza regia.

TIR. Está seguro  
De que no por amor, sino por miedo,  
A Antonio te ligaste.

CLEO. ¡Oh!

TIR. Por lo tanto,  
Esas heridas que tu honra tenga  
Él compadece cual impuestas tachas,  
No merecidas.

CLEO. Dios es él, y sabe  
Lo que es verdad. Mi honor no fué cedido;  
Fué sólo conquistado.

ENOB. (Aparte.) ¡Por supuesto!  
Pero lo debe de aclarar Antonio.  
¡Señor, señor! Estás tan poco estanco,



Que es preciso dejar que te sumerjas.  
Quienes más has querido te abandonan.

(Vase.)

TIR. ¿Transmitir debo á César tus deseos?  
Porque casi suplica que le pidas;  
Complaciérase mucho que aceptases  
Su fortuna cual báculo. Su alma,  
Sin embargo, ardería satisfecha  
Si le dijese yo que, abandonando  
A Antonio, le tomabas por égida  
Como señor universal.

CLEO. ¿Tu nombre?

TIR. Es Tirreo mi nombre.

CLEO. Mensajero  
Gentilísimo, dile al magno César  
Que por ti beso su triunfante mano.  
Dile que á deponer me encuentre pronta  
Mi corona á sus pies y allí postrarme.  
Que de su aliento prepotente, dile,  
La suerte oiré de Egipto.

TIR. La más noble  
Senda tomas. Si juntamente luchan  
La discreción y la fortuna, y sólo  
Aquella hacer lo realizable osa,  
Y no más, no hay azar que la quebrante.  
Otórgame la gracia de que pueda  
Mi homenaje imprimir en esa mano.

CLEO. De vuestro César á menudo el padre,  
Mientras soñaba en conquistar el mundo,  
Lloviendo besos, estampó sus labios  
En ese mismo indigno sitio.

Vuelven á entrar ANTONIO y ENOBARBO

- ANT. ¡Ofrendas!  
 ¡Voto al tonante Júpiter! ¿Qué eres?
- TIR. Uno que sólo cumple los mandatos  
 Del hombre más cabal, y, al par, más digno  
 De que sean sus órdenes cumplidas.
- ENOB. (Aparte.) Te azotarán.
- ANT. ¡Venid aquí! ¡Vosotros!  
 ¡Sí, ave de rapaña! ¡Dioses! ¡Diablos!  
 ¡Mi autoridad se funde! Si gritaba  
 Ha poco «¡Eh!», como en tropel los chicos,  
 Reyes, apresurados, acudían  
 Hacia mí «¿qué queréis?» clamando á una,  
 ¿Oídos no tenéis? ¡Aun soy Antonio!

Entran SIRVIENTES.

- A este bribón llevaos y azotadlo.
- ENOB. (Aparte.) Vale más el jugar con un leoncillo  
 Que con león ya viejo agonizante.
- ANT. ¡Voto á la luna y á los astros todos!  
 Azotadle. Lo haría si de César  
 Los veinte principales tributarios  
 Fueran, viéndolos yo tan atrevidos  
 Con la mano..... de ésa aquí presente.  
 ¿Cuál es su nombre, ya que no es Cleopatra?  
 Azotadle hasta verle cual chicuelo  
 Hacer visajes, y que pida á gritos  
 Misericordia. Conducidlo fuera.
- TIR. ¡Marco Antonio!.....
- ANT. Arrastrando conducidlo.  
 Ya azotado, de vuelta aquí, traedlo.

Este hechura de César un mensaje  
Debe llevarle mío.

(Vanse los Sirvientes con Tirreo.)

Antes de verte yo, medio marchita  
Estabas. ¡Ahl! ¿Sin oprimir en Roma  
La almohada nupcial he abandonado,  
Y de prole legítima me abstuve,  
Y con mujer que es joya, para verme  
Burlado por quien mira á ganapanes?

CLEO. Dueño amado....

ANT. Mudable siempre fuíste;

Pero al endurecernos en el vicio,  
¡Oh desventura! nuestros ojos sellan  
Los sabios dioses. Nuestro juicio claro  
En nuestra propia podredumbre ahogan;  
Nuestro errores adorar nos hacen:  
Mientras, pavoneándonos, corremos  
A nuestra propia perdición, se rien.

CLEO. ¿A esto vino á parar?

ANT. Del muerto César,

En el plato vianda trasnochada.  
Te encontré; más aún, eras las sobras  
De Pompeyo, y demás horas candentes  
Que, acaso, tu lujuria excogitase  
Y la fama vulgar no ha registrado.  
Porque seguro estoy que, si adivinas  
Quizá lo que pudiere ser pureza  
No la conoces tú.

CLEO. Y esto ¿á qué viene?

ANT. ¡Permitir que un cualquiera que recibe  
Mercedes, y responde «Dios lo pague»,

Libertades se tome con tu mano,  
 Tan camarada mío, regio sello,  
 De nobles corazones garantía!  
 ¡Ay! Ojalá me hallase en la montaña  
 De Basán; rugiría con más fuerza  
 Qué el ganado cornífero. Salvaje  
 Causa tengo, y hablar con cortesía  
 Fuera el que el cuello que el dogal ajusta  
 Gracias diera al verdugo por su maña.

Vuelven á entrar los SIRVIENTES con TIRREO.

¿Lo han azotado ya?

SIR. 1.º Severamente,

Señor.

ANT. ¿Gimió? ¿Pidió perdón contrito?

SIR. 1.º Pidió misericordia.

ANT. Laméntese tu padre, si es que vive,  
 De que no fueras hija, y tú lamenta  
 Haber seguido á César en su triunfo,  
 Puesto que te azotaron por seguirle.  
 En lo futuro, si la blanca mano  
 De alguna dama fiebre te produce,  
 Tiembla de contemplarla. Torna á César.  
 Cuéntale tu acogida, y de decirle  
 Cuida que estoy con él harto enojado;  
 Pues altivo parece y desdefioso,  
 Al insistir en lo que soy ahora  
 Y no en lo que le consta que antes era.  
 Me irrita, y es muy fácil ahora hacerlo,  
 Pues los astros propicios que mis pasos  
 Guiaron antes, sus órbitas vacías  
 Han dejado, y su luz en el abismo

Del infierno sumergen. Si le enoja  
 Mi discurso y mis actos, le respondes  
 Que ahí tiene á Hiparco, que mi esclavo ha sido,  
 A quien puede azotar ó dar tormento,  
 Ó ahorcar á su placer como desquite.  
 Suplicaseló tú. Con tus azotes  
 De aquí apártate. Vete. (Vase Tirreo.)

CLEO. ¿Has acabado ya?

ANT. Sí. Nuestra luna  
 Terrenal se eclipsó, y anuncia sólo  
 De Antonio la caída.

CLEO. ¡Esperaremos!

ANT. ¿Para adular á César tus miradas  
 Cambias con uno que su veste abrocha?

CLEO. ¡No conocerme aún!

ANT. Para mí, yerto  
 Tienes el corazón.

CLEO. Amado mío,  
 Si fuere así, granizo el cielo engendre  
 Con ese yerto corazón, y nazca  
 Envenenado, y la primera piedra  
 Caiga sobre mi cuello y se derrita,  
 Mi vida disolviendo. La segunda  
 Alcance á Cesarión; y, así por grados,  
 De mis entrañas todos los recuerdos,  
 Y todos mis Egipcios valerosos,  
 Cuando de esta borrasca se derritan  
 Las niveas balas, insepultos yazgan  
 Mientras les den al devorarlos tumba  
 Las moscas y los cinifes del Nilo.

ANT. Me convences. Está en Alejandria  
 César, y allí yo me opondré á su suerte.

Nuestras tropas en tierra se han portado  
 Con gran valor. Nuestra dispersa flota  
 Se ha reunido otra vez, y marinera  
 Y amenazante va la mar surcando.  
 ¿En dónde estabas, corazón? ¿Lo oyes,  
 Querida mía? Si del campo torno  
 A besar esos labios nuevamente,  
 Tendrás que verme chorreando sangre.  
 Fama mi hierro y yo nos granjearemos.  
 Aún quedan esperanzas.

CLEO. ¡Ya eres tú, mi valiente dueño, el mismo!

ANT. Músculos triples, corazón y aliento  
 Tendré, y con furia lucharé, pues cuando  
 Mis horas eran prósperas y alegres  
 De mí solían rescatar su vida  
 Con una bufonada. Pero ahora  
 Apretaré los dientes, y al infierno  
 Arrojaré cuanto me estorbe el paso.  
 Vamos. Gocemos otra alegre noche.  
 Vengan aquí mis tristes capitanes;  
 Llenemos nuestras copas, la campana  
 Que anuncia media noche despreciando.

CLEO. Mi aniversario es hoy; pero creía  
 Deberlo celebrar humildemente.  
 Pero como mi dueño ya es Antonio.  
 Otra vez, yo también seré Cleopatra.

ANT. Aun saldremos en bien.

CLEO. Vengan los capitanes de mi dueño.

ANT. Sí tal. Les quiero hablar. Yo haré que el vino  
 Por sus heridas esta noche asome.  
 Mi reina, ven. Aun savia aquí persiste.  
 Cuando otra vez combata, que me ame

---

La muerte haré, porque luchar deseo  
Con su guadaña pestilente misma.

(Vanse todos, menos Enobarbo.)

**ENOR.** ¡Quiere afrontar al rayo! Enfurecerse  
Es traspasar amedrentado el miedo,  
Y en ese estado á la avestruz embiste  
La tórtola. Lo veo claramente.  
A expensas del cerebro se restaura  
De nuestro jefe el corazón. Bravura  
Que á la razón devora, el hierro engulle  
Con que pelea. Buscaré camino  
Para dejarlo ya.





---

---

## ACTO CUARTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Campamento de César en Alejandría.

Entran CÉSAR, leyendo una carta, AGRIPA, MECENAS  
y otros.

- CÉS.** Rapaz me llama; y, cual si de él pendiese  
Arrojarme de Egipto, me amonesta.  
Azota á mi emisario, y me provoca  
A singular combate.—Contra Antonio,  
César.—Pues bien; que sepa el rufianazo  
Que otros mil modos de morir tendría;  
Y, entretanto, me río de su reto.
- MEC.** Tenga presente César que si uno  
Tan grande se enfurece, es por hallarse  
Acorralado ya. Que ni respire.  
El partido mejor, de su delirio  
Ahora debes sacar. Buen centinela  
Nunca ha sido la furia de sí misma.
- CÉS.** Anúnciese á los jefes principales  
Que, de tantas batallas, la postrera

Mañana hemos de dar. En nuestras filas  
 Gentes bastantes hay que á Marco Antonio  
 Sirvieron poco ha, para que logren  
 Traerle prisionero. Que lo hagan,  
 Y obséquiese á la tropa. Nos hallamos  
 Con víveres ahora suficientes  
 Y el gasto justifican.—¡Pobre Antonio!

(Vanse.)

## ESCENA II.

Alejandro.— Habitación en el Palacio de Cleopatra.

Entran ANTONIO, CLEOPATRA, ENOBARBO, CARMIA,  
 EIRAS, ALEXAS y otros.

ANT. No se quiere oponer á mí, Domicio.

ENOB. No.

ANT. ¿Pero por qué no?

ENOB. Suerte mejor teniendo veinte veces  
 Considera que es veinte contra uno.

ANT. Soldado, lucharé por mar y tierra  
 Mañana.—He de morir, ó que reviva  
 Mi agonizante honor bañado en sangre.  
 ¿Te batirás tu bien?

ENOB. Acuchillando,  
 Gritaré «todo ó nada».

ANT. Muy bien dicho.  
 ¡Vamos! Haced que vengan mis sirvientes.  
 Abundante el festín será esta noche.

Entran varios SIRVIENTES.

Dame tu mano. Honrado siempre fuiste,  
Y tú, y tú, y tú, y tú, igualmente.  
Me habéis servido bien, y habéis llegado  
Con reyes á alternar.

CLEO. (Aparte á Enob.) ¿Pero qué es esto?

ENOB. (Aparte á Cleo.) Es uno de esos tiros caprichosos  
Que del alma dispara la desdicha.

ANT. Y eres honrado tú también. Quisiera  
Subdividirme en otros tantos hombres  
Como vosotros sois, ó que vosotros  
En un Antonio fuerais transformados  
Para serviros yo, como servido  
Me habéis á mí.

SIRV. ¡No lo permita el cielo!

ANT. Bien. Compañeros míos, esta noche  
Me serviréis.—No cercenéis mis copas,  
Y tratadme tan bien como en el tiempo  
En que mi imperio vuestro imperio era,  
Y á mí me obedecía.

CLEO. (Aparte á Enob.) ¿Mas qué quiere?

ENOB. (Aparte á Cleo.) Que lloren sus amigos.

ANT. Esta noche

Atendedme. Quizá la meta sea  
De los servicios vuestros. Es posible  
Que á verme no volváis, ó mutilada  
Sombra tal vez.—Mañana, por ventura,  
A otro amo serviréis. Ahora os contemplo  
Como el que dice «adiós.»—Yo no os despido,  
Amigos honradísimos: cual amo  
A quien atan servicios excelentes,

- Os conservo hasta el fin de mi existencia.  
 Servidme por dos horas esta noche.  
 No pido más. ¡Los dioses os lo paguen!
- ENOB. ¡Qué haces, señor? ¡A qué desconsolarlos?  
 Mira. Lloran; y yo, como un jumento,  
 En los ojos, también, tengo cebollas.  
 ¡Qué vergüenza! En mujeres no nos tornes.
- ANT. ¡Bah! ¡bah! ¡bah! Que conmigo carguen brujas  
 Si esa fué mi intención.—Divina gracia  
 Caiga donde esas gotas se vertieren.—  
 Cariñosos amigos, lo que os dije  
 En sentido harto triste habeis tomado:  
 Para animaros os hablé.—Pedíis  
 Que alumbraseis con teas esta noche.—  
 Sabed, queridos, que mañana espero  
 Salir en bien. Propóngome llevaros  
 Donde aguardo más bien gloriosa vida\*  
 Que morir con honor.—Con que ¡a la cena!  
 ¡Y ahoguemos reflexiones! (Vanse.)

### ESCENA III.

Alejandro.—Ante el Palacio de Cleopatra.

Entran dos SOLDADOS á hacer guardia.

- SOL. 1.º Hermano, buenas noches. Es mañana  
 El día.
- SOL. 2.º Debe ser el decisivo.  
 Pásalo bien. ¿No oíste por las calles  
 Algo extraño?
- SOL. 1.º No tal. ¿Qué es lo que ocurre?

SOL. 2.º Es un rumor tal vez. Muy buenas noches.

SOL. 1.º Muy buenas noches tengas.

Entran otros dos SOLDADOS.

SOL. 2.º Alerta, centinelas.

SOL. 3.º Y vosotros.

Buenas noches ten tú. Muy buenas noches.

(El 1.º y 2.º centinelas van á sus respectivos puestos.)

SOL. 4.º Aquí nosotros.

(El 3.º y 4.º centinelas van á sus puestos.)

Si mañana vence

Nuestra marina, confianza tengo

En que ha de resistir la gente en tierra.

SOL. 3.º ¡Bravo ejército es y está animado!

(Se oyen clarines bajo tierra.)

SOL. 4.º ¡Calle! ¿Qué ruido es ese?

SOL. 1.º ¡Escucha! ¡Escucha!

SOL. 2.º ¡Chis!

SOL. 1.º Música en el aire.

SOL. 3.º Bajo tierra.

SOL. 4.º ¿Es buen augurio, no?

SOL. 3.º No.

SOL. 1.º ¡Chito! digo.

¿Qué significa esto?

SOL. 2.º Que su amado

Dios Hércules á Antonio desampara.

SOL. 1.º Vente. A ver si los otros centinelas

Han oído lo mismo. (Van al otro puesto.)

SOL. 2.º ¡Hola, señores!

SOLDS. (Hablando á la vez.)  
 ¡Hola! ¡Hola! ¡No oís?  
 SOL. 1.º Sí tal. ¿No es raro?  
 SOL. 3.º ¿Lo oís, lo oís, señores?  
 SOL. 1.º Al rüido  
 Sigamos hasta el término del puesto  
 Para ver cómo cesa.  
 SOLDS. (Hablando á la vez.) Bien ¡Es raro! (Vanse.)

#### ESCENA IV.

Alejaundria.—Habitación en el Palacio de Cleopatra.

Entran ANTONIO, CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS  
 y acompañamiento.

ANT. Mi armadura. ¡Eros! ¡Eros!  
 CLEO. Duerme un rato.  
 ANT. No, pichona. ¡Eros! ¡Eros! Mi armadura.

Entra EROS con la armadura de ANTONIO.

Ven, buen amigo, vísteme mis hierros.  
 Si no nos favorece la fortuna  
 Este día, será por despreciarla.  
 ¡Vamos!

CLEO. Pues yo también quiero ayudarte.  
 ¿Para qué, dime, es esto?  
 ANT. ¡Quita! ¡Quita!

- Del corazón tú el escudero eres.  
 No va bien. No va bien. De esta manera.
- CLEO. Ten cachaza. Es así. Deja que ayude.  
 De esta manera es.
- ANT. Bien; Bien. Ahora  
 Triunfaremos. ¿Has visto, amigo mío?  
 Vé, ponte tu armadura.
- EROS. De seguida.
- CLEO. ¿No está esto, di tú, bien abrochado?
- ANT. Perfectamente bien. Perfectamente.  
 Quien esto desabroche, sin que sea  
 Por orden mía para hallar reposo,  
 Una tormenta oirá. Tú á tientas andas,  
 Eros; y más que tú la reina mía  
 Es hábil escudero para el caso.  
 Despacha tú. Pudieras, oh amor mío,  
 Hoy verme guerrear, y comprendieras  
 La regia ocupación, contemplarías  
 A un obrero.

Entra un CAPITÁN armado.

- Buen día. Bien venido.  
 Por tu semblante vese que conoces  
 Lo que es guerrera carga. Madrugamos  
 Para ir al trabajo que nos place,  
 Y á él vamos con deleite.
- CAP. Su armadura  
 Mil hay, señor, que tienen ya ceñida,  
 Aunque temprano sea; y en el puesto  
 Te aguardan.





## ESCENA V.

Clarines dentro.—Campamento de Antonio cerca de Alejandria.

Entran ANTONIO y EROS y un SOLDADO  
á su encuentro.

- SOL. Los dioses den feliz jornada á Antonio.  
 ANT. Tú y tus heridas ojalá me hubieran  
A batallar en tierra convencido.  
 SOL. Entonces esos reyes insurrectos  
Y el soldado que huyó por la mañana  
Pisaran todavía tus talones.  
 ANT. Esta mañana ¿quién se fué?  
 SOL. ¿Quién? Uno  
Muy próximo. Si llamas á Enobarbo  
No te oye, ó dirá, si es que responde,  
Desde el campo de César, «no soy tuyo».  
 ANT. ¿Qué dices tú?  
 SOL. Señor, que está con César.  
 EROS. Señor, no se ha llevado ni sus cajas  
Ni su tesoro.  
 ANT. ¡Fuése!  
 SOL. Fijamente.  
 ANT. Anda. Mándale al punto su tesoro,  
Eros. Nada retengas. Te lo encargo.  
Le escribirás, yo firmaré la carta.  
Con cariñosas frases le saludas :  
Dile que espero que jamás encuentre  
Para mudar de amo nueva causa.

¡Oh, mi mala fortuna ha corrompido  
A hombres de bien! No tardes ¡Enobarbo!

(Vanse.)

## ESCENA VI.

Clarines.—Campamento de César ante Alejandría.

Entran CÉSAR, AGRIPA, ENOVARBO y otros.

CÉS. Sal, Agripa, y comienza la batalla.  
Deseo que se coja á Antonio vivo.  
Hazlo saber.

AGRI. Queda á mi cargo, César. (Vase.)

CÉS. De paz universal llega el momento.  
Si es la jornada próspera, la oliva  
Verá medrar el tripartito mundo.

Entra un MENSAJERO.

MEN. Antonio está en el campo.

CÉS. En la vanguardia  
A Agripa dí que á los pasados ponga,  
Porque parezca que consigo mismo  
Gasta su furia Antonio.

(Vanse todos, menos Enobarbo.)

ENOB. Alexas desertó. Fuése á Judea  
Para asuntos de Antonio; mas persuade  
Al gran Herodes á que deje á Antonio,  
Su amo, y se incline á César. Su trabajo  
Pagó César ahorcándole. Canidio

Y los demás que se pasaron tienen  
Empleo, mas no inspiran confianza.  
He obrado mal, y me hallo tan contrito,  
Que para mí la dicha ha terminado.

Entra un SOLDADO de César.

SOL. Enobarbo, te manda tu tesoro  
Antonio, con regalos acrecido.  
A mi guardia llegó su mensajero,  
Y descargando allí se halla las mulas.

ENOB. Te lo doy.

SOL. Enobarbo, no te burles;  
Digo verdad. Hasta salir del campo  
Sé su salvoconducto. Me retiene  
Mi obligación, ó yo lo hubiera hecho.  
¡Tu Emperador un Jove siempre ha sido!

(Vase.)

ENOB. ¡Soy de este mundo el vil por excelencia!  
Y como yo ninguno lo conoce.  
¡Oh Antonio! ¡Mina de largueza! ¡Cómo  
Pagado hubieras mi leal conducta  
Si así con oro mis torpezas ornas?  
Mi corazón estallará con esto.  
Si mi viva aflicción no lo rompiere,  
Ganará á mi aflicción medio más vivo;  
Mas siento yo que mi aflicción me basta.  
¡Luchar yo contra ti! No; donde muera  
Voy á buscar un foso: el más inmundo  
Es el que cuadra á mi final de vida. (Vase.)

## ESCENA VII.

Campo de batalla entre los dos ejércitos.

Alarma. —Tambores y clarines.—Entran AGRIPA y otros.

AGRI. Retirémonos. Harto aventurado  
Hemos, y César sus trabajos tiene (Vanse.)

Alarma.—Entran ANTONIO y ESCARO herido.

Esc. ¡Oh, bravo Emperador! Esto ya es lucha.  
Hecho al principio fueran á sus casas  
Vendadas sus cabezas.

ANT. Sangre viertes.

Esc. Era una T la herida que tenía  
Y me la hicieron H.

ANT. A retirarte.

Esc. Los hemos de meter en las privadas:  
Para seis más rasguños tengo sitio.

Entra EROS.

EROS. Los vencimos, señor. Bella victoria.  
Nuestra ventaja proclamar debemos.

Esc. Vamos, pues, á mecharles las espaldas,  
Y, cual se cogen liebres, á atraparlos  
Por el cogote. Palos al que huye  
Agrada repartir.

ANT. Merece un premio  
Tu consuelo genial. Díez tu bravura.  
Conmigo, pues, venid.

Esc. Yo á pie cojito. (Vanse.)

## ESCENA VIII.

Bajo los muros de Alejandría.

Alarma.—Entran ANTONIO, ESCARO y tropa marchando.

ANT. Le hicimos retirar á sus trincheras.  
A anunciar á la Reina vaya uno  
Nuestras hazañas. Quedará vertida,  
Antes que el sol mañana pueda vernos,  
Esa sangre que ahora nos elude.  
Gracias á todos. Dura es vuestra mano.  
No cual se lucha por común motivo  
Habéis luchado. Cual si fuese vuestra,  
Como es mía la causa, guerreasteis.  
Héctores os habéis mostrado todos.  
Al volver, abrazad á las esposas  
Y á los amigos vuestros, y narradles  
Vuestras proezas, mientras ellas lavan  
Seca sangre con lágrimas de gozo,  
Y heridas nobles sanan con sus besos.  
Dame tu mano. (Á Escaro.)

Entran CLEOPATRA y acompañamiento.

Quiero tus hazañas  
Encomiar á esta gran encantadora,  
Para que, al darte gracias, te bendiga.

(Á Cleopatra.)

¡Oh luz del mundo! Mi ferrado cuello

- Circunda, y á pesar de mi coraza  
 Salta á mi corazón, ornada y todo,  
 Y cabalga, triunfante, en sus latidos.
- CLEO. ¡Oh rey de reyes! ¡Oh bravura inmensa!  
 ¡Sonriente del fiero lazo tornas  
 Que el mundo te tendió?
- ANT. Los rechazamos,  
 Mi ruiseñor, hasta sus mismos lechos.  
 Lo ves, chiquilla, aunque las canas ansien  
 Con mi pelo castaño entrometerse,  
 Un cerebro tenemos que alimenta  
 Estos nervios aún; y todavía  
 Puede á la juventud tener á raya.  
 Mira á este hombre. Tu graciosa mano  
 A sus labios confía. Dale un beso,  
 Guerrero mío. Combatió de modo  
 Hoy, que más bien á un Dios asemejaba,  
 Que, en odio al hombre, en esa forma hería.
- CLEO. Te voy á dar, amigo, una armadura,  
 Que á un rey perteneció, toda de oro.
- ANT. La ha merecido, aunque estuviese ornada,  
 Cual el carro de Febo, de carbunclos.  
 Tu mano dame. En marcha jubilosa  
 Vamos á atravesar á Alejandría,  
 Y los broqueles nuestros magullados,  
 Cual sus dueños lo están, exhibiremos.  
 Si en el palacio nuestro se pudiese  
 Alojarse este ejército, reunidos  
 Cenáramos, brindando porque sea  
 Día feliz mañana, que promete  
 Ser de peligros grandes. Trompeteros,  
 Con metálicos sonos los oídos

De la ciudad herid, y que á vosotros  
Se agregue el redoblar de los tambores,  
Y uniendo sus ruidos cielo y tierra,  
Nuestra llegada anuncien. (Vanse.)

### ESCENA IX.

Campamento de César.

Centinelas en sus puestos.

SOL. 1.º Si el relevo no llega en esta hora,  
Ir al cuerpo de guardia nos ordenan.  
Está clara la noche, y en batalla  
Entramos á las dos.

SOL. 2.º Para nosotros  
Mal día fué el de ayer

Entra ENOBARBO.

ENOB. ¡Oh, sé testigo,  
Noche tú!

SOL. 1.º ¿Qué hombre es ese?

SOL. 2.º Ponte cerca  
Y escuchemos.

ENOB. Testigo sé, bendita  
Luna, tú, cuando alcance á los traidores  
El recuerdo execrando de la historia,  
Que al mísero Enobarbo arrepentido  
Ante tu faz contemplas.

SOL. 1.º ¡ Enobarbo!

SOL. 3.º ¡Calla! Atención.

ENOB. ¡ Oh reina soberana

De la melancolía verdadera!

La humedad ponzoñosa de la noche

Derrama sobre mí, porque mi vida

Rebelde á mis deseos, no se apegue

Más tiempo á mí. Mi corazón arroja

Contra el vil pedernal de mi delito;

Pues se hará, seco con mi pena, polvo,

Y cesarán mis negros pensamientos.

¡Oh Antonio! Noble tú más que villana

Mi traición. Tú perdóname; tú solo.

Pero deja que el mundo me señale

Cual modelo de tráfugas y huídos.

¡Oh Antonio, Antonio! (Muere.)

SOL. 2.º Vamos. Le hablaremos.

SOL. 1.º Debemos escucharle. Lo que dice

Acaso puede interesar á César.

SOL. 3.º Hagámoslo. Mas duerme.

SOL. 1.º Ó se desmaya.

No es oración para dormir la suya.

SOL. 2.º Vamos á verlo.

SOL. 3.º Despertad. Habladnos.

SOL. 2.º ¡No nos oís?

SOL. 1.º La mano de la muerte

(Tambores dentro.)

Le ha alcanzado. Escuchad. Ya los tambores

Gravemente despiertán al dormido.

Hasta el cuerpo de guardia cargaremos



Con él. Este es un jefe. Nuestra guardia  
Terminó.

SOL. 3.º           Vamos. Puede que reviva.

(Vanse con el cadáver.)

### ESCENA X.

Terreno entre los dos ejércitos.

Entran ANTONIO y ESCARO con tropas marchando.

ANT. Hoy para el mar se alistan. No agradamos  
En la tierra.

Esc.               Señor, en ambas partes.

ANT. Ojalá pelearan en el fuego  
Ó en el aire, que allí los buscaría.  
Mas oye. En las alturas que circundan  
A la ciudad se quedarán conmigo  
Mis infantes. La flota la orden tiene  
Y del puerto zarpó. Ahora avancemos;  
Desde donde mejor veré su equipo  
Y observaré sus actos. (Vanse.)

### ESCENA XI.

Otra parte del mismo terreno.

Entran CÉSAR y sus tropas marchando.

Cés. Si es que por tierra nos atacan, firmes;  
Pero no atacarán, pues equipados

Con su gente mejor están sus buques.  
A la llanura, pues, y mantendremos  
Allí nuestras ventajas. (Vanse.)

## ESCENA XII.

Otra parte del mismo terreno.

Entran ANTONIO y ESCARO.

ANT. No han venido á las manos todavía.  
Veré desde ese pino cuanto ocurra,  
Y al punto te diré lo que es probable  
Que suceda. (Vase.)

Esc. Sus nidos golondrinas  
Han labrado en las naves de Cleopatra.  
Los agoreros dicen que no saben....  
Que no pueden decir..... pero, sombríos,  
Ni aun indicar sus pensamientos osan.  
Antonio ya se abate, ya se anima;  
Y, por arranques, su mudable suerte  
Le concede esperanzas ó temores  
Con lo que tiene y tuvo

Rumor de combate naval lejano.—Vuelve á entrar  
ANTONIO.

ANT. ¡Todo perdido está! La infame egipcia  
Me vendió. Se ha entregado al enemigo  
Mi flota y, arrojando los sombreros  
Al aire, allí, conjuntamente beben

Cual amigos ha tiempo separados.  
 ¡Tú, meretriz tres veces tornadiza!  
 ¡Eres tú, sólo tú, quien me ha vendido  
 A este novicio! y guerra te declara  
 A ti mi corazón únicamente;  
 Diles que todos huyan. Que, vengado  
 De la que me hechizó, termina todo.  
 Diles que todos huyan, y tú vete.

(Vase Escaro.)

¡Oh sol! ¡No he de tornar á ver tu aurora!  
 Antonio y su fortuna se separan :  
 ¡Aquí mismo las manos nos daremos!  
 ¿A esto vino á parar? Los corazones  
 Que siguieron mis pasos cual lebreles,  
 Cuyos deseos siempre satisface,  
 Se funden, derretidos en almíbar  
 Para el César en flor; y ya privado  
 De su corteza quédase este pino  
 Que á todos daba sombra. ¡Me vendieron!  
 ¡Hija falaz de Egipto! Fiero encanto,  
 Cuya guiñada provocó mis guerras  
 O mi brazo detuvo, cuyo seno  
 Fué mi diadema y mi suprema dicha,  
 Con trampas, cual gitana verdadera,  
 Me ha burlado, llevándome hasta el centro  
 De mi ruína. Eros, Eros. ¡Hola!

Entra CLEOPATRA.

¡Oh encanto, *vade retro!*

CLEO.

¡Por qué causa  
 Contra su amor mi dueño está enojado?

ANT. Disípate, ó te doy tu merecido  
Y el triunfo así de César desfiguro.  
Que te coja, y en peso te levante  
Mostrándote á la turba aclamadora  
Como el mayor oprobio de tu sexo.  
Sigue su carro. Exhibante cual monstruo  
A la gente menuda por ochavos,  
Y are tu rostro la paciente Octavia  
Con sus dispuestas uñas. (Vase Cleopatra.)

Bien en irte

Has hecho, si es, acaso, un bien la vida.  
Pero más te valiera de mi furia  
Víctima ser, porque una muerte sola  
Te evitaría muchas. ¡Hola! Eros.  
La túnica de Neso tengo puesta.  
Alcides, tú, mi antecesor, tu ira  
Concédeme. A los cuernos de la luna  
A Licás lanzaré con estas manos,  
Que empuñaron la maza más pesada.  
Subyugaré mi propio ser indigno.  
La bruja morirá. Logró venderme  
Al romano rapaz, y al plan sucumbo.  
Por ello debe de morir. ¡Eh! ¡Eros! (Vase.)

## ESCENA XIII.

Alejandro.— Habitación en el palacio de Cleopatra.

Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS y MARDIANO.

CLEO. Damas mías, valedme. Está furioso  
Cual Telamón por causa de su escudo,  
Y echando espumarajos cual si fuese  
Jabali de Tesalia.

CAR. ¡Al mausoleo!  
Allí enciértrate, y mándale recado  
Diciendo que expiraste. La grandeza,  
Cuando nos abandona, se desvía  
Con más violencia que del cuerpo el alma.

CLEO. ¡Al mausoleo! Le dirás, Mardiano,  
Que me he dado la muerte. Que mi boca  
La última voz que pronunció fué Antonio.  
Glosa eso tú con lamentosas frases.  
Te lo suplico. Vete, pues, Mardiano,  
Y sepa yo después de qué manera  
Ha tomado mi muerte. ¡Al mausoleo!

(Vanse.)

## ESCENA XIV.

Alejandría.—Otra habitación del Palacio.

Entran ANTONIO y EROS.

ANT. Eros, ¿me ves aún?

EROS. Sí, noble amo.

ANT. Contemplamos á veces una nube  
 Que parece un dragón; celaje á veces  
 Que es un león ó un oso, ó ciudadela  
 Turrifera, ó peñasco desmentido,  
 O dentellado monte, ó promontorio  
 Azulado y de árboles cubierto,  
 Que saludan al mundo, y que con aire  
 Los ojos nuestros burlan. Tú conoces  
 Los fenómenos esos que te indico.  
 Son los negros fantasmas de la tarde.

EROS. Sí, señor.

ANT. Lo que ves como caballo  
 Rauda la nube, cual pensar, desmiembra,  
 Haciéndolo indistinto como el agua  
 En el agua.

EROS. Es verdad.

ANT. Mi buen muchacho  
 Eros, tu jefe es hoy cual esa cosa.  
 Antonio aquí me ves; pero no puedo,  
 Muchacho, mantener forma visible.  
 Guerreé por Egipto, mas su Reina—  
 De cuyo corazón juzguéme dueño,

Pues dueña era del mío, que anexaba  
 Un millón más á sí cuando era mío  
 Y que he perdido hoy ya, sí, Eros, ella.  
 Hoy barajó las cartas en provecho  
 De César, trampeando porque triunfe  
 Un enemigo mío con mi gloria.  
 No llores tú, buen Eros, que yo mismo  
 Para acabar conmigo mismo basto.

Entra MARDIANO.

¡Oh, tu ama infame me robó mi espada!

MAR. Antonio, no. Te amaba mi señora.

Su suerte estaba con tu suerte unida.

ANT. Apártate, insolente eunuco. Calla.

Me hizo traición y morirá por ello.

MAR. Deuda es la muerte que una vez tan sólo

Se paga, y esa deuda satisfizo.

Lo que hacer pretendías, queda hecho.

Fueron sus frases últimas «Antonio,

Nobilísimo Antonio»; y, de repente,

Un grito de dolor en dos mitades

Partió de Antonio el nombre, dividido

Al ir del corazón hacia sus labios.

Murió, tu nombre sepultando en ella.

ANT. ¿Muerta, pues?

MAR. Muerta.

ANT. A desarmarme, Eros.

Terminé la tarea de mi día,

Y es preciso dormir.—Con irte vivo

Cobras con creces tu trabajo.—Vete.

(Vase Mardiano.)

Quita. Quítame esto. No valdria  
 Ni de Ajax el broquel de siete forros  
 Para parar del corazón los golpes.  
 ¡Pecho, pártete en dos! ¡Sé más robusto,  
 Corazón, que lo es lo que te guarda,  
 Y quebranta tu frágil envoltorio!  
 Pronto, Eros, pronto. No soy ya soldado.  
 Idos, trozos maltrechos, noblemente  
 Os he vestido. Déjame un instante.

(Vase Eros.)

Te alcánzaré, Cleopatra; y con mi llanto  
 Te pediré perdón. Hacerlo es fuerza.  
 Es la más leve detención tortura.  
 Pues se apagó mi antorcha, descansemos,  
 Y no andemos ya más. Todo trabajo  
 Desde hoy arruina cuanto emprende.  
 Sí; los esfuerzos entre sí se embrollan.  
 ¡A sellar, pues! Ya todo ha concluido.  
 ¡Eros!—Ya voy, querida reina.—¡Eros!  
 Espérate por mí.—Donde las almas  
 Se acuesten sobre flores, allí, unidas  
 Nuestras manos, iremos; y las sombras  
 Contemplanán nuestro animoso porte.  
 De menos echarán Dido y su Eneas  
 Su séquito. Será la corte toda  
 De nosotros no más.—¡Ven! ¡Eros! ¡Eros!

Vuelve á entrar EROS.

EROS. ¿Qué me quieres, señor?

ANT.

Desde la muerte  
 De Cleopatra he vivido en tal deshonra



Que los dioses detestan mi bajeza.  
 Yo, que con esta espada he dividido  
 Al mundo, y con mis naves hice pueblos  
 Sobre la verde espalda de Neptuno,  
 Tengo que confesar que de una hembra  
 El ánimo me falta, y que me gana  
 En magnanimidad, la que le dice  
 A César con su muerte: «Fuí yo sola  
 Quien me venció.»—Tú me juraste, Eros,  
 Que si el caso llegara—y ha llegado—  
 De verme yo al alcance inevitable  
 De la deshonra y del horror, que entonces,  
 Al mandártelo yo, me matarías.  
 Hazlo.—Llegó el momento.—No me hieres,  
 Es que de César triunfas.—Colorea  
 Tu mejilla.

EROS.                    ¡Defiéndanme los dioses!  
 ¿He de hacer yo lo que á Partianas flechas  
 Tino faltó para llevar á cabo,  
 Aunque enemigas?

ANT.                    ¿Quieres, por ventura,  
 En la gran Roma ver de tu ventana  
 A tu señor, cruzado así de brazos,  
 Doblando el cuello dócil, y el semblante  
 Por penetrante oprobio descompuesto,  
 Mientras que ante él rodando va la silla  
 De César victorioso que le pone  
 El competente sello á su bajeza?

EROS. Verlo jamás quisiera.

ANT.                    Ven, entonces.  
 Con una herida es fuerza que me cure.  
 Ese tu honrado acero desenvaina,

A tu patria tan útil en tus manos.

EROS. Perdóname, señor.

ANT. Cuando yo libre  
Te hice, ¿no me juraste que esto harías?  
Hazlo, pues, ya. Si no, cuantos servicios  
Me hiciste son casuales accidentes.—  
Desenvaina y acércate.

EROS. Ese noble  
Semblante, que es la luz del mundo entero,  
De mí oculta.

ANT. Pues mira.

EROS. Ya mi espada  
Desenvainada está.

ANT. Pues cumpla pronto  
Lo que, al desenvainarse, hacer le toca.

EROS. Mi amo querido, emperador y jefe,  
Antes de dar este sangriento golpe  
Deja que «adiós» te diga.

ANT. Queda dicho,  
Hombre....., y adiós.

EROS. Adiós, mi jefe excelso.  
¿Hiero ya?

ANT. Eros, ya.

EROS. Pues hecho queda.

(Cae sobre su espada.)

De esta manera evito la desdicha  
De dár la muerte á Antonio. (Muere.)

ANT. Tú, más noble  
Eres que yo tres veces. Tú me enseñas  
Lo que yo hacer debí, valiente Eros,  
Y tú hacer no pudiste.—Me aventajan

Mi Reina y Eros con lección tan digna  
 En patente nobleza.—Pero amante  
 De mi muerte seré, corriendo á ella  
 Como á lecho nupcial. Vamos. Termina  
 Tu amo en tu aprendiz.—Eros, tú fuiste  
 Quien esto me enseñó.

(Cayendo sobre su espada.)

• ¡Cómo! ¿No he muerto?  
 ¡No he muerto! ¡Centinelas! ¡Ah, matadme!

Entran DERCETAS y GUARDIAS.

G. 1.º ¿Qué ocurre?

ANT. Mal cumplí con mi tarea,  
 Amigos míos; acabad la obra  
 Que he comenzado yo.

G. 2.º ¡Se apaga un astro!

G. 1.º ¡Llegó á su fin el tiempo!

TODOS. ¡Qué desdicha!

ANT. ¡Aquel que más me quiera que me mate!

G. 1.º Yo no.

G. 2.º Ni yo tampoco.

G. 3.º Ni ninguno.

(Vanse los guardias.)

DER. Tu muerte y tu fortuna á tus amigos  
 Ahuyentan hoy de ti.—Mostrando á César  
 Esta espada y llevando esta noticia  
 Lograré su favor.

Entra DIOMEDES.

DIO. ¿Dónde está Antonio?

DER. Allí, Diomedes, allí está.

DIO. Dí, ¿vive?

(Vase Dercetas.)

¿Pero hombre no respondes?

ANT. ¿Ahí te hallas,

Diomedes?—Desenvaina el hierro tuyo,  
Y dame una estocada que me mate.

DIO. Mi ama Cleopatra á mi señor me envía.

ANT. ¿Cuándo, dí, te envió?

DIO. Señor, ahora.

ANT. ¿Dónde está?

DIO. Se encerró en su mausoleo;

Pero de lo que ocurre le ha asaltado  
Profético temor. Cuando, sin causa,  
La acusaste de estar ligada á César,  
Al ver que no cejabas en tu furia,  
Su muerte te anunció; mas, temerosa  
Después del resultado de ese aviso,  
A decir la verdad aquí me manda;  
Mas temo tarde,

ANT. Tarde, buen Diomedes.

Pero llama á mi guardia, te lo ruego.

DIO. ¡Llama el Emperador! ¡La guardia! ¡Hola!

¡La guardia! ¡Hola! ¡Llama vuestro jefe!

Entran algunos GUARDIAS.

ANT. Llevadme, amigos, donde esté Cleopatra;

Es el postrer servicio que os reclamo.

G. 1.º ¡Qué dolor, qué dolor para nosotros

El no haber tú, señor, sobrevivido

A todos estos fieles servidores!

Todos ¡Día funesto!

ANT.                               Vamos, camaradas,  
 No agasajéis á la áspera fortuna  
 Haciéndola gozar con vuestra pena.  
 A todo lo que venga á castigaros  
 La bienvenida dad. Se le castiga  
 Dándole, al parecer, poca importancia.  
 Llevadme. Muchas veces yo os conduje.  
 Cargad conmigo, amigos excelentes,  
 Y mis gracias por todo.

(Vanse, llevando á Antonio.)

## ESCENA XV.

Alejandro.—Un mausoleo.

Entran CLEOPATRA, CARMIA y EIRAS.

CLEO. ¡Ya, Carmia, no saldré más de este sitio!

CAR. Ama querida, cálmate.

CLEO.                               No quiero.  
 Bien venga lo espantoso y lo terrible.  
 Desprecio los consuelos. De mi angustia  
 La magnitud en relación se halla  
 Con el tamaño de su causa inmensa:

Entra, al pie del mausoleo, DIOMEDES.

Vamos, ¿ha muerto dí?



Mientras cuchillo, mientras droga ó áspid  
 Aguijón, ó virtud, ó filo tengan.  
 Tu esposa Octavia, de modestos ojos,  
 Y curioso ademán, al contemplarme,  
 No realzará su honra. Pero, vamos,  
 Antonio, vamos. Ayudadme, damas.  
 Fuerza es que subas. Ayudad, amigos.

ANT. ¡Oh pronto! ¡Que me muero!

CLEO. ¡Vaya un lance!

¡Cuánto pesa mi dueño! Se transforma  
 Nuestra fuerza en dolor y el peso acrece.  
 ¡Tuviera yo el poder de Juno excelsa,  
 Mercurio el de las alas vigorosas  
 De Júpiter al lado te asentara!  
 Pero ven. Poco á poco. Los deseos  
 Locos han sido siempre. Vamos. Vamos.  
 Vamos. Y ¡bien venido, bien venido!

(Suben á Antonio.)

Muere donde viviste. Cobra vida  
 Besándome. ¡Tuvieran estos labios  
 Esa virtud y así los consumiera!

Todos ¡Oh escena dolorosa!

ANT. Desfallezco,

Reina de Egipto, desfallezco. Vino,  
 Y permitidme hablar breves palabras.

CLEO. No. Deja que hable yo. Que escandalice

De tal manera, que esa falsa moza,  
 La fortuna, su rueda, enfurecida  
 Por mis injurias, rompa.

ANT. Dulce Reina,

Una palabra, escúchame. Recaba  
De César que tu honra se respete  
Y tu seguridad. ¡Oh!

CLEO. No van juntas.

ANT. Querida, escucha. Sólo en Proculeyo,  
De cuantos van en torno á César, fia.

CLEO. Sólo en mi decisión y manos fio,  
No en nadie en torno á Cesar.

ANT. De mi vida, que acaba, el triste cambio  
Ni llores, ni te aflija. El pensamiento  
Alegra con recuerdos al nutrirlo  
De mi anterior fortuna, cuando era  
El más excelso Príncipe, el más noble  
Que en el mundo existía. Torpemente  
No muero ahora, ni mi casco entrego  
A mi compatriota, cual cobarde.  
Romano, por romano fui vencido  
Con valor. Desvanécese mi alma.....  
No puedo más.....

CLEO. ¡Y tú morirte quieres?  
¿Tú, entre los hombres todos el más noble?  
¿Y he de quedarme en este triste mundo,  
Vil muladar, sin la presencia tuya?  
Damas mías, mirad,

(Antonio muere.)

Cómo se funde  
El remate del mundo.

¡Dueño mío!  
¡Oh dueño mío! Ya marchito yace  
El lauro de la guerra. Del soldado



Ya la estrella polar queda eclipsada.  
 ¡Niños y niñas, para el caso, tienen  
 Talla de hombre! ¡Lo sin par es ido  
 Ya para siempre, y nada extraordinario  
 Bajo la luna exploradora existe!

(Se desmaya.)

CAR. ¡Ah, cálmate, señora!

EIR. Muerta yace  
 Nuestra Reina también.

CAR. ¡Señora!

EIR. ¡Reina!

CAR. ¡Oh, señora, señora; oh, mi señora!

EIR. ¡Reina de Egipto, Emperatriz!

CAR. ¡Silencio;

Eiras, silencio!

CLEO. ¡Al fin, mujer tan sólo!

Y por las mismas míseras pasiones  
 Regida yo, que la infeliz que ordeña,  
 Ó cumple las haciendas más humildes.  
 Me corresponde á mí lanzar mi cetro  
 A la faz de los dioses que me ofenden,  
 Decirles que era igual mi mundo al suyo  
 Si robado mi joya no me hubieran.  
 Terminó todo. Resignarse es necio,  
 Y es de perro rabioso impacientarse.  
 ¡Ir á la oculta casa de la muerte  
 Es pecar, si la muerte no nos llama?  
 Mujeres, ¿cómo estáis? ¡Ah, vamos, vamos!  
 ¡Tened ánimo! Carmia, y bien, ¡qué es ello!  
 ¡Hijas mías! ¡mujeres! ¡ah! ¡mujeres!  
 ¡Ved! La lámpara nuestra se consume.

Se apagó. Tened ánimo, señoras.  
Enterrémosle; y luego, cuanto sea  
Noble, al par que animoso, cumpliremos  
A la romana usanza. De nosotras  
Haremos que la muerte se enamore.  
Venid, pues. De ese espíritu gigante  
Está ya yerto el envoltorio. Vamos.  
¡Damas! ¡Ah, damas! Réstanos por suerte  
Como amigo el valor y pronta muerte.

---

---

---

## ACTO QUINTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Campamento de César delante de Alejandría.

Entran CÉSAR, AGRIPA, DOLABELA, MECENAS, GALO,  
PROCULEYO y otros.

CÉS. Ve, Dolabela, y que se se rinda, dile:  
Dile que inútilmente el tiempo gasta  
En oponerse, estando tan vencido.

DOL. Lo haré, César. (Vase.)

Entra DERCETAS con la espada de Antonio.

CÉS. ¡Qué es eso! ¿Y tú quién eres  
Que de este modo presentarte osas?

DER. Yo me llamo Dercetas; y he servido  
Á Marco Antonio, digno, como nadie,  
De ser servido bien. Mientras estuvo  
De pie y hablaba, mi amo fué. Mi vida  
Entonces me sirvió para emplearla  
Contra enemigos suyos. Mis servicios  
Si quieres aceptar, seré con César  
Cual fui con él. Si no, toma mi vida.

- CÉS. ¿Qué dices?
- DER. César, ya no existe Antonio.
- CÉS. Al quebrantarse tan inmensa cosa  
 Más ruido hacer debía. Por las calles  
 De las ciudades la terráquea esfera  
 Debiera haber lanzado á sus leones  
 Y arrojado á sus cuevas á las gentes.  
 No es una muerte aislada la de Antonio:  
 Del mundo una mitad va con su nombre.
- DER. Ha muerto, y no por mano de verdugo  
 Ni alquilado puñal, César. La mano  
 Que con hazañas escribió su honra,  
 Con el valor que el corazón le daba,  
 Partió su corazón. Su espada es ésta.  
 Robésela á su herida. Ve: la tiñe  
 Su sangre nobilísima.
- CÉS. Lloradlo,  
 Amigos, y perdónenme los Dioses,  
 Pero noticia es ésta que inundara  
 Párpados regios.
- AGRI. Y es extraña cosa  
 Que la naturaleza nos obligue  
 Á lamentar premeditados actos.
- MEC. Sus faltas y sus méritos tenían  
 Compensación en él.
- AGRI. Alma más noble  
 Jamás timoneó la humana raza.  
 Mas, ¡Dioses justos! Concedéis vosotros  
 Faltas á veces para hacernos hombres.  
 Conmovido está César.
- MEC. Con tan grande  
 Espejo ante sus ojos, es preciso





## ESCENA II.

Alejandro.— Habitación en el mausoleo.

Entran CLEOPATRA, CARMIA y EIRAS.

CLEO. Vida mejor comienzo á ver ahora  
En mi desolación. El ser de César  
Vileza es. No siendo él la fortuna,  
De la fortuna es meramente el siervo.  
Ejecutor de su capricho. En cambio  
Es grande consumir lo que termina  
Todos los actos nuestros; lo que aherroja  
Lo accidental y lo mudable atranca.  
Que duerme y el pezón no paladea  
Que es nodriza de un César y un mendigo.

Entran á las puertas del mausoleo PROCULEYO, GALO  
y soldados.

PRO. Reina de Egipto, César te saluda;  
Y te suplica pienses de qué modo  
Tus pretensiones concederte puede.

CLEO. Tu nombre dí.

PRO. Me llamo Proculeyo.

CLEO. De tí Antonio me habló. Que en tí fiara  
Me dijo, pero, hablando con franqueza,  
No me agrada gran cosa que me engañen;  
Ni fiarme es preciso. Si tu amo  
Pretende que una reina pordioseé,  
Dile, que respetando su decoro,

La majestad, tan solamente un reino  
 Puede pordiosear: que si le place  
 Dar á mi hijo el conquistado Egipto,  
 Dándome de lo mío, de rodillas  
 Las gracias le daré.

PRO. Ten confianza.

En manos nobilísimas caiste.  
 Apela al amo mío, tan repleto  
 De generosidad, que se desborda  
 Sobre quien la reclama. Si permites  
 Que yo tu sumisión gentil le anuncie,  
 En él verás conquistador que ansía  
 Que la bondad le ayude en beneficio  
 De quien de hinojos le pidió clemencia.

CLEO. Dile que soy vasalla, te lo ruego,  
 De su fortuna, y dile que me obliga  
 Su grandeza actual; que sin descanso  
 Para saber obedecer me instruyo,  
 Y que verle quisiera cara á cara.

PRO. Se lo diré, señora. Cobra aliento,  
 Porque sé que lamenta tanta cuita  
 Aquel que la causó.

GAL. Mira que fácilmente se sorprende.

(PROCULEYO y dos soldados suben al mausoleo por medio de una escala colocada junto á una ventana; y, después de bajar, aparecen detrás de CLEOPATRA.—Uno de los soldados desatranca y abre las puertas.)

Guardadla hasta que César llegue. (Vase.)

EIR. ¡Oh, reina!

CAS. ¡Oh, Cleopatra! ¡Estás presa, Reina!

CLEO. ¡Pronto,

Pronto, mis nobles manos! (Sacando el puñal.)



- PRO. Tente, tente,  
Dignísima señora. (Desarmándola.)  
Daño alguno  
Te hagas. Protegerte he deseado  
Y no hacerte traición.
- CLEO. ¿Aun de la muerte  
Que de agonía priva al can?
- PRO. Cleopatra,  
Si te matas insultas de mi amo  
La generosidad. Que mire el mundo  
Patente su nobleza, que no sale  
Con tu suicidio á luz.
- CLEO. ¿Dónde te hallas?  
¡Oh muerte, ven, ven, ven: ven aquí mismo:  
Toma una reina, tú, que más que miles  
Recien nacidos y mendigos vale.
- PRO. ¡Oh! templanza señora.
- CLEO. Ni bocado  
He de probar, ni he de beber, y siendo  
Necesario hablaré de cosas vanas,  
A fin de no dormir. Este edificio  
Mortal, aunque haga César lo que quiera,  
Demoleré. Jamás habrán de verme  
Maniatada en la corte de tu amo,  
Ni aguantaré que ni una vez me insulten  
Los castos ojos de la necia Octavia.  
¿Yo permitir que en alto me encaramen  
Para exhibirme y soportar censuras  
En Roma de su turba clamorosa?  
Antes inmunda charca del Egipto  
Plácida sepultura me conceda,  
Antes, puesta desnuda sobre el fango

Del Nilo, moscardones me corrompan  
E inspire horror, ó, atada con cadenas,  
Sírname de patíbulo en mi patria  
Su más alta pirámide.

PRO. Sin tino  
Exageras horribles pensamientos  
Para los cuales, ya verás, que causa  
César no da.

Entra DOLABELA.

DOL. Ya, Proculeyo, sabe  
Mi amo, César, qué hiciste, y me ha ordenado  
Que te venga á llamar. Cuanto á la reina,  
Yo la custodiaré.

PRO. Con sumo gusto,  
Dolabela.—Con ella ten dulzura—

(A Cleopatra.)

A César le diré lo que me ordenes,  
Si gustas.

CLEO. Dile que morir deseo.

(Vanse Proculeyo y soldados.)

DOL. ¡Oh, noble Emperatriz! Habrás oído  
Hablar de mí.

CLEO. No sé.

DOL. Seguramente

Me conoces.

CLEO. No importa, caballero,  
Lo que haya oído ó sepa. ¿No te ríes  
Cuando sus sueños niños ó mujeres  
Te cuentan? ¡Dí, no es esa tu costumbre?

DOL. No te entiendo, señora.

CLEO. Yo he soñado  
Que hubo un Antonio Emperador ¡Qué diera  
Por otro sueño igual, y contemplara  
Su semejante!

DOL. Si me das permiso.....

CLEO. Era su rostro cual la faz del cielo  
Con su sol y su luna; que, en su curso,  
A esta tierra, ó minúscula, alumbraban.

DOL. ¡Nobilísimo ser!

CLEO. Sobre los mares  
Solía cabalgar. Su brazo enhiesto  
Del mundo fué cimera. Melodiosa,  
Cual la música acorde de los astros,  
Era su voz con los amigos suyos,  
Más retumbante trueno, si quería  
Amedrentar ó conmover al orbe.  
Invierno no tenía su largueza,  
Era otoño feraz, que más crecía  
Mientras más se segaba. Sus placeres  
Eran como delfines, sus espaldas  
Mostrándose en el centro en que vivían.  
Su séquito coronas y diademas;  
Monedas que caían de su bolsa,  
Eran reinos é insulas.

DOL. Cleopatra.

CLEO. ¿Piensas que hubo ó pueda haber un hombre  
Igual á ese de quien he soñado?

DOL. Gentil señora, no lo creo.

CLEO. Mientes  
Dé tal manera que te oirán los Dioses.  
Pero exista ó no exista quien yo digo

Las proporciones del soñar traspasa.  
 A la naturaleza materiales  
 Le faltan para entrar en competencia  
 Con la imaginación en raras formas;  
 Pero, si imaginaras á un Antonio,  
 De la naturaleza la obra misma  
 A todas tus imágenes ganara.

DOL. Escúchame. Tu pérdida es tan grande  
 Cual tú, señora, y te doblega en justa  
 Proporción con su peso. Nunca logre  
 Bien de que vaya en pos, si es que no siento,  
 Con el rebote de la tuya, pena  
 Que en su raíz el corazón me hiere.

CLEO. Muchas gracias. ¿Sabrás que se propone  
 César hacer conmigo?

DOL. Me es violento  
 Decir lo que quisiera que supieses.

CLEO. No tal.

DOL. Aunque él es noble.....

CLEO. ¿Me llevará en su triunfo?

DOL. Sí, señora.

Lo hará. Lo sé de fijo. (Clarines dentro.)  
 (Voces dentro.) ¡Plaza! ¡César!

Entran CÉSAR, GALO, PROCULEYO, MECENAS,  
 SELEUCO y acompañamiento.

CÉS. ¿En dónde está la reina?

DOL. Es el Emperador. Mira, señora,

CÉS. Alzate, no te quiero de rodillas;  
 Alzate, por favor, Reina de Egipto.

CLEO. Señor, así los dioses lo disponen:  
 A mi dueño y señor debo obediencia.

- CÉS. No te ofusquen penosos pensamientos.  
Esa serie de ofensas que me hiciste,  
Aunque escritas están en esta carne,  
Recordaré como al azar debidas.
- CLEO. Solo dueño del mundo, no me es dado  
Mi propia causa bosquejar de modo  
Que se comprenda claramente, pero  
Tengo que confesar haber cedido  
A las fragilidades que á menudo  
Fueron y son vergüenza de mi sexo.
- CÉS. Mis intenciones son paliar, Cleopatra,  
Y no agravar. Con aceptar mis planes,  
Para ti de lo más beneficiosos,  
Encontrarás ganancia en este cambio.  
Mas si ansias tú que de cruel me tachen,  
El camino de Antonio prosiguiendo,  
Frustrarás mis leales intenciones,  
Conduciendo á tus hijos á ruina,  
De la que yo los salvaré, fiando  
En mis intentos tú. Me voy, señora.
- CLEO. Te puedes ir, y por el mundo entero,  
Que tuyo es. A mí, blasón tan sólo,  
Signo no más de las conquistas tuyas,  
Colgarme puedes donde más te cuadre.  
Toma, señor. (Dándole un rollo.)
- CÉS. Dame consejos siempre  
En favor de Cleopatra
- CLEO. Nota es ésta  
Del dinero, la plata y de las joyas  
Que tengo yo, justipreciado todo;  
Excluyendo frioleras. ¡Tú, Seleuco!
- SEL. Aquí, señora, estoy.

- CLEO. Mi tesorero es éste. Que declare,  
A riesgo suyo, si algo he reservado  
Para mi. La verdad dirás Seleuco.
- SEL. Señora  
Estos labios sellar preferiría  
A decir lo que es falso, á riesgo mío.
- CLEO. ¿Qué he retenido yo?
- SEL. Lo suficiente  
Para poder comprar lo declarado.
- CÉS. No por eso, Cleopatra, te sonrojes,  
Que apruebo yo conducta tan discreta.
- CLEO. Contempla ¡oh César! Considera. ¡Y como  
La pompa atrae! Tuya es ya la mía.  
Mía fuera la tuya, si de estado  
Trocásemos los dos. De este Seleuco  
La ingratitud el juicio me trastorna.  
¡Esclavo vil, como el amor comprado  
Eres digno de fe! ¿Qué? ¿Te retiras?  
¡Harto has de retirarte, te lo juro,  
Pero te tengo de atrapar los ojos,  
Aunque tuvieran alas! ¡Desalmado!  
¡Siervo, vil, perro! ¡Monstruo de baja!
- CÉS. ¡Oh permíteme, reina, que suplique!
- CLEO. ¡Oh César! ¡Qué vergüenza tan punzante  
Que ante ti, que á venir aquí te dignas,  
Tus respetos de príncipe mostrando  
A ser tan abatido, mi sirviente  
Ponga en la cuenta de las faltas mías  
Lo que suman sus odios! Noble César,  
Dime: porque me hubiese reservado  
Algunas fruslerías femeniles,  
Bagatelas sin precio, baratijas

Que damos á los íntimos amigos;  
 O admitido que alguna que otra prenda  
 De más valor hubiere puesto aparte  
 Para Livia y Octavia, porque ansiara  
 Su mediación; ¿que me delate es justo  
 Uno á quien he criado? ¡Dioses, Dioses!  
 Esto el dolor de mi caída aumenta!  
 Vete, te ruego, ó mostraré rescoldos  
 De mi genio á través de las cenizas  
 De mi infortunio. Lástima tuvieras  
 De mí si fueras hombre tú.

CÉS. Seleuco,

Vete. (Vase Seleuco.)

CLEO. Sabedlo de una vez. Los grandes  
 Que por ajenas faltas mal juzgados,  
 Somos y que, al caer, con nuestros nombres  
 Hemos de responder de ajenas faltas,  
 Compasión merecemos.

CÉS. En la nota,  
 Cleopatra, no incluí de mis conquistas  
 Ni lo que declaraste ni guardaste:  
 Disfrútalo á tu antojo porque es tuyo;  
 Y no imagines mercader á César  
 Para contigo valorar las cosas  
 Que mercaderes venden. Cobra aliento,  
 Tu cárcel con ideas no te forjes.  
 ¡Ah, no, Reina querida! Yo quisiera  
 Tratarte como tú me aconsejaras.  
 ¡A comer! ¡A dormir! ¡Tal simpatía,  
 Tal lástima me causas, que te brindo  
 Con mi amistad..... y adiós!

CLEO. Señor y amo.

CÉS. No tal. Adiós.

Clarines. Vanse César y acompañamiento.

CLEO. Me adula, sí, me adula,  
Muchachas, con el fin de que no ostente  
Mi propia dignidad. Mas oye, Carmia.

(Habla al oído á Carmia.)

EIR. Señora, á terminar. La luz del día  
Acaba, y las tinieblas nos esperan.

CLEO. Ve y vuelve. Ya hablé yo. Todo está listo.  
Hazlo inmediatamente.

CAR. Sí, señora.

Vuelve á entrar DOLABELA.

DOL. ¿Dónde la Reina?

CAR. Mira. (Vase.)

CLEO. ¡Dolabela!

DOL. Señora, fiel al juramento mío,  
Que mi cariño en santa ley convierte,  
Te diré que proyecta su viaje  
César por Siria, y dentro de tres días  
Adelantarse harán á tí y tus hijos.  
Haz de esto el uso que te plazca. Cumplo  
Mi oferta y tu mandato.

CLEO. Dolabela,  
Te quedo agradecida.

DOL. Soy tu siervo,  
Reina querida. Adiós. Es necesario  
Que á César me reuna.

CLEO. Adiós, y gracias.

(Vase Dolabela.)



Ahora bien. Eiras, dí: ¿Qué te parece?  
 Como titere tú serás en Roma  
 Cual yo exhibida. Toscos menestrales,  
 De delantal mugriento, de martillo  
 Y cartabón, á sitio que se vea  
 Nos subirán. En su apestoso aliento,  
 Con su grosero régimen viciado,  
 Envueltas quedaremos, obligadas  
 A aspirar sus vapores.

EIR. ¡Dioses justos!

CLEO. Pues es seguro, Eiras. Insolentes  
 Lictores, como á torpes mujerzuelas,  
 Nos cogerán; poetastros chocarreros  
 Nos sacarán de tono con sus coplas;  
 Los improvisadores comediantes  
 Nos pondrán en escena, las orgías  
 Alejandrinas nuestras parodiando.  
 A Antonio harán aparecer beodo,  
 Y yo veré que con su voz chillona  
 Imita la grandeza de Cleopatra,  
 En actitud de meretriz, un niño.

EIR. ¡Oh justísimos Dioses! Es seguro  
 Que yo no lo veré, porque me consta  
 Que niñas tengo más fuertes que mis ojos.

CLEO. Sí. De ese modo chasquear podemos  
 Esos preparativos, y logramos  
 Anular tan absurdas pretensiones.

Vuelve á entrar CARMIA.

¡Hola Carmia! Vestidme, damas mías,  
 Como á una reina. Mis mejores galas  
 Aquí traed. Me voy de nuevo á Cidno,

A ver á Marco Antonio. ¡Pronto, Eiras!  
 Ahora, querida Carmia, acabaremos  
 De una vez. Terminada esta tarea,  
 Licencia te daré para que huelgues  
 Hasta el día del juicio. Mi corona  
 Has de traerme y todo. ¿Qué ruido  
 Es ese?

(Vase Eiras.—Ruido dentro.)

Entra un SOLDADO.

SOL. Es un paisano que no admite  
 Excusa y quiere veros en persona.  
 Son higos lo que trae.

CLEO. Dí que venga.

(Vase el soldado.)

¡Ah, cómo puede un mísero instrumento  
 Hazaña noble ejecutar! Me trae  
 La libertad. Estando decidida,  
 En mí ya nada de mujer persiste.  
 Mármol soy de los pies á la cabeza,  
 Y la inconstante luna desde ahora  
 Mi planeta no es.

Vuelve á entrar el SOLDADO con un RÚSTICO.

SOL. Mirad al hombre.

CLEO. Vete y déjalo aquí.

(Vase el soldado.)

¿Del Nilo traes el precioso áspid  
 Que mata sin dolor?

Rts.—Verdad que sí; pero no sería yo quien deseara que lo tocases, pues su mordedura es inmortal. Quienes de ella mueren, rara vez ó nunca sanan.

CLEO.—¿Recuerdas si alguno de ella ha muerto?

Rts.—De muchísimos; hombres y mujeres también. Ayer precisamente oí de una: era mujer honradísima, pero algo dada á mentir, á lo cual no debe darse mujer alguna como no sea por honesta causa; de cómo murió de la mordedura; del dolor que experimentó: verdaderamente, celebró mucho al bicho; pero quien crea todo lo que ellas dicen, no se salvará ni por la mitad de lo que ellas hagan. Lo que sí es cierto, es que el bicho es un bicho raro.

CLEO.—Vete. Adiós.

Rts.—Que os aproveche el bicho.

(Coloca en el suelo una cesta.)

CLEO.—Adiós.

Rts.—Tened en cuenta que el bicho hará de las tuyas.

CLEO.—Sí, sí. Adiós.

Rts.—Oíd. No se debe fiar el bicho sino á gente discreta, porque verdaderamente no es buen bicho.

CLEO.—No te apures. Se cuidará.

Rts.—Muy bien. No le déis de comer, os lo suplico, porque no vale la pena.

CLEO. ¿Me comerá á mí?

Rts.—No me creas tan necio que no sepa que ni el mismo diablo come á una mujer. Ya sé yo que la mujer es manjar para los Dioses, si no la adereza el diablo. Pero verdaderamente estos hi-de-tales de diablos hacen gran

daño á los Dioses en sus mujeres, porque de cada diez, los diablos echan á perder cinco.

CLEO. Está bien. Vete. Adiós.

RUS. Si tal. Que os aproveche el bicho: (Vase.)

Vuelve á entrar EIRAS con vestido, corona, etc.

CLEO. Mi veste. Colocadme mi corona.  
 Ansia de lo inmortal mi sér anima.  
 De las uvas de Egipto el dulce jugo  
 A humedecer no volverá mi labio.  
 Despáchate, Eiras mía. Presto. Presto.  
 Paréceme escuchar que llama Antonio.  
 Le veo incorporarse, y que celebra  
 Mi noble acto. Veo que se burla  
 Del éxito de César, que los Dioses  
 Para excusar su subsiguiente ira  
 Conceden á los hombres. Voyme, esposo.  
 Me da derecho á nombre tal mi brío.  
 Aire y fuego soy ya. Mis elementos  
 Restantes doy á vida más rastrera.  
 Bien. ¿Terminaste ya? Ven y recibe  
 El calor remanente de mis labios.  
 Adiós, mi buena Carmia. Para siempre,  
 Eiras, Adiós.

(Las besa. Eiras cae y muere.)

¿Está en mi labio el áspid?  
 ¡Caiste! Si de moño tan tranquilo  
 De la naturaleza te separas,  
 Es la muerte pellizco de un amante

Que duele y se desea. ¿Tan serena?  
Dices al mundo al irte de ese modo  
Que no merece que ni adiós le digan.

CAR. En lluvia disolveos, densas nubes,  
¡Para decir que hasta los Dioses lloran!

CLEO. ¡Esto me humilla!—Si ella ve primero  
Al crespo Antonio, nuevas al pedirle  
Él de mí, va á gastar el beso en ella  
Que es mi gloria obtener.—Ven, homicida,

(A un áspid que se aplica al pecho.)

Miserable. Este lazo complicado  
De mi existencia de una vez desata.  
¡Pobre necia criatura venenosa!  
Enfádate y despacha. Si pudieses  
Hablar, ¡cuánto gozara en que llamasen  
Al gran César estúpido y jumento!

CAR. ¡Oh, estrella del oriente!

CLEO. ¡Calla, calla!

¿No ves tú que mi niño el pecho toma  
Y adormece á su ama?

CAR. ¡Desfallezco!

CLEO. Dulcísimo cual bálsamo, apacible  
Como si fuese el céfiro, suave.....  
¡Oh, Antonio, pues también á ti te tomo!

(Aplicándose otro áspid al brazo).

¿A qué aguardo?..... (Muere.)

CAR. ¿Yo en este mundo vil? Con Dios te queda.  
Muerte, vanagloriate, posees  
Una moza sin par. Ahora cerraos,

(Cierra los ojos á Cleopatra).



El acto mismo que evitar querías  
 Miran tus ojos.  
 (Varias voces). Plaza, plaza á César.

Vuelven á entrar CÉSAR y acompañamiento.

- DOL. Señor, eres augur harto seguro.  
 Lo que temías hecho está.
- CÉS. ¡Burlado  
 Después de todo! Comprendió mis planes  
 Y siguió, como reina, su camino.  
 ¿De qué modo murieron? No parece  
 Que sangre dan.
- DOL. ¿El último que estuvo  
 Aquí quién fué?
- SOL. 1.º Fué un mísero labriego,  
 Que higos en una cesta le traía.
- CÉS. Envenenados.
- SOL. 1.º César. A esta Carmia,  
 Ha poco viva vi, de pie y hablando;  
 Y la ví que arreglaba la diadema  
 De su difunta ama. Temblorosa  
 Después anduvo, mas cayó de pronto.
- CÉS. ¡Noble debilidad! Si es que veneno  
 Tomado hubiesen, hinchazón externa  
 Debiera aparecer, pero dormida  
 Parece estar, cual si prender ansiara  
 De su gracia en las redes á otro Antonio.
- DOL. Una señal de sangre tiene el pecho,  
 Que hinchado está. Lo mismo tiene el brazo.
- SOL. 1.º Rastro es éste de un áspid, y estas hojas  
 Dé higuera baba tienen, como dejan  
 En sus cuevas los áspides del Nilo.

CÉS. Así quizá muriera, pues me dice  
Su doctor que infinitas experiencias  
Emprendió para hallar manera fácil  
De morir. A su lecho conducidla,  
Y á sus damas sacad del mausoleo.  
Quedará con Antonio sepultada,  
Y no se encontrará sepulcro alguno  
Que contenga pareja tan famosa.  
¡A herir sucesos tan notables vienen  
A quienes los causaron! Recordada  
Con lástima será su triste historia  
Cual la fama de aquel que los condujo  
A fin tan lamentable. Nuestra gente  
Acuda al funeral solemnemente,  
Y luego á Roma. Dolabela, cuida  
De dar al acto ostentación cumplida.

FIN DE ANTONIO Y CLEOPATRA.



**TIMÓN DE ATENAS**



---

---

## PROLOGO.

---

En la edición en folio de 1623 apareció LA VIDA DE TIMÓN DE ATENAS, obra que poco tiempo antes había sido registrada por la Compañía de Libreros de Londres.

Según Malone, fué escrito este drama en el año 1610, y no cabe duda de que, si no todo él, una gran parte al menos de esta extraordinaria producción literaria es de la última época de su insigne autor.

Luciano, en forma dialogada, escribió la historia de *Timón ó el Misántropo*, que, «antes rico y piadoso, y reducido después á la miseria y obligado á trabajar en el campo para procurarse el preciso sustento, deplora el abandono de Júpiter, que no castiga ya á los perjuros é ingratos, y se lamenta de la perfidia y falsedad de los que en los tiempos de bonanza se le vendían por amigos: Júpiter le oye, y, enterado por Mercurio del carácter bondadoso y exce'entes prendas de Timón, ordena que le sean devueltos sus perdidos bienes. Rico

otra vez Timón, hace firme propósito de no dejarse alucinar por las lisonjas de los aduladores, y se resuelve á vivir enteramente aislado, gozando á solas de su riqueza y huyendo de todo trato con los hombres, á quienes jura odiar y aborrecer toda su vida. Sabedores instantáneamente los amigos del cambio de fortuna de Timón, acuden presurosos á felicitarle, abrumándole con protestas de amistad y de cariño; pero él recibe á golpes á los primeros que se le presentan, y despide á pedradas á otra multitud que se le acerca en masa.»

Este es sustancialmente el argumento del diálogo de *Timón el Misántropo*, en el que son interlocutores, además de Timón, Júpiter, Mercurio, Plutón, La Pobreza y los falsos amigos de Timón, Gnatónides, Philiades, Demeas, Thrasicles y Blepsias.

Plutarco también, en su *Vida de Antonio*, se refiere á Timón en los siguientes términos: «Antonio, dejando la ciudad y la compañía de los amigos, se dispuso una habitación en el mar junto al Faro, por medio de una calzada que se prolongaba mar adentro, y se fijó allí separado del trato de los hombres, diciendo que se proponía imitar la vida de Timón, por haberle acontecido lo mismo que á éste, el cual, agraviado y mal correspondido de sus amigos, había llegado á desconfiar de todos los hombres, y á mirarlos con aversión. Timón era ateniense, y vivió por tiempo de la guerra del Peloponeso, como se colige de las comedias de Aristófanes y Platón, porque en ellas es satirizado como áspero y aborrecedor

de los hombres. Huía todo encuentro y trato con ellos, pero á Alcibíades, siendo todavía muy mozo y muy resuelto, le saludó y besó un día con grande empeño; y, como se admirase Apemanto y preguntara por qué lo hacía, Timón le dijo que amaba á aquel joven, porque veía que había de ser causa para los atenienses de muchos males. Si trataba con Apemanto, sólo era porque se le asemejaba é imitaba su género de vida; y, con todo, en una ocasión, celebrándose la solemnidad llamada «Coes», comieron juntos los dos, y, diciendo Apemanto, «bello convite es éste, Timón», «Si — respondióle Timón; — si tú no te hallaras en él.» Dicese que hallándose los atenienses en junta pública, subió un día á la tribuna, y fué grande el silencio y la expectación de todos por lo extraño del suceso; y él les dijo: «Tengo un solar reducido, atenienses, y allí hay una higuera de la que se han ahorcado muchos ciudadanos. Teniendo, pues, resuelto edificar en aquel sitio, me ha parecido conveniente daros público aviso para que si alguno de vosotros quiere ahorcarse, lo ejecute antes de arrancar la higuera.» Murió y fué enterrado en territorio de Hales, orilla del mar, que luego cubrió su sepultura, y la hizo inaccesible á los hombres. Había sobre ella esta inscripción:

«Yazgo aquí, despedida el alma triste.  
Mi nombre no diré, sí mi deseo:  
Perezcan malamente los malvados.»

Esta inscripción se achaca al mismo Timón, pero esta

otra, que es la que todos tienen de memoria, es de Dolimaco:

«Soy Timón el misántropo, ¿qué aguardas?  
Maldíceme á tu gusto cuanto quieras,  
Con tal de que te quites de delante.»

En varias colecciones de novelas de la época de Shakespeare se incluye la historia del misántropo griego y consta que Shakespeare conocía cuando menos una de estas colecciones, el *Palace of Pleasure*, de Painter, en donde se relata «la extraña y bestial naturaleza de Timón de Atenas, enemigo de la humanidad, con su muerte, entierro y epitafio». (Of the strange and bestial nature of Timon of Athens, enemy to mankind, with his death, burial and epitaph.)

La historia de Timón quizá se representara también en aquellos tiempos en el teatro inglés, pues existe una comedia que, por su estilo y por el carácter de la letra con que está escrita, parece ser de aquella época. En esta comedia hay un mayordomo, quien, como Flavio, trata de contener el despilfarro de su amo, y que, como él, fielmente lo sigue cuando sus aduladores lo abandonan. En ella ofrece Timón también un fingido banquete á sus falsos amigos; pero, en vez de arrojarles agua tibia, les arroja piedras pintadas que imitan alcahofas.

Es verdaderamente extraño que en la tragedia de Shakespeare uno de los convidados exclame después del insustancial festín que se les ha ofrecido y refiriéndose

á Timón: «Un día regala diamantes y al otro piedras», cuando en realidad no aparece que Timón hubiese apedreado á ninguno de sus comensales.

Vese, pues, que para escribir su *Timón de Atenas* Shakespeare tenía á la mano materiales en abundancia; y materiales que, acaso sin su consentimiento, se han introducido en su extraordinario drama.

A mi entender mucho hay en él que evidentemente no es de la pluma del que con tan hábil mano y tan inmenso vigor ha moldeado y dado vida á un carácter tan original y extravagante, y al propio tiempo tan comprensible y humano como el de su Timón.

Así, pues, algo de lo que afirma Knight con respecto á esta obra es, á juicio mío, hasta cierto punto verdad, aunque no se deba conceder todo lo que se desprende de las consideraciones que este crítico aduce en su famoso prólogo á esta rarísima producción dramática.

Ahora bien; aunque se admita que materiales espurios afean acaso la grandiosidad de esta tragedia, hay que reconocer que lo culminante de ella lleva el inimitable y conspicuo sello del gran dramaturgo.

Concédase en buen hora que el argumento de este drama le fuera sugerido á Shakespeare por el diálogo de Luciano, ó por las biografías de Plutarco, ó por la novela de Painter ó de otro autor cualquiera, ó por alguna comedia sobre este mismo asunto representada en el escenario de su época. Admítase que Shakespeare bebiera en alguna de estas fuentes ó en todas ellas para compo-

ner su drama, y también que algo de lo que no es suyo y acaso sin su voluntad se haya introducido subrepticamente por los cómicos de aquella época ó por algún otro intermedio en la rara producción, sin duda para afearla, el hecho es que el carácter de Timón en el drama de Shakespeare es en absoluto creación exclusivamente suya: característica producción de su genio colosal.

Timón aparece en el comienzo del drama como hombre de exquisita cultura y rara bondad, quien, por causa de sus grandes riquezas, de su elevada posición social y de su carácter noble y franco, sólo ha sentido el halago de los seres que lo rodean. Hombre de más corazón que cabeza, da sin discernimiento, y á manos llenas, á cuantos se le aproximan; lo mismo á sus parásitos ahitos y á cuantos le adulan y explotan, como Lucio, Lúculo y Sempronio, que á los verdaderamente necesitados ó leales amigos suyos, como Flavio y Alcibíades.

Al verse pobre y al disiparse la engañosa nube de adulator incienso que le hacía ver indistintamente, y acaso bellas, las deformidades morales de la sociedad en que vivía, su desilusión es tan completa, que instantáneamente contempla en torno suyo sólo horrores y fealdad, y su alma cándida y generosa, pero débil y enfermiza, falta de aquel ambiente artificial, que era para él el oxígeno de la vida, se exaspera y se ahoga en el aire para él mefítico de la sobria realidad.

La misantropía del Timón de Shakespeare se halla, hasta cierto punto, justificada, y no es ya ni el misán-



tropo egoísta que pinta Luciano, ni el ser que iba á festines, y hablaba en la pública plaza descrito por Plutarco, ni el Timón de «naturaleza bestial» de Painter, ni ningún otro Timón, sino el engendrado por la propia vigorosísima fantasía del más insigne analizador de las humanas pasiones que en el mundo ha habido.

En este drama, como en tantos otros de Shakespeare, aparecen varios tipos del carácter que se pretende hacer resaltar en la obra. No es sólo Timón el personaje de esta tragedia que se halla en lucha abierta con la sociedad. Preséntase también Alcibíades, que, ofendido por el Senado de Atenas, en vez de cumplir humildemente el destierro que aquel tribunal le impone, ó retirarse al campo y maldecir de los hombres, enciende la guerra civil, y, con las armas en la mano humilla á quienes le ofendieron.

Preséntase, además, Apemanto, hombre díscolo por naturaleza, que, sin motivo justificado, ostenta casi incomprendible odio hacia la humanidad, pero que, viviendo en el mundo y en contacto continuo con sus semejantes, sacia su vanidad de acrimonioso filósofo, murmurando sin cesar de los seres á quienes busca y de quienes recibe, aunque á regañadientes, humillantes beneficios.

El carácter de Timón en la obra de Shakespeare poco tiene de común, como va dicho, con el de los Timones de Luciano y de Plutarco, ó de las novelas y dramas de su tiempo.

Casi informes bloques, ó convencionales imágenes eran aquellas representaciones del misántropo Helénico. Estatua Fidiana es la maravillosa creación que el poeta insigne, con prodigioso cincel, modela y anima en su célebre drama.

Con el profundo conocimiento del corazón humano que caracteriza todas sus obras, el autor describe á su héroe como desconocedor en absoluto, al menos por experiencia propia, de las contrariedades que el mundo ofrece á la generalidad de los mortales. Nacido y criado en la opulencia, mimado y adulado de todos y por causa, tal vez, de su casi femenil sensibilidad, embriagado con los vapores enervantes de la adulación, cree á todos amigos desinteresados suyos. Superior á los demás quizá se considera, aunque cuida con su gentileza y dulzura de no ofender ni al ser más humilde. Imagínase por causa de sus cuantiosos bienes, que juzga inagotables, dispensador de la felicidad sobre la tierra; y la conciencia de su poderío, que blandamente ejerce, y de sus riquezas que á manos llenas, pero neciamente, distribuye, le satisface y enajena hasta el punto de hacerle derramar lágrimas de ternura pensando que puede hacer beneficios sin fin á todos los que considera queridísimos hermanos suyos.

Cuando su mayordomo le convence, no con escaso trabajo, de que su fortuna se ha disipado como el humo, apenas se abate su espíritu, pues cree que sus verdaderas riquezas yacen en el corazón de los seres á quienes con tan pródiga mano favoreció en sus tiempos de pros-

peridad, y que, si dinero á él le falta ahora, poseyéndolo ellos, rico es todavía, pues sólo tiene que anunciar lo que necesita para que todos se apresuren á remediar lo que él tan ampliamente supo remediar en todo el transcurso de su vida impróvida y fastuosa. Su desilusión, al convencerse de su yerro colosal, es tan grande que su alma se precipita de repente en la profunda sima de la desesperación, transformándose de un modo perfectamente natural aquella dulzura y benevolencia en furor descompasado, rayano de la locura.

Abandona entonces la sociedad de quien fué poco antes utilísimo idolo, y la execra y la maldice. No quiere ya aprovecharse de nada que deba, ni aun indirectamente, á sus semejantes; y ni vestidos, ni alimentos, ni hogar, ni bien alguno que del hombre emane acepta en su triste desesperación. De la feroz tormenta desencadenada en su mente herida, parten tremendos rayos que despiadadamente lanza sin distinciones ni salvedades á cuanto hay de humano en el mundo. Sus incesantes maldiciones son tan violentas y terroríficas, que infunden pavor irresistible en el ánimo, y formula sus espantosas imprecaciones con tanto vigor y con energía tanta que el desdichado y desilusionado Timón, convertido en incurable y feroz misántropo, deja de inspirar la lástima que inspira siempre la desgracia, y esa lástima llega casi en el alma del que escucha en boca humana tan fieros denuestos á transferirse á la mísera y débil humanidad tan tremendamente fustigada por aquel á quien des-

dichas y desengaños han convertido en implacable y vengativa fiera.

Timón, como pisada víbora, se revuelve contra la humanidad entera; la hiere con su lengua punzante y venenosa, y queda en absoluto vengado de la ingratitud con que le trataron sus falsos amigos.

¡Preciso es el genio de un Shakespeare para conseguir resultado semejante!

El hallazgo del nuevo tesoro, que otra vez lo enriquecía, no fué parte á calmar su concentrada ira. Conviene aquella alma noble, pero débil, de que las riquezas le sirvieron únicamente para fomentar el egoísmo humano, no sólo las desprecia, sino que las emplea ya en daño de sus odiados semejantes.

A manos llenas las reparte ahora como antes, pero entre meretrices para que perviertan y contaminen á los hombres, entre bandoleros para ayudarlos en sus nefandas empresas y para que se roben entre sí, y entre Alcibiades y su extenuado ejército para que ataquen desde luego y aniquilen á la odiada ciudad que le dió el ser.

Shakespeare, sin embargo, con ese finísimo instinto que lo distingue, hace ver que la furiosa locura de Timón no es tan profunda como parece á primera vista; y que, como es natural, no se ha apagado por completo en su alma la ingénita nobleza de su ser.

Al presentársele su buen mayordomo Flavio, y al convencerse el triste misántropo de que aquel hombre por lo menos es leal; de que deplora sinceramente las

desgracias de su amo querido; de que llora por ellas; y, al ver que trata de remediarlas á medida de sus alcances, vuelve por un momento á aparecer en escena el noble Timón de antes, que, enternecido, y arrepintiéndose acaso por un momento de sus incondicionales maldiciones, confiesa que hay un hombre honrado en el mundo; uno solo, excepción de la ley general que rige á sus aborrecidos semejantes.

Fiel á su carácter, y lógico, por lo tanto, en sus actos, entrega á su querido mayordomo todas las riquezas recientemente halladas, pero entendiéndose que las ha de disfrutar él solo, y que ni ha de hacer bien á nadie, ni ha de tener trato con hombre alguno; condiciones que probablemente conoce no ha de cumplir su sirviente leal, quien, por supuesto, inmediatamente las quebranta en su honrado afán de hacer feliz á su desventurado amo y amigo, pero inútilmente, pues la nueva filosofía del desesperado Timón se encierra en este círculo de hierro:

«El hombre ha de labrar sólo su fosa,  
Su salario, al morir, queda pagado.»

Y, por consiguiente, el suicidio es el término terrible, pero natural, de tan perturbada existencia.

Las biografías de los grandes genios, honra y prez de la humanidad que piensa, son, por lo común, menos luminosas y precisas que las de los seres que han sido azote y desdicha de las gentes.

Poco sabemos de la vida íntima de Dante, de Cervantes, de Shakespeare, y de muchos otros bienhecho-

res de la humana raza; pero ¿por ventura, en sus obras mismas no se hallan, hasta cierto punto, indicaciones, más ó menos claramente formuladas, que revelan los ocultos resortes de su íntimo ser?

Difícil tarea es (por lo común imposible), desentrañar de sus maravillosas producciones lo culminante de la vida de estos hombres eminentes, pero, á veces el carácter, las evoluciones del alma, por reservado y discreto que cada autor sea, tienen que dejar, forzosamente, acaso leves, pero indelebles huellas en sus manifestaciones literarias, científicas y aun artísticas.

Probablemente Shakespeare durante una época de su vida, quizá la época en que escribió su *Timón de Atenas*, sintió en su alma el inmenso desencanto que con tanta energía formuló en los dos últimos actos de este drama.

Probable es que también sintiera alguna vez el sombrío escepticismo de *Hámlet*. Probable también que experimentara en algún otro período de su vida el entusiasmo febril, empañado de melancolía, de *Romeo*, y probable que culminara en su existencia interna la resignación filosófica de  *Próspero*.

A mi entender, estos cuatro caracteres tienen absoluta correlación entre sí; y considero perfectamente natural que de un *Romeo* se evolucione un *Hámlet*, de un *Hámlet* un *Timón*, y de un *Timón* un  *Próspero*; y verdaderamente resulta rara coincidencia que el orden cronológico de los dramas en que se desarrollan estos caracteres corra paralelamente con el de su natural evolución.

## PERSONAJES.

---

TIMÓN, Noble ateniense.  
LUCIO,  
LÚCULO,  
SEMPRONIO. } Señores y aduladores de Timón.  
VENTIDIO, falso amigo de Timón.  
ALCIBÍADES, General ateniense.  
APEMANTO, Filósofo díscolo.  
FLAVIO, Mayordomo de Timón.  
UN POETA.  
UN PINTOR.  
UN JOYERO.  
UN MERCADER.  
VIEJO ATENIENSE.  
FLAMINIO,  
LUCILIO,  
SERVILIO. } Dependientes de Timón.  
CAPIS,  
FILOTO, } Dependientes de los acreedores  
FITO, } de Timón.  
HORTENSIO y otros.  
UN PAJE.  
UN BUFÓN.  
TRES CIUDADANOS.  
FRINE,  
TIMANDRA. } Queridas de Alcibíades.  
CUPIDO y AMAZONAS en la mascarada.

*Señores, Senadores, Jefes, Soldados, Bandidos  
y acompañamiento.*

---

Escena. Atenas y los bosques inmediatos.





---

---

## ACTO PRIMERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Atenas.—Palacio de Timón.—El patio.

Entran un POETA, un PINTOR, un JOYERO, un MERCADER  
y otras personas por distintas puertas.

POE. Buenos días.

PIN. Celebro verte bueno.

POE. Mucho tiempo hace ya que no te he visto.  
¿El mundo cómo va?

PIN. Se va gastando  
Mientras andando va.

POE. Sí: ya se entiende.

Mas ¿qué rareza ó cosa extraña ocurre  
Que á la diaria crónica aventaje?—  
¡Mira, mágico don de la largueza!  
¡Eres tú quien conjura estos fantasmas!—  
Conozco al mercader.

PIN. Conozco á entrambos.

El otro es un joyero.

MER. ¡Noble insigne!

- JOY. No caben dudas.
- MER. ¡Hombre incomparable!  
Es sólo la bondad lo que le alienta:  
Es por demás.
- JOY. Aquí traigo una joya.
- MER. Déjala ver. ¿Para Timón?
- JOY. Si acaso  
Pagare su valor; mas cuanto á eso.....
- POE. (Leyendo un manuscrito.)  
«Cuando por interés lo vil se alaba,  
Se enturbia el esplendor del verso fácil,  
Que debe sólo celebrar lo bueno.»
- MER. (Examinando la joya.)  
Buen corte.
- JOY. ¡Cosa rica! Ve qué luces.
- PIN. Algo compones que te tiene absorto.  
¿Por ventura será dedicatoria  
Al insigne señor?
- POE. Sin darme cuenta  
Se me escapó una cosa. La poesía  
Es cual la goma que del árbol mana.  
Fuego da el pedernal al golpearlo,  
Mas nuestra noble llama á sí se engendra,  
Y escapa cual corriente que se enoja  
Contra el estorbo. ¿Qué es lo que aquí tienes?
- PIN. Un cuadro es. ¿Tu libro cuándo sale?
- POE. De su dedicatoria á los talones.  
Veamos esa obra.
- PIN. La obra es buena.
- POE. Verdad. Esto resalta bellamente.
- PIN. Regular.
- POE. Admirable. Justifica

La bella ninfa estar de pie. Sus ojos  
Fuerza mental destellan. A estos labios  
El más profundo sentimiento mueve:  
Su mudo gesto interpretar es fácil.

PIN. Es exacta parodia de la vida.  
¿Te parece que bien está este toque?

POE. A la naturaleza sobrepuja.  
Hay lucha artificial más animada  
En estos toques que en la vida misma.

Entran y salen varios SENADORES.

PIN. ¡Cuál van tras de este noble!

POE. ¡Senadores de Atenas! ¡Cuán dichoso!

PIN. Aun más. ¡Mira!

POE. ¿Ves esta concurrencia, este torrente  
De visiteros? Pues presento á un hombre  
En mi obra en ciería, á quien el bajo mundo  
Abraza y colma de infinito halago.  
Mi libre pensamiento no se pára  
En lo particular: en mar de versos  
Va navegando, y nunca ni una coma  
De su curso envenena la malicia.  
Vuela, audaz, como el águila, y vestigios  
No deja de su rastro.

PIN. ¿Qué me quieres decir?

POE. Voy á explicarme.  
¿Ves cuál las clases todas, todo el mundo,  
Tanto los más amables y pulidos  
Como los más adustos y más serios,  
Respetuosos á Timón se ofrecen?  
Su gran fortuna, dependiente sólo

De su naturaleza bondadosa,  
 Aproxima, subyuga y esclaviza  
 A todo corazón á su cariño:  
 Desde el adulador de faz de espejo  
 Hasta Apemanto, quien con nada goza  
 Como goza injuriándose á sí propio.  
 Aun él mismo le dobla la rodilla;  
 Y si Timón le inclina la cabeza,  
 Rico se va.

PIN. Los vi que hablaban juntos.

POE. He imaginado hallarse la fortuna  
 Entronizada en bello y alto monte.  
 Agrúpanse en su base las virtudes,  
 Y todos esos seres que propagan  
 En el seno del mundo su grandeza.  
 Entre todos hay uno, cuyos ojos  
 Están clavados en la regia dama,  
 Y yo en él á Timón personifico.  
 Con marfileñas manos la fortuna  
 Lo llama á sí; favor que á sus rivales  
 Torna al punto en esclavos ó sirvientes.

PIN. ¡Bien concebido! La fortuna, el trono,  
 El cerro, y ese hombre predilecto  
 De entre todos los seres de ese llano,  
 Que inclina su cabeza á la montaña  
 Para trepar hasta obtener la dicha,  
 Se expresarian bien en nuestro arte.

POE. Permite que concluya. Quienes eran  
 Sus iguales, quizá sus superiores  
 Hace poco, sus huellas van siguiendo,  
 Su antecámara llenan, en su oído  
 Adoraciones murmuradas vierten,

Juzgan sacro su estribo, y hasta el aire  
Por medio de él respiran.

PIN. Bien. ¿Qué sigue?

POE. Cuando mudable la fortuna arroja  
De sí y despeña á su reciente amante,  
Todos esos secuaces, que á la cumbre  
De rodillas ó á gatas lo siguieron,  
Lo dejan resbalar, y ni uno solo  
Hay que en su retroceso lo acompañe.

PIN. Frecuentemente ocurre.  
Mil cuadros alegóricos comprueban  
Que esos rápidos cambios de la suerte  
Se pintan aun mejor que se describen.  
Mas haces bien, que así á Timón avisas  
Que más altos han visto humildes ojos  
Los pies que la cabeza. (Clarines.)

Entran TIMÓN y acompañamiento. Un CRIADO de Ventidio  
hablándole. LUCILO y otros SIRVIENTES los siguen.

TIM. ¿Que está preso?

SIR. Sí, señor. Cinco mil talentos debe.  
Cortos sus medios son. Sus acreedores  
Le apremian, y te pide que una carta  
A quienes causan su prisión escribas:  
Si no lo logra, su esperanza muere.

TIM. ¡El honrado Ventidio!—Bien.—Del gremio  
De esos no soy que á sus amigos dejan  
Cuando les son más útiles. Persona  
Muy digna es de un favor, y ha de obtenerlo.  
Sus deudas pagaré para librarlo.

SIR. Para siempre, señor, á ti lo ligas.

TIM. Dale memorias. Mandaré el rescate;  
Y cuando libre esté, que á verme venga.  
No es suficiente el amparar al débil;  
Hay que ayudarle luego. Adiós.

SIR. La dicha  
Por siempre te acompañe. (Vase.)

Entra un VIEJO ATENIENSE.

VIE. Una palabra,  
Señor Timón.

TIM. Dí, anciano, lo que quieras.

VIE. Tú tienes un criado que Lucilo  
Se llama.

TIM. Es cierto; ¿y qué?

VIE. Venga ese hombre  
Dignísimo Timón, á tu presencia.

TIM. ¿Se encuentra aquí presente ó no? ¡Lucilo!

LUC. (Adelantándose).

Aquí, señor, estoy para servirte.

VIE. Este, señor Timón, este individuo  
Suele de noche frecuentar mi casa.

Económico yo toda mi vida,

Lo que tengo merece un heredero

De mayor distinción que un limpiaplatos.

TIM. Bien: ¿qué más?

VIE. Una hija tengo sólo.

Ningún pariente más á quien podría

Dejar lo que poseo. La muchacha

Es hermosa, ya niña casadera,

Y la mejor educación le he dado,

Y á toda costa. La pretende este

- Criado tuyo, y yo, señor, te ruego  
 Que te unas á mí para prohibirle  
 Que la vea, pues yo le hablé ya en vano.
- TIM. Es un hombre de bien.
- VIE. Que continúe  
 Así, Timón, conviene. Recompensa  
 Es de sí misma la honradez: no es justo  
 Agregarle ni hija.
- TIM. Dí, ¿lo ama?
- VIE. Joven y tierna es. Nuestras pasiones  
 De otros tiempos nos dicen cuán ligera  
 La juventud procede.
- TIM. (Á Lucilo.) Tú ¿la amas?
- LUC. Sí, señor; y ella acepta mi cariño.
- VIE. Si falta mi permiso al casamiento,  
 ¡Juro á los dioses que heredero busco  
 Entre los más mendigos de la tierra,  
 Dejándola en total desheredada!
- TIM. ¿Cuánto le asignarías si marido  
 Aceptable encontraras?
- VIE. Tres talentos  
 De presente; después mis bienes todos.
- TIM. El caballero éste tiempo hace  
 Que me ha servido. Para hacer su suerte  
 Haré un pequeño esfuerzo. Entre los hombres  
 Es el hacerlo ley. Dale tu hija.  
 Yo haré que él equilibre el dote suyo,  
 Y de este modo pesarán lo mismo.
- VIE. De él es mi hija, si me juras eso,  
 Noble Timón.
- TIM. Mi mano. Te lo juro.
- LUC. Señor, humildes gracias. Yo declaro

Que ni riqueza ó posición alguna  
Tendré que no te deba.

(Vanse Lucilo y el viejo ateniense.)

- POE. (Presentando su poema.)  
Mi obra acepta, señor, y mucho vivas.
- TIM. Gracias. Ya nos veremos. No te vayas.  
¿Aquí, amigo, qué tienes?
- PIN. (Presentando un cuadro.) Un cuadrito,  
Que te suplico, gran señor, que aceptes.
- TIM. Bien venidos los cuadros. Un retrato  
Es casi el hombre natural, pues sólo  
Muestra su externa faz desde que trata  
Con su naturaleza la ignominia.  
Estas figuras son, ni más ni menos,  
Lo que pretenden. Cual verás, me gusta  
El cuadro tuyo. Aguárdate, que aviso  
Tendrás de mí.
- PIN. Los dioses te protejan.
- TIM. Caballeros, salud. Vengan las manos.  
Comeremos reunidos.—Esa joya  
A fuerza de apreciarla desmerece.
- JOY. ¡Cómo, señor! ¿ha sido despreciada?
- TIM. Hasta la saciedad enaltecida.  
Si como la apreciaron la pagase,  
Quedaría arruinado.
- JOY. La tasaron  
En su valor más ínfimo; mas cosas  
De esta naturaleza, con arreglo  
A sus dueños se estiman, como sabes.  
Tú la joya encareces al usarla.
- TIM. Te burlas bien.



MER. No tal, señor; es opinión de todos.  
Es lo que todos dicen.

TIM. ; Ved quien llega!

¿Queréis riña?

JOY. Sí tal: en tu compañía.

Entra APEMANTO.

MER. Él no perdona á nadie.

TIM. Bondadoso Apemanto, buenos días.

APE. Si aguardas á que sea bondadoso  
Para que yo te los devuelva, aguarda  
Hasta que seas de Timón el perro,  
Ó estos bribones gente honrada sea.

TIM.—¿Por qué bribones, di? Ni los conoces.

APE.—¿Atenienses no son?

TIM.—Sí.

APE.—Pues no me arrepiento.

JOY.—Apemanto, tú me conoces.

APE.—Sabes que te conozco. Te llamé por tu nombre.

TIM.—Eres soberbio, Apemanto.

APE.—De nada tanto como de no parecerme á Timón.

TIM.—¿Adónde vas?

APE.—A dejar sin sesos á un honrado ateniense.

TIM.—Morirás por esa hazaña.

APE.—Ciertamente, si no hacer nada merece la  
muerte.

TIM.—¿Te agrada este cuadro, Apemanto?

APE.—Su inocencia sobre todo.

TIM.—¿No ha trabajado bien el pintor?

APE.—Mejor trabajó quien al pintor hizo, y sin em-  
bargo, inmunda obra fué la suya.

PIN.—Eres un perro.

APE.—Tu madre es de mi ralea. ¿Qué será, si yo soy perro?

TIM.—¿Quieres comer conmigo, Apemanto?

APE.—No, yo no como señores.

TIM.—Si eso hicieras, enojarías á las damas.

APE.—Ellas sí que comen señores, y por ende en-gordan.

TIM.—Lascivo concepto es ese.

APE.—Si así lo entiendes, tómalo como premio.

TIM.—¿Te agrada esta joya, Apemanto?

APE.—Menos que recto proceder, que no vale un ochavo.

TIM.—¿Cuánto crees que vale?

APE.—Ni la pena de pensar en ello. ¡Hola, poeta!

POE.—¡Hola, filósofo!

APE.—¡Mientes!

POE.—¿No lo eres?

APE.—Sí.

POE.—Entonces no miento.

APE.—¿No eres poeta?

POE.—Sí.

APE.—Entonces mientes. Recuerda tu última obra, en la que imaginas que éste es un sujeto digno.

POE.—No lo he imaginado así; lo es.

APE.—Sí, digno de ti y de pagarte tu trabajo. Quien ama la adulación, es digno del adulador. ¡Que no fuera yo gran señor!

TIM.—¿Y qué harías, Apemanto?

APE.—Lo que Apemanto hace ahora; odiar á un gran señor con toda el alma.

TIM.—¿Cómo! ¿A ti mismo?

APE.—Sí tal.

TIM.—¿Por qué?

APE.—Por haber tenido el mal gusto de ser gran señor. ¿No eres tú mercader?

MER.—Sí, Apemanto.

APE.—Confúndate el comercio, si los dioses no.

MER.—Si lo logra el comercio, será por causa de los dioses.

APE.—¡El comercio es tu dios, y tu dios te confunda!

(Clarines dentro.)

Entra un SIRVIENTE.

TIM. Ese clarín ¿qué anuncia?

SIR. A Alcibíades y veinte caballeros  
Que lo acompañan.

TIM. Id á recibirlos,  
Y conducidlos luego á mi presencia.

(Vanse algunos sirvientes.)

Es necesario que conmigo comas.—  
Hasta darte las gracias no te ausentes.—  
Enséñame tu obra en cuanto acabe  
La comida.—Celebro mucho veros.

Entran ALCIBÍADES y su acompañamiento y SIRVIENTES.

Señor, muy bien venido. (Se saludan.)

APE. ¡Basta, basta!

¡Paralice un dolor á tan flexibles  
Coyunturas! ¡Que siendo tan escaso  
El cariño entre tanto amable tuno,  
Se prodiguen así las cortesías!  
La raza de los hombres se transforma  
En monazos y micos.

ALC. Señor, salvaste la impaciencia mía,  
Y sacio mi apetito al contemplarte.

TIM. Señor, muy bien venido. En diversiones  
Distintas un buen rato pasaremos  
Antes de separarnos. Entren, entren.

(Vanse todos, menos Apemanto.)

Entran dos SEÑORES.

SR. 1.º—¿Qué hora es, Apemanto?

APE.—La hora de ser honrado.

SR. 1.º—Siempre es la hora esa.

APE.—Tanto peor para ti que la desconoces.

SR. 2.º—¿Vas al festín de Timón?

APE.—Sí, para ver carne repletando á bribones y vino  
enardeciendo á necios.

SR. 2.º—Adiós, adiós.

APE.—Necio eres en decirme «adiós» dos veces.

SR. 2.º—¿Por qué, Apemanto?

APE.—Debías haberte quedado con un saludo, por-  
que no te lo pensaba devolver.

SR. 1.º—¡Anda y que te ahorquen!

APE.—Nada de lo que me digas haré yo. Suplica á  
tus amigos.

SR. 2.º—¡Vete, perro rabioso, ó te echaré á punta-  
piés.

APE.—Como perro, huyo de la coz del asno. (Vase.)

SR. 1.º En guerra abierta está con todo el mundo.

Vamos, vamos á entrar, aprovechando

De Timón la largueza. Sobrepuja

A la misma bondad.

SR. 2.º La desparrama.

Plutón, el dios del oro, es su intendente;

Recompensa el servicio que le hacen  
 En siete veces su valor. Recibe  
 Un regalo, y devuélvelo con creces  
 Al donador de inusitado modo.

Sr. 1.º Tiene el alma más noble que hombre alguno  
 Tuvo jamás.

Sr. 2.º Por luengos años viva  
 Prosperando. ¿Entraremos?

Sr. 1.º Soy contigo.

## ESCENA II.

Estrado en el Palacio de Timón.

Chirimías.—Tocan música animada.—Un gran banquete preparado.—FLAVIO y otros sirviendo.—Entran TIMÓN, AL-CIBÍADES, SENADORES, SEÑORES, y VENTIDIO.—Entra el último APEMANTO con aire torvo.

VEN. Noble Timón,  
 Recordando la edad del padre mío,  
 Los dioses decidieron conducirlo  
 A su descanso eterno.  
 Murió feliz, y rico yo he quedado,  
 Y, como justo es, agradecido  
 A tu alma generosa, estos talentos  
 Te devuelvo, aumentados con mis gracias:  
 Con ellos yo mi libertad obtuve.

TIM. ¡Oh, buen Ventidio! De manera alguna.  
 No aprecias mi amistad. Fué donativo,

Y nadie, en realidad, da si recibe.  
 Si los que valen más al juego ese  
 Jugaren, imitarlos no es forzoso,  
 Que aun las faltas dan lustre al poderoso.

VEN. ¡Alma noble!

(Quedan todos de pie ceremoniosamente, contemplando  
 á Timón.)

TIM. Señores, ceremonias  
 Inventadas han sido  
 Para prestar barniz á pequeñeces,  
 A agasajos vacíos, á dudosas  
 Bondades, que antes de mostrarse duelen.  
 Mas cuando la amistad es verdadera,  
 No hacen falta. Sentaos. Sois vosotros  
 Más dueños de lo mío que yo mismo.

(Se sientan.)

SR. 1.º Eso siempre, señor, fué por nosotros  
 Confesado.

APE. ¡Ya! ¡Ya! ¡Fué confesado!  
 Y aun ahorcado también. Decid, ¿no es cierto?

TIM. Hola, Apemanto, bien venido.

APE. ¡Nunca!

Yo no soy bien venido,  
 Yo vengo á que á la calle se me arroje.

TIM. ¡Vaya un díscolo! Tienes un carácter  
 Impropio de hombre, y digno de censura.  
 Que «ira furor brevis est» se dice,  
 Mas hombre es este enfurecido siempre.  
 Que una mesa le pongan para él solo,

Ya que la sociedad no le complace,  
Ni él es hombre adecuado á estar en ella.

APE. Me quedaré, por tanto, á riesgo tuyo.

Vengo á observar. Te advertiré qué ocurre.

TIM.—No te haré caso. Como ateniense que eres,  
eres bien venido. Ni yo mismo tengo autoridad alguna.  
Por favor, que mi comida te calle.

APE.—Desprecio tu comida. Me ahogaría, porque no  
puedo adularle. ¡Oh dioses! ¡Cuánta gente se está co-  
miendo á Timón, y él no lo ve!

¡Me duele ver cómo su carne empapan  
En la sangre de un hombre tantos hombres!

Y ¡locura sin par! él los azuza.

¡Que hombres haya en el mundo que se fien  
De otros hombres, á mí me maravilla!

Debieran convidarse sin cuchillos;

Ganarian con eso las viandas,

Y estarían sus vidas más seguras.

Al sentarme á comer, yo temería,

Si hombre importante fuese, echar un trago,

No fueran á atisbar de mi garganta

Las notas peligrosas. El magnate

Debe beber forrándose el gáznate

TIM. A la, tuya señor, con toda el alma,

(A un señor que bebe á su salud.)

Y que la vuelta dé.

SR. 2.º Por este lado.

APE.—¡Por este lado! ¡Valiente mozo! Cuida de la  
marea. Estos brindis causa serán, Timón, de que enfer-  
mes tú y enferme tu fortuna.

Contemplan esto: demasiado débil

Para pecado es. El agua honrada  
 Que no permite al hombre encenagarse,  
 Parejas corre con la dieta mía:  
 Iguales son. La vanidad, de fiesta,  
 Las gracias á los dioses dar detesta.

(Bendición de Apemanto.)

Eternos dioses, no quiero  
 Bienes que nunca he querido;  
 Para mí tan sólo pido  
 El no ser tan majadero,  
 Que fie de aquel que jura,  
 O que firma una escritura,  
 De llanto de mujerzuela,  
 O de perro que dormita,  
 O, al huir, del centinela,  
 O de amigos en mi cuita.  
 Amén. El banquete tragad todo entero;  
 Que pequen los ricos, verduras prefiero.

(Come y bebe.)

¡Que buena pro te haga, buen Apemanto!

TIM.— Ahora tu corazón, Alcibiades, está en el campo de batalla.

ALC.— Mi corazón está á tu disposición siempre.

TIM.— Más te agradara desayuno de enemigos que comida de amigos.

ALC.— Chorreando sangre, vianda alguna lo aventaja, Deseo ese festín á mis mejores amigos.

APE.— ¡Ojalá que todos estos aduladores fueran enemigos tuyos, para que los mataras y me ordenaras ir á ellos.



SR. 1.º—Ojalá tuviéramos la dicha, Timón, de que, siquiera una vez, pusieras á prueba nuestros corazones para que pudiéramos patentizar, aunque fuese levemente, nuestro celo. Nos juzgaríamos así completamente felices.

TIM.—¡Oh! sin duda, queridos amigos míos; pero los dioses mismos han dispuesto que reciba yo grandes beneficios de parte vuestra. ¿Cómo, si no fuerais amigos míos? ¿Por qué, entre miles, os he dado este título, si no fuerais parte de mi propio corazón? Más he hablado conmigo mismo de vosotros, de lo que vosotros, en vuestra modestia, podríais decir; y hasta ahora no me arrepiento. ¡Oh dioses! digo yo. ¿á qué tener amigos, si no nos hemos de servir de ellos? Serían los seres más inútiles, si nunca los necesitáramos; y semejarían á esos armoniosos instrumentos reservados en sus cajas que guardan para sí sus sonidos. Frecuentemente he deseado ser más pobre de lo que soy para aproximarme más á vosotros. Nacimos para hacer el bien, y ¿qué cosa con mejor derecho, ni más apropiadamente puede llamarse nuestra que las riquezas del amigo? ¡Oh, cuán inmensa felicidad es el que haya tantos que como hermanos disponen á su capricho de la fortuna de todos! ¡Oh dicha, antes de nacer acabas! ¡No puedo contener mis lágrimas!—Para que esta falta se borre, bebo á vuestra salud.

APE. Lloras, Timón, para que beban ellos.

SR. 2.º La alegría también en nuestros ojos  
Apareció con lágrimas ahora,  
Cual criatura al nacer.

APE. ¡Ya, ya! Me río  
Pensando que es bastarda la criatura.

SR. 3.º Es la verdad. Nos conmoviste y mucho.

APE. ¡Mucho! (Suena un clarín dentro.)

TIM. ¿Qué significa ese clarín?

Entra un SIRVIENTE.

SIR. Señor, son varias damas que desean  
Con grande empeño entrar.

TIM. ¿Damas? ¿qué quieren?

SIR.— Precédelas, señor, un mensajero, que trae el  
encargo de manifestar lo que desean.

TIM. Hacedlas entrar.

Entra CUPIDO.

CUP. Yo, Timón, te saludo, como á todos  
Los que de tus obsequios participan.  
De los cinco sentidos siempre fuiste  
Tú patrono, y te siguen libremente  
Tu prodigalidad encareciendo.  
Oído, paladar, tacto y olfato  
Tu mesa dejan ya libres de antojos:  
Nosotros vamos á saciar los ojos.

TIM. Todos muy bien venidos. Admitidlos:  
Música, saludadlos. (Vase Cupido.)

SR. 1.º Ya ves, señor, del modo que te aman.

(Música. Vuelve á entrar CUPIDO con una mascarada de damas vestidas de amazonas, con laúdes que tañen al par que bailan.)

APE. ¡Oh! ¡oh! ¡Qué inundación de vanidades!  
¡Bailan! ¡Locas mujeres!  
La locura es la gloria de esta vida,  
Es cual este festín á mi ensalada;  
Para gozar, dementes nos volvemos.

Del que convida á la salud bebemos  
 Lo que después al rostro le escupimos  
 Con envidia y con saña venenosa.  
 En el mundo vivimos  
 Depravando ó con vida depravada.  
 ¿Quién no lleva á la fosa,  
 Al morir, del amigo una estocada?  
 Yo que tú, temería  
 Que aunque baila ante mí toda esta gente,  
 Pisotearme quieran algún día:  
 Que se cierra el portal al sol poniente.

(Los señores se levantan de la mesa en ademán de adoración ante Timón; y para mostrar su complacencia, cada uno escoge una amazona, y todos bailan uno ó dos pasos al son de la música.)

TIM. Con donaire exquisito, bellas damas,  
 Habéis enaltecido nuestra fiesta,  
 Que ni siquiera la mitad de encanto  
 Reuniera de otro modo. Le agregasteis  
 Mérito tal, tan gran realce y brillo,  
 Que me encantasteis con mi propia obra,  
 Y os debo dar las gracias.

DAMA 1ª Nos aprecias en más que merecemos.

APR. ¡Vaya! Si así no fuera, no valdría  
 La pena de cogeros, por lo inmundas.

TIM. Allí un banquete, damas, os espera;  
 Aprovechadlo, pues.

AMBAS DAMAS. Señor, mil gracias.

(Vanse Cupido y las damas.)

TIM. ¡Flavio!

FLA. Señor.

TIM. Deseo el cofrecillo.

FLA. Sí, señor.

(Aparte.) ¿Aun más joyas? No es posible  
Llevarle la contraria. Si pudiera,  
Le diría..... Si tal. Yo le diría.....  
Cuando todo se gaste, de seguro  
Sentirá no haber sido contrariado.  
Si al lado opuesto viera la largueza,  
El corazón tendría más dureza. (Vase.)

SR. 1.º ¿Dónde está nuestra gente?

SIR. Aquí, señor, están.

SR. 2.º ¡Nuestros caballos!

Vuelve á entrar FLAVIO con un cofrecillo.

TIM. Amigos míos. Sólo una palabra,  
Amigo mío. Ruego que me honres  
Aceptando esta joya que avaloras  
Al usarla.

SR. 1.º ¡Son tantos los favores que te debo!

Todos. ¡Como todos nosotros!

Entra un SIRVIENTE.

SIR. Mi señor, varios nobles senadores  
Se apean con el fin de saludarte.

TIM. Muy bien venidos sean.

FLA. Te suplico,

Señor, una palabra sobre asunto  
Que á ti, señor, te atañe.

TIM. ¡Que me atañe!

Pues en otra ocasión de eso hablaremos.  
Ten, para festejarlos,

Te lo suplico, preparado todo.

FLA. (Aparte.) Cómo se hará no sé.

Entra segundo SIRVIENTE.

SIR. 2.º Lucio, insigne señor, cual homenaje  
De su cariño, de regalo envía  
Cuatro caballos blancos cual la leche,  
Con arneses de plata.

TIM. Los. acepto  
Con mucho gusto. Cuida de que sean  
Dignamente aceptados.

Entra tercer SIRVIENTE.

Di, ¿qué ocurre?

SIR. 3.º— Señor, el noble Lúculo te suplica que le  
acompañes mañana á cazar, y te manda dos pares de  
galgos.

TIM. Yo cazaré con él. Que se reciban.  
Pero dad un regalo equivalente.

FLA. (Aparte.) ¿Adónde vamos á parar? Nos manda  
Pagar y que regalos grandes demos  
Con el arca vacía.  
No quiere conocer cuál es su estado,  
Ni me creerá, si digo  
Que ya su corazón es un mendigo,  
Porque cumplir su voluntad no puede.  
Promete tanto más de lo que es suyo  
Que en deudor se convierte en cuanto habla,  
Y cuanto dice debe. Bondadoso  
Hasta tal punto es, que paga premio  
Para serlo. Ya tiene hipotecada  
Toda su propiedad. Preferiría

- Ser, en paz, de mi cargo despedido,  
 Antes que irme á la fuerza.  
 De amigos vale más estar privados  
 Que tratar á enemigos disfrazados.  
 Lloro en silencio por el amo mío. (Vase.)
- TIM. Os injuriáis, echándoos por el suelo.  
 Toma tú de mi afecto leve muestra.
- SR. 2.º La acepto, sí, con infinitas gracias.
- SR. 3.º ¡La liberalidad es en persona!
- TIM. Ahora recuerdo yo que celebraste  
 El bayo que montaba el otro día.  
 Es tuyo, pues te gusta.
- SR. 1.º Yo te ruego  
 Que me perdones.
- TIM. Créeme lo que digo.  
 Se celebra no más que lo que agrada,  
 Y el gusto de un amigo yo equiparo  
 Con el mío. Sí tal.— Iré yo á veros.
- TODOS LOS SEÑ. Nadie tan bien venido,
- TIM. Tan amena  
 Vuestra compañía es para mí, que juzgo  
 Nunca daros bastante. Deseara  
 Poder reinos brindar á mis amigos.  
 No me cansara en darlos. Alcibíades,  
 Tú no serás, como soldado, rico.  
 Es deber regalarte, por lo tanto.  
 Tú solamente de los muertos vives,  
 Y tus campos son campos de batalla.
- ALC. Campos, señor, maltrechos.
- SR. 1.º Tan ligados
- A ti estamos, señor.....
- TIM. Cual yo á vosotros

SR. 2.º Y tan agradecidos....

TIM. Todo vuestro.

¡Luces, más luces!

SR. 1.º Mil felicidades,  
Noble Timón, y honores y riquezas.

TIM. En pro de mis amigos.

(Vanse todos menos Timón y Apemanto.)

APE. ¡Qué barullo!

¡Qué cortesías y sacar las nalgas!  
Si esas piernas, que ostentan con orgullo,  
Compras, es fácil que burlado salgas.  
Sus heces tiene la amistad. Debía  
Carecer aun de piernas la falsía;  
Y no que su caudal bobalicones  
Invierten en hacer genuflexiones.

TIM. Apemanto, si discoloro no fueras  
Yo te protegería.

APE.—No, de ningún modo. Si me sobornaras á mí también, nadie quedaría para burlarse de ti, y pecarías más aprisa. Ha tanto tiempo que das, que me temo que te vas á dar á ti mismo en papel muy pronto. ¿Qué falta hacen estas fiestas y estas pompas y vanidades?

TIM.—¡Ah! Si comienzas á burlarte de la sociedad, te dejo; pues he jurado no hacerte caso. Adiós, y vuelve con más armoniosa música. (Vase.)

APE. Bien. No quieres oirme en este instante;  
Pues tampoco me oirás más adelante.  
No te verás en semejante espejo.  
¡Hombres desventurados  
Que escucháis la lisonja, y al consejo  
Los oídos tenéis siempre cerrados!





---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Atenas.—Habitación en casa de un senador.

Entra un SENADOR con varios papeles en la mano.

SEN. Hoy cinco mil. A Varro é Isidoro  
Debe ya nueve mil; y, á más, su antigua  
Deuda conmigo, suman veinticinco.  
Furioso derrochando continúa:  
Seguir así no puede, no es posible.—  
¡Que dinero me falta! pues á un pobre  
Robo el perro, y el perro me lo acuña  
Si á Timón lo regalo. ¡Que decido  
Mi caballo vender, y diez mejores  
Comprar! pues á Timón se lo presento:  
Nada le pido; se lo doy. Me pare  
Diez caballos mejores de seguida.  
No hay portero á su puerta. Sólo un hombre  
Que invita, sonriente, á cuantos pasan.  
Seguir así no puede. Base alguna

Su posición precaria consolida.  
¡Capis! ¡Eh! ¡Capis!

Entra CAPIS.

CAP. ¿Qué, señor, ordenas?

SEN. Ponte el manto: apresúrate, y á casa  
Vé de Timón. Le exiges mi dinero;  
Y no te satisfaga leve excusa.  
Ni te calles, si acaso, con la mano  
Derecha saludándote, te dice:  
«Recuerdos á tu amo.» Le respondes  
Que son mis compromisos apremiantes,  
Y que á lo mío tengo que atenerme.  
Que ya todos los plazos han vencido,  
Y es fiarme en promesas no cumplidas  
Causa de que mi crédito padezca.  
Que lo venero y amo; mas la espalda  
No se puede esperar que me quebrante  
Para curarle solamente el dedo.  
Que los apuros míos son urgentes.  
Anda. Lleva ademán imperativo.  
Pon cara de acreedor; porque si torna  
Cada pluma á sus alas, yo me temo  
Que este señor Timón á un ave implume  
Quedará reducido, y ese Fénix  
No brillará cual hoy. Vé de seguida.

CAP. Me voy, señor.

SEN. Los documentos lleva,  
Y fechas ponles.

CAP. Sí, señor.

SEN. Pues, anda. (Vanse.)

## ESCENA II.

Sala en casa de Timón.

Entra FLAVIO con numerosas cuentas en la mano.

FLA. ¡Sin pensar! ¡Sin cesar! ¡Gastos sin tasa!  
 Ni cómo hacerles frente le preocupa,  
 Ni de su extravagancia cesa el curso.  
 De adónde va lo suyo no se cuida,  
 Ni le importa saber lo que le reste.  
 Nadie ha habido jamás tan bondadoso  
 Que haya sido á la par menos juicioso.  
 ¿Qué haremos? Nada hará, si no le aprieto.  
 Cuando vuelva de caza le hablo claro.  
 ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Entran CAPIS y los SIRVIENTES de Isidoro y Varro.

CAP. Buenas tardes, Varro. ¡Vaya!  
 ¿Tú vienes por dinero?  
 SIR. V. ¿Tu negocio,  
 También, no es ése?  
 CAP. Sí. Cual lo es el tuyo,  
 Isidoro.  
 SIR. I. Verdad.  
 CAP. Suerte sería  
 Que á todos nos pagase.  
 SIR. V. No lo creo.

CAP. El señor aquí viene.

Entran TIMÓN, ALCIBÍADES, SEÑORES y otros.

TIM. Saldremos otra vez cuando comamos,  
Alcibiades.—¿A mí? ¿Qué se te ofrece?

CAP. Una nota, señor, de varias deudas.

TIM. ¿Deudas? ¿De dónde vienes?

CAP. De aquí mismo,  
Señor; de Atenas.

TIM. Busca al mayordomo.

CAP. Permíteme, señor. Va un mes cumplido  
Que un día y otro día me entretiene.  
Le obligan circunstancias apremiantes  
Lo suyo á mi amo á reclamar, y humilde,  
Que á su derecho atiendas te suplica.

TIM. Te ruego que mañana, amigo, vuelvas.

CAP. Pero, señor.....

TIM. Ten calma, buen amigo.

SIR. V. Noble señor, sirviente soy de Varro.....

SIR. I. De parte de Isidoro, que le pagues  
Con toda brevedad humilde pide.

CAP. Si los grandes apuros conocieras  
De mi amo, señor.....

SIR. V. Ha seis semanas,  
Con derecho al embargo, que ha vencido.

SIR. I. Me entretiene, señor, tu mayordomo;  
Y me ordenan, señor, que á ti te vea.

TIM. Dejadme respirar,  
Señores.—Id delante, yo os lo ruego.  
Iré inmediatamente.

(Á Flavio.) Ven y dime,  
¿Qué es lo que ocurre aquí, que de este modo



APE.—Jumentos.

TODOS LOS SIRVIENTES.—¿Por qué?

APE.—Porque me preguntáis qué sois y no lo sabéis vosotros mismos.

BUF.—¿Cómo estáis, caballeros?

TODOS LOS SIRVIENTES.—Muchísimas gracias, buen bufón. ¿Cómo está tu ama?

BUF.—Calentando el agua para desplumar á estos pollos. ¡Ojalá os viéramos en Corinto!

APE.—¡Bien! Muchas gracias.

Entra el PAJE.

PAJE.—(Al Bufón.) ¡Hola! ¿Cómo va, capitán? ¿Qué haces en tan discreta compañía? ¿Cómo estás, Apemanto?

APE.—Ojalá tuviera una vara en la lengua para contestarte con provecho.

PAJE.—Por favor, Apemanto, léeme los sobrescritos de estas cartas, pues no sé cuál es una ni cuál otra.

APE.—¿No sabes leer?

PAJE.—No.

APE.—¡Poca ciencia morirá, pues, el día que te ahorquen! Ésta es para Timón. Ésta para Alcibiades. Vete. Naciste bastardo y morirás encubridor.

PAJE.—Perro naciste, y de hambre te morirás como perro. No respondas. Me voy.

APE.—¡Así no te alcanzara ni la gracia! (Vase el Paje.) Bufón, iré contigo á casa de Timón.

BUF.—¿Me dejarás ahí?

APE.—Sí, sí Timón está en casa. Vosotros tres seréis á tres usureros.

TODOS LOS SIRVIENTES.—Sí. ¡Ojalá que ellos nos sirvieran á nosotros!

APE.—Ó yo. Como el verdugo al ladrón.

BUF.—¿Sois tres criados de usureros?

TODOS LOS SIRVIENTES.—Sí, bufón.

BUF.—Creo que no hay usurero que no tenga por criado á un bufón. Mi ama es usurera, y yo soy su bufón. Cuando los hombres acuden á pedir prestado á vuestros amos llegan tristes y se van alegres. Pero en casa de mi ama entran alegres y se van tristes. ¿Por qué motivo?

SIR. DE VAR.—Podría decir uno.

APE.—Dilo, pues, á fin de que te consideremos libertino y bribón, por lo que no se te tendrá en menos estima.

SIR. DE VAR.—Bufón, ¿qué es un libertino?

BUF.—Un bufón con buena ropa y algo parecido á ti. Es un espíritu. A veces es un letrado; otras es un filósofo. Frecuentemente se parece á un caballero, y en general camina este espíritu bajo todas las formas con que el hombre va para arriba ó para abajo desde sus trece hasta sus ochenta años.

SIR. DE VAR.—No eres enteramente tonto.

BUF.—Ni tú enteramente discreto. Cuanta tontería tenga yo, otra tanta discreción te falta.

APE.—Esa respuesta sentaría bien á Apemanto.

TODOS LOS SIRVIENTES.—Atrás. Atrás. Aquí llega el señor Timón.

Vuelven á entrar TIMÓN y FLAVIO.

APE.—Ven conmigo, bufón, ven.

BUF.—No siempre sigo ni á mi amada, ni á mi hermano mayor, ni á mi mujer. A veces al filósofo.

(Vanse Apemanto y el Bufón.)

FLA.—Salid ahí fuera. Yo os veré en seguida.

(Vanse los sirvientes.)

TIM. Me asombras. ¿Por qué causa antes de ahora  
Mi exacta situación no me mostraste,  
A fin de que tasara mis dispendios  
Con arreglo á los medios que tenía?

FLA. Te quise hablar en varias ocasiones,  
Y nunca hablar me permitiste.

TIM. ¡Anda!

Acaso aprovechaste los momentos  
En que me era imposible el escucharte;  
Y esta falta de acción de parte mía  
Es hoy tu excusa.

FLA. Mi querido amo,  
Te presenté mis cuentas muchas veces:  
Delante te las puse; mas, diciendo  
Que eran su base mi honradez, solías  
Tirármelas. Al verme requerido  
Por tí para que tanto ó cuánto diese,  
En cambio de frioleras que te daban,  
Lloraba, meneando la cabeza;  
Y, á pesar del respeto que te tengo,  
Te rogaba no fueses manirroto.  
He aguantado no pocas y no leves  
Repreensiones de tí cuando aludía  
Al cómo se amenguaba tu fortuna,  
Mientras crecían rápidas tus deudas.



Mi querido señor, por fin me oyes.  
Es tarde; mas ya es hora. Cuanto tienes  
No bastará para pagar siquiera  
La mitad de tus deudas actuales.

TIM. Mis tierras todas véndanse.

FLA. Las tienes

Hipotecadas todas. Embargadas  
Y perdidas algunas. Lo que resta,  
Para tapar la boca de inmediatos  
Vencimientos apenas es bastante.  
Los demás se aproximan. ¿Qué defensa  
Buscamos en el interin? Y, al cabo,  
¿Qué será de nosotros?

TIM. Hasta Lacedemonia se extendían  
Mis tierras.

FLA. ¡Ah, señor! Mundo se forma  
De una sola palabra. Fuera tuyo,  
Y con un soplo presto se te iría.

TIM. Verdad es lo que dices.

FLA. Si sospechas

De mi administración, ó que te miento,  
Nómbreme interventores minuciosos,  
Y á ellos daré mis pruebas. ¡Por testigos  
Pongo á los dioses! Nuestras salas llenas  
De hambrones turbulentos; nuestras naves  
Llorando el vino que ebrios arrojaban;  
Cuando en cada salón brillaban luces  
Y asordaba la música, me iba,  
Y en oculto albañal el llanto mío  
Correr dejaba yo.

TIM. No más, te ruego.

FLA. ¡Cielos! dectá. ¡Cuánto despilfarro,

Cuántas superfluidades esta noche  
 Han tragado estos rústicos y siervos!  
 ¿Quién no quiere á Timón? ¿Quién no le ofrece  
 A Timón su caudal y su cabeza,  
 Su corazón, su espada y poderío?  
 ¡Timón el grande, el noble, el digno, el regio  
 ¡Oh! cuando se disipe lo que paga  
 Estas adulaciones, disipado  
 El aire quedará que las suplía.  
 Lo que gana el festín pierde el ayuno.  
 Al primer aguacero del invierno  
 Desaparecen rápidas las moscas.

TIM. ¡Vamos! No más sermones. Vil idea  
 Nunca empañó mis dádivas. He dado  
 Sin discreción tal vez, no torpemente.  
 ¿Por qué lloras? ¿Acaso fe te falta  
 Para creer que han de faltarme amigos?  
 Tranquilízate. Fuera mi deseo  
 De la amistad dejar fluir el vaso,  
 Y á prueba someter los corazones  
 De prestado pidiendo, y de caudales  
 Y de sus mismos dueños dispondría  
 Con la franqueza con que hablar te ordeno.

FLA. ¡La realidad bendiga tus creencias!

TIM. Y en parte se compensan mis apuros.  
 Los juzgo bendición; que á mis amigos  
 Así podré probar. Verás entonces  
 Que te engañaste al estimar mis bienes:  
 En mis amigos mis riquezas yacen.  
 ¡Eh, hola! Ven, Flaminio; ven, Servilio.

Entran FLAMINIO, SERVILIO y otros SIRVIENTES.

SIRVS. ¡Señor, señor!

TIM. (Á Servilio.) Tú irás á ver á Lucio.

(Á Flaminio.)

Tú á Lúculo. Cacé con él ha poco.

(Á otro Sirviente.)

Tú á Sempronio. Les dais memorias más.  
Di que tengo el honor de que la hora  
Ha llegado en que puedo utilizarlos  
Con un préstamo, y quiero que éste sea  
De cincuenta talentos.

FLAM. Entendido,

Señor. (Vase con Servilio y otro Sirviente.)

FLA. (Aparte.) ¡De Lucio y Lúculo! ¡Bah! ¡bah!

TIM. (Á otro Sirviente.)

Tú ve á los senadores, quienes tienen,  
Aun por servicios hechos al Estado,  
Obligación de oirme. Que me manden  
Mil talentos al punto. (Vase el Sirviente.)

FLA. Comprendiendo

Que el más expeditivo medio era,  
Ya yo les ofrecí tu sello y firma.  
Mas me movieron la cabeza, y rico  
Me volví como estaba.

TIM. Pero ¿es cierto?

¿Es posible?

FLA. Contestan en conjunto,  
A una voz, que ahora están en decadencia;  
Que les falta dinero; que no pueden

Hacer lo que quisieran; que les causa  
 Dolor; que eres honrado, pero que ellos  
 Hubieran preferido..... que no saben.....  
 Que no todo ha ido bien..... que nobles seres  
 Se dislocan..... que acabe en bien desean.....  
 Que es lástima. Y con esto, simulando  
 Serios quehaceres, desabridos gestos  
 A sus cortadas duras frases unen,  
 Y con semisaludos é insolentes  
 Cabeceos, me hielan la palabra.

TIM. ¡Páguenselo los dioses! Te suplico  
 Que no te apures, hombre. Ineludible  
 La ingratitud es en vejetes tales.  
 Su sangre espesa y yerta ya no fluye:  
 Por falta de calor bondad no tienen;  
 Y la naturaleza, que retorna  
 A la tierra otra vez, para el camino  
 Se prepara, y se torna inerte y dura.

(Á otro Sirviente.)

Busca á Ventidio.

(Á Flavio.) No te apures. Eres  
 Leal y honrado. Te hablo con franqueza,  
 Culpa ninguna tienes tú. Ventidio

(Al mismo Sirviente.)

Ha escaso tiempo que enterró á su padre,  
 Y heredó con su muerte gran fortuna.  
 Pobre, preso, con pocos por amigos,  
 Yo lo libré con cinco mil talentos.  
 Salúdale en mi nombre, y que conozca  
 Que á tū amo apremiantes circunstancias

---

Vienen en este instante á recordarle  
Los cinco mil talentos. (Vase el Sirviente.)

(Á Flavio.) Obtenidos,

Tú los darás á quienes hoy se deben.

Ni dí ni creas que Timón zozobra;

Que amigos suyos surgirán de sobra.

FLA. ¡Ojalá! que tal cosa no creyera,  
Repugna á la honradez; que el que es honrado  
A los demás honrados considera.

---



---

---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Atenas. — Habitación en casa de Lúculo.

FLAMINIO esperando. Entra un SIRVIENTE á su encuentro.

SIR.—He avisado al amo que estás aquí. Baja á verte.

FLAM.—Muchas gracias.

Entra LÚCULO.

LÚC.—(Aparte.) ¡Un sirviente de Timón! Apostaría que es un regalo. ¡Vaya! viene á punto. He soñado esta noche con un jarro y una fuente de plata.—Flaminio, buen Flaminio. Muy sinceramente bienvenido seas. Trae vino. (Al sirviente.)

(Vase el Sirviente.)

¿Y cómo lo pasa ese honradísimo, perfecto y franco caballero ateniense, tu generosísimo buen señor y amo?

FLAM.—Señor, de salud bien.

LÚC.—Celebro infinito que esté bien de salud.—¿Y qué traes debajo de ese manto, Flaminillo?

FLAM.—Francamente, sólo una caja vacía, que te tengo á suplicar repletos en beneficio de mi amo, quien, teniendo urgente necesidad de cincuenta talentos, se dirige á tí, no dudando que se los podrás facilitar.

LÚC.—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! «¿No dudando» dice? ¡Qué lástima! Es un excelente señor; caballero nobilísimo sería, si no fuera tan fastuoso en su casa. Muchas veces que he comido con él se lo he dicho, y he vuelto á cenar á su casa expofeso para que gastara menos; y, sin embargo, ni seguía mis consejos, ni mi presencia lo contenta. Cada cual tiene su falta. La liberalidad es la suya. Ya se lo he dicho, pero no he logrado convencerlo.

Vuelve á entrar el SIRVIENTE con vino.

SIR.—Señor, aquí está el vino.

LÚC.—Flaminio, siempre te he considerado discreto.—A tu salud. (Bebe y le ofrece vino.)

FLAM.—Eres, señor, harto bondadoso.

LÚC.—Siempre te he considerado, haciéndote justicia, tan amable como listo, y hombre que entiende de razones y que sabe prevalerse de la ocasión si ésta le es propicia. Cualidades todas ellas excelentes. — Vete tú. (Al sirviente.)

(Vase el Sirviente.)

Acércate, buen Flaminio.—Tu amo es un derrochador, pero tu eres discreto; y te consta que aunque te ordenan venir á verme, no es esta ocasión de prestar dinero, y, sobre todo, sin otra hipoteca que la amistad. Toma para ti tres sueldos, chiquillo: guíñe el ojo, y dí que no me viste. Adiós.

FLAM. ¿Es posible que el mundo así varíe,



Y los que ayer vivimos hoy vivamos?—  
Busca, vil inmundicia, á quien te adore.

(Arrojando el dinero.)

LÚC.—¡Ah! Veo que eres un necio, y muy á propósito para tu amo. (Vase.)

FLAM. Éstas á tus demás monedas une  
Y arde en ellas. Al oro derretido  
Te veas condenado. Pestilencia  
De amigos, tú; no amigo. ¿Por acaso,  
De la amistad el corazón es leche  
Que en dos noches no más se desvirtúa?  
¡Oh dioses! el furor de mi amo veo.  
De mi señor el cuerpo de ese infame  
Aun ahora mismo la comida lleva.  
¿Por qué ha de aprovecharle y mantenerle  
Cuando él está en veneno convertido?  
¡Oh! dolencias tan sólo le produzca,  
Y, gravemente enfermo, que no logren  
Los alimentos que pagó mi amo  
Sus males expeler; que su energía  
Prolongue solamente su agonía. (Vase.)

## ESCENA II.

Atenas.—Una plaza pública.

Entran LUCIO y tres CIUDADANOS.

LUCIO.—¿Quién, Timón? Es muy buen amigo mío y honradísimo caballero.

CIV. 1.º—Nos consta, aunque no lo conocemos. Pero

te diré algo que sé de oídas. Las horas felices de Timón pasaron y concluyeron, y su fortuna se le va.

LUCIO.—¡Bah! No. No lo creáis. No es posible que le falte dinero.

CIV. 2.º—Pues, señor, has de saber que no hace mucho, uno de sus dependientes fué á ver á Lúculo para pedirle prestados cinco mil talentos : es más; le rogó con mucho empeño, haciéndole ver la grande urgencia del caso; y, á pesar de eso, le fueron negados.

LUCIO.—¡Cómo!

CIV. 2.º—Como lo digo, señor mío.

LUCIO.—¡Cuán extraño caso! ¡Viven los dioses! que me avergüenza. ¡Negárselos á tan distinguido caballero! Acto poco honroso fué. Por mi parte confieso ingenuamente que de él he recibido leves mercedes, como dinero, plata, alhajas y otras bagatelas; nada, comparado con lo que él obtuvo; pero si hubiera acudido á mí, jamás le hubiera negado, en su urgencia, esos talentos.

Entra SERVILIO.

SER.—Por suerte, ahí está el señor que busco. He sudado para encontrarlo.—Excelso señor. (A Lucio.)

LUCIO.—Servilio.—Bien llegado.—Pásalo bien.—Recuérdame á tu distinguido y virtuoso amo, mi muy apreciable amigo.

SER.—Con permiso, señor. Mi amo manda.....

LUCIO.—¡Ah! ¿Qué es lo que me manda? Le tengo tanto cariño..... Siempre está mandando. ¿Cómo crees tú que podría yo manifestar mi agradecimiento?—¿Y qué es lo que ahora manda?

SER.—Manda sólo que te suplique, señor, que le facilites inmediatamente algunos talentos.

LUCIO. Tu señor se chancea. Yo no creo  
Que cinco mil talentos necesite.

SER. Pues, señor, ahora aun menos necesita.  
Si de su apuro su bondad no fuese  
La causa, con tal fe jamás te instara.

LUCIO. ¿Hablas con formalidad, Servilio?

SER. Te lo juro, señor, por mi alma.

LUCIO.—¡Qué estúpida bestia fui en desprenderme de dinero en una época en que podría haber patentizado mi gratitud! ¡Qué desgracia el que ayer mismo haya comprado una suertecilla de tierra, perdiendo así tan grande honra. Ahora bien, Servilio, ante los dioses te juro que no puedo hacer eso. ¡Bestia de mí! Yo mismo iba, como lo pueden atestiguar estos señores, á acudir á Timón; pero ahora ni por todo el oro que hay en Atenas quisiera haberlo hecho. Recuérdame cariñosamente á tu excelente amo; y espero que su señoría no dejará de estimarme, porque no haya estado en mi mano complacerle. Y dile de mi parte que estimo como una de mis mayores desdichas el no haber podido servir á tan distinguido caballero. Buen Servilio, me harás el favor de repetir mis mismas palabras.

SER.—Sí, señor, lo haré.

LUCIO. Yo te serviré á mi vez, Servilio. (Vase Servilio.)

Cual dijisteis, Timón está apurado.

Y no medra jamás el desairado. (Vase.)

CIV. 1.º Hostilio, ¿oiste?

CIV. 2.º Sí, por cierto.

CIV. 1.º El alma

Del mundo es esta; y de esa pasta misma

El espíritu es del usurero.

¿A quién, aunque en el plato nuestro coma,

Amigo llamaremos? Padre ha sido  
 Timón de ese señor. Todos lo saben.  
 Con su bolsa su crédito mantuvo,  
 Salvando su fortuna. Aun los jornales  
 De su gente pagó con el dinero  
 De Timón. Nunca bebe que no toquen  
 Los labios suyos de Timón la plata.  
 Y..... no obstante, ¡qué ser tan monstruoso  
 Es el hombre en la forma de un ingrato!  
 Le niega lo que un ser caritativo,  
 En esa situación le diera á un pobre.

CIV. 3.º ¡Al cielo clama!

CIV. 1.º                                    Por mi parte, nunca  
 Traté á Timón, ni beneficio alguno  
 Me hizo jamás para llamarle amigo;  
 Pero declaro aquí, considerando  
 Su alma nobilísima, su insigne  
 Virtud, y su conducta siempre honrosa,  
 Que si hubiera acudido á mí en su apuro,  
 Sacrificado hubiera mi fortuna,  
 Y la mejor mitad le hubiera dado:  
 Tanto su noble corazón estimo.  
 Pero aprender los hombres necesitan  
 A no compadecerse. La prudencia  
 Tiene puesto mejor que la conciencia. (Vanse.)

## ESCENA III.

Atenas.—Habitación en casa de Sempronio.

Entran SEMPRONIO y un SIRVIENTE de Timón.

**SEM.** ¿Por qué motivo viene á molestar me,  
Escogiéndome á mí..... pues, entre tantos?  
¿Por qué no acude á Lúculo ó á Lucio,  
Ó á Ventidio también, que ahora está rico  
Y él sacó de la cárcel? Todos ellos  
Le deben su fortuna.

**SIR.** Se han probado,  
Y oro de baja ley todos resultan,  
Pues se han negado todos.

**SEM.** ¡Oh! ¿Se han negado Lúculo y Ventidio,  
Y acude á mí? Tres. ¡Vaya! Patentiza  
Poco cariño y discreción escasa.  
¿Con que yo soy su último refugio?  
Sus amigos, cual médicos, tres veces  
Lo desahucian, y yo curarle debo.  
Me hace muy grande ofensa, y enojado  
Con él estoy, pues conocer debía  
Mi posición. No sé por qué motivo  
En su apuro no vino á mi primero;  
Pues yo fui, francamente, quien obtuvo  
De él el primer regalo. ¿Tan en poco  
Me tiene á mí, para creer que debo  
Ser el último yo para pagarle?  
No. Si hago tal, provocaré la risa

De los demás, y todos los amigos  
 Me juzgarán imbécil. Más quisiera  
 Que, obrando con justicia, triple suma  
 Me hubiera desde luego suplicado:  
 Tanto afán me animaba de servirle.  
 Pero ahora vete, y une á esas excusas  
 Esta respuesta: «Quien mi honor rebaja  
 No sacará dinero de mi caja.» (Vase.)

SIR.—¡Magnífico! ¡Buen bribón es su señoría! ¡No  
 supo el diablo lo que hizo cuando hizo astuto al hom-  
 bre! Traspasó los límites. Paréceme que á la postre  
 lo harán aparecer sin mancha. ¡Cuán honradamente tra-  
 baja este señor para parecer malvado! ¡Cómo copia á la  
 virtud para hacer el mal, como los que, dominados de  
 ardentísimo celo, harían arder al mundo!

Es de esta especie su cariño astuto.  
 ¡La postrer esperanza de mi amo  
 Fuese también cual las demás: los dioses  
 Le restan solamente. Sus amigos  
 Muertos están. Sus puertas, que cerrojos  
 No conocieron nunca en luengos años  
 De abundancia, servir á mi amo deben  
 Ahora de protección. Logra esto sólo  
 El despilfarro. Quien gastó sin tasa,  
 Gastar su vida luego debe en casa. (Vase.)

## ESCENA IV.

Patio en el Palacio de Timón

Entran dos SIRVIENTES de Varro y el SIRVIENTE de Lucio, encontrándose con TITO, HORTENSIO y otros SIRVIENTES de acreedores de Timón, que lo aguardan.

SIR. V. Feliz encuentro. Buenos días, Tito,  
¡Hortensio!

TITO. Amigo Varro, á ti igualmente.

HOR. ¡Lucio! ¡Todos aquí?

SIR. L. Se me figura  
Que idéntico motivo nos conduce.  
Dinero el mío es.

TITO. Cual lo es el suyo  
Y el de nosotros es.

Entra FILOTO.

SIR. L. ¡También Filoto!

FIL. A todos buenos días.

SIR. L. Bien venido,  
Hermano. ¿Qué hora juzgas tú que sea?

FIL. Muy cerca de las nueve.

SIR. L. ¿Ya tan tarde?

FIL. ¿No habéis visto al señor?

SIR. L. No, todavía.

FIL. Es extraño. Pues siempre estaba listo  
A las siete.

SIR. L. Sí tal, pero más cortos





Entra FLAMINIO.

TITO.—Un sirviente de Timón.

SIR. L.—Flaminio, una palabra. ¿Está ya listo para salir tu amo?

FLAM.—No, no lo está.

TITO.—Lo esperamos; haz el favor de decirselo.

FLAM.—No hay que decir eso. Sabe cuán diligentes sois. (Vase.)

Sale FLAVIO embozado en su manto.

SIR. L. ¡Ah! ¿No es ese embozado el mayordomo?

Se va entre nubes. Llámenlo, llamado.

TITO. Dí, ¿no nos oyes?

AMBOS SIR. DE V. Con permiso, escucha.

FLA. ¿De mí qué pretendéis, amigos míos?

TITO. Esperamos aquí cierto dinero.

FLA. Ya. Si tan cierto ese dinero fuese  
Como vuestro esperar, cosa era cierta.  
¿Por qué no presentasteis esas notas  
Cuando á la mesa de Timón comían  
Vuestros pérfidos amos? Pero entonces  
Sonreían sus labios. Placenteros,  
Celebraban sus deudas, al meterse  
El interés en sus voraces buches.  
Mal os hacéis en provocar mis iras.  
Idos. Dejadme en paz, os lo aseguro.  
Mi amo y yo dimos fin. Nada ya queda  
Que administrar, ni que gastar él pueda.

SIR. L. — ¡Ya! Pero esa contestación no sirve.

FLA.—Si no sirve, no es tan vil como vosotros, que servís á bribones. (Vase.)

SIR. 1.º V.—¡Vaya! ¿Qué va murmurando su despedida señoría?

SIR. 2.º V.—Poco importa. Con ser pobre, estamos vengados. ¿Quién puede hablar con más viento que el que no tiene casa que lo cobije? Puede hablar contra los palacios.

Entra SERVILIO.

TITO.—¡Oh! Aquí está Servilio. Ahora nos darán respuesta.

SER.—Os suplico, caballeros, que volváis á otra hora. Lo agradecería mucho, porque, siento en el alma deciroslo, mi amo está de perverso humor. Ha perdido su dulce carácter, no está bueno y se queda en su aposento.

SIR. L. En su aposento hay muchos que se quedan,  
Y que enfermos no están. Si está tan malo,  
Debe pagar sus deudas, y ponerse  
Con los dioses en paz.

SER. ¡Potentes dioses!

TITO. Esta contestación no satisface.

FLA. (Dentro.) ¡Favor, Servilio! ¡Mi señor! ¡Señor!

Entra TIMÓN furioso.—FLAMINIO siguiéndole.

TIM. ¡Qué! ¿Se oponen las puertas á mi paso?  
¿He sido siempre libre, y ya mi casa  
Es centinela y carcelero mío?  
¿El sitio que animé con mis festines,  
Como la entera humanidad pretende,  
Ahora mostrarme corazón de hierro?

SIR. L.—Preséntasela ahora, Tito.

TITO.—Señor, aquí está mi cuenta.

SIR. L.—Aquí está la mía.

SIR. L.—Y la mía, señor.

AMBOS SIR. V.—Y, señor, las nuestras.

FIL.—Nuestras cuentas todas.

TIM.—¡Confundidme! ¡Partidme en dos con ellas!

SIR. L.—¡Siento, señor!.....

TIM.—¡Arrancadme el corazón y acuñadlo!

TITO.—Yo, cincuenta talentos.

TIM.—¡Cuenta mi sangre!

SIR. L.—Señor, cinco mil coronas.

TIM.—¡Cinco mil gotas pagan tu cuenta!—¿Cuánto es la tuya?—¿Y la tuya?

SIR. 1.º V.—Señor.....

SIR. 2.º V.—Señor.....

TIM.—¡Despedazadme! ¡Apoderaos de mí, y que los dioses os confundan! (Vase.)

HOR.—A fe que, por lo que veo, pueden nuestros amos á su dinero echarle un galgo. Cuentas desesperadas son, pues las debe un demente. (Vanse.)

Vuelven á entrar TIMÓN y FLAVIO.

TIM.—Me han quitado hasta el aliento esos miserables. ¡Acreedores! ¡Diablos!

FLA.—Mi querido amo.

TIM.—¿Y si así fuera?

FLA.—¡Mi señor!.....

TIM.—¡Pues así será! ¡Mayordomo!

FLA.—Aquí, señor.

TIM. ¿Con tanta propiedad? A mis amigos  
Ve y convida otra vez: á todos ellos;  
A Lúculo, á Sempronio, á Lucio, á todos.  
Festejaré otra vez á esos malvados.

FLA. Tu pena á hablar así, señor, te impulsa.

Para arreglar una modesta mesa  
Lo bastante no habrá.

TIM.

Nada te importe.

Vete. Convida á todos. La corriente  
De viles otra vez aquí veremos;  
Mi cocinero y yo ya proveeremos. (Vanse.)

### ESCENA V.

Atenas.

El Senado en sesión.

SEN. 1.º Señores, mi opinión sabéis. Su falta  
Un homicidio fué. Morir merece.  
La impunidad los crímenes fomenta.

SEN. 2.º Mucha verdad. En él la ley se cumpla.

Entran ALCIBÍADES y séquito.

ALC. ¡Honra y salud! Piedad pido al Senado.

SEN. 1.º Capitán, habla pues.

ALC. Ante vuestra bondad, humilde, apelo;  
Que es virtud la clemencia en la justicia,  
Que aplica con crueldad sólo el tirano.  
Mala suerte y funestas circunstancias  
Oprimen á un amigo que yo tengo,  
Quien, en un raptó, traspasó las leyes,  
Abismo donde quedan sepultados  
Cuantos en él se arrojan sin cautela.  
Un hombre es, aparte de esta falta,  
De nobles cualidades.

Al hecho no enturbió la cobardía,  
Lo cual honra su falta y la redime.  
Con noble furia y animoso porte,  
Herida al ver de muerte la honra suya,  
Se opuso á su enemigo;  
Y, en su ira, tan justo y moderado  
Se supo mantener, que parecía  
Que sólo un argumento sostenía.

SEN. 1.º Es sutil, por demás, tu paradoja,  
Hermoso haciendo aparecer lo feo.  
De tal manera tus palabras mides,  
Que el homicidio, al parecer, realzan,  
Y achacan al valor toda disputa;  
Que, francamente, de un valor bastardo  
Emanan, y en el mundo aparecieron  
Cuando acababan de nacer, apenas,  
Las sectas y facciones.  
Es valiente de veras quien soporta  
Con calma los ultrajes más groseros  
Que puede proferir la lengua humana;  
Que estima cosa externa esos ultrajes,  
Y, sin darles valor, cual de su ropa  
De ellos se cuida, ni permite nunca  
Que penetren injurias en su pecho  
Para que así peligre.  
Si el ultraje es un mal que al hombre induce  
A transformarse al punto en homicida,  
Por un mal es demencia dar la vida.

ALC. Señores.....

SEN. 1.º Quien pecó no es inocente;  
Vengarse no es valor. Lo es ser paciente.

ALC. Vuestro perdón á reclamar me atrevo

Si hablo como soldado.  
 ¿Por qué á la guerra, locos, van los hombres,  
 Y no soportan los ultrajes todos;  
 Y por qué no se duermen y permiten,  
 Sin chistar, que enemigos los degüellen?  
 Si el ser paciente tal valor implica,  
 ¿Qué hacemos en campaña? Pues entonces,  
 Llevándose la palma la paciencia,  
 Nadie con más valor que las mujeres  
 Que se quedan en casa, y más soldado  
 Es que el león el asno, y más discreto  
 Que el juez el delincuente con sus grillos,  
 Si es discreción el soportar. Señores,  
 Por lo mismo que sois tan poderosos,  
 Piadosos sed. ¿Quién hay que no condene  
 Violencia cometida á sangre fría?  
 El matar, concedido que es pecado;  
 Mas defenderse está justificado.  
 La ira es impiedad; pero iracundo  
 Eslo todo mortal en este mundo.  
 Su delito juzgad pensando en esto.

SEN. 2.º Hablas en vano.

ALC. ¡En vano! Sus servicios  
 Allá en Lacedemonia y en Bizancio  
 Sobornos son para salvar su vida.

SEN. 1.º ¿Qué dices?

ALC. Digo, Señores, que sirvió con honra,  
 Que á numerosos enemigos vuestros  
 En la lucha postró. Probó su brío  
 En la reciente lucha hiriendo á muchos.

SEN. 2.º Ha herido á demasiados. Revoltoso  
 Inveterado es. Un vicio tiene

Que anula todo y su valor le quita,  
 Y eso no más, á falta de enemigo,  
 Para postrarlo basta. Cuando es fiera,  
 Se sabe que comete atrocidades  
 Y aun suscita motines. Siempre ha sido  
 Un licencioso, un riesgo, si bebido.

SEN. 1.º Morirá.

ALC. ¡Dura suerte! Bien podría  
 Haber muerto en la lid. Aunque no sea  
 Por él, señores, cuyo fuerte brazo  
 Se pudiera comprar su propia vida  
 Sin deber nada á nadie, para haceros  
 Más fuerza, mis servicios á los suyos  
 Unid; y como sé que, cual ancianos,  
 Querréis fianza, doy en garantía  
 A su enmienda mi honor y mis victorias.  
 Mas si debe á la ley por este crimen  
 Su vida, que en el campo de batalla  
 En sangriento combate caiga á tierra;  
 Que es tan adusta cual la ley la guerra.

SEN. 1.º Estamos por la ley. Morir le toca.  
 No arguyas más, so pena de ofendernos.  
 Haga amigo ó hermano lo que haga,  
 Quien sangre vierte con su sangre paga.

ALC. ¿Conque hade ser? ¡Pues no ha de ser! Señores,  
 Que me atendáis suplico.

SEN. 2.º ¡Cómo!

ALC. Recordad quién soy yo.

SEN. 3.º ¿Qué es lo que dices?

ALC. Vuestra vejez, sin duda, me ha olvidado,  
 Y por esa razón se me desdeña  
 No otorgándome gracia tan pequeña.





## ESCENA VI.

Soberbio salón en casa de Timón.

Músicas.—Mesas dispuestas para un banquete.—Sirvientes alrededor.—Entran por diferentes puertas varios SEÑORES, LUCIO, LÚCULO, SEMPRONIO, SENADORES y VENTIDIO.

SR. 1.º—Buenos días.

SR. 2.º—Lo mismo te digo. Me parece que este noble señor quiso sólo probarnos el otro día.

SR. 1.º—Esto mismo pensaba yo cuando nos encontramos. Confío en que no estará tan por los suelos como parecía estar cuando probó á sus amigos.

SR. 2.º—Parece que no, á juzgar por este nuevo festín.

SR. 1.º—Así lo creo. Envióme apremiante invitación, que graves motivos me impedían aceptar; pero me ha instado de tal modo que me he visto obligado á venir.

SR. 2.º—También tenía yo importantes negocios á que atender; pero no admitió mis excusas. Siento no haber estado en fondos cuando envió á pedirme prestado.

SR. 1.º—La misma pesadumbre tengo yo al ver como van las cosas.

SR. 2.º—Y todos los que están aquí también. ¿Qué te pidió?

SR. 1.º—Mil monedas.

SR. 2.º—¡Mil monedas!

SR. 1.º—¿Y á ti?

SR. 2.º—A mí me pidió..... Aquí viene.

Entran TIMÓN y acompañamiento.

TIM.—Con todo mi corazón, caballeros. ¿Cómo estáis ambos?

SR. 1.º—Perfectamente, sabiendo que estás bueno.

SR. 2.º—Ni la golondrina acude al verano con mejor voluntad que acudimos nosotros á verte.

TIM. (Aparte).—Ni de mejor voluntad huyen del invierno. ¡Qué aves de paso son los hombres!—Caballeros, la comida no recompensará tanta detención; divertíos un rato con la música, si no os molesta el sonido de las trompetas. Iremos á la mesa en seguida.

SR. 1.º—Confío en que no habrás llevado á mal el que tu mensajero volviera de vacío.

TIM.—¡Ah! No te apures por eso.

SR. 2.º—¡Señor mío!

TIM.—¡Ah! Mi buen amigo. ¿Cómo va?

SR. 2.º—Nobilísimo señor. Estoy avergonzadísimo de la desdichada indignancia en que me hallaba el otro día que vinieron á verme de tu parte.

TIM.—Ni pienses en eso.

SR. 2.º—Si hubieras enviado dos horas antes....

TIM.—Que no te perturbe ese recuerdo.—Vamos, traedlo todo junto. (Traen los platos.)

SR. 2.º—Todos platos cubiertos.

SR. 1.º—Buena comida, de seguro.

SR. 3.º—No cabe duda. Cuanto pueda lograr el dinero y ofrezca la estación.

SR. 1.º—¿Cómo estás? ¿Qué noticias hay?

SR. 3.º—Alcibiades ha sido desterrado. ¿Lo sabías?

SRS. 1.º y 2.º—¡Alcibiades desterrado!

SR. 3.<sup>o</sup>—Así es. Tenlo por cierto.

SR. 1.<sup>o</sup>—¿Cómo? ¿Cómo?

SR. 2.<sup>o</sup>—Dime, ¿y por qué?

TIM.—Dignos amigos míos, ¿queréis acercaros?

SR. 3.<sup>o</sup>—Te lo contaré después. Buen festín se prepara.

SR. 2.<sup>o</sup>—¡El mismo mozo de siempre!

SR. 3.<sup>o</sup>—¿Durará? ¿Durará?

SR. 2.<sup>o</sup>—Aun dura, pero andando el tiempo..... y así.....

SR. 3.<sup>o</sup>—Yo creo.....

TIM.—Cada cual ocupe un asiento como si le agujinasen los labios de su dama. La comida será igual en todos los sitios. No lo consideréis banquete oficial, ni dejéis enfriar las viandas mientras discutís cuál ha de ser el sitio de preferencia. Sentaos. Sentaos. Demos gracias á los dioses.

¡Oh, insignes bienhechores! Desparramid la gratitud en nuestra sociedad. Hacedos ensalzar por vuestros dones; pero reservaos algo para seguir dando, no sea que vuestras diviuidades se vean menospreciadas. Prestad lo bastante á cada cual, para que ninguno tenga que pedir prestado á otro; pues si pidierais prestado á los hombres, los hombres renegarían de vosotros. Haced que las viandas sean más apreciadas que el mortal que las da. Que ninguna reunión de veinte hombres deje de tener una veintena de malvados. Si hay doce mujeres alrededor de una mesa, que una docena sean..... lo que son. A los demás enemigos vuestros, ¡oh dioses! á los Senadores de Atenas, conjuntamente con toda la turba multa, aniquilad, ¡oh dioses! con sus propios vicios. Con respecto á mis amigos aquí presentes, como nada son para mí, que nada los bendiga y que nada les aproveche.

Perros, destapad y lamed.

(Descúbrense los platos, que estarán llenos de agua caliente.)

UN CONVIDADO.—¿Qué quiere decir su señoría con esto?

OTRO.—No lo sé.

TIM. Nunca mejor festín tendáis delante,  
Tropel de amigos falsos. Agua tibia,  
Vapor no más: lo mismo que vosotros.  
Aquí acaba Timón, que enjalbegado  
Y de oropel cubierto con lisonjas,  
Se las lava, arrojándooslas al rostro.

(Arrojándoles agua.)

Vuestra hedionda infamia tiempo largo  
Aborrecida sea, sonrientes,  
Detestados parásitos afables,  
Asesinos corteses, dulces lobos,  
Mansos osos, bufones de la suerte,  
Amigos de cazuela, moscardones  
De la ocasión, esclavos del sombrero  
Y las rodillas, monigotes, aire.  
¡Que de los hombres y animales todos  
Las dolencias sin fin os acribillen!—  
¿Cómo? ¿os vais? Poco á poco.—Medicina  
Toma primero tú....., y tú..... y tú. Quedaos.  
Yo os prestaré dinero. Nada os pido.

(Arrojándoles los platos.)

¿Cómo? ¿todos os vais? Desde este instante  
No debe haber jamás fiesta cumplida,  
Donde á un vil no se dé la bienvenida.

---

Que arda mi casa y se hunda Atenas quiero;  
Al hombre odia Timón y al mundo entero.

(Vase.)

(Vuelven á entrar los convidados.)

SR. 1.º—Hola, señores.

SR. 2.º—¿Qué especie de furia es la de Timón?

SR. 3.º—¡Bah! ¿Quién ha visto mi gorro?

SR. 4.º—He perdido mi manto

SR. 1.º—Es un demente y lo domina sólo la pasión.  
Me regaló una joya el otro día, y hoy me la hizo caer del sombrero.

SR. 3.º—¿Quién ha visto mi gorro?

SR. 2.º—Aquí está.

SR. 4.º—Aquí está mi manto.

SR. 1.º—No nos detengamos.

SR. 2.º—Timón se ha vuelto loco.

SR. 3.º—Mis huesos lo confirman.

SR. 4.º—Un día regala diamantes y al otro piedras.

(Vanse.)

---



---

---

## ACTO CUARTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Extramuros de Atenas.

Entra TIMÓN.

**TIM.** Dejadme veros otra vez, ¡oh muros!  
Aprisco de esos lobos, aplanaos,  
Y quede Atenas sin cercar. Matronas,  
Impuras sed. A vuestros padres, niños,  
Obediencia negad. Siervos, bufones,  
A Senadores graves y arrugados  
De sus puestos lanzad; tomad las riendas  
Del estado vosotros. Inmundicia  
Tórnate tú, virginidad impúber,  
Ante los ojos de tus mismos padres.  
Deudores, no paguéis; vuestros cuchillos  
Desenvainad, y degollad con ellos,  
Antes de hacerlo, al que os prestó fianza.  
Sirvientes, á robar, que son ladrones  
Al por mayor vuestros severos amos,  
Y al pillaje la ley los autoriza.

Doncella, de tu amo el lecho ocupa,  
Que al lupanar marchóse tu señora.  
Arrebata á tu cojo y viejo padre  
La rehenchida muleta, mozalbete,  
Y sáltale los sesos. Paz, justicia,  
Piedad, respetos, religión, temores,  
Misterios, amistad, verdad, descanso,  
Cortesía, instrucción, comercio, clases,  
Ritos, costumbres, leyes, disolveos,  
Con lo que os es contrario confundíos;  
¡Y viva el caos! Inficientes plagas,  
Amontonad vuestras violentas fiebres  
Sobre Atenas, madura para el golpe.  
Tú, ciática helada, incapacita  
A nuestros Senadores, y claudiquen  
Como claudican al cumplir sus cargos.  
Apetito carnal, incontinencia,  
Las almas y los tuétanos invade  
De nuestra juventud; y, á la corriente  
De la virtud opuesta, reluchando  
Ahóguese en la crápula. Erupciones,  
Tumores, invadid del Ateniese  
El cuerpo, y lepra universal germine.  
Con el aliento inféctese el aliento,  
A fin de que en ponzoña solamente  
La sociedad, cual la amistad, se torne.  
De ti la desnudez me llevo sólo,  
Detestada ciudad. Quédete eso,  
Con mis nunca agotadas maldiciones.  
Huye al bosque Timón, y no habrá fiera  
Que más humanidad que los humanos  
No le demuestre. ¡Dioses soberanos!



Cuanto Ateniese exista dentro y fuera  
 De estas murallas quede confundido:  
 ¡Oh dioses! concededme lo que os pido,  
 Y se agrande mi odio de manera  
 Que odie Timón la humanidad entera. (Vase.)

## ESCENA II.

Habitación en el palacio de Timón.

Entran FLAVIO y dos ó tres SIRVIENTES.

SIR. 1.º ¿En dónde, mayordomo, se halla el amo?  
 ¿Estamos sin empleo? ¿Despedidos?  
 ¿Nada queda?

FLA. ¡Oh dolor! ¿Qué debería  
 Contestaros, queridos compañeros?  
 Tan pobre yo me hallo cual vosotros;  
 ¡Bien lo saben los dioses!

SIR. 1.º ¡Tan gran casa  
 Por el suelo! ¡Tan gran señor postrado!  
 ¡Huyen todos! ¡No tiene ni un amigo  
 Que, cogiendo del brazo á su fortuna,  
 Le ayude á caminar!

SIR. 2.º Como volvemos  
 La espalda á los amigos que enterramos,  
 Sus íntimos así se descabullen  
 Al quedar enterrada su fortuna.  
 Huecas protestas de amistad le envían,  
 Vacías bolsas para el caso; y, triste,  
 Del cielo á la inclemencia abandonado,

Mendigo ya, pasea su pobreza,  
 Enfermedad de todos eludida  
 Como el oprobio, aislado.—Más sirvientes.

Entra otro SIRVIENTE.

¡Más utensilios de la casa rotos!  
 Aun nuestros corazones la librea  
 Conservan de Timón. Como lo anuncian  
 Nuestros semblantes, compañeros somos  
 En la desgracia. A pique vase el buque,  
 Y sobre la cubierta que zozobra  
 Estamos, infelices compañeros,  
 Viendo surgir amenazante el agua.—  
 En este mar es fuerza separarnos.

FLA. Queridos compañeros, con vosotros  
 El resto partiré de mi fortuna.  
 Si nos volvemos á encontrar, pensando  
 En Timón, aun seremos camaradas.  
 Inclínemos las frentes, y exclamemos,  
 Cual si de nuestro amo por la dicha  
 Doblaran: «vimos días más felices».  
 Todos tomad. (Dándoles dinero.)

No, no. Poned las manos.

Ni una palabra más. En la pobreza  
 Nos despedimos ricos de tristeza.

(Los sirvientes se abrazan y se van por diferentes lados.)

¡Oh desdicha cruel que logra el auge!  
 ¿Quién hay que á las riquezas tenga aprecio,  
 Si á la desgracia llevan y al desprecio?  
 ¿Quién engañarse con el auge quiere?  
 ¿Ni quién vivir en amistad que es humo?

¡Quién esa pompa y lo que el fausto implica,  
 Si aparente es no más cual los amigos?  
 ¡Pobre digno señor, á quien su propio  
 Corazón ha postrado, á quien su propia  
 Bondad perdió!—¡Rareza extraordinaria!  
 ¡Considerarse el vicio de los vicios  
 Hacer con larga mano beneficios!  
 ¡Ni quién lo imitará?—Bondad divina  
 De dioses es. En hombres la rüina.  
 Señor amado, bendecido fuiste  
 Para ser maldecido. Fuiste rico  
 Para ser infeliz. Tu gran fortuna  
 Fué tu mayor desdicha. ¡Pobre amo!  
 Huye iracundo de este ingrato pueblo,  
 De amigos monstrüosos. Nada lleva  
 Con que vivir, ni mantenerse sabe.  
 Iré en su busca, que servirle ansio.  
 Mientras oro me quede y sepa cómo,  
 Seguiré siendo yo su mayordomo. (Va e.)

### ESCENA III.

Un bosque en las inmediaciones de Atenas.

Ante la cueva de Timón.

Entra TIMÓN.

TIM. Bendito sol prolífico, sorbiendo  
 La humedad corrompida de la tierra,  
 La sublunar atmósfera inficiona.  
 A dos gemelos de la misma entraña,

Que engendros, embriones, ó nacidos,  
Tienen apenas diferencia alguna,  
Haz que distinta suerte los separe:  
Despreciará el que es más á aquel que es menos.  
Nuestra naturaleza, á quien asedian  
Todas las plagas, la excesiva dicha  
Soporta solamente despreciando  
A la naturaleza.

A ese mendigo ensálzame; confunde  
A aquel señor; desprecio hereditario  
Conseguirá el patricio;  
El mendigo legítimos honores.  
El ganado se engorda con el pasto;  
Carencia lo enflaquece. ¿Quién, quién osa  
Decir de buena fe, la frente erguida,  
«Ese es adulador»? Si existe uno,  
Todos lo son. Es siervo de la escala  
De la fortuna el inferior peldaño.  
Hombres discretos la cabeza inclinan  
A imbéciles con oro revestidos.  
Todo en el mundo toma oblicua senda.  
En nuestra vil naturaleza sólo  
Recta camina la absoluta infamia.  
Reniego, pues, de fiestas, de reuniones,  
De muchedumbres; sí. Timón desprecia,  
Como á sus semejantes, á sí propio.  
Tierra, dame raíces. (Cavando)

A quien busque  
En ti cosa mejor, con tu ponzoña  
Más eficaz su paladar halaga.  
¿Qué ven mis ojos? ¿Oro? Ese amarillo  
Metal resplandeciente y apreciado.

¡Dioses! no. Vil idólatra no he sido.  
Raíces concededme, ¡justos cielos!  
Este puñado sólo bastaría  
Para hacer que lo negro fuera blanco,  
Bello lo horrible, lo perverso justo,  
Noble lo infame, lo caduco joven,  
Lo cobarde valiente. ¡Dioses míos!  
¿A qué hacéis esto, á qué hacéis esto, dioses?  
Esto alejar de vuestro bando puede  
A vuestros sacerdotes y secuaces,  
Y apartar del enfermo la almohada  
Donde está su cabeza reposando.  
Este esclavo amarillo  
La religión fomenta ó la quebranta,  
Bendice al maldecido, del leproso  
Hace amable el bláncor, á los ladrones  
Títulos, cargos, homenaje, aplausos,  
Y en el Senado asientos proporciona.  
Con él obtiene la viuda ajada  
Segundas nupcias, ella que pudiera  
En hospital de enfermos ulcerados  
Repugnar. Se embalsama, se perfuma,  
Y retorna á su Abril. Tierra maldita,  
Tú, de la humanidad vil prostituta;  
Tú, que avivas el odio de los pueblos,  
Para mi tú serás lo que tú eres.

(Óyese una marcha.)

¡Hola! un tambor. ¡Qué pronto has acudido;  
Pero te enterraré. Te irás, sin duda,  
Ladrón taimado, si de ti se aparta

Tu guardián gotoso. Sin embargo,  
 Quédate tú como señal. (Se guarda algún oro.)

Entran ALCIBÍADES con tambores y clarines en atavío de guerra. FRINE y TIMANDRA.

- ALC. ¿Quién eres?
- TIM. Una fiera cual tú. ¡Que te corroa  
 El corazón el cáncer por mostrarme  
 Rostro humano otra vez!
- ALC. ¿Cómo te llamas?
- ¿Odias al hombre tanto y eres hombre?
- TIM. La humanidad, misántropo, detesto.  
 ¡Ojalá fueras can! de esa manera  
 Algo te estimaría.
- ALC. Sé quién eres,  
 Pero la historia de tu vida ignoro.
- TIM. Sé quién eres también, pero no quiero  
 Saber ya más de ti que lo sabido.  
 Sigue, pues, al tambor. Con sangre humana  
 A enrojecer, á enrojecer el suelo.  
 Si cánones y leyes son crueles,  
 ¿Qué no ha de ser la guerra? Tiene, acaso,  
 Más destructora fuerza que tu espada  
 Esa vil meretriz que va contigo,  
 A pesar de su aspecto de querube.
- FRI. Que tu labio se pudra.
- TIM. No pretendo  
 Darte un beso. Retorne al labio tuyo  
 La podredumbre, pues.
- ALC. ¿Cómo el noble Timón llegó á este estado?
- TIM. Como la luna, porque luz no daba,  
 Y no pudo después, como la luna,

Volverla á dar, por no encontrarse soles  
Que quisieran prestarla.

ALC. ¿Qué podría,  
Noble Timón, hacer por tí?

TIM. Tan sólo  
Mantener mi opinión

ALC. ¿Cuál es?

TIM. Promete

Que mi amigo serás, mas no lo seas.  
Si nada quieres prometer, los dioses  
Por hombre te maldigan. Si mi amigo  
Fueres, que te confundan por ser hombre.

ALC. Algo llegué á saber de tus desgracias.

TIM. En mi prosperidad las conociste.

ALC. Las veo en este instante.—¡Cuán dichosa  
Época aquella!

TIM. Como tu dichoso  
Con esas dos rameras á tu lado.

TIMA. ¿Es este, acaso, el ídolo de Atenas  
Que así ensalzaron?

TIM. ¿Eres tú Timandra?

TIMA. Sí.

TIM. Sigue siendo ramera. No te quieren  
Quienes te compran. Púdrelos, por tanto,  
Cuando contigo sacien su lujuria.  
Aprovecha tus lúbricos instantes;  
Para friegas sazona á los menguados,  
Para la dieta al rubicundo joven.

TIMA. ¡Monstruo feroz!

ALC. Perdónalo, Timandra.

¡Ahogóse su razón en sus desdichas!—  
Buen Timón, oro escaso tengo ahora;

Y su falta revueltas de continuo  
 Ocasiona en mi bando extenüado.  
 Con pena supe que la infame Atenas,  
 Desconociendo tu valer, tus grandes  
 Servicios olvidando, cuando pueblos  
 Vecinos, sin tu espada y tu fortuna,  
 Abatido la hubieran.....

- TIM. Te suplico  
 Que batas el tambor y que te vayas.
- ALC. Tu amigo soy, Timón. Te compadezco.
- TIM. ¿Cómo al que compadeces incomodas?—  
 Quisiera solo estar.
- ALC. En ese caso,  
 ¡Adiós! Toma este oro.
- TIM. Te lo guardas.  
 No lo puedo comer.
- ALC. En cuanto fuere  
 Montón de escombros la orgullosa Atenas.....
- TIM. ¿Avanzas contra Atenas?
- ALC. Con motivo.  
 Sí, Timón.
- TIM. ¡Maldecidos de los dioses  
 Quienes conquistes sean! Tú, más tarde:  
 Después de tus conquistas.
- ALC. ¿Por qué causa,  
 Timón, yo?
- TIM. Porque dando á infames muerte,  
 Para triunfar de mi país naciste.  
 Tu oro guarda.—Adelante.—Ten más oro.—  
 Adelante.—Sé plaga planetaria;  
 Sé cual Jove que cierne la ponzoña  
 Aniquilando á la ciudad corrupta.



Ni uno siquiera de tu espada escape.  
 No te inspire piedad la blanca barba  
 Del venerable anciano..... es usurero.  
 Abáteme á la hipócrita matrona;  
 Su porte sólo es decoroso, sirve  
 De encubridora.—A tu tajante espada  
 No ablande de la virgen la mejilla,  
 Que el lácteo seno con que llama al hombre  
 Tras esas celosías de su veste,  
 En página ninguna se halla inscrito  
 Del libro de la lástima, al contrario,  
 Como odioso traidor se considera.  
 Ni del que acaba de nacer te apiades:  
 En imbéciles sólo los hoyuelos  
 De sus mejillas compasión infunden.  
 Bastardo considéralo, que debe  
 Degollarte, según con frases vagas  
 Lo predice un oráculo; y pedazos  
 Hazlo sin compunción. Nada te mueva.  
 Tápate los oídos y los ojos  
 Con armadura á prueba de lamentos  
 De madres, de doncellas y de infantes;  
 Y ni del sacerdote revestido,  
 Vertiendo sangre, la visión te ofusque.  
 Oro para pagar á tus soldados  
 Ahí tienes.—Extermina en torno tuyo;  
 Y, cuando esté tu furia apaciguada,  
 También maldito seas.—Calla.—Vete.

ALC. ¿Oro tienes aún?—Acepto el oro,  
 Pero no tus consejos.

TIM. ¡Acépteslos ó no, maldito seas!

FRI. Y TIMA. Danos oro, Timón. ¿Te queda alguno?

TIM. Bastante para hacer que de su oficio  
 Una ramera abjure, y que se abstenga  
 De seducir la vil encubridora.—  
 Extended, cochambrosas, esas faldas.—  
 Eximidas estáis de juramentos;  
 Y aunque sé que seriais muy capaces  
 De jurar, de jurar con tal vehemencia,  
 Que temblarían con celeste fiebre,  
 Al oiros, los dioses inmortales,  
 Juramentos ahorraos. Yo me fío  
 De vuestra condición. Sed meretrices  
 Constantemente, y al mortal que quiera  
 Con pláticas piadosas convertiros,  
 Impertérritas siempre en turpitudes,  
 Seducid, inflamad. Que predomine  
 Sobre su humo vuestra intensa llama.  
 No desistáis jamás. Aunque seis meses  
 De trabajo os costare. Las calvicies  
 Techaos con despojos de difuntos.  
 Aunque fuere de gente á quien ahorcaran.  
 ¡No importa! Aprovechadlos, y con ellos,  
 Rameras, engañad. Pintaos de modo  
 Que en vuestros rostros un corcel se atasque.  
 ¡Maldecidas arrugas!

FRI. Y TIMA. Bueno. Danos  
 Más oro. ¿Qué no haremos por el oro?

TIM. Raíces eche la tisis  
 De los mortales en los huecos huesos.  
 Roa sus finas tibias, y estropee  
 La humana actividad. La voz quebrante  
 Del letrado, y jamás en pleito injusto  
 Abogue, ni declame sutilezas

Con voz chillona. Pudra al sacerdote  
 Que contra impulsos de la carne clama  
 Contra su convicción. Destruya entera  
 La nariz—en total—hasta los huesos,  
 Del que de su interés la pista sigue,  
 La del público bien abandonando.  
 Robe al rufián su cabellera riza,  
 Y dé tormento al fanfarrón, que ileso  
 Salió de la batalla. Hiera á todos,  
 A fin de que vivaz obstruya y seque  
 De la virilidad la fuente misma.  
 Tomad más oro. Maldecid vosotras  
 A los mortales. A vosotras esto.

FRI. Y (Generoso Timón, danos más oro,  
 TIMA. (Y sigue predicando.

TIM. Más rameras  
 Debéis ser y más daño hacer primero.  
 Ya os dí señal.

ALC. Redoblen los tambores.  
 A Atenas, pues. Adiós, Timón; si gano,  
 A verte volveré.

TIM. Como se cumplan  
 Mis deseos, jamás.

ALC. Daño ninguno  
 Te hice en mi vida yo.

TIM. Hablaste bien de mí.

ALC. ¿Daño á eso llamas?

TIM. La humanidad así lo estima. Vete,  
 Y llévate contigo á tus perrillas.

ALC. Sólo le estamos estorbando. Toquen.

(Redoblan los tambores. Vanse Alcibiades, Frine y Timandra.)

TIM. Naturaleza, tú, tan harta estando  
 De la numana crueldad, ¿aun tienes hambre?  
 Madre común, en cuya inmensa entraña,  
 En cuyo enorme seno nos procreas,  
 Y á todos nos mantienes, tú, que inflaste  
 Con la misma sustancia á tu hijo altivo,  
 El hombre, que engendraste negro sapo,  
 Áspid azul, dorada salamandra,  
 Ciega serpiente venenosa, y todos  
 Esos odiados seres que se crían  
 Bajo la inmensa bóveda del cielo  
 Y Febo alumbra con su viva llama,  
 Concede al que odian tus humanos hijos.  
 Triste raíz de tu abundante seno.  
 Tus fecundas entrañas maternas  
 Esteriliza, y al mortal ingrato  
 A concebir no vuelvas. Fieras, tigres  
 Propaga, y lobos y osos y dragones.  
 Engendra nuevos monstruos nunca vistos  
 Por la eterea mansión en tu planicie.  
 ¡Una raíz!—¡Oh! gracias infinitas.—  
 Seca tus arboledas, tus viñedos,  
 Tus sembradíos, donde el hombre ingrato  
 Dulces licores, sazonados frutos  
 Cosechando, su mente clara enturbia  
 Sin que le queden de razón vestigios.

Entra APEMANTO.

¡Más hombres! ¡Mala peste! ¡Mala peste!  
 APE. Me han dirigido aquí. Según me dicen,  
 Me imitas, mis doctrinas aceptando.  
 TIM. Pues será porque tú ni tienes perro

APE. A quien pueda imitar. ¡No reventaras!  
 Esto es en ti carácter enfermizo,  
 Pobre, poco viril melancolía,  
 Promovida por cambios de fortuna.  
 ¿A qué esa azada, semejante sitio,  
 Tu vestido de esclavo y triste aspecto?  
 Aun tus aduladores gastan seda,  
 Vino beben y en blandos lechos yacen.  
 A sus podridas perfumadas ciñen  
 En abrazo amoroso; y olvidados  
 Están de que Timón haya existido.  
 No afrentes á estos bosques, asumiendo  
 La acrimonia de un censor. Adul.  
 Con lo que ha sido tu desgracia medra.  
 Charnelas pon á tus rodillas. Cuida  
 De que arrebate tu sombrero un soplo  
 Del que adular desees; sus impulsos  
 Más indignos aplaude y ennoblece.  
 Eso hicieron contigo. Tus oídos,  
 Taberneros que dan la bienvenida  
 A advenedizos y rufianes fueron.  
 Es muy justo que tú bribón te vuelvas.  
 Si rico fueras otra vez, tus bienes  
 De bribones serían. No me imites.

TIM. Si fuera como tú, me mataría.

APE. Siendo lo que tú eres, te mataste.  
 ¡Largo tiempo insensato y ahora imbécil!  
 ¿Acaso piensas tú que el cierzo frío,  
 Tu feroz mayordomo, á calentarte  
 La ropa va? ¿Que estos musgosos troncos,  
 Cual águilas vetustos, si lo indicas,  
 Dóciles pajes te abrirán camino?

¿Que el frio manantial que traba el hielo,  
 Calentará tu matinal brebaje  
 Que ha de aliviarte de nocturna hartura?  
 Llama á los seres que desnudos sufren  
 La destructora furia de los cielos;  
 Que sin vestir, sin cobijar, la lucha  
 Soportan de elementos encontrados,  
 A leyes naturales sometidos.  
 Dí que te adulen; ya verás.....

TIM. ¡Oh necio!

Vete de aquí.

APE. Te quiero más ahora

Que antes te quise.

TIM. Te odio más que nunca.

APE. ¿Por qué, dí?

TIM. Porque adulas la desgracia.

APE. No te adulo. Te llamo miserable.

TIM. ¿Para qué vienes, dí?

APE. Para ofenderte.

TIM. Ocupación de un vil ó de un menguado.

¿Eso te agrada?

APE. Sí.

TIM. ¡También infame!

APE. Pase si vida tan amarga y dura  
 En expiación llevaras de tu orgullo.  
 Pero la llevas sin querer. Mendigo  
 No fueras, y serías cortesano.  
 Vale más la pobreza voluntaria:  
 Más vida tiene que la incierta pompa.  
 Ésta apetece siempre sin saciarse:  
 Vive aquélla feliz. Sin alegría,  
 La mejor posición es desventura

Peor que la peor donde hay contento.  
Tan miserable, ansiar morir debías.

**TIM.** No al dictado de un ser tan miserable.  
Vil esclavo eres tú. Nunca la suerte  
Entre sus tiernos brazos, cariñosa,  
Te abrazó. Como perro te criaste.  
Si al dejar, como yo, las envolturas  
Pisado hubieras la florida senda  
Con que convida el deleznable mundo  
A quienes pueden disfrutar sus dones,  
Tu juventud hubieras consumido  
En lechos infinitos de impureza.  
Tú las heladas leyes del respeto  
No aprendieras jamás, mientras absorto  
En ese dulce juego te engolfabas.  
En cambio yo, mimado por el mundo;  
Que lenguas, bocas, ojos, corazones  
A mis órdenes tuve, de tal modo  
Que ni acertaba ocupación á darles;  
Que á miles gentes tuve á mí apegadas,  
Como lo están sus hojas á la encina,  
Y á la primera ráfaga de invierno  
Las ve caer, quedando sin amparo,  
Y desnudo á merced de la borrasca;  
Que soporte esto yo, que nunca he visto,  
Sino cosa mejor, es grave carga.  
A ti, que padeciendo comenzaste,  
Te ha endurecido el tiempo. ¿Qué motivos  
Para odiar á los hombres son los tuyos?  
No te adularon nunca. ¿Qué les diste?  
Si quieres maldecir, tus maldiciones  
Caigan sobre tu padre, pobre trasto,

Que, aburrido, se unió con vil mendiga,  
Y te engendró, pillastre, por herencia.  
Anda. Vete. Serías, si no hubieses  
Nacido el más perverso de los hombres,  
Tuno y adulator.

APE. ¿Aun orgulloso?

TIM. De no ser tú.

APE. Yo de que nunca he sido  
Pródigo.

TIM. Yo de serlo todavía.

Si toda mi fortuna en ti yaciera,  
Permiso te daría para ahorcarte.  
Vete ya. Si de Atenas estuviese

(Royendo raíces.)

Toda la vida aquí, del mismo modo  
La devorara.

APE. (Ofreciéndole algo de comer.) Toma. Tu banquete  
Mejoraré.

TIM. Mejora tú primero,  
Largándote de aquí, mi compañía.

APE. La mía si tú faltas se mejora.

TIM. Así no la mejoras, la remiendas;  
Y lamentara yo que así no fuese.

APE. ¿Para Atenas qué mandas?

TIM. A ti en un torbellino. Si te place,  
Que oro tengo dirás. ¿Lo ves? Es cierto.

APE. De nada sirve el oro aquí.

TIM. De mucho,  
Pues duerme, y para el mal nadie lo alquila.

APE. Timón, ¿de noche dónde duermes?

TIM. Bajo



Lo que está sobre mí. Dime, Apemanto,  
¿Dónde comes ahora?

APE.—Donde mi estómago halla viandas, ó más bien,  
donde las como.

TIM.—Ojalá fuera obediente un tósigo y conociera  
mis intenciones.

APE.—¿Adónde lo enviaras?

TIM.—A sazonar tu plato.

APE.—Jamás conociste el término medio de la hu-  
manidad, sino únicamente sus dos extremos. Cuando el  
oro y los perfumes te rodeaban, burlábanse de ti por tu  
delicadeza excesiva. Desarrapado, ni la conoces, y por eso  
te desprecian. Toma un níspero. Cómetelo.

TIM.—No me alimento de lo que no me agrada.

APE.—¿No te agradan nísperos?

TIM.—Valen lo que tú.

APE.—Si nísperos te hubieran desagradado antes de  
ahora, te estimarían más hoy; ¿Has conocido manirroto  
estimado después de la pérdida de su fortuna?

TIM.—¿A quién sin esa fortuna de que hablas has co-  
nocido estimado?

APE.—A mí.

TIM.—Te entiendo. Perro lograste tener.

APE.—¿Qué, según tú, se aproxima más en este  
mundo al adulator?

TIM.—La mujer; pero el hombre, el hombre es la cosa  
misma. ¿Qué harías tú del mundo, Apemanto, si tuyo  
fuera?

APE.—Entregarlo á las bestias para acabar con los  
hombres.

TIM.—¿Querrías sucumbir en la destrucción de los  
hombres, y ser bestia entre las bestias?

APE.—Sí, Timón.

TIM.—Bestial ambición, que los dioses te concedan realizar. Si fueras león, te engañara la zorra. Si fueras cordero, la zorra te devorara. Si fueras zorra, sospecharía de ti el león, si acaso te acusara el asno. Si asno fueras, tu estupidez te atormentara, y vivirías para que te almorzara el lobo. Si fueras lobo, te pesaría tu voracidad y aventurarias tu vida en busca de tu cena. Si fueras unicornio, te confundirían tu orgullo y tu coraje, y serías víctima de tu propio furor. Fieras oso, y el caballo te mataría. Fieras caballo, y el leopardo te atraparía. Fieras leopardo, y serías pariente del león, y las indicaciones de tu parentesco serían árbitros de tu vida. Tu única seguridad sería la huida; tu defensa, ausentarte. Qué bestia podrías ser tú que no estuviese á merced de otra bestia; y que bestia eres en este momento, que no ves cuánto perderías con semejante transformación.

APE.—Si fueras capaz de complacerme discurriendo, ahora podías haberlo conseguido. Convertida está en bosque de fieras la república de Atenas.

TIM.—¿Cómo ha podido el burro, pues está aquí, salvar los muros de la ciudad?

APE.—Ahí vienen un poeta y un pintor. La plaga de su compañía caiga sobre ti. Temo contagiarme y me voy. Cuando no sepa qué otra cosa hacer, vendré á verte.

TIM.—Cuando fueres el único viviente, serás bien venido. Mejor quisiera ser perro de mendigo que Ape-mento.

APE. Eres tú de los tontos el remate.

TIM. Fieras menos inmundo, y te escupiera.

APE. ¡Mala peste! De echarte maldiciones,  
Tú la pena no vales.

- TIM. Los malvados,  
Justos son junto á ti.
- APE. Son tus palabras  
La lepra misma.
- TIM. Cuando á ti te nombro.  
Por no manchar mis manos no te pego.
- APE. Ojalá que mi lengua las pudriese.
- TIM. Atrás, engendró vil de can sarnoso:  
La cólera me mata al verte vivo;  
Nauseas me da tu aspecto.
- APE. Así revientes.
- TIM. Atrás, cansado pillo. Lo que siento  
Es perder esta piedra por tu causa.  
(Tirándole una piedra.)
- APE. ¡Animal!
- TIM. ¡Siervo!
- APE. ¡Sapo!
- TIM. ¡Pillo, pillo!

(Apemanto se retira al fondo de la escena en ademán de irse.)

Harto me encuentro de este falso mundo;  
Lo más preciso de él quiero tan sólo.  
Prepara, pues, Timón tu sepultura,  
Y descansa por fin donde tu losa  
La leve espuma de la mar combata.  
Escribete tú mismo tu epitafio,  
A fin de comprobar que en ti la muerte  
Logra reirse de la vida ajena.  
¡Oh dulce regicida! Tú, que al hijo

(Mirando al oro.)

De su padre divorcias; tú, brillante

Profanador del tálamo más puro;  
 Marte valiente, seductor pulido,  
 Siempre joven, lozano y adorable;  
 Cuyo sonrojo fúlgido derrite  
 La sacra nieve que la veste cubre  
 De la casta Dïana; tú que sueltas,  
 Visible dios, los imposibles todos,  
 Y logras que se besen; tú, que hablas  
 En toda lengua y con acierto siempre,  
 ¡Oh tú, del corazón piedra de toque!  
 Juzga á tu esclava humanidad rebelde,  
 Y, con tu influjo, á destructora lucha  
 Incítala, de modo que en el mundo  
 Las fieras lleguen á ejercer su imperio.

APE (Adelantándose.) Ojalá fuera así; pero tan sólo  
 Después de muerto yo. Diré que tienes  
 Oro, y serás de gentes acosado.

TIM. ¿Acosado?

APE. Sí tal.

TIM. Dame la espalda.

APE. Vive y adora tu desdicha.

TIM. Vive

Largo tiempo cual eres, y así mueras.

(Vase Apemanto.)

¡Me encuentre libre! ¡Más humanas formas!  
 Aborrécelas tú, Timón, y come.

Entran BANDIDOS.

BAN. 1.º—¿Dónde guardará su oro? Serán pobres so-  
 bras, miserables remanentes de su fortuna. La falta de

dinero y la deserción de sus amigos lo indujeron á la melancolía.

BAN. 2.º—Se dice que posee un gran tesoro.

BAN. 3.º—Vamos á probarlo. Si no lo aprecia, nos contentará fácilmente. Pero si lo guarda con usura, ¿cómo lo obtendremos?

BAN. 2.º—Es verdad, porque no lo lleva encima. Lo tiene escondido.

BAN. 1.º—¿No es él?

BANDIDOS.—¿Dónde?

BAN. 2.º—Es cual lo describen.

BAN. 3.º—Él es. Yo lo conozco.

BANDIDOS.—Salud, Timón.

TIM.—¡Hola, ladrones!

BANDIDOS.—Soldados, no ladrones.

TIM.

Ambas cosas,

Y de mujeres hijos.

BANDIDOS.

Solamente

Harto necesitados, no ladrones.

TIM. Vuestra mayor necesidad consiste

En que tenéis necesidades hartas.

¿Tenéis necesidad de carne, acaso?

Raíces, contemplad, tiene la tierra.

Cien fuentes hay en torno de este sitio,

Bellotas os ofrecen las encinas,

Y los escaramujos rojas bayas.

Esa hospedera liberal, la madre

Naturaleza, en cada planta ofrece

Opíparo banquete á vuestra vista.

¡Necesidad! ¡Necesidad!

BAN. 1.º

Con hierbas

Y con bayas y agua no podemos

Vivir, como la fiera, el pez y el ave.  
**TIM.** Ni con aves, con peces y con fieras.  
Hombres queréis comer. Pero mil gracias.  
Sois ladrones profesos, y no os cubren,  
Al trabajar, disfraces más piadosos.  
Sin límites el robo se practica  
En las más restringidas profesiones.  
Oro tenéis aquí, ladrones tunos;  
Idos, pues. Su sutil sangre á la uva  
Chupad, é intensa fiebre á vuestra sangre  
Haga espumar y hervir; que así la horca  
Evitaréis. Antídoto ninguno  
De médico tomad: os da ponzoña,  
Y mata tanto cual robáis vosotros.  
Haced el mal, cual profesáis hacerlo,  
Como trabajadores. Presentaros  
De latrocinio ejemplos me propongo.  
El sol es un ladrón, que al mar inmenso  
Con su atracción extraordinaria roba.  
Es la luna ladrona empedernida  
Que arrebatá del sol la tibia lumbre.  
Es un ladrón el mar, pues á la luna  
Con sus líquidas ondas llanto arranca.  
Es ladrona la tierra, que se nutre  
Y que procrea con robadas heces  
De universal estiércol. Todo roba:  
Las leyes, que os azotan y os refrenan  
Con áspero poder, roban sin tasa.  
Unos á otros no os améis. Marchaos,  
Robaos mutuamente. Ved más oro.  
Degollad. No hallaréis más que ladrones.  
A Atenas idos. Saquead las tiendas.

Todo cuanto robéis ladrones pierden;  
 No porque os doy, robéis vosotros menos.  
 Y que os confunda el oro siempre, amén.

TIMÓN entra en su cueva.

BAN. 3.º—Casi me ha hecho renegar de mi profesión  
 al animarme á seguirla.

BAN. 1.º—Por odio á la humanidad así nos aconseja,  
 y no para que prosperemos en nuestro oficio.

BAN. 2.º—Lo juzgaré enemigo y abandonaré mi profesión.

BAN. 1.º—Esperemos primero á que haya paz en  
 Atenas. No hay tiempo, por malo que sea, que no fuese  
 propósito para ser honrado. (Vanse los bandidos.)

Entra FLAVIO.

FLA. ¿Es mi señor, ¡oh dioses!  
 Aquel ser tan abyecto y miserable?  
 ¿En tan grande rüina y abandono?  
 ¡Oh recuerdo asombroso de servicios  
 Hechos en mala hora!  
 ¡Qué cambios no produjo tu pobreza!  
 ¿Qué otra cosa más vil en este mundo  
 Habrá que los amigos? ¿Qué otra cosa  
 Así postrara á un alma generosa?  
 Ya la máxima aquella no disuena,  
 Que amar al enemigo nos ordena,  
 Que es preferible amar á quien nos daña,  
 Que al que amigo se finge y nos engaña.  
 Me ha visto. Mi dolor le haré presente,

Que como á mi señor servirle quiero,  
Con la vida.

TIMÓN sale de su cueva.

Señor querido.

TIM.

Aparta.

¿Quién eres tú?

FLA.

Señor, ¿me has olvidado?

TIM.

¿Por qué preguntas eso? De los hombres  
Todos ya me olvidé; y así, si admites  
Que eres hombre, olvidado ya te tengo.

FLA.

Soy tu honrado sirviente.

TIM.

No te conozco entonces.

Hombre honrado no tuve en torno mío.  
Todos eran bribones, y servían  
Para dar de comer á miserables.

FLA.

Testigos son los dioses  
De que jamás sirviente humilde ha habido  
Que más veraces lágrimas vertiera  
Que yo, por las desdichas de su amo.

TIM.

¡Qué! ¿lloras? Aproxímate. Te quiero  
Porque mujer te juzgo, que rechaza  
A esos guijarros hombres, cuyos ojos  
Sólo la risa ó la lujuria anublan.  
Dormida está la compasión. Ahora  
De risa y no de lástima se llora.

FLA.

Ruego que me conozcas, amo mío;  
Que en mis lágrimas creas, y que siga,  
Mientras dure este poco de dinero,  
Siendo, cual antes, yo tu mayordomo.

TIM.

¿Tuve yo mayordomo  
Tan bueno, tan leal, tan noble ahora?



Se amansa casi mi feroz carácter.  
 Tu rostro quiero ver. ¡Nació, no hay duda,  
 De mujer este homòre!  
 ¡Oh dioses siempre justos! perdonadme  
 Mi anatema absoluto y sin reservas.  
 Proclamaré que un hombre honrado existe.  
 Pero, entendedme bien, tan solo uno.  
 Uno. ¿Entendéis? ¡Y mayordomo es éste!  
 ¡Ansiaba odiar la humanidad entera!  
 Y tú te redimiste; pero á todos,  
 Excepto á ti, maldigo.  
 Acaso más honrado que discreto  
 Serás, pues si me hubieras acosado  
 Y hecho traición, más pronto hallado hubieras  
 Otro señor á quien servir; pues muchos  
 De ese modo segundos amos logran,  
 De su primer señor pisando el cuello.  
 Mas dime, francamente (pues forzosa  
 Me es la duda, á pesar de la evidencia):  
 ¿No es tu bondad hipócrita avaricia,  
 Ó usurera bondad, cual la del rico,  
 Que reparte sus dones cuando espera  
 En cambio recibir veinte por uno?  
 FLA. No, mi noble señor, en cuyo pecho  
 La duda y la sospecha, por desgracia,  
 Tarde echaron raiz. De los engaños  
 Del mundo, al festejarlo, deberías  
 Haberte precavido. Las sospechas  
 Llegan después de ya perdido todo.  
 Lo que hago yo, responde meramente,  
 ¡El cielo bien lo sabe! á mi cariño,  
 A tu alma tan sin par, á tierno afecto,

A afán de mantenerte y de servirte.  
 Créeme, noblë amo,  
 Cuanto pudiera en beneficio mío  
 Obtener de presente ó de futuro,  
 Por un solo deseo lo trocara:  
 Porque poder tuvieras y fortuna  
 Para pagarme, haciéndote tú rico.

**TIM.** Pues escucha, así es. Tú, solo ejemplo  
 De hombre honrado, ten, toma este tesoro.  
 Los dioses, para ti, de mi miseria  
 Lo sacan. Vete. Sé feliz y rico,  
 Pero con esta condición: habita  
 Donde no vivan hombres; odia á todos;  
 Maldícelos á todos. A ninguno  
 Ofrezcas caridad. Que se le escape  
 La carne de los huesos al hambriento,  
 Antes que dés limosna á ese mendigo.  
 A perros da lo que á los hombres niegues.  
 Tráguenselos las cárceles. Sus deudas  
 Los ajen y á la nada los reduzcan.  
 Bosques sin una hoja ni una rama,  
 La miseria su falsa sangre lama.  
 Conque, adiós, y prospera.

**FLA.** Que me quede

Y que te cuide déjame, amo mío.

**TIM.** Si odias mis maldiciones, no lo hagas.  
 Huye, libre aun estás. Bendito seas;  
 ¡Que ni te vuelva á ver ni á nadie veas!

Vase Flavio.—Timón vuelve á su cueva.

---

---

## ACTO QUINTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

El bosque ante la cueva de Timón.

Entran el PINTOR y el POETA.—TIMÓN observándolos desde su cueva.

PIN.—Según las notas que he tomado, no debe estar lejos de aquí el sitio donde vive.

POE.—¿Qué hay que creer acerca de él? ¿Será cierto el rumor que corre de que posee tanto dinero?

PIN.—Cierto. Alcibíades lo ha dicho. Frine y Timandra tenían oro suyo. También dió gran cantidad á unos infelices soldados merodeadores, y se dice que ha regalado importantísima suma á su mayordomo.

POE.—Según eso, su catástrofe fué meramente poner á prueba á sus amigos.

PIN.—Ni más ni menos. Pronto lo verás en palmas otra vez en Atenas, y florecer entre los más potentes. Por lo tanto, no vendrá mal el que nos ofrezcamos á él en su fingida desgracia. Esto nos hará aparecer desinteresados, y es probable que obtengamos el fin que nos proponemos, si es exacto y verídico el rumor de que es poderoso.

POE.—¿Qué tienes ahora que ofrecerle?

PIN.—Ahora únicamente mi visita. Pero le prometeré una excelente obra.

POE.—Lo mismo debo hacer yo. Hablarle de lo que me propongo hacer en su obsequio.

PIN.—¡Magnífico! Prometer es lo que ahora priva. Abre los ojos á la esperanza. Cumplir es acto menos lucido, y sólo entre gente sencilla y tosca se estila cumplir una oferta. Cumplir es una especie de postrer voluntad, ó testamento, que arguye mortal enfermedad del juicio.

TIMÓN, adelantándose algo.

TIM.—(Aparte.) ¡Excelente artista! pero no lograrás pintar hombre tan perverso como tú.

POE.—Estoy pensando en qué le diré tenerle preparado. Debe ser algo que lo personifique. Una sátira contra la molicie que la prosperidad fomenta y una exposición de las infinitas adulaciones que acosan á la juventud y á la opulencia.

TIM.—(Aparte.) ¿Quieres, pues, aparecer como infame en tu propia obra? ¿Azotar tus propias faltas en los demás? Hazlo. Oro tengo para ti.

POE. Pues vamos en su busca.  
Peca de necio el que favor aguarde,  
Y para recibirlo llega tarde.

PIN. Verdad.  
Pues hay luz, á evitar la noche oscura.  
Tratemos de buscarlo mientras dura.

TIM. (Aparte.) Al encuentro os saldré. ¡Dios eres, oro,  
A quien se rinde adoración en templo  
Peor que una zahurda!  
La nave arbolas que las ondas corta,

Respeto y distinción al vil confieres.  
 ¡Adorémoste, pues! ¡Peste que abata  
 Galardone al devoto que te acata!  
 Les hablaré. (Adelantándose.)

POE. Salud, digno Timón.

PIN. Antiguo y noble

Amo nuestro.

TIM. ¿A lo menos, en mi vida

A dos hombre de bien no he contemplado?

POE. Señor.

Habiendo recibido muchas veces  
 Tus liberales dádivas; sabiendo  
 Que vives solitario, y que te habían  
 Abandonado tus amigos todos.—  
 ¡Oh seres detestables!—Ni del cielo  
 Los látigos serán bastante largos.  
 ¡Cómo! ¿A ti,  
 Cuya nobleza sideral la vida  
 De su íntimo ser era y la esencia.....  
 Atónito me quedo, y no me es dado  
 La enormidad de ingratitud tan grande  
 Con palabras vestir.....

TIM. ¡Que vaya en cueros y mejor se vea!

Tú, tan honrado, siendo lo que eres,

Haz que se pueda ver y se conozca.

PIN. El y yo conseguimos, trabajando,

De tus favores bienhechor rocío.

TIM. Si tal. Honrados sois.

PIN. Para ofrecerte

Nuestros servicios hoy nos presentamos.

TIM. Honradísimos sois. ¿De qué manera

Recompensaros puedo? ¿Por ventura

Podéis comer ratces? ¿Agua fría  
Bebéis vosotros? ¿No?

AMBOS. Para servirte,  
Haremos todo aquello que podamos.

TIM. Honrados sois. Sabéis que tengo oro:  
De fijo. La verdad, sois gente honrada.

PIN. Eso dicen, señor; mas no por eso  
Mi amigo y yo venimos.

TIM. ¡Qué buenos y qué honrados! Retratista  
Mejor que tú no se hallará en Atenas.  
El mejor eres tú seguramente:  
Aquel que da más vida á sus retratos.

PIN. Tal cual, señor.

TIM. Sí, sí. Yo te lo digo.—  
¿Y qué te diré yo de tus ficciones?  
Tus versos fluyen con tan fino ingenio,  
Con tanta suavidad, que permaneces  
Natural, á pesar de tanto arte.  
Mas, sin embargo, debo, amigos míos  
Honradísimos, debo confesaros  
Que tenéis un levisimo defecto.  
¡Pardiez! No es grave falta entre vosotros,  
Y corregirla ni aun la pena vale.

AMBOS. Te rogamos, señor, que nos la digas.

TIM. Vais á llevarlo á mal.

AMBOS. Agradecidos  
Quedaremos.

TIM. ¿De veras?

AMBOS. No lo dudes.

TIM. Pues cadá uno de vosotros fia  
En un bribón que sin piedad lo engaña.

AMBOS. ¿Cómo, señor?

TIM. Sí tal. Ots que miente,  
Que disimula. Os consta cuán enormes  
Patañas cuenta, pero amigo es vuestro,  
Y en vuestro plato come, siendo siempre  
Un bribón redomado.

PIN. No lo conozco yo.

POE. Ni yo tampoco.

TIM. Oid. Os quiero bien. Daréos dinero;  
Mas de esos viles que tratáis libradme.  
Dadles de puñaladas, ó colgadlos,  
O sumergidlos en cualquier letrina;  
Aniquiladlos de cualquier manera;  
Y, luego que lo hagáis, venid á verme.  
Oro os daré á montones.

AMBOS. Señor, sus nombres. Quiénes son sepamos.

TIM. Tú por allí. Tú por aquí. Dos juntos  
Aun estáis, que, aunque aparte estáis y solos,  
Un archimiserable os acompaña.

(Al pintor.) Si no deseas que haya dos infames  
Donde estés, huye.

(Al poeta.) Si vivir no quieres

Sino donde un infame solo viva,

Abandónalo. Atrás. Escabullíos.

Oro tomad. Venis por oro, esclavos.

(Al pintor.) Para mí trabajaste. Toma el precio.

¡Fuera!

(Al poeta.) Pues eres alquimista, toma.

Con esto puedes hacer oro. ¡Largo,

Miserable canalla!

(Les hace huir golpeándoles y se retira á su cueva.)

Entran FLAVIO y dos SENADORES.

FLA. De apelar á Timón tratáis en vano;  
 Ensimismado está de tal manera,  
 Que, excepto él mismo, toda forma humana  
 Le es odiosa.

SEN. 1.º Condúcenos, te ruego,  
 A su cueva. En Atenas prometimos  
 Conversar con Timón. Constantemente,  
 El hombre no es el mismo. Circunstancias,  
 Desdichas, lo indujeron á este estado;  
 Mas otras circunstancias, al brindarle  
 Con suave mano lo que ayer tenía,  
 En el hombre de ayer quizá lo tornen.  
 A verlo, pues, condúcenos, y ocurra  
 Lo que ocurriere.

FLA. Ved. Su cueva es ésta.  
 ¡Haya contento y paz en este sitio!  
 ¡Noble Timón! Timón, sal fuera y habla.  
 Amigos son. Por medio de dos nobles  
 Senadores, Atenas te saluda.  
 Escúchalos, Timón.

TIMÓN sale de su cueva.

TIM. ¡Quema, sol bienhechor! ¡Hablad, malditos!  
 Cada palabra de verdad, ampolla  
 Enunciada os levante; cada falsa,  
 La lengua de raíz os cauterice,  
 Y al par que hablando vaya se consuma.

SEN. 1.º Digno Timón.

TIM. Sí. Digno de vosotros,  
 Como vosotros de Timón.

SEN. 1.º De Atenas  
 Los Senadores te saludan.



**TIM.** Gracias. La peste, en cambio, les mandara,  
Si atraparla pudiese para ellos.

**SEN.** 1.º ¡Oh! Debes olvidar lo que nosotros  
Lamentamos. Que tornes te suplican  
A Atenas, á una voz, los Senadores,  
Y piensan, cariñosos, ofrecerte  
Vacantes distinciones especiales,  
Que confían aceptes y disfrutes.

**SEN.** 2.º Grosera ingratitud á tu persona  
Confiesan; y el Estado, que tan sólo  
Se retracta en muy raras ocasiones,  
La ayuda de Timón echa de menos.  
Admite que faltó cuando no quiso  
Auxiliar á Timón, y nos envía  
Para expresar su pena y ofrecerte  
Recompensas, que puedan con su peso  
Equilibrar su error. Sí: con tal suma  
De cariño y riqueza, que la falta  
Que pudo cometer borrada quede,  
Y en ti aparezca su amistad escrita,  
Para que siempre en ti leerse pueda.

**TIM.** Me hechizáis. Casi, casi se me saltan  
De sorpresa las lágrimas. Prestadme,  
Oh dignos Senadores, de un imbécil  
El corazón, de una mujer los ojos,  
Y veréis cómo lloro de alegría.

**SEN.** 1.º Así, pues, te suplico que retornes,  
Y que de nuestra Atenas—nuestra y tuya—  
Asumas el gobierno. Aclamado  
Serás con gratitud, y poderío  
Absoluto tendrás, tu excelso nombre  
Haciéndose famoso en el momento

Que rechazemos el terrible ataque  
De Alcibiades, que arranca de raíces,  
Cual jabalí feroz, de nuestra patria  
El sosiego.

SEN. 2.º Blandiendo, amenazante,  
Su espada ante los muros atenienses.

SEN. 1.º Por lo tanto, Timón.....

TIM. Pues bien; acepto.

Acepto, por lo tanto, de este modo:  
Si á sus paisanos Alcibiades mata,  
De parte de Timón sepa Alcibiades  
Que eso á Timón le tiene sin cuidado.  
Mas si á Atenas saquea, y de las barbas  
Arrastra á nuestros nobles venerables,  
Si á nuestras santas vírgenes entrega  
A los ultrajes de una guerra inicua,  
Salvaje y loca, sepa en ese caso,  
Y decid que Timón es el que habla,  
Que de nuestros ancianos condolido  
Y de nuestras doncellas, me es forzoso  
Decirle que á mí nada se me importa,  
Y que puede tomarlo como guste.  
Tocante á sus cuchillos, despreciadlos  
Mientras tengáis gargantas para el caso.  
En cuanto á mí, no existe navajilla  
En el rebelde campo que no aprecie  
Más que el gazarne más gentil de Atenas.  
Con esto, en manos de propicios dioses  
Os dejo, cual ladrones, protegidos.

FLA. Idos, pues. Quanto hicieréis es inútil.

TIM. Escribiendo me hallaba mi epitafio.  
Mañana lo veréis. A mejorarse

Mi enfermedad de cuerpo y de alma empieza,  
 Y he de alcanzar el todo con la nada.  
 Idos. Vivid, y sea vuestro azote  
 Alcibiades. Vosotros sed el suyo;  
 Y mucho dure.

SEN. 1.º Inútil es hablarle.

TIM. Pero, no obstante, amor tengo á mi patria.  
 No soy de los que gozan, cual se dice,  
 En la común ruina.

SEN. 1.º Bien hablado.

TIM. A mis compatriotas recordadme.

SEN. 1.º Dignas son de los labios que atraviesan,  
 Esas frases.

SEN. 2.º Penetran, como en triunfo,  
 Por los oídos nuestros.

TIM. Recordadme;  
 Y decidles que, ansiando libertarlos  
 De penas, de enemigas asechanzas,  
 De dolores, de angustias amorosas,  
 De pérdidas, de azares que persiguen  
 De la naturaleza al frágil buque  
 En su viaje incierto, me decido  
 A hacerles un favor, diciendo cómo  
 Evitarán la furia de Alcibiades.

SEN. 1.º Esto me agrada. Tornará, sin duda.

TIM. Un árbol tengo, que en mi cerca crece,  
 Que abatir me precisa; y que muy pronto  
 He de cortar. Decid á mis amigos  
 En Atenas, decid á todo el mundo,  
 Desde el noble al plebeyo, que el que quiera  
 Dejar de padecer, que se apresure  
 Aquí á venir, antes que sienta el árbol

El golpe de mi hacha, y que se ahorque.  
Ruego que transmitáis este mensaje.

FLA. Más no le molestéis. En él no hay cambio.

TIM. No me volváis á ver. Decid á Atenas  
Que al borde mismo de la mar salobre  
Timón edificó su eterna casa,  
Que cada día con altiva espuma  
Cubrirá la resaca turbulenta.  
Id allí. Que mi losa funeraria  
Vuestra oráculo sea.—Labios míos,  
Cesad de pronunciar amargas frases,  
Y no habléis más. El mal que nos abrumba  
Un contagio pestífero consume.  
El hombre ha de labrar sólo su fosa:  
Su salario, al morir, queda pagado.  
Oculta, sol, tu lumbre esplendorosa,  
Timón pone aquí fin á su reinado.

(Se retira á su cueva.)

SEN. 1.º Inquebrantable es su rencor, y unido  
Se halla á un carácter firme.

SEN. 2.º Nuestra esperanza en él aquí termina.  
Retornemos á ver de qué otro modo  
Podemos conjurar este peligro.

SEN. 1.º Urge mucho que aprisa caminemos.

## ESCENA II.

Ante los muros de Atenas.

Entran dos SENADORES y un MENSAJERO.

SEN. 1.º Duélenos lo que dices.—¿Tan repletas  
Sus filas encontraste, como afirmas?

MEN. Me quedé corto. Y, además, que pronto  
Aquí estarán, su diligencia anuncia.

SEN. 2.º Si no viene Timón, el riesgo es grande.

MEN. A un mensajero vi, que fué mi amigo,  
Y, aunque en distintos bandos militamos,  
Nuestra antigua amistad, con fuerza extraña,  
Cual camaradas conversar nos hizo.  
Cabalgaba este tal hacia la cueva  
De Timón, de la parte de Alcibíades  
Con suplicante carta reclamando  
Su concurso en la guerra promovida  
Contra nuestra ciudad, en parte al menos,  
Por su causa.

SEN. 1.º Aquí están nuestros colegas.

Entran los SENADORES encargados de hablar á Timón.

SEN. 3.º No hay que hablar de Timón. Nada se logra.  
Del enemigo ya el tambor se escucha;  
Y, en su terrible marcha, ya de polvo  
Llenando el aire va.—Vámonos dentro  
A prepararnos. Temo ¡por mi vida!  
Que el lazo es suyo y nuestra la caída. (Vanse.)

### ESCENA III.

El bosque. La cueva de Timón y un tosco túmulo.

Entra un SOLDADO buscando á Timón.

SOL. Según la descripción, el sitio es éste.—  
¿Quién es? Hablad. ¿No respondéis? ¿Qué es  
[esto?

¡Muerto Timón, que terminó sus días!  
Hazaña de una fiera, pues no vive  
Hombre ninguno aquí.—Muerto, sin duda;  
Y su sepulcro es éste.  
Lo que escrito se ve sobre la losa  
No me es dado leer; pero estas letras  
En cera he de imprimir.  
El capitán descifra caracteres  
De todas clases; y, aunque joven, sabe  
Interpretarlos cual si fuese anciano.  
Ahora ante Atenas, de seguro, llega.  
Su ambición colmará si se le entrega. (Vase.)

### ESCENA IV.

Ante los muros de Atenas.

Clarines. Entran ALCIBÍADES y su ejército.

ALC. A ese pueblo cobarde y disoluto  
Anunciad mi llegada pavorosa.  
(Toque de parlamento)

Entran SENADORES sobre los muros.

Seguisteis hasta hoy gastando el tiempo  
 En la licencia, siendo vuestro antojo  
 De la justicia el límite. Hasta ahora  
 Yo, y todos los que estábamos dormidos  
 A esa sombra, vagando, con los brazos  
 Cruzados, estuvimos, dando al aire  
 Nuestras quejas. Ya el tiempo está maduro,  
 Y la doblada médula de aquellos  
 Que padecieron ya se envigoriza,  
 Gritando «basta.»—La injusticia ahora  
 Sin aliento, sentada y palpitante,  
 Se encuentra en vuestros cómodos sillones,  
 Y estallará, corriendo presurosa,  
 Llena de miedo, la insolencia inflada.

SEN. 1.º Noble joven, cuando eran meramente  
 Caprichos las primeras quejas tuyas;  
 Antes de ser poder, ó que nosotros  
 De temerte tuviéramos motivo,  
 Te buscamos, y bálsamo á tu enojo  
 Tratamos de aplicar, nuestras ofensas  
 Borrando con mayor suma de afecto.

SEN. 2.º Y también á Timón, hoy ya tan otro,  
 Con nuestro pueblo conciliar quisimos  
 Con humildes mensajes y promesas.  
 Injustos para ti no fuimos todos,  
 Ni todos merecemos que nos mida  
 Con un rasero idéntico la guerra.

SEN. 1.º Estos muros no fueron construídos  
 Por las manos que ofensas te infirieron.  
 Ni son tan grandes, que soberbias torres,

Monumentos y escuelas su ruina  
Merezcan por querellas personales.

SEN. 2.º Ni quienes tu destierro decretaron  
Viven ya. Profundísima vergüenza  
Por su falta de tacto heló sus pechos.  
Entra en nuestra ciudad, noble Alcibíades.  
Así, pues, con banderas desplegadas.  
Exige tú que el diezmo el pueblo pague  
A la muerte, diezmándolo, si acaso  
Ese alimento tu venganza ansía,  
Que es á los hombres repugnante. Toma  
Ese prescrito décimo de vidas,  
Y, con arreglo á lo que el dado indique,  
Los indicados mueran.

SEN. 1.º Criminales

Todos no son. Ni es justo que se tome  
Venganza en los que son de los que fueron.  
Las faltas no son fincas que se heredan:  
Y así, paisano mio, con tus huestes  
Entra, mas quede fuera tu coraje.  
¡Lástima ten de tu ateniense cuna!  
De esos parientes que, al brotar tu ira,  
Tendrán que perecer con tus contrarios.  
Acércate al redil, pastor que escoge  
La infecta oveja, sin matarlas todas.

SEN. 2.º Con sonrisas tendrás lo que desees,  
Mejor que con la punta de tu espada.

SEN. 1.º Hiera tu pie nuestras herradas puertas,  
Y se abrirán, con tal de que emisario  
Venga tu tierno corazón, y anuncie  
Que entrarás cual amigo.

SEN. 2.º Tira un guante,





Confunda á los infames que he dejado!  
Quien yace aquí soy yo, Timón, que odiado  
Cuando vivió del mundo entero era.  
Pasad y maldecid á vuestro agrado.  
Pasad, ni el paso detengáis siquiera.»  
Expresa bien su condición reciente.  
Aunque el dolor humano aborrecía,  
Y desdafiaba efluvios cerebrales,  
Y esas lágrimas nuestras que derrama  
Naturaleza miserable; ingenio  
Grande tuviste haciendo que Neptuno  
Sobre tu tumba eternamente llore  
Faltas que fueron perdonadas. Muerto  
Yace Timón. En oportuno instante  
Se honrará su memoria. Conducidme  
A la ciudad. La oliva con la espada  
Emplearé, con el fin de que se engendre  
Con la guerra la paz, y que reprima  
La paz la guerra, y de este modo sea  
La una de la otra panacea.  
Batan nuestros tambores. (Vanse.)

FIN DE TIMÓN DE ATENAS.

# EL CUENTO DE INVIERNO



---

---

## PRÓLOGO.

---

La versificación y el estilo de EL CUENTO DE INVIERNO indican claramente que esta producción dramática es de la última época de Shakespeare, y de esta opinión son Dyce, Gervinus, Collier y la generalidad de los críticos de sus obras, quienes creen que fuera escrita en el año 1610 ó en 1611.

El mismo Malone llegó á aceptar esta opinión, aunque en cierta época sostuvo, en virtud de lucubraciones de escaso valor, que fué compuesta en 1594, y luego que en 1604; y por idénticas causas, Chalmers afirmó que en 1601, y Pope que en los primeros tiempos de la vida literaria del autor.

Ulrici reconoce que es obra de la última época del insigne poeta, pero manifiesta que acaso sea refundición de alguna producción suya anterior.

Consta que fué representada el miércoles 5 de Mayo del año 1611 en el teatro de Londres el «Globe», y, se-

gún el «Relato de las Festividades Reales» (*Accounts of the Revels at Court*), se representó también en «Whitehall» el 5 de Noviembre de ese mismo año.

En el Registro de estas festividades aparece un asien-  
to, fechado el 19 de Agosto del año 1623, referente á  
«una antigua comedia, llamada CUENTO DE INVIERNO,  
ya autorizada por Sir Jorge Bucke y también por mí  
(Sir Enrique Herbert), dando palabra Mr. Hemminges  
de que nada se ha agregado ó reformado en sentido pro-  
fano, pues el libro autorizado no parece, y por lo tanto,  
lo devolví sin cobrar derechos». (*An Olde Playe cal-  
led Winters Tale, formerly allowed of by Sir George  
Bucke and likewyse by me (Sir Henry Herbert) on  
Mr. Hemminges, his word, that there was nothing pro-  
phane added or reformed, thogh the allowed booke was  
missing, and, therefore, I return it without a fee*).

Como Sir Jorge Bucke fue nombrado director de las  
Festividades en el año 1610, es evidente que esta come-  
dia no fué inscrita en el Registro antes de este año.

Difícil es precisar á qué época se refiere el argumento  
de EL CUENTO DE INVIERNO, que es como sigue: Leon-  
tes, rey de Sicilia, irritado por quizá indiscreta, pero  
naturalísima femenil amabilidad de su esposa Hermione,  
se encela de su huésped y amigo Polixeno, rey de Bohe-  
mia, quien, merced á la honradez y recto juicio de Ca-  
milo, ministro de Leontes, logra salvar su amenazada  
vida, huyendo á Bohemia, en compañía de su salvador.  
Furioso Leontes, aprisiona y acusa de adulterio á su

bella y noble esposa Hermione, arroja de su palacio á su hija recién nacida, que juzga ser de Polixeno, y encarga á un cortesano, á quien hace jurar el cumplimiento de su cometido, que exponga á la infeliz criatura en cualquier sitio desierto para que ó viva ó muera según el azar lo disponga.

El oráculo de Delfos, consultado para averiguar si las sospechas de Leontes son fundadas ó no, declara que la Reina es inocente y que el Rey no tendrá heredero hasta que parezca la niña abandonada. El Rey desprecia la voz del oráculo y al punto muere su primogénito, y la Reina, al enterarse de la muerte de su hijo, aparentemente muere también.

A esto se reduce el argumento de los tres primeros actos. El cuarto se supone ocurrir en Bohemia transcurridos diez y seis años. En una desierta playa de aquel reino fué expuesta la hija de Leontes y Hermione por el cortesano encargado de tan cruel misión, quien, impulsado por un sueño, allí la expuso, y pocos momentos después murió devorado por un oso.

Un anciano pastor y su hijo hallaron á la expósito, y durante los diez y seis años que se suponen transcurrir entre el tercero y el cuarto acto, la criaron y cuidaron como á hija y como á hermana. Perdita, pues así se llamó la niña abandonada, que hereda todo el encanto y belleza de su desdichada madre, es vista y amada de Floricel, hijo y heredero de Polixeno, quien, furioso de que su hijo ame á una pastora por hermosa que sea, se opone á

sus amores. Los desesperados amantes, con el auxilio de Camilo, que harto ya de expatriación desea volver á Sicilia y ver al desventurado Leontes, que, arrepentido, sin cesar lamenta sus injustas sospechas, huyen á Sicilia para solicitar el amparo y mediación del arrepentido Rey para con su antiguo amigo Polixeno. Camilo, que aconseja el viaje de la gentil pareja por interés ajeno y propio interés también, induce á Polixeno á que con él marche en busca de los fugitivos á Sicilia, y en virtud de una serie de extraordinarias peripecias, Polixeno, Camilo, los dos amantes y los pastores que criaron á Perdita se encuentran en Sicilia en la corte de Leontes.

Allí se descubre, en virtud de pruebas conservadas por los pastores, que Perdita es la perdida hija de Leontes; y, con esto, Paulina, amiga de la reina Hermione, que ha cuidado con sus consejos y á veces con sus recriminaciones de que Leontes no se vuelva á casar, invita á todos á ver una estatua que tiene oculta en su casa, estatua que resulta ser la misma reina Hermione, pues ésta, para facilitar por su parte el cumplimiento del oráculo en la única manera que cuadra con su intenso amor de madre, con la aparición de su abandonada hija, ha vivido separada de su esposo y consentido en pasar por muerta todo ese tiempo.

Conducta natural por parte de una mujer como la Hermione que describe Shakespeare, y que parece no haber entendido bien el discretísimo Coleridge, cuando afirma que Shakespeare debía haber incluido algo en la res-



puesta del oráculo de Delfos para justificar la aparente muerte y el voluntario aislamiento de la ultrajada Reina..

A mi juicio, tal conducta está perfectamente justificada teniendo en cuenta la inmensidad del amor materno.

Shakespeare ha tomado este argumento de un romance pastoril, escrito por Roberto Greene, intitulado *Pandosto, el triunfo del tiempo*, impreso por vez primera el año 1588.

Gozaba este romance á la sazón de gran popularidad, popularidad que duró por lo menos siglo y medio, pues se reimprimió numerosas veces, y la última en 1735.

A poco de aparecer la primera edición, que lleva el título indicado, apareció otra con el de «La amena historia de Dorasto y Tannia» (*A pleasant history of Dorastus and Tannia*), nombre con el cual más generalmente se conoce la obra.

Shakespeare para fraguar su fantástica composición varió esencialmente la novela de Greene, que, aunque no desprovista de mérito literario, resulta fría y poco interesante, comparada con el extraordinario relieve de ciertas escenas de esta linda comedia, y con el sostenido interés que inspira, á pesar de la grande inverosimilitud de su argumento y de su manifiesta falta de unidad de acción.

Las extravagancias y anomalías de esta comedia justifican el título de EL CUENTO DE INVIERNO que Shakespeare le dió, pues en ella el autor acepta como base

de su obra lo improbable, lo fantástico y lo maravilloso, y más que en ninguna otra de sus comedias, están desatendidas en ésta todas las unidades impuestas por las conveniencias clásicas.

En el prólogo al cuarto acto Shakespeare mismo parece reconocer que sus desembarazados y caprichosos vuelos necesitan alguna justificación, y reconoce paladinamente que se ha tomado en esta comedia inusitadas y acaso injustificables libertades, que procura paliar con el título que le pone; y, si no lo logra y no convence de que lo improbable es admisible en la escena, no por eso se puede desconocer que es una composición *sui generis* de belleza suma, una lindísima tragicomedia pastoril, género que, como dice no recuerdo quién, ni el majadero de Polonio aparentemente conocía cuando elogiaba á los cómicos que venían á saludar á Hamlet.

Y no es sólo lo improbable del argumento y lo casi milagroso de los varios incidentes lo que hay que aceptar en esta composición dramática, sombría tragedia en los tres primeros actos, y amena comedia en los dos últimos. Hay que condonar aún más. En muchas obras de Shakespeare se desarrollan dos acciones, y en ésta sucede lo propio, aunque en ésta, como en todas las demás, con soberano arte y prodigioso ingenio el insigne autor las combina y unifica. En los tres primeros actos los injustificados celos de Leontes y las desgracias que originan absorben todo el interés del espectador ó del lector: en los dos últimos, los contrariados amores de

Florice! y Perdita son lo culminante de la acción; pero Shakespeare, que hace que las circunstancias se doblen á su arte, logra luego que ambas acciones converjan en un punto y que corran más tarde paralelamente para llegar á la meta.

A la improbabilidad del argumento, á lo casi milagroso de los incidentes, al salto de diez y seis años que se permite el autor entre el tercero y el cuarto acto, y á la doble acción de esta comedia, agréguese el que aparecen en ella en amable consorcio, y para colmo de desatención, no sólo á todo canon establecido, sino á la cronología más elemental, usos mitológicos y costumbres cristianas, el oráculo de Delfos y Emperadores rusos, Pastorales de Pentecostés y Reyes legendarios, Prácticas caballerescas y Julio Romano que vivió veinte años antes de Shakespeare, y buhoneros, y ferias, y danzas, y canciones de su época misma, y ruegos á Apolo, á Júpiter y los demás dioses del Olimpo. Además, Shakespeare padece en esta obra distracciones que traen á la memoria la del gran Cervantes cuando no recuerda que el famoso «Ginesillo de Parapilla» ha robado á Sancho su querido rucio, pues Shakespeare olvida que Florice! se halla vestido de pastor cuando pretende que cambie sus vestidos «de cortesano» con el truhán de Autolico.

En esta comedia también se patentizan los imperfectos conocimientos geográficos del gran poeta, hecho disculpable en aquella época, pero que no por eso se los dejan de echar en cara algunos pulcrísimos y hartos es-

crupulosos criticos, pues llama isla á Delfos, y hace que el mar bañe las costas de Bohemia.

A pesar de todos estos defectos y de todas estas incongruencias, *EL CUENTO DE INVIERNO* es una preciosísima producción literaria llena de indecible encanto, donde, á pesar de su carácter improbable y poético por excelencia, campea en la expresión de los distintos afectos que allí se inician y desarrollan, realismo tan verdaderamente shakespeareano, que hace soportar y aun perdonar de buen grado tantas y tan extraordinarias extravagancias.

Suélese comparar los celos de Leontes con los de Otelo, y, en realidad, el estudio de estos dos caracteres patentiza claramente cuán grande es la diferencia que los separa y cuán equivocado es el juicio de la generalidad al considerar á Otelo como tipo del hombre celoso.

El valiente soldado, al servicio de la República veneciana, no era ese tosco y casi repulsivo negro moro que aparece, por lo común, en la escena. Era un general cristiano, de origen árabe, sin duda, pero no por eso de repelente exterior. Su honradez acrisolada, su pundonor exagerado, su sinceridad, su benevolencia, su afán de cumplir estrictamente sus deberes de soldado y de caballero, traen á las mientes á los moros españoles, cuyas ideas y costumbres, tan gráficamente trasladadas á populares romances, eran casi idénticas á las de sus caballerosos vecinos y contrarios. Impresión ninguna habría producido en Otelo que Desdémona hubiera mostrado

extremada amabilidad á un amigo suyo, pues él mismo se jactaba de que su esposa fuese decidora y amase el trato, y le enorgullecía que cantara y bailase y que los demás hombres la hallaran y llamasen bella y fastuosa.

Con profundísima pena, casi en cumplimiento de un deber impuesto por ideas equivocadas sin duda, pero corrientes y naturales entonces, acerca del honor, mata á la infeliz Desdémona, de cuya culpa se hallaba completamente seguro, y no con escasos motivos, pues pocos hombres, ya moros, ya cristianos, en su caso hubieran podido adivinar la existencia de un Yago, artero y suave florentino, encarnación de la más abyecta envidia, de la más profunda villanía y de la más fría crueldad, que en el teatro, en vez de ostentar el apacible aspecto que debe disfrazar su colosal vileza, aparece, generalmente, con la fisonomía de un bandido, ó con los arreos que caracterizan á un Mefistófeles á gusto del vulgo.

Leontes, meramente porque Hermione ha logrado lo que él no pudo, detener á su amigo Polixeno breves días en su corte, y, porque éste, su amigo de la niñez, cede por natural galantería á femeniles instancias, se encela furiosamente; y, aunque todos cuantos le rodean tratan de convencerle de su demente error, se afirma más y más en sus indignas sospechas, y nada vale que su noble y valiente esposa se defienda con claridad y brío para que entre en razón el injusto celoso, lo que, por causa de su ingénita timidez, no se atrevió jamás á hacer Desdémona.

El ningún fundamento de las sospechas de Leontes, el tratar de humillar ante sus propios ojos y á los ojos de los demás al objeto de su amor y de sus celos, la bajeza y grosería de sus indicaciones, su sinrazón al juzgar á quienes causan sus injustificados celos capaces de toda vileza; éstos sí que son los naturales acompañantes de esa loca pasión, y Shakespeare en Leontes y no en Oteló es donde verdaderamente la retrata con su prodigioso conocimiento del corazón humano.

---

## PERSONAJES.

---

LEONTES, Rey de Sicilia.  
MAMILIO, su hijo.  
CAMILO,  
ANTÍGONO, } Nobles sicilianos.  
CLEÓMENES, }  
DIO, }  
OTROS NOBLES SICILIANOS.  
CABALLEROS SICILIANOS.  
JUECES y EMPLEADOS DE UN TRIBUNAL.  
POLIXENO, Rey de Bohemia.  
FLORICEL, su hijo.  
ARQUÍDAMO, noble bohemio.  
UN MARINERO.  
UN CARCELERO.  
UN VIEJO PASTOR.  
UN PAYO, su hijo.  
CRIADO DEL VIEJO PASTOR.  
AUTOLICO, un tuno.  
HERMIONE, Reina de Sicilia.  
PERDITA, hija de Leontes y Hermione.  
PAULINA, esposa de Antígono.  
EMILIA, dama.  
OTRAS DAMAS.  
MOPSA, } Pastoras.  
DORCAS. }

*Servidores, Guardias, Pastores y Pastoras.  
El Tiempo como coro.*

---

Escena: 4 veces en Sicilia y otras en Bohemia.





---

---

## ACTO PRIMERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Sicilia. — Antecámara del Palacio de Leontes.

Entran CAMILO y ARQUÍDAMO.

ARQ.—Si fueras, Camilo, á Bohemia con cargo semejante al que ahora yo tengo, grande diferencia notarías entre nuestra Bohemia y tu Sicilia.

CAM.—Creo que el Rey de Sicilia piensa en devolver este verano la visita que debe al Rey de Bohemia.

ARQ.—Donde no será por falta de cariño el que nos ruboricen nuestros agasajos, porque seguramente.....

CAM.—Te suplico....

ARQ.—Te lo digo francamente. No podemos luchar con tanta magnificencia..... con tanta..... no sé cómo expresarlo. Os daremos narcóticos, á fin de que vuestros sentidos no se enteren de nuestra insuficiencia, y, ya que no nos encomien, no nos depriman.

CAM.—Harto valor concedes á lo que se os da con absoluta llaneza.

ARQ.—Créeme. Digo lo que pienso y lo que mi buena fe lleva á mis labios.

CAM.—El Rey de Sicilia, por más que haga, no logrará demostrar todo su cariño hacia el Rey de Bohemia. Fueron criados juntos, y de ahí nació afecto tan arraigado, que, para el caso, son cual ramas de un mismo tronco. Después, andando el tiempo, su elevada posición y regios cargos los separaron; pero se siguieron tratando, ya que no personalmente, por el intermedio de regios representantes, recíprocas dádivas, afectuosas cartas y mensajes cariñosos, lo que más y más los allegaba; y, aunque separados uno de otro, dábanse con esto las manos al través del mar, abrazándose, como si dijéramos, desde opuestos cuadrantes. ¡Proteja el cielo su amistad!

ARQ.—Creo que no habrá incidente ni circunstancia que perturbarla pueda. Grande dicha para vosotros es vuestro joven príncipe Mamilio. Joven ninguno he visto que dé más esperanzas.

CAM.—Conforme estoy contigo. Es un valiente mozo, gloria de sus súbditos y esperanza de viejos corazones, pues gentes que andaban con muletas cuando nació, desean que sus vidas se alarguen para verlo hecho hombre.

ARQ.—Si no fuera por eso, ¿se querrían morir?

CAM.—Si. Si no tuvieran otra excusa que dar.

ARQ.—Si el Rey no tuviese hijo, desearían vivir hasta que lo tuviera. (Vanse.)

## ESCENA II.

Sicilia.—Salón del Palacio.

Entran LEONTES, POLIXENO, HERMIONE, MAMILIO,  
CAMILO y séquito.

POL. Nueve cambios del húmedo planeta  
Han visto los pastores desde el día  
Que mi trono dejé, de cargos libre.  
Tiempo igual empleara, hermano mío,  
Mis gracias repitiendo, y, sin embargo,  
Quedara tu deudor eternamente.  
Así, pues, aunque cero, yo coloco  
Un solo «muchas gracias» en buen puesto  
Para multiplicar las muchas miles  
Que preceder debían.

LEO. Hoy reténlas ;  
Y, hasta que no te vayas, no las pagues.

POL. Mañana debe ser. Tengo temores  
De lo que pueda haber pasado, ausente,  
O de mi ausencia nazca. Y malos aires  
Ojalá que en mi hogar ahora no soplen,  
Que me hagan exclamar: «¡Justificados  
Estaban tus temores!» Harto tiempo  
Me he quedado, además, para cansarte.

LEO. Sólido por demás es mi cariño  
Fraternal para eso.

POL. No es posible.

LEO. Una semana más.

- POL. Mañana es fuerza.
- LEO. Pues el tiempo partamos; y no admito  
Excusa alguna.
- POL. Ruégote que ceses  
De instarme así. No hay lengua en este mundo,  
Ninguna, que pudiera cual la tuya  
Convencerme: juzgando necesario  
Acceder á tu ruego, accedería,  
Aunque negarme á mí me conviniera.  
A mi hogar los quehaceres me conducen;  
Impedírmelo, fuera fustigarme  
Con tu cariño. A más, mi permanencia  
En tu casa es también molestia y carga.  
Por ambas cosas, pues, adiós, hermano.
- LEO. ¿Tú nada dices? Habla, reina mía.
- HER. Me pensaba callar hasta el momento  
En que hubiera jurado no quedarse.  
Tú con harta frialdad le has suplicado.  
Dí que seguro estás de que en Bohemia  
Todo va bien, noticia comprobada  
Ayer mismo; dí eso, y de este modo  
Lo vencerás en su mejor reducto.
- LEO. Hermione, bien dicho.
- HER. Que nos diga  
Que á su hijo ver ya quiere, tiene fuerza.  
Por tanto, que lo diga y que se vaya.  
Que lo jure; y, en vez de detenerle,  
Le echaré á zurriagazos con mi rueca.  
De tu real presencia, sin embargo,  
Me atrevo á recabar una semana.  
Cuando á Bohemia á mi señor te lleves  
Detenerle podrás, con mi permiso,

Un mes más que la época prescrita.  
Y, no obstante, Leontes, tú bien sabes  
Que no me quedo atrás ni en un segundo  
En el cariño que una esposa debe  
A su señor. ¿Te quedarás?

POL. No puedo.

HER. ¿Pero te quedarás?

POL. No. No es posible.

HER. ¡No es posible!

Callarme quieres con protestas vanas.  
Mas, aunque de sus órbitas pretendas  
Sacar con juramentos á los astros,  
Yo sólo te contesto: «No hay viaje»;  
«No es posible partir»; y el «no es posible»  
De dama tiene idéntica eficacia  
Que el de un señor. ¿Persistes en marcharte?  
¿Quieres que te retenga prisionero,  
No cual huésped, pagando de ese modo:  
Tu rescate, y ahorrándote las gracias?  
¿Qué me contestas? ¿Prisionero ó huésped?  
Por el terrible «no es posible» tuyo,  
Ó lo uno ó lo otro.

POL. Bien, señora,

Tu huésped; porque ser tu prisionero  
De mi parte una ofensa implicaría  
Que cometer me fuera menos fácil  
Que castigarla tú.

HER. Tu carcelera

No soy, pues : tu patrona cariñosa.  
Vamos. Me contarás las travesuras  
De mi señor y tuyas cuando mozos.  
¿No erais caballeros muy gentiles?

- POL. Éramos, Reina hermosa, dos muchachos  
Que nunca imaginaron que el mañana  
Otra huella tras sí dejar podría  
Que su ayer, convencidos de que eterna  
Era su juventud.
- HER. ¿No era el más pillo de los dos mi dueño?
- POL. Éramos dos mellizos corderillos  
Que, retozando al sol, el uno al otro  
Balaba; cambiando su inocencia  
Por igual inocencia; siempre ajenos  
A la ciencia del mal, y ni soñando  
Que nadie mal hiciera. Si esa vida  
Hubiéramos seguido, y nuestro dócil  
Espíritu no hubiera exacerbado  
Sangre más vigorosa, bravamente  
Al cielo contestáramos. «Sin culpa»,  
Salvo el pecado original.
- HER. Colijo  
Por eso que después habéis pecado.
- POL. Sacratísima dama, tentaciones  
Después surgieron. En aquellos días  
Inmaturos, aun niña era mi esposa,  
Y tu linda persona ante sus ojos  
Ni una vez divisó mi compañero.
- HER. ¡Válgame Dios! No saques consecuencias.  
No vayas á afirmar que dos demonios  
Somos tu reina y yo. No obstante, sigue.  
De las faltas que hubiereis cometido  
Por causa nuestra, ya responderemos  
Si á pecar con nosotras comenzasteis,  
Y seguisteis pecando con nosotras,  
Sin que con otras hayáis resbalado.

- LEO. ¿Por fin lo logras detener?
- HER. Se queda.
- LEO. A mis ruegos no quiso, Hermione mía.  
Jamás hablaste con mejor acierto.
- HER. ¿Jamás?
- LEO. Jamás. Sino otra vez tan sólo.
- HER. ¿Cómo! ¿Hablé bien dos veces? ¿Cuándo antes?  
Dímelo por favor. Con alabanzas  
Atracarme deseo que me engorden  
Cual ave de corral. Un acto bueno  
Sin publicar mil otros asesina.  
Las alabanzas son nuestro salario.  
Tan sólo con un beso cariñoso  
Leguas correr nos hacen; con la espuela  
Ni siquiera una milla. Pero al caso:  
Mi última buena acción fué suplicarle  
Que se quedara aquí. ¿Cuál la primera?  
Tiene hermana mayor, ó me equivooco,  
Y ojalá que Ventura se llamara.  
¿Conque otra vez al caso hablé? ¿Di, cuándo?  
¡Vamos! Dímelo ya. Saberlo ansío.
- LEO. Pues fué al cumplirse tres infames meses  
Que tuve que apurar de amargo duelo  
Antes que pude conseguir que abrieras  
Tu blanca mano al estrechar la mía,  
Proclamando tu amor; cuando dijiste:  
«Tuya soy para siempre.»
- HER. ¡Fué ventura!  
Conque ya ves, he hablado bien dos veces.  
Una vez conseguí mi regio esposo;  
La otra un amigo por algunos días.  
(Dando la mano á Polixeno.)

LEO. (Aparte.) ¡Harto, hartó calor! Quienes se unen  
 En estrecha amistad, unen su sangre.  
 Trémulo está mi corazón. Me baila.  
 No es de alegría, no; no es de alegría.....  
 Esa amabilidad puede mostrarse  
 A cara descubierta; libremente  
 De franqueza nacer; del fértil seno  
 De ingénita bondad, y en quien la brinda  
 Ser lo más propio. Puede. Concedido.  
 Mas rozarse las palmas de las manos,  
 Y teclear sus dedos cual lo hacen,  
 Cambiando esas sonrisas estudiadas  
 Cual si fuese delante de un espejo,  
 Y suspirar cual ciervo mal herido,  
 Son amabilidades que repugnan  
 A mi razón—lo mismo que á mi frente.—  
 ¿Dime, Mamilio, tú eres hijo mío?

MAM. Sí, señor.

LEO. ¿De verdad, pichón? ¿Qué es eso?  
 ¿Te has ensuciado la nariz? Se dice  
 Que es igual á la mía. Del adorno  
 Cuidemos, Capitán.—De la limpieza;  
 No del adorno, Capitán.—No obstante,  
 El toro, cual la vaca y el ternero,  
 Adornados están. ¿Aun tecleando

(Observando á Hermione y Polixeno.)

Sobre la palma de su mano?—Escucha,  
 Ternero retozón. ¿Dime, no eres  
 Tú mi ternero?

MAM. Sí, si así te agrada.

LEO. Te hace falta testuz lleno de arrugas,



Y los pitones míos. Aunque dicen  
 Que somos semejantes cual dos huevos.  
 Las mujeres lo dicen. Son capaces  
 De decir cualquier cosa. Pero sean  
 Falsas, cual falso el negro reteñido,  
 El viento, el mar, ó cual los falsos dados  
 Con que suelen jugar los que no ponen  
 Límite alguno entre lo tuyo y mío,  
 Es verdad sostener que este muchacho  
 Es parecido á mí. Ven, señor paje;  
 Mírame tú con tus celestes ojos,  
 Bribonzuelo, querido, carne mía,  
 ¿Puede tu madre?..... ¿Puede ser posible?.....  
 Instinto, tu disparo da en el blanco.  
 Haces posible lo increíble. En sueños  
 Te inspiras. ¿Es posible que esto sea?  
 Te unes á lo fantástico, y no tienes  
 Semejanza. Por eso ser pudiera  
 Que á algo ligado estés. Y lo conozco  
 En que á enfermar empieza mi cerebro,  
 Y mi entrecejo rígido á quedarse.

POL. ¿Pero al rey de Sicilia qué le pasa?

HER. Parece estar algo agitado.

POL. ¡Hola!

¿Qué ocurre? ¿Cómo estás, hermano mío?

HER. Cuidado grande tu entrecejo indica.

Dueño, ¿estás agitado?

LEO. No por cierto.

Nuestra naturaleza en ocasiones  
 Su demencia delata, su ternura,  
 Siendo ludibrio de acerados pechos.  
 Contemplando los rasgos de mi hijo,

Volver atrás pensé veintitrés años.  
 Sin calzón me veía, con mi veste  
 Verde de terciopelo; con mi daga  
 Amordazada, á fin de que á su dueño  
 No mordiera, de modo tal probando  
 Que es el ornato á veces peligroso.  
 ¡Cuán semejante me juzgué á este germen,  
 A este guisante en flor, á este hidalguelo!  
 ¿Te pueden dar á ti, mi noble amigo,  
 Gato por liebre?

POL. No. Me peleara.

LEO. ¿Peléaras? Feliz el que ganare.  
 ¿A tu Príncipe, hermano, quieres tanto  
 Como yo quiero al mío?

POL. Si está en casa,  
 Es mi dicha, mi objeto, mi tarea.  
 Juramentado amigo me es á veces.  
 Otras es mi enemigo, mi guerrero,  
 Parásito, ministro, en fin, mi todo.  
 Hace mis días en el mes de Julio  
 Tan cortos cual los días de Diciembre,  
 Y sus caprichos juveniles curan  
 Ideas que mi sangre espesarían.

LEO. Idéntico es el cargo que conmigo  
 Este escudero tiene. Nos iremos  
 Juntos los dos, dejándote que sigas  
 Más dignos pasos. Hermione, muestra  
 Tu cariño hacia mí, dando á mi hermano  
 La bienvenida. Cuanto caro hubiere,  
 Él barato encontrar debe en Sicilia.  
 Después de ti; después de este corsario,  
 Es de mi corazón el heredero.

- HER.** En el jardín estamos, por si quieres  
Buscarnos.—¡Ahí debemos esperarte?
- LEO.** Haced lo que gustéis. He de encontraros  
Si estáis bajo la bóveda celeste.  
(Aparte.) De pesca estoy. Ni adivináis siquiera  
Que ahora me ocupo en daros cordelejo.  
¡Vamos, vamos!  
¡Cuál su boca, su pico, le dirige,  
Armada con la audacia de la esposa  
Al marido indulgente!

(Vanse Hermione, Polixeno y acompañamiento.)

¡Ya se han ido!

¡Pisando ya! ¡Llegándome á las corvas!  
¡Desde los pies á la cabeza el cieno  
Del deshonor cubriéndome!—Muchacho,  
Vete á jugar. Vete á jugar. Tu madre  
Jugando está..... como también yo juego.  
Pero á juego tan vil, que entre silbidos  
Me hundiré en mi sepulcro, á mi memoria  
Doblándole el insulto y el desprecio.  
Vete á jugar. Vete á jugar, muchacho.  
Si yo no me equivoco, siempre hubo  
Maridos engañados. Ahora mismo,  
Mientras hablo, quizás alguno lleve  
Del brazo suyo á su mujer, é ignora  
Que franqueó la exclusiva y del estanque  
Le ha robado los peces, en su ausencia,  
Su inmediato vecino: su vecino.....  
Don Sonrisas.—¡Será consuelo, acaso,  
Saber que hay otros hombres que no pueden  
Impedir que se alce esa compuerta,

Cual no lo pude yo!—Desesperaran  
 Los casados con frágiles esposas,  
 Y se ahorcaría de la raza humana  
 Una décima parte. Medicina  
 Contra ese mal no existe. Donde ejerce  
 Ese impúdico astro predominio  
 Se ceba, y, sin disputa, es poderoso  
 De norte á sud, del orto hasta el ocaso.  
 En conclusión: no existen parapetos  
 Contra mujer impura.—Que se sepa.....  
 Dejarán que entre y salga el enemigo  
 Con armas y bagajes. Muchos miles  
 Padecen ese mal sin que les duela.—  
 Muchacho, ¿cómo va?

MAM. Yo me parezco,  
 Según dicen, á ti.

LEO. ¡Consuelo es ese!—  
 ¡Hola, Camilo!

CAM. Mi señor, ¿qué manda?

LEO. Mamilio, vé á jugar. (Vase Mamilio.)  
 ¿Eres honrado?

Camilo, este señor su permanencia  
 Prolongará.

CAM. No ha sido empresa leve  
 Lograr fijar el ancla: garreaba  
 Cuando estuvo en tus manos.

LEO. ¿Lo notaste?

CAM. Detenerse á tus súplicas no quiso.  
 Juzgaba sus negocios más urgentes.

LEO. ¿De eso te apercibiste? (Aparte.) Ya lo saben.  
 Ya en corros cuchichean, ya murmuran:  
 «Es el Rey de Sicilia un.....» pues. Notorio

Es, cuando al fin yo llego á percibirlo.—

¿Su detención, Camilo, á qué obedece?

CAM. A ruegos de la Reina bondadosa.

LEO. «De la Reina», sí tal. A ella adecuado

Eso de «bondadosa» ser debía;

Mas no lo es. ¿Ha comprendido esto

Algún sabio magín á más del tuyo?

Tu inteligencia abarca: tú comprendes

Más que la turba estúpida. ¿Tan sólo

Lo ha comprendido así la gente aguda?

¿Sólo los de meollo extraordinario,

Y la menuda gente de este asunto

Nada ha llegado á comprender? Responde.

CAM. ¿De este asunto, señor? Comprenden todos

Que aquí el Rey de Bohemia se detiene

Porque así te obedece y satisface

Súplicas de la Reina, mi ama excelsa.

LEO. Súplicas de tu ama «satisface».

«Satisface».—Me basta.—En ti, Camilo,

Del corazón los íntimos secretos

He confiado siempre, como siempre

Los secretos de Estado, y de ese modo

Mi alma has purgado tú cual sacerdote;

Pues cuando de tu lado me apartaba

Me iba cual reformado penitente.—

Pero con tu honradez me has engañado.

Con tu honradez fingida.

CAM. ¡Dios me libre!

LEO. No eres honrado, no. Te lo repito.

O, si á eso tiendes, eres un cobarde,

Que desjarretas á traición la honra,

Para impedir que siga su camino.

Si eso no es, forzoso es que te juzgue  
 Servidor negligente, aunque nacido  
 De mi absoluta confianza, ó un necio  
 Que en serio ves jugar y que se arriesgan  
 Riquísimas apuestas, y, no obstante,  
 Consideras que todo es una broma.

CAM. Señor, acaso negligente sea,  
 Necio y cobarde. Nadie se halla exento  
 De que en los infinitos incidentes  
 De la vida sus actos no se juzguen  
 Necedad, negligencia ó cobardía.  
 Señor, si en cosas tuyas, á sabiendas,  
 Fui negligente, á necedad se achaque.  
 Si me porté á sabiendas como necio;  
 A negligencia atribuir se debe,  
 Que no supo apreciar los resultados.  
 Si alguna vez temor, acaso, tuve  
 De hacer lo que era de dudoso efecto,  
 Y que el riesgo de hacerlo me pedía  
 El detenerme á gritos, miedo es ese  
 Del que no están exentos los mejores.  
 Señor, de estas flaquezas, permitidas  
 A la honradez, ningún mortal se exime.  
 Mas suplico, señor, que me hables claro.  
 Déjame ver de mi delito el rostro.  
 Si de él reniego, no es delito mío.

LEO. ¿No has visto tú, Camilo?..... Pero eso  
 No tiene duda. Tú lo has visto, ó tiene  
 Opacidad el vidrio de tus ojos,  
 Cual la tienen los cuernos de un burlado.  
 ¿Ó no has oído tú?..... Porque ante cosa  
 Tan patente, el rumor jamás es mudo.

¿Ó no has pensado.....—y nunca la sospecha  
 Nace en el hombre, como no la admita—  
 ¿Que mi mujer es desleal? Si gustas,  
 Confíésalo; si no, con imprudencia  
 Dí que ni oyes, que ni ves ni entiendes.  
 Que es una frágil mi mujer afirma,  
 Y que merece nombre tan grosero  
 Como cualquier fregona que se entrega  
 Sin casar. Dílo, pues, y pruebas dame.

CAM. No escucharía yo que de ese modo  
 Se insultaba á la Reina, mi señora,  
 Sin tomar rapidísima venganza.  
 ¡Malhaya! De manera menos digna  
 De ti jamás hablaste. Reiterarlo  
 Crimen fuera tan grande, como es ese  
 Que tú mencionas, aunque fuese cierto.

LEO. ¿Cuchichear es nada? ¿Aproximarse  
 Rostro á rostro; juntarse las narices;  
 Besar labios adentro; en su camino  
 La risa detener con un suspiro,  
 Signo infalible de virtud que cede;  
 El cabalgar los pies; buscar rincones;  
 Ansiar que los relojes se apresuren,  
 Que horas sean minutos, medio día,  
 Media noche; que tengan cataratas  
 De los demás los ojos, no los suyos.  
 Los suyos, no, porque pecar desean  
 Sin ser de nadie vistos: nada es esto?  
 Pues entonces el mundo y cuanto existe  
 En él es nada. El cielo que nos cubre  
 Es nada, es nada mi mujer, y nada  
 La suma de estos nada, si eso es nada.

CAM. De tan siniestro error, querido amo,  
Es fuerza que te cures, y al instante,  
Que es peligroso.

LEO. Dí que sí: que es cierto.

CAM. No. No señor.

LEO. Es cierto. Mientes. Mientes.  
Mientes, Camilo, tú. Te lo repito.  
Y te odio. Zoquete te declaro.  
Sirviente imbécil, ó, si no, indeciso  
Contemporizador, cuyas miradas  
Se fijan en el bien y el mal á un tiempo  
Aceptando los dos. Si de mi esposa  
Corrompido ya el hígado estuviese  
Como lo está su honor, no viviria  
Ni siquiera una hora.

CAM. ¿Quién lo daña?

LEO. Pues ese que la lleva y que la trae  
Como colgado medallón del cuello.  
Ese Rey de Bohemia, al que—tuviera  
Servidores leales á mi lado,  
Con ojos que miraran por mi honra—  
Se hiciera porque nada más hiciese.  
Sí tal. ¡Y tú, su escanciador! que fuiste  
Por mí desde bajísimos peldaños  
De la escala social á altivo puesto  
Encumbrándote, claro ver podrías,  
Cual el cielo á la tierra, ó cual la tierra  
Al cielo, de qué modo se me ultraja;  
Y le podrías preparar su copa  
De modo que cerrara eternamente  
Los ojos mi enemigo, y el brebaje  
Cordial sería para mí.



- CAM. Pudiera  
 Con pócima, señor, no conocida  
 Hacerlo; con poción que lenta obrara,  
 Y no con la violencia del veneno.  
 Pero no puedo yo juzgar posible  
 Mancha tal en mi Reina respetable,  
 Tan regia como honrada. Yo te estimo.....
- LEO. Si es que lo dudas, púdrete. ¿Tan torpe  
 Me juzgas, tan demente que yo propio  
 Me forjo este tormento, mancillando  
 De mis límpidas sábanas la albura,  
 Cuando es, dormir tranquilo, su pureza,  
 Y verlas mancilladas, aguijones,  
 Ortigas, fieras púas, avisperos?  
 ¿Cuando hago que el escándalo se infiltre  
 En la sangre del príncipe, mi hijo,  
 Que mío juzgo, y como tal lo amo,  
 Si motivo legítimo no hubiese?  
 ¿Lo hiciera yo? ¿Quién hay que así desbarre?
- CAM. Señor, me obligas á creer. Te creo;  
 Y del Rey de Bohemia yo me cuido,  
 Con tal que cuando quede despachado  
 Te unirás á la Reina como antes,  
 Aunque no fuese más que por tu hijo,  
 De este modo acallando malas lenguas  
 En la corte y en reinos allegados.
- LEO. Me aconsejas según la senda misma  
 Que pensaba seguir. Sobre su honra  
 Mancha ninguna ha de caer; ninguna.
- CAM. Señor. Ahora con semblante franco,  
 Cual gasta la amistad en regocijos,  
 Busca al Rey de Bohemia y á la Reina.

Yo soy su escanciador, y si brebaje  
Sano le propinare, no me juzgues  
Tú sirviente leal.

LEO. Con esto basta.

La mitad lograrás, si tal hicieres,  
Tú de mi corazón; pero divides  
Tu propio corazón si no lo haces.

CAM. Lo haré, señor.

LEO. Con amistosa cara  
Los buscaré, siguiendo tu consejo. (Vase.)

CAM. ¡Pobre señora!—Pero ¿y yo?—¡La mía  
Qué situación!—Envenenar me toca  
Al noble Polixeno, y el motivo  
Que tengo es sólo obedecer á un amo;  
A uno que está consigo mismo en lucha,  
Y quiere que cual él estén los suyos.—  
Cometer este crimen me conviene;  
Mas, aunque cite á miles asesinos  
De sacros reyes que después triunfaron,  
No haré yo tal. Y, puesto que ni piedras,  
Bronces ni pergaminos los pregonan,  
Hasta la infamia repudiarlos debe.  
Debo dejar la corte. Que lo haga  
Ó no lo haga, mi cabeza arriesgo.  
¡Ahora sálvame tú, mi buena estrella!—  
Aquí el Rey de Bohemia se aproxima.

Vuelve á entrar POLIXENO.

POL. ¡Es esto extraordinario! Me parece  
Que á menguar mi favor aquí comienza.  
¡No hablar!—¡Hola, Camilo.

CAM. Bien llegado,

Señor.

POL. ¿Qué nuevas de la corte tienes?

CAM. Nada nuevo, señor.

POL. Lleva una cara

El Rey como si hubiese una provincia,  
Una región perdido, á la que amase  
Como á sí mismo. Al encontrarle ahora,  
Y, al saludarle, me apartó los ojos,  
Y el desprecio asomándose á sus labios,  
Huyó de mí, dejándome perplejo,  
Pensando qué será lo que fomenta  
Tal cambio de conducta.

CAM. Lo que fuere

A entender no me atrevo.

POL. ¿Cómo es eso?

¿No te atreves? ¿Lo sabes, y conmigo  
Explicito á mostrarte no te atreves?  
Buen Camilo, tu rostro demudado  
Es un espejo para mí, y el mío,  
Demudado también, me manifiesta.  
Ser debo yo la causa de ese cambio,  
Cuando cambiado yo con él me veo.

CAM. Hay cierta enfermedad, que no menciono,  
Adquirida de tí que te hallas sano.

POL. ¿Cómo de mí adquirida?—No me juzgues

Ojos de basilisco. Mi mirada  
Ha aprovechado á muchos; pero á nadie  
Mató jamás.—Camilo, tú, que noble  
Eres, al par que, sin disputa, docto,  
Cualidad que al hidalgo tanto adorna  
Como el noble apellido de los padres,

- Cuyos timbres de honor nos envanecen,  
 Dime, te lo suplico, si supiste  
 Algo á mí referente, y no permitas  
 Que aprisionado quede en el misterio.
- CAM. No acierto á responder.
- POL. «Mal adquirido  
 De mi que me hallo sano.»—Me precisa  
 Que respondas.—Camilo, te conjuro  
 Por todo aquello que el honor acata,  
 Y súplica cual esta que te hago  
 No es cosa leve, que declares luego  
 Qué mal amenazante te imaginas  
 Me acosa; si está lejos ó está cerca;  
 Cómo debo evitarlo si es posible,  
 O si no, qué he de hacer al soportarlo.
- CAM. Señor, te lo diré, puesto que apelas  
 A mi honor, y te juzgo caballero.  
 Atiende, pues, á este consejo mío,  
 Que debes tú seguir con la premura  
 Con que lo pienso dar, ó tú y yo juntos  
 Digamos: «Se acabó. Felices noches.»
- POL. Continúa, Camilo.
- CAM. Para darte  
 Muerte nombrado estoy.
- POL. ¿Por quién, Camilo?
- CAM. Por el Rey.
- POL. ¿Por qué causa?
- CAM. Porque piensa,  
 Digo mal, por que está seguro y jura,  
 Cual si visto lo hubiera, ó cual si él mismo  
 Inducido te hubiese, que atentaste  
 Al honor de la Reina.



Que la de un condenado por sentencia  
Que un rey jurara hacer cumplir.

POL.

Te creo:

Miro tu corazón en tu semblante.  
Dame tu mano, y sé tú mi piloto.  
Cerca de mí estará tu puesto siempre.  
Mis naves están prontas, y ha dos días  
Que mi gente esperaba que partiera.  
Criatura celestial sus celos causa,  
Por lo que deben ser forzosamente,  
Con relación de ella al valer, enormes;  
Con relación de él al poder, terribles.  
Y pues juzga que nace su deshonra  
Dé aquel á quien mostró constante afecto,  
Agigantarse debe su venganza.  
Tengo pavora. Diligente huída  
Me ampare, y sirva á la excelente Reina,  
Que en esta injusta acusación envuelve.  
Camilo, ven. Si de ésta salgo vivo,  
Te voy cual padre á respetar. Huyamos.

CAM.

Las llaves tengo de las puertas todas  
En mi poder. Instantes aprovecha,  
Te lo ruego, señor, y huyamos presto. (Vanse.)

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Sicilia.—Habitación en el Palacio.

Entran HERMIONE, MAMILIO y DAMAS.

HER. Llévate á este muchacho. Me molesta  
Y ya no puedo más.

D. 1.<sup>a</sup> Vente conmigo.

¿Jugaremos los dos?

MAM. No. No te quiero.

D. 1.<sup>a</sup> ¿Por qué no?

MAM. Tú me besas y me hablas

Como si fuese niño todavía.

A ti te quiero más.

D. 2.<sup>a</sup> ¿Por qué motivo?

MAM. No será porque son negras tus cejas;  
Aunque las cejas negras, según dicen,  
Realzan la beldad de algunas damas.  
Pero nunca pobladas con exceso:  
Formando un semicírculo que imite  
A la luna al nacer hecha de un trazo.

D. 2.<sup>a</sup> ¿Quién te ha enseñado eso?

MAM. Descubrílo

En femeniles rostros.—VAMOS. Dime:  
¿De qué color tus cejas son?

D. 2.<sup>a</sup> Azules.

MAM. ¡Ya! Te burlas. He visto en ciertas damas  
Azules las narices; no las cejas.

D. 1.<sup>a</sup> Va la Reina tu madre—te lo aviso—  
Abultándose aprisa. Brindaremos  
Nuestros cuidados en un breve plazo  
A un novel bello príncipe, y entonces  
Acaso quieras tú jugar conmigo.

D. 2.<sup>a</sup> En estos días ha engruesado mucho.  
¡Que buena suerte tenga!

HER. ¿Qué negocio  
Grave os ocupa? Vamos, caballero,  
Ven conmigo otra vez. Ven á mi lado,  
Y un cuento narrarás.

MAM. ¿Triste ó alegre?

HER. Alegre cuanto quieras.

MAM. En invierno es mejor un cuento triste.  
¡Uno tengo de duendes y fantasmas!

HER. Caballero gentil, venga, pues, ése.  
Vamos. Siéntate ya. Vamos. Procura  
Con tus fantasmas imponerme. Sabes  
Hacer eso muy bien.

MAM. Érase un hombre.....

HER. Espera. Vamos. Siéntate. Prosigue.

MAM. Que habitaba inmediato á un cementerio.  
Lo contaré quedito, no nos oigan  
Los grillos allí abajo.

HER. Vamos, sigue.

Cuéntamelo al oído.





- LEO. Demasiado cierto.—  
 Dame al niño.—Celebro que no fueras  
 Tú quien le diese de mamar. Algunos  
 Rasgos suyos son míos; sin embargo,  
 Tiene harta sangre tuya.
- HER. ¡Cómo! ¿Embromas?
- LEO. Llevaos al niño. No se le aproxime.  
 Lleváoslo de aquí.

(Vanse, llevándose á Mamilio, algunos guardias).

- Que se divierta  
 Con lo que tiene dentro de su cuerpo.  
 Fué Polixeno quien así la puso.
- HER. Yo respondo que no; y al afirmarlo  
 Me atrevo á asegurar que no lo dudas,  
 Por mucho que en contrario sospechares.
- LEO. Miradla bien, señores. Contempladla.  
 Exclamaréis: «¡qué dama tan hermosa!»  
 Y añadiréis, con alma justiciera:  
 «¡Qué lástima que al par no fuere honrada!»  
 Encomiar su exterior podéis tan sólo  
 (Y eso merece elogios, á fe mía).  
 Luego vendrá el mohín, el «oiga», el «vaya»,  
 De la calumnia estigmas miserables.  
 ¡Ah! no. Me engaño. La calumnia hiere  
 A la virtud no más..... de la justicia.  
 Los mohines, los «oigas» y los «vayas»  
 Al decir «¡cuán hermosa!», de seguro  
 Se interpondrán, si osáis decir más tarde:  
 «¡Cuán honrada también!» Mas que se sepa  
 Por boca del que tiene más motivo

Para no desear que fuera cierto:  
Es adúltera.

- HER. Fuera algún infame,  
El hombre más infame de este mundo,  
Quien tal dijese, y doble infame fuera.  
Tú, dueño mío, sólo te equivocas.
- LEO. Te equivocaste tú, señora m'ía,  
Tomando á Polixeno por Leontes.  
¡Oh, criatura! No el nombre que mereces  
Te daré, no pretenda la barbarie  
Precedente asentar en mi discurso  
Para gastar lenguaje igual con todo,  
Sin cuidar de corteses diferencias  
Que entre un príncipe existen y un mendigo.  
Que es adúltera dije. Con quién dije.  
De alta traición culpable. Confidente  
Suyo Camilo, quien sin duda sabe  
Lo que ruborizarla debería  
Que alguien más que su cómplice supiese.  
Profanadora de su lecho. Digna  
De dictados que audaz el vulgo otorga:  
Sí tal, y encubridora de esta fuga.
- HER. De nada ¡por mi vida! encubridora.  
¡Cuánto te pesará, cuando se aclare  
Tu inteligencia, haberme así insultado!  
Dueño mío, me harás justicia apenas  
Confesando que falsos son tus juicios.
- LEO. No, no. Si falsos son estos cimientos  
Sobre los cuales construí, la tierra  
De un chico el trompo soportar no puede.  
Llevalda presa. Quien por ella hablase,  
Falta por eso sólo.

HER. Su siniestro  
 Influjo ejerce algún planeta. En tanto  
 Que el cielo no se muestre más benigno,  
 Paciencia yo debo tener. Señores,  
 No acostumbro á llorar, cual en mi sexo  
 Es tan común. Acaso por la falta  
 De ese vano rocío, no rebose  
 La fuente de la lástima en vosotros.  
 Pero el noble dolor que aquí me arde  
 Quema más que esas lágrimas ahogan.  
 Señores, oid mi súplica: pensando  
 Piadosamente, cual podrá induciros  
 A hacerlo así la caridad, juzgadme.  
 Ahora, pues, á cumplir del Rey la orden.

LEO. (Á los guardias.)  
 ¿Vosotros no me oís?

HER. ¿Quién va conmigo?  
 Permite que mis damas me acompañen,  
 Señor, pues lo requiere así mi estado.  
 Tontuelas, no lloréis, que no hay motivo.  
 Cuando sepáis que mi prisión es justa,  
 Llanto verted cuando saliere de ella.  
 Este juicio será para mi gloria.  
 Adiós, señor. Jamás acongojado  
 Te quise ver. Que lo has de estar espero.  
 Venid, pues, damas, que tenéis permiso.  
 LEO. Idos. Cumplid mis órdenes al punto.

(Vanse Hermione, Damas y Guardias.)

SR. 1.º Pido, señor, que llames á la Reina.

SR. 2.º Pesa, señor, tus actos, no se vaya  
 Tu justicia á trocar en tiranía,

Y hagas así tres víctimas: tú mismo,  
Y tu hijo y la Reina.

**SR. 1.º** Yo por ella  
Mi vida ofrezco dar en holocausto.  
Y lo he de hacer. Acéptala. Sin mancha  
A los ojos del cielo, ante ti mismo,  
La Reina está de lo que tú la acusas.

**ANT.** Si así no fuere, construiré mi cuadra  
Junto á mi esposa. Me unirá con ella:  
En tanto que la palpe y que la mire  
Fiando en ella no más. Si falsa fuere,  
De mujer en el mundo ni pulgada  
Habrá: no, ni un escrúpulo de carne  
Femenil que á la par falsa no sea.

**LEO.** Callad.

**SR. 1.º** Señor, para tu bien hablamos,  
No en beneficio nuestro. Torpemente  
Influyó sobre ti vil echadizo,  
Que será por el cielo condenado.  
Ojalá conociera yo al infame:  
De su condena terrenal cuidara.  
¡Si fuese impura! Tengo yo tres hijas,  
De once la mayor, de nueve y cinco  
La segunda y tercera. ¡Si eso fuere  
Verdad! Lo juro por la honra mía,  
Sufrirían por ello. Los catorce  
No cumplieran fecundas, prole dando  
De bastardos á luz. Mis herederas  
Ellas son. Pues ansiara ser eunuco  
Si no han de darme descendencia limpia.

**LEO.** Callad. No más. Olfateáis el caso  
Con la frialdad de la nariz de un muerto.

Mas yo lo veo. Yo lo palpo, como  
Tú sientes esto.

(Cogiéndole un brazo.)

Y como ves la mano  
Que te aprieta.

ANT. Si es eso, no hace falta  
Para enterrar á la virtud sepulcro.  
Ni un solo grano que la faz perfume  
Del muladar terrestre ya nos queda.

LEO. ¿Que falto á la verdad?

SR. 1.º Señor, ansiara  
Que en este asunto tú, no yo faltase.  
Y más placer tendría en que se viese.  
Que era verdad su honor, que tus sospechas,  
Aunque tuviese que aguantar tu enojo.

LEO. Mas ¿con vosotros yo por qué discuto  
Y no sigo el instinto que me guía?  
Por mi prerrogativa, los consejos  
Vuestros están de más. Hablé tan sólo  
Por mi bondad ingénita movido.  
Si vosotros, estúpidos ó astutos,  
Ó no podéis ó no queréis el caso  
Comprender como yo, falta ninguna  
Me hacen, ya lo sabéis, vuestros consejos.  
Es asunto que, gane en él ó pierda,  
Arreglar á mí sólo me compete.

ANT. Y, señor, ojalá que investigado  
Lo hubieras solo, en silencioso juicio,  
Sin darle tal publicidad.

LEO. ¿Mas cómo?  
O con los años te volviste lelo,

Ó estúpido naciste. De Camilo  
 La fuga: su grosera confianza,  
 Tan patente que sólo de los ojos  
 No para confirmarse, para verse  
 Necesitaba, si se tiene en cuenta  
 Lo demás que su falta constituye,  
 Mi proceder sancionan. Sin embargo,  
 Para mayor confirmación del hecho,  
 Pues en asunto de importancia tanta  
 Es partir de ligero lamentable,  
 De Apolo al templo en la sagrada Delfos  
 He enviado á Cléómenes y á Dío  
 Cuya excesiva discreción os consta.  
 Ahora bien, del oráculo ya pende;  
 A detenerme va ó á aguijonarme  
 La sacra decisión. ¿Está bien hecho?

SR. 1.º Muy bien hecho, señor.

LEO. Aunque estoy convencido, y no me falta  
 Saber ya más que lo que sé, no obstante  
 El oráculo puede los celos  
 Disipar en el ánimo de otros:  
 De esos crédulos necios que no quieren  
 Comprender la verdad. De mi accesible  
 Persona, por lo tanto, he decidido  
 Que lejos viva, y presa; por si acaso  
 De ejecutar los pérfidos intentos  
 De los fugados fuese la encargada.  
 Seguidme, pues, venid. Públicamente  
 Lo haré saber. A todos este asunto  
 Hará estallar.

ANT. (Aparte.) Paréceme de risa,  
 Si la pura verdad se conociera.

## ESCENA II.

Sicilia.—Entrada de una cárcel.

\*Entran PAULINA y SERVIDORES.

PAU. El jefe de la cárcel. Quiero verlo,  
Y que sepa quién soy.

(Vase un Servidor.)

Noble señora,  
Cualquier corte de Europa adornarías.  
¿Qué haces, pues, en la cárcel?

Vuelve á entrar el SERVIDOR con el CARCELERO.

Buen amigo,

Me conoces, ¿no es cierto?

CARC. Como dama  
Digna á quien honro mucho.

PAU. Pues entonces  
A la Reina condúceme.

CARC. No es posible, señora. Lo prohíbe  
Orden expresa.

PAU. ¡Miren qué trabajo!  
Todo para evitar que gente digna  
Con la honradez y la virtud se trate.  
¿Ver á sus damas es legal? ¿A una?  
¿A Emilia?

CARC. Sí, señora. Cuando ordenes  
Que tu acompañamiento se retire,



Haré salir á Emilia.

PAU.

Retiraos.

Llámalas, pues.

(Vanse los Servidores.)

CARC.

Precisame, señora,

A vuestra conferencia estar presente.

PAU. Está bien. Como gustes.

(Vase el Carcelero.)

De los límites pasa ya el trabajo  
Que se han tomado para hacer que sea  
Lo que no es mancha, mancha.

Vuelve á entrar el CARCELERO con EMILIA.

Amiga mía,

¿Cómo se halla la Reina?

EMI.

Cual dama tan excelsa y delicada  
Es forzoso se encuentre. De resultas  
De su miedo y su pena, y más terribles  
Una frágil mujer jamás los tuvo,  
Ha dado á luz antes de tiempo.

PAU.

¿Un niño?

EMI.

Una niña. Preciosa criaturita,  
Robusta y prometiendo vida larga.  
Mirándola la Reina se consuela,  
Y exclama : « Pobre prisionera mía;  
Soy tan culpable como tú.»

PAU.

Jurarle

Pudiera yo. ¡Malhayan estas lunas  
Del Rey, tan peligrosas, tan dementes!  
Lo debe de entender y ha de entenderlo.

- Oficio es éste que á mujer le cuadra.  
 Yo hablaré. Si de miel mi boca fuere,  
 Quémese la lengua, y nunca torne  
 Clarín á ser de mi encendido enojo.  
 Emilia, mi lealtad hacia la Reina  
 Encarece, te ruego; y que si osa  
 Esa recién nacida confiarme,  
 Al Rey la llevaré, con energía  
 Defendiendo su causa. No sabemos  
 Hasta qué punto el ver á la criatura  
 Ablandarlo podrá. Frecuentemente  
 La inocente pureza silenciosa  
 Logra lo que no logran las palabras.
- EMI. Tu honrado intento y tu bondad, amiga,  
 Tan evidentes son, que tus ofertas  
 Serán bien recibidas, de seguro.  
 Dama ninguna como tú adecuada  
 Para tamaña empresa. Si te place,  
 Vete al cuarto inmediato, y de seguida,  
 Tu noble oferta indicaré á la Reina,  
 Quien de proyecto igual hablaba ha poco;  
 Pero, temiendo fracasar, no quiso  
 A nadie confiar misión tan ardua.
- PAU. Emilia, dile que usaré la lengua.  
 Si, como de mi pecho la osadía,  
 De ella el ingenio brota, no lo dudes,  
 Éxito alcanzaré.
- EMI. Bendita seas.  
 Veré á la Reina. Acércate te ruego.
- CARC. Señora, si se saca á la criatura  
 De la Reina, no sé en qué pena incurro  
 Dejándola salir sin un mandato.

PAU. Nada temas. La niña aprisionada  
 En las entrañas de su madre estuvo.  
 La gran naturaleza en su proceso  
 La ha decretado emancipada y libre.  
 Nada tiene que ver con el enojo  
 Del Rey, ni culpa tiene, si es que hay culpa,  
 De faltas que la Reina cometiera.

CARC. Lo mismo pienso yo.

PAU. Nada temas. Te juro por mi honra.  
 Entre tu riesgo y tú, yo interponerme.

(Vanse.)

### ESCENA III.

Sicilia.—Habitación en el Palacio.

Entran LEONTES, ANTÍGONO, SEÑORES y SERVIDORES.

LEO. Ni descanso de noche ni de día.  
 Flaqueza es soportarlo de este modo:  
 Flaqueza nada más. Si no viviera  
 La causa, si una parte de la causa  
 La adúltera no fuese—que al infame  
 Rey no llega mi brazo; se halla fuera  
 Del blanco á donde alcanza mi cerebro.....  
 A ella tengo apresada..... Que termina.....  
 Que va á la hoguera.—Puede que lograrse  
 Al menos disfrutar de algún descanso.—  
 ¿Quién está ahí?

SR. 1.º (Adelantándose.) ¡Señor!



Más inocente y pura que él celoso?

SR. 1.º Basta.

SR. 2.º Señora, no durmió esta noche,  
Y ha ordenado que nadie le perturbe.

PAU. ¿A qué tanto calor, amigo mío?  
Le traigo el sueño yo. Tú y tus iguales,  
Que al lado suyo os arrastráis cual sombras,  
Que suspiráis cuando sin causa gime;  
Tú y tus iguales provocáis su insomnio.  
Curativas palabras yo le traigo,  
Y veraces al par, y al par honradas,  
Para salvarle de ese mal que sufre  
Y que el sueño le quita.

LEO. ¿Qué ruido  
Es ese?

PAU. No es ruido solamente,  
Señor: necesidad de consultarte  
Acerca del padrino de su alteza.

LEO. ¡Cómo!—Llevaos á esa audaz señora.  
Antígono, te dije que cuidaras  
De que aquí no viniera.—Lo temía.

ANT. Se lo prohibí, señor; con tu disgusto  
Y el mío amenazándola.

LEO. Mas ¡cómo!  
¿No la refrenas?

PAU. De acto indigno, puede.  
Mas de esto, á menos que el camino tome  
Que tú has tomado, y logre encarcelarme  
Porque hago el bien—seguro estáte de ello—  
No me refrenará.

ANT. ¿Lo ves? ¿Lo oyes?  
Cuando se me desboca, yo la dejo

Correr. Pero de fijo no tropieza.

PAU. Excelso soberano, aquí yo vengo,  
Y pido que me escuches, pues me juzgo  
Leal sirviente, médico y humilde  
Consejero, que osa, sin embargo,  
Aparecer, al aliviar tus males,  
Menos leal que muchos que parecen  
Tan allegados tuyos. Vengo, digo,  
De parte de tu Reina virtüosa.....

LEO. ¡Mi Reina virtüosa!

PAU. Virtüosa,  
Noble señor. Sí. Virtüosa Reina.  
La virtüosa Reina, lo repito  
Y su virtud en singular combate,  
Si hombre fuese, aunque fuese el más indigno  
De cuantos te rodean, mantendría.

LEO. Lleváosla á la fuerza.

PAU. Quien estime  
A sus ojos frioleras que me toque.  
Me iré de propia voluntad; mas antes  
Cumpliré mi misión. La virtüosa  
Reina, sí, virtüosa, á luz ha dado  
Una hija, que es ésta. Te la envía  
Para tu bendición.

(Poniendo al niño en el suelo.)

LEO. ¡Atrás, vil bruja!

Lleváosla de aquí. Sacadla fuera.  
¡Indigna entrometida encubridora!

PAU. No. Soy tan ignorante en ese oficio,  
Como tú al pretender calificarme;  
Y no menos honrada que tú loco,

Que, según anda el mundo, ¡por mi vida!  
Basta para que pase por honrada.

LEO. ¡Traidores! ¿Nadie la querrá echar fuera?  
Dadle el bastardo.

(Á Antígono.) Tú, viejo caduco,  
Tú, gurrumino, tú que á tu gallina  
Dejas tu puesto, coge ese bastardo.  
Cógelo, digo. Dáselo á tu vieja.

PAU. Maldecida tu mano eternamente,  
Si á esa infamante intimación levantas  
Del suelo á la princesa.

LEO. ¡Tiene miedo  
De su mujer!

PAU. Así tú lo imitaras,  
Y tuyos llamarías á tus hijos.

LEO. ¡Qué turba de traidores!

ANT. Te lo juro  
Por ese sol, yo no.

PAU. Ni yo, ni nadie.  
Uno hay aquí no más. Él mismo es ese.  
Pues él su sacro honor, el de su Reina,  
El de su noble hijo, el de su hija  
Recién nacida, arroja á la calumnia,  
Que hiere más que penetrante espada;  
Y no quiero tenaz (y en este caso  
Lástima es el no obligarle á ello)  
Desarraigar esa podrida idea  
Que firme juzga como encina ó roca.

LEO. Picotera sin fin, que á su marido  
Acaba de zurrar, y á mí me acosa,  
Nada tengo que ver con esa chica;  
De Polixeno es De aquí sacadla,

Y vaya juntamente con su madre  
La hoguera á alimentar.

PAU. Es hija tuya.

Y el viejo adagio á tí te aplicaría:  
«¡Lástima es que se parezca tanto!»  
Señores, ved; si bien en miniatura,  
Es perfecto retrato de su padre.  
Ojos, labios, nariz, el mismo toque  
De sus cejas, su frente; es más, los surcos  
En su rostro; lindísimos hoyuelos  
En su barba y mejillas; su sonrisa;  
La forma de sus manos, dedos y uñas.  
¡Oh tú, naturaleza bondadosa,  
Tú que supiste tan igual formarla  
A aquel que la engendró, si predominio  
Sobre el alma tuvieres, no la tiñas  
De amarillo color, no se le ocurra  
Dudar, cual duda él, que de su esposo  
No son los hijos suyos!

LEO. Gran arpía.

Y, cobarde, mereces que te ahorquen;  
Que á pararle la lengua no te atreves.

ANT. Si vas á ahorcar á todos los maridos  
Que hacer no logran semejante hazaña,  
Te quedarás con súbditos apenas!

LEO. Llévatela, repito.

PAU. No lo haría

El más indigno é inhumano esposo.

LEO. He de hacer que te quemem.

PAU. No me importa.

Herejes son los que mi hoguera alumbren;  
No yo porque arda en ella. No pretendo



Tirano apellidarte; pero tanta  
Crueldad hacia tu esposa, sin que puedas  
Más cargos formular que los que surgen  
De tu alma desquiciada y enfermiza,  
Trasciende á tiranía. Te rebaja :  
Sí tal. De oprobio cubrirá tu nombre.

LEO. Vuestra lealtad me valga. De este sitio  
Sacadla al punto. Si tirano fuera,  
¿Qué fuera de su vida? Nunca osara  
Llamarme así, si no me conociese.  
¡Fuera de aquí!

PAU. No me toquéis, os ruego.  
Me iré. Señor, de tu criatura cuida,  
Pues tuya es. Que Júpiter le envíe  
Alma mejor para guiar sus pasos.  
¿A qué las manos empleáis, vosotros,  
Que tan tiernos cuidáis de sus locuras?  
Jamás le serviréis ni uno siquiera.  
Quietos, quietos, adiós, que ya me he ido.

(Vase.)

LEO. Tú á tu mujer, traidor, á esto indujiste.  
¡Hija mia!... Lleváosla. Tú mismo,  
Que con tan blando corazón la miras,  
Carga con ella, y cuida de que quede  
Consumida al instante por el fuego.  
Tú mismo y nadie más que tú. La coges  
En este instante, y dentro de una hora  
Que hecho ha quedado atestiguar te exijo,  
Ó con tu vida pagas y con todo  
Lo que llames tuyo. Si rehusas  
Y desaffas mi furor, lo dices;

- Y hago yo mismo con mis propias manos  
Saltar del cráneo sus bastardos sesos.  
Vé. Llévala á la hoguera. Sí. Tú fuiste  
Quien ha instigado contra mí á tu esposa.
- ANT. No, señor. Y mis nobles compañeros  
Aquí presentes, pueden, si les place,  
Garantirlo.
- SR. 1.º Sí tal. ¡Oh regio amo!  
Culpa no tiene de que aquí viniera.
- LEO. Mentís vosotros todos.
- SR. 1.º Más en nosotros confiar debías.  
Siempre tu causa con lealtad servimos,  
Y cual leales estimarnos debes.  
Cual recompensa á los servicios nuestros  
Pasados y futuros, de rodillas  
Nos atrevemos á rogarte ahora  
Que cambies de propósito, que siendo  
Tan sanguinario, tan horrible, es fuerza  
Que conduzca á funestos resultados.  
Estamos de rodillas.
- LEO. Leve pluma  
Soy yo para cualquier viento que sople.  
¿He de vivir y ver que este bastardo  
Se me arrodilla y me declara padre?  
Mejor quemarle hoy que maldecirle  
Mañana. Bien está. Que viva. Pero  
Que no sea lo uno ni lo otro.  
(Á Antígono.) Aproxímate tú; tú, que mostraste  
Tanta solicitud, conjuntamente  
Con doña Lenguaraz, tu comadrona.  
¿Para salvar la vida á ese bastardo—  
Bastardo, sí, tan cierto cual que tienes

La barba gris;—para salvar la vida  
De ese engendro, di tú, que aventuraras?

ANT. Cualquier cosa, señor, que esté á mi alcance  
Y que mi honor me ordene. Por lo menos,  
La escasa sangre empeño que me resta.  
Para salvar la vida á la inocente  
Lo posible haré yo.

LEO. Será posible.  
Jura que cumplirás, sobre esta espada,  
Mi mandato.

ANT. Lo juro.

LEO. Toma nota,  
Y cúmplelo. ¿Estás tú? Pues si faltares  
En el punto más mínimo, no sólo  
Tienes tú que morir, sino que muere  
Esa desvergonzada esposa tuya,  
A quien por hoy perdono. Yo te mando,  
De tu lealtad en nombre, que te lleses  
A esa bastarda niña de este sitio,  
Y la conduzcas á lugar remoto,  
A algún desierto fuera de mi reino,  
Y que allí sin piedad la deposites,  
Sin otra protección que la intemperie.  
Pues como cosa extraña me la traen,  
Yo, obrando con justicia, de ti exijo,  
So pena que tu alma se condene  
Y padezca tu cuerpo, que, cual cosa  
Extraña, en cualquier sitio la coloques,  
Donde el azar la nutra ó la aniquile.  
Carga con ella.

ANT. Juro obedecerte.  
Pero más caridad fuera matarla

En este instante mismo. Pobre niña,  
 Ven, y que un genio poderoso ordene  
 Que buitre ó cuervo tu nodriza sea.  
 Los lobos y los osos, según dicen,  
 Sus salvajes instintos deponiendo,  
 Con cargos semejantes han cumplido.  
 Señor, sé más feliz de lo que augura  
 Una acción como ésta. Bendiciones  
 Contra tanta crueldad por ti batallen,  
 Triste criatura á muerte condenada.

(Vase con la niña.)

LEO. No. No debo cuidar de prole ajena.

SIR. 2.º Perdón, señor. Noticias ha una hora

De quienes al oráculo enviaste

Han llegado. Cléómenes y Dío,

Ya en tierra, hacia la corte se aproximan.

SIR. 1.º Su diligencia ha sido extraordinaria,

Señor.

LEO. Veintitrés días han tardado;

Es rapidez. Auguro que muy luego

El gran Apolo hará que resplandezca

La verdad. Preparaos, pues, señores.

El tribunal reunid, para que cite

Allí á mi esposa desleal. Ha sido

En público acusada; y en justicia

Juzgada debe ser públicamente.

En tanto vive, como grave carga

Me pesa el corazón. Dejadme solo,

Y arreglad lo que digo.

---

---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Sicilia.—Una calle.

Entran CLEÓMENES, DÍO y un SIRVIENTE.

- CLE. Bello clima, suavísimo el ambiente,  
Fértil la isla. El templo sobrepuja  
La fama que le dan.
- Dío. Yo ensalzaría,  
Porque fué lo que más me impresionara,  
Los olímpicos trajes, porque es justo  
Así calificarlos, é igualmente  
La austeridad de sus severos dueños.  
¡Y luego el sacrificio! ¡Cuán grandioso  
Solemne, antimundano el holocausto!
- CLE. Mas la ensordecedora voz rugiente  
Del oráculo mismo, que de Jove  
Parodiaba los truenos, sobre todo,  
Fué lo que más me anonadó de espanto.
- Dío. Si el viaje á la Reina aprovecharé,  
Y así sea, cual rápido, instructivo

Y ameno resultó para nosotros,  
 No ha de estimarse malgastado el tiempo.

CLE. ¡Todo á buen fin el gran Apolo lleve!  
 Estos decretos que á Hermione acusan,  
 Me desagradan.

Dío. Su violencia misma  
 Pronto hará que se aclare ó que termine  
 El asunto. El oráculo sellado  
 Por el Ministro del divino Apolo,  
 Al divulgar su contenido, puede  
 Que algo extraño publique.  
 (Al Sirviente.) Vete y busca  
 Otros caballos. ¡Todo en bien acabe! (Vanse.)

## ESCENA II.

Un tribunal.

Aparecen LEONTES, SEÑORES, JUECES en sus asientos,  
 SERVIDORES, etc.

LEO. Este juicio, con gran pesar lo digo,  
 Me oprime el corazón. A quien se juzga,  
 Hija de Reyes es, esposa mía,  
 Y harto amada. No quiero que me tachen  
 De tirano, y así públicamente  
 Procederé en justicia; que expedito  
 Su camino hallará, mientras pronuncie  
 Sentencia, condenando ó absolviendo.  
 ¡Una prisionera!

JUEZ. Su Majestad ordena que en persona  
La Reina acuda al Tribunal.

PREG. ¡Silencio!

Entra HERMIONE entre guardias, PAULINA y DAMAS,  
siguiéndola.

LEO. Leed la acusación.

JUEZ. (Leyendo.) «Hermione, esposa del excelso rey de Sicilia, Leontes, citada estás ante este Tribunal, y acusada de alta traición por haber cometido adulterio con Polixeno, rey de Bohemia; por haber conspirado, conjuntamente con Camilo, para asesinar á nuestro señor y Rey, tu regio esposo; y por haber tú, Hermione, cuando las circunstancias revelaron en parte esta trama, faltado á tu fe y al vasallaje de súbdito leal, aconsejando y amparando á tus cómplices, para su mayor seguridad, en su nocturna fuga.»

HER. Puesto que todo cuanto yo dijere,  
Contradecir mi acusación sería,  
Y atestiguarlo por mi parte puedo  
Sólo conmigo misma, nada vale  
Pregonar mi inocencia ante vosotros.  
Mi rectitud, que falsedad se estima,  
Falsedad juzgaréis al pregonarla.  
Mas ved. Si desde el cielo se contemplan  
Las humanas acciones, como creo,  
Si eso sucede, la inocencia mía  
Hará que se sonroje la calumnia,  
Y mi resignación á la justicia  
Estremecerse hará. Tú, dueño mío,  
Aunque no lo parece, como nadie  
Sabes que he sido en mi pasada vida

Tan continente, virtuosa y pura  
 Como infeliz ahora, y no se ha visto  
 Más infelicidad, ni la ha inventado  
 Para mover al público el ingenio.  
 Porque ved. Copartícipe del trono,  
 Yo del lecho real la compañera,  
 Hija de Reyes poderosos, madre  
 De un príncipe colmado de esperanzas,  
 A perorar y á discutir me obligan  
 Para salvar mi honra y mi existencia  
 Ante cualquiera que quisiere oirme.  
 Aprecio mi existir en lo que valen  
 Mis penas, que excusarme deseara.  
 Mi honor es transmisible á mi familia,  
 Y eso aquí vengo á defender tan sólo.  
 Señor, apelo á la conciencia tuya.  
 Antes que Polixeno visitase  
 Tu corte, ¡cuánto tú no me estimabas!  
 ¡Cuánto tu estimación no merecía!  
 Desde que vino, ¿qué de extraordinario  
 Hice yo para verme cual me veo?  
 Si de hecho ó de intención, en solo un punto,  
 Traspasé yo de la virtud las lindes,  
 De pedernal sus corazones tengan  
 Para mí mis oyentes, y mis deudos  
 Griten «¡baldón!» ante la tumba mía.

LEO. Nunca oí que estos vicios impudentes,  
 Para negarse, de mayor descaro  
 Que para cometerse requerían.

HER. Eso será verdad. Pero ese dicho  
 No es aplicable á mí.

LEO.

¿No lo confiesas?



HER. Yo sólo puedo confesar cual faltas  
Las que mis faltas son. A Polixeno,  
Acusado al par mío, ciertamente  
Estimé, cual su mérito exigía ;  
Pero con el afecto que cuadraba  
A una dama cual yo, con el afecto,  
Ni más ni menos, con que tú quisiste  
Que yo le recibiera; y no mostrarlo  
Fuera hacia ti, creo yo, desobediencia,  
Cual fuera ingratitude hacia tu amigo;  
Cuya amistad, desde el primer instante  
Que articuló, desde su tierna infancia,  
Se declaró por tuya. Francamente ;  
Por lo que toca á conspirar, ignoro  
A lo que sabe, aunque se hubiese el plato  
Aderezado para el gusto mío.  
Sólo sé que Camilo honrado era.  
Por qué motivo abandonó tu corte,  
Los dioses mismos ignorarlo deben,  
Si de este asunto más que yo no saben.

LEO. Eras concedora de su fuga,  
Cual sabes lo que tienes en su ausencia  
De cumplir.

HER. Tú me hablas en lenguaje  
Que yo no acierto á comprender. Mi vida  
A tiro está de los caprichos tuyos,  
Y á tus pies la depongo.

LEO. Tus acciones  
Esos caprichos son. De Polixeno  
Un bastardo tuviste ; y yo deliro.  
Así como perdiste la vergüenza,  
Como sucede á todas las que faltan

Como has faltado tú, también perdiste  
 La facultad de hablar verdad. Negarlo  
 Es natural en ti, pero es inútil.  
 En consecuencia,  
 Arrojado de aquí queda tu engendro,  
 Cual cosa que á sí solo pertenece  
 Y no puede llamar á nadie padre;  
 Lo que más crimen de tu parte implica  
 Que de la suya. Por lo tanto, es fuerza  
 Que la justicia á ti también te alcance,  
 Y de ella has de esperar sólo la muerte.

HER. Ahórrate, señor, las amenazas.  
 Busco á ese bú con que espantarme quieres.  
 La vida para mí no ofrece goce.  
 El objeto, el consuelo de mi vida,  
 Tu cariño, perdido considero.  
 Lo siento irse, pero cómo, ignoro.  
 De mi segundo amor, del vientre mío  
 Fruto primero, me hallo separada  
 Cual si á infestarlo mi presencia fuera:  
 A mi tercer consuelo malhadado,  
 Llevando aún en su inocente boca  
 Leche inocente, al matadero arrastran;  
 Y en la picota pública yo puesta  
 Proclamada me veo prostituta.  
 Con indigno furor, los privilegios  
 (Que anexos son á las mujeres todas)  
 De una recién parida se me niegan.  
 Y, por fin, á este sitio me conducen  
 Al aire libre, sin haber podido  
 Recuperar mis fuerzas todavía.  
 Ahora dime señor: para que tema.



LEO. Romped los sellos y leed.

JUEZ.—(Leyendo.) «Hermione es pura. Polixeno sin culpa. Camilo, súbdito leal. Leontes tirano y celoso. Su inocente hija, hija legítima, y el Rey vivirá sin heredero, si no se halla la que perdida está.»

SRES. ¡Divino Apolo, bendecido seas!

HER. ¡Bendecido!

LEO. ¿Leiste exactamente?

JUEZ. Sí, señor; lo que aquí se encuentra escrito.

LEO. El proceso seguid. ¡Todo es mentira!

Entra un EMPLEADO apresuradamente.

EMP. ¡Excelso Rey! ¡Excelso Rey!

LEO. ¿Qué ocurre?

EMP. ¡Ah, señor! Me odiarás cuando me oigas.  
El príncipe tu hijo, temeroso,  
Receloso tan sólo por la suerte  
De la Reina, se fué.

LEO. ¿Se fué?

EMP. Se ha muerto.

LEO. La ira de Apolo y de los cielos hiere  
Mi cruel injusticia. Mas ¿qué pasa?

(Hermione se desmaya.)

PAU. Mortal para la Reina fué la nueva.  
Mira y verás lo que la muerte hace.

LEO. Lleváosla. No es más que una congoja.  
Volverá en sí. Con harta ligereza  
Valor he dado á las sospechas mías.  
Para salvar su vida yo os suplico  
Que busquéis carifosos un remedio.

(Vanse Hermione, Paulina y damas.)

Mi monstruosa irreverencia, Apolo,  
 Profanando tu oráculo, perdona.  
 Me reconciliaré con Polixeno,  
 Y nuevo amor le brindaré á mi Reina.  
 Volver haré á Camilo, á quien proclamo  
 Hombre honrado y leal; pues, inducido  
 Por mis celos é instintos homicidas  
 A vengarme, á Camilo di el encargo  
 De matar á mi amigo Polixeno,  
 Y hecho estuviera ya, si el alma noble  
 De Camilo mis órdenes violentas  
 No hubiera detenido; y con la muerte  
 Le amenazaba yo de no cumplirlas;  
 Y le ofrecí, cumpliéndolas, premiarle.  
 Pero él, tan piadoso como honrado,  
 Frustró mi insidia hacia mi regio huésped.  
 Perdió su posición, tan exaltada  
 Como todos sabéis, y al riesgo cierto  
 Se aventuró de toda incertidumbre,  
 Llevando sólo por caudal su honra.  
 Al través de mi moho la limpieza  
 De su alma se ve. ¡Cómo ennegrece  
 Su piedad mi conducta!

Vuelve á entrar PAULINA.

- PAU. ¡Qué desdicha!  
 Desabrochad mi veste, no la rompa  
 Mi corazón al estallar.
- JUEZ. ¿Qué acceso,  
 Señora, es éste?
- PAU. ¿Qué tormento guardas,  
 Tirano, para mí más refinado?

¿Qué ruedas, ó qué potros, ó qué hogueras?  
¿Cómo has de desollarme? ¿Cómo hervirme,  
En aceite ó en plomo derretido?  
¿Qué tortura anticuada ó más reciente  
Debo yo padecer, pues mis palabras  
Merecen cuanto daño hacerme puedas?  
Tus instintos tiránicos, tus celos,  
Tus fantasías necias, para niños,  
Estúpidas y absurdas para niñas  
De nueve años, mira lo que han hecho.  
Ahora sí que volverte puedes loco.  
Sí, loco de remate, porque todas  
Tus pasadas demencias, sólo indicios  
Eran de tu locura. Que injuriaste  
A Polixeno: es nada; solamente  
Cual necio apareciste, cual ligero,  
Cual detestable ingrato. Ni fué mucho  
Que el honor de Camilo envenenaras  
Queriendo en regicida convertirle.  
Faltas leves son éstas, comparadas  
Con otras más tremendas. Falta leve  
Fué también que arrojaras á tu hija  
Recién nacida á cuervos, aunque hubiera,  
Entre llamas, mejor que hacer tal cosa,  
Lágrimas un demonio derramado.  
Ni eres directamente responsable  
De la muerte del príncipe heredero,  
Cuyos nobles instintos, para uno  
Tan joven harto dignos, que estallara  
Su corazón hicieron, contemplando  
A su bárbaro padre, que, demente,  
El honor mancillaba de su esposa.

De estos delitos, no, yo no te acuso.  
 Es tan sólo del último. Señores,  
 Al decir: «¡qué desdicha!» es que la Reina,  
 La Reina, esa criatura bondadosa  
 Y encantadora por demás, ha muerto.  
 ¡Y aun no cae venganza de allá arriba!

JUEZ. No lo permita el cielo.

PAU. Lo repito,  
 Que muerta está. Lo juro, si palabras,  
 Si juramentos sirven. Id y vedla.  
 Si dar color podéis á aquellos labios,  
 A aquellos ojos luz, calor externo  
 Ó hálito interior, he de serviros  
 Como si fuerais dioses. Mas, tirano,  
 De ello no te arrepientas, que esta es carga  
 Que tus remordimientos no remueven.  
 Desespera por tanto. Mil rodillas,  
 Diez mil años desnudo y ayunando  
 Sobre estéril montaña, donde reine  
 Constante invierno y eternal borrasca,  
 No podrán conseguir que á ti los dioses  
 Jamás su rostro vuelvan.

LEO. Sigue, sigue,  
 Nunca dirás bastante. He merecido  
 Que me hable á mi con hiel el mundo entero.

JUEZ. No digas más. No importa lo que ocurra.  
 Con esa audacia de lenguaje faltas.

PAU. Lo siento, que acostumbro arrepentirme  
 Mis faltas al notar. ¡Ah! mi imprudencia  
 Femenil con exceso he demostrado.  
 Su noble corazón se ha conmovido.  
 Lo que pasó, lo que remedio alguno

Tiene ya, lamentar es cosa inútil.  
Lo que te dije tu aflicción no acrezca;  
Te suplico, antes bien, que me castigues  
Por haber recordado lo que debes  
Olvidar. Ahora bien, mi excelso amo,  
Señor, regio señor, á esta insensata  
El cariño perdónale que tuvo  
A tu Reina. ¡Insensata todavía!  
Ni hablaré de ella más ni de tus hijos,  
Ni de mi esposo te hablaré tampoco,  
De quien nada sabemos. Necesaria  
Es tu resignación. Yo ya no hablo.

LEO. Hablaste bien diciéndome verdades,  
Que mejor que tus lástimas acepto.  
Donde estén de mi hijo y de mi esposa  
Los cuerpos te suplico me conduzcas.  
Unidos yacerán en un sepulcro,  
Y sobre ellos la causa de su muerte  
Se esculpirá para mi eterno oprobio.  
A la capilla iré todos los días  
Donde reposen. Mi solaz el llanto  
Será que allí derrame, y mientras pueda  
Mi cuerpo soportar este ejercicio,  
Juro cumplir mi voto cotidiano.  
Ven. Condúceme, pues, para que apure  
Las desventuras mías. (Vanse.)



## ESCENA III.

Bohemia.—País desierto cerca del mar.

Entran ANTÍGONO con una criatura, y un MARINERO.

ANT. ¿Seguro, pues, estás de que la nave  
Ha llegado á las costas de Bohemia?

MAR. Sí, señor; y me temo que á mal tiempo  
Llegamos. Se halla el cielo encapotado  
Y se nos viene encima la borrasca.  
¡Por mi conciencia! creo que ceñudo  
Mira el cielo el asunto que nos trae.

ANT. ¡Que su sagrada voluntad se cumpla!  
Tú, vete á bordo y de la nave cuida.  
Dentro de poco me uniré contigo.

MAR. No tardes, ni te internes demasiado.  
Es fácil que tengamos tiempo recio;  
Y, además, este sitio goza fama  
Por las fieras que hambrientas lo recorren.

ANT. Vete. En seguida te veré.

MAR. Me alegra  
Zafarme de este modo del negocio.

(Vase.)

ANT. ¡Ven, infeliz criatura! Tengo oído,  
Mas nunca lo creí, que de los muertos  
Suele el alma vagar. Si cierto fuere,  
Tu madre vino á visitarme anoche,  
Pues sueño tan real jamás lo hubo.

Presentóseme un ser cuya cabeza  
Ya á un lado, ya hacia el otro se inclinaba.  
Anfora de dolor ni más hermosa  
Ni más llena no he visto. La cubría,  
Cual la misma pureza, blanca veste,  
Y vino hasta mi mismo camarote.  
Salúdame tres veces, y anhelante  
Pretendiéndome hablar, brotan sus ojos  
Un torrente de lágrimas. Gastada  
Su violencia por fin, así me dice:  
«Buen Antígono, ya que te ha elegido,  
Contra tu noble natural, el hado  
Para que seas tú quien abandone  
A mi inocente niña, cual juraste,  
Sitios desiertos en Bohemia existen:  
Llévala allí; que allí llorando quede;  
Y, pues juzgan perdida á la criatura,  
Perdita te suplico que la nombres.  
En expiación de la inhumana empresa  
Que mi señor te impuso, de Paulina,  
Tu esposa, nunca más verás el rostro.»  
Con agudos lamentos se deshizo  
En el aire después. Lleno de espanto  
Quedé; mas, serenado, considero  
Que sueño, no; que realidad ha sido.  
Sueños son ilusiones. Sin embargo,  
Por esta vez seré supersticioso,  
Y por lo tanto me guiaré por ellos.  
Pienso que muerte dieron á Hermione,  
Y que Apolo ha querido, pues que era  
Hija de Polixeno, que aquí yazga  
Para que muera ó viva, de su padre

Verdadero en la patria. Buena suerte,  
¡Pobre flor! Queda aquí. Toma tu nombre.

(Colocando la criatura y un rollo en el suelo.)

Y esto ten, que si place á la fortuna,

(Colocando un llo en el suelo.)

Para criarte basta, bella niña,  
Y te puede sobrar. Ya la tormenta (Truena.)  
Principia á desatarse. Desdichada,  
Sometida por culpa de tu madre  
Al azar y á los riesgos que lo siguen.  
Llorar no puedo, pero sangre brota  
Mi corazón. Maldito yo mil veces  
Que un juramento á obrar así me obliga.  
Adiós. El día ya su frente arruga  
Más y más. Con rudeza extraordinaria  
Es muy probable que tu cuna mezan.  
De día nunca vi tan negro el cielo.

(Ruido de cazadores, perros y osos dentro.)

¡Qué salvajes clamores!..... Me conviene ir á bordo.  
La caza aquí se acerca. Desaparezco al punto.

(Vase perseguido por un oso.)

Entra un viejo PASTOR.

Pas.—¡Ojalá no hubiera edad entre los diez y los  
veintidós años, ó que la juventud dormitase todo ese  
tiempo; porque en ese intervalo no se piensa más que en  
fecundizar á las jóvenes y en insultar á los viejos, en  
robar y en reñir! ¡Miren esto! ¡Qué otros sino los ca-  
lientes sesos de entre diez y nueve y veintidós años pen-

sarían en cazar con semejante tiempo? Han descarriado á dos de mis mejores ovejas, á las que me temo antes ha de hallar el lobo que su amo. Si en algún sitio están, será, sin duda, á orillas del mar comiéndose la hiedra. ¡Buena fortuna y sea lo que sea! ¿Qué hay aquí?

(Viendo á la criatura.)

¡Válgame el cielo! Una criatura. ¡Vaya! y preciosa, preciosísima. ¿Si será niño ó niña? ¡Qué preciosa! ¡Qué preciosísima! De seguro algún enredo. Aunque no soy hombre de letras, leo que es enredo de doncella de casa grande. Obra de escaleras abajo. Obra de armario. De detrás de la puerta. Más abrigo que tiene la infeliz criatura tenían quienes la engendraron. La recogeré por compasión. Pero esperaré á que venga mi hijo. Ahora poco gritó. ¡Eh! ¡hola!

PAYO.—¡Eh! ¡hola!

PAS.—¿Tan cerca estás? Si quieres ver lo que te ha de hacer hablar aun después de muerto y hecho polvo, ven aquí.

Entra el PAYO.

¿Qué tienes, hombre?

PAYO.—He visto dos cosas horribles: la una en el mar, la otra en tierra. Pero no debia decir en el mar, porque ahora es el mismo cielo. Entre el mar y el firmamento no cabe ni un alfiler.

PAS.—Pero, muchacho, ¿qué ha sido ello?

PAYO.—Quisiera que vieses cómo rabia, cómo ruge, cómo azota á la playa. Pero eso es lo de menos. ¡Qué angustioso clamoreo el de aquellos infelices! A veces se veían y otras no se veían. A ratos el buque horadaba la

luna con su mastelero, y sumergiase después entre el oleaje y la espuma como tapón en barrica. ¡Y lo que pasaba en tierra! ¡Ver al oso arrancarle el omoplato! ¡Cómo me pedía auxilio, diciéndome que era un noble y que se llamaba Antígono! Pero volvamos á lo del buque. Ver cómo el mar se lo engullía, y cómo aquellos desgraciados rugían, y cómo el mar de ellos se burlaba, y cómo el pobre caballero rugía también, y cómo se burlaba de él el oso, y cómo rugían unos y otros más que el mar y la tormenta.

PAS.—¡En nombre del cielo, muchacho! ¿Cuándo ha ocurrido esto?

PAYO.—Ahora mismo. Ahora mismo. No he pestañeado desde que vi semejantes espectáculos. Aun no debe estar fría la gente bajo el agua, ni el oso debe de haber ni medio comido al caballero. Se ocupa en ello ahora.

PAS.—¡Ojalá hubiera estado cerca para ayudar á ese caballero!

PAYO.—¡Ojalá hubieras estado cerca del buque para ayudarlo! pero ahí sí que tu caridad hubiera perdido pie.

PAS.—Desdichas. Desdichas. Pero mira, muchacho. Alégrate. Tú has visto moribundos. Yo recién nacidos. Alégrensete los ojos. Mira. Mantillas dignas del hijo de un noble. Mira. Aquí. Recógelo. Recógelo. Abrelo. A ver. Veamos. Me han pronosticado que hadas me enriquecerían. Este es un niño que las hadas han cambiado. Abrelo. ¿Qué hay dentro, muchacho?

PAYO.—Viejo, tienes tu suerte asegurada. Si perdonados te están los pecados de tu juventud, á tus anchas puedes ya vivir. Oro. Todo oro.

PAS.—Es oro de las hadas, muchacho, como ya lo

veremos. Recógelo. Guárdalo bien. A casa. A casa por el atajo.

PAYO.—Vete tú por el atajo con tus hallazgos. Yo iré á ver si el oso ha dejado ya al caballero y cuánto ha comido de él. No son feroces sino cuando tienen hambre. Si queda algo de él, lo enterraremos.

PAS.—Buena acción. Si puedes averiguar por lo que de él restare quién fuese, llévame luego á verlo.

PAYO.—Sí tal. Y me ayudarás á enterrarlo.

PAS.—Día feliz, muchacho. Y, por lo tanto, obremos bien.

---

## ACTO CUARTO.

---

Entra el TIEMPO, como Coro.

**TIEM.** Yo, que, al brindar á muchos mis favores,  
Pruebo á todos; de buenas y de malas  
Acciones yo esperanzas ó terrores :  
Yo, que disipo y que cometo errores,  
Hoy, como tiempo, batiré mis alas.  
Y no llevéis á mal que, en mi carrera,  
Diez y seis años salte de un volco  
Sin explorar esa región siquiera;  
Que tengo más poder que ley cualquiera,  
Y las costumbres desarraigo y creo.  
Tomadme como fui cuando no había  
Ni antiguas reglas, ni presente gusto,  
Que vi nacer, cual veo su agonía;  
Como veré que cuanto brilla hoy día,  
Como mi cuento juzgaréis vetusto.  
Dándole, pues, á mi reloj de arena  
Un vuelco, si me dais vuestro permiso,  
Haré que corra rápida la escena,  
Del sueño que estos años os cercena  
Despertando vosotros de improviso.

Leontes los efectos, angustiado,  
 De aquellos celos tan injustos llora,  
 En soledad viviendo y retirado.  
 En cuanto á mí, juzgadme trasladado  
 A la hermosa Bohemia, por ahora.  
 Allí un hijo del Rey sabéis que habita,  
 Que Floricel en este instante nombro.  
 Sólo debo deciros de Perdita  
 Que es tan graciosa ya, que es tan bonita,  
 Que su hermosura es verdadero asombro.  
 Su porvenir no indico. Lo que fuere  
 Ya lo sabréis si á divulgarlo llego.  
 A la hija de un pastor hoy se refiere  
 Este argumento. Lo demás que hubiere  
 Lo tendrá que aclarar el tiempo luego.  
 Pídoos perdón, si acaso en vuestra vida  
 El malgastar el tiempo os es extraño;  
 Mas si no, permitid que me despida  
 Yo mismo de vosotros, y que pida  
 Que nunca me gastéis con menos daño.

(Vase.)

## ESCENA PRIMERA

Bohemia.—Habitación en el Palacio de Polixeno.

Entran POLIXENO y CAMILO.

POL.—Te ruego, mi buen Camilo, que no insistas más en ello. Para mí es una enfermedad negarte cosa alguna; la muerte otorgarte lo que me pides.



CAM.—Han transcurrido diez y seis años desde que no veo á mi país; y, aunque la mayor parte de mi vida he pasado en extrañas tierras, deseo dejar en mi patria los huesos. Además, el Rey mi señor, arrepentido, ha enviado por mí, y yo podría acaso aliviar su sentida pena; á lo menos así me atrevo á pensarlo; y éste es otro de los acicates para mi marcha.

POL.—Si me aprecias, Camilo, no borres la huella de tus anteriores servicios abandonándome ahora. Tu misma bondad te ha hecho necesario para mí. Más me hubiera valido no tenerte nunca á mi lado, que verme obligado á echarte así de menos. Tú, que me creaste negocios que nadie sino tú puede manejar convenientemente, debes permanecer á mi lado para terminarlos, ó contigo desaparecerán los servicios que me hiciste. Ya cuidaré yo de mostrar aún más mi gratitud, lo que será para mí provecho grande, si así se aumenta el tesoro de tu amistad. No me hables más, te lo suplico, de ese fatal país, Sicilia. Me hace daño oírlo nombrar, y acordarme de ese penitente, como tú le llamas; de ese reconciliado Rey mi hermano. La pérdida de su encantadora Reina y la de sus hijos es pena que aun está viva.—Dime, ¿cuándo viste al príncipe Floricel, mi hijo?—Tan desgraciados son los reyes cuando sus hijos no son obedientes, como cuando los pierden habiendo patentizado sus virtudes.

CAM.—Señor, hace tres días que no veo al príncipe. Los asuntos que lo entretienen me son desconocidos; pero he observado que últimamente anda muy retraído de la corte, y que se cuida de sus quehaceres de príncipe menos que antes.

POL.—Eso mismo he notado yo, Camilo, y con algo de zozobra; por lo que tengo á mis órdenes gentes que

vigilan sus pasos, de quienes he averiguado lo siguiente: que rara vez se aparta de la choza de un humilde pastor, hombre que, según dicen, de la nada, y sin que sepan cómo sus vecinos, ha aumentado grandemente su caudal.

CAM.—He oído hablar, señor, de ese hombre, que tiene una hija de extraordinario mérito. Su fama se extiende como no podría presumirse de nada que emanas de tan humilde hogar.

POL.—Eso mismo me han referido, y me temo que ese sea el anzuelo que allí atrae á mi hijo. Me acompañarás á ese sitio, donde, sin darnos á conocer, hablaremos al pastor, de cuya sencillez no me parece difícil deducir la causa de las visitas de mi hijo. Te ruego que seas mi compañero en este asunto, y deja á un lado tus pensamientos acerca de Sicilia.

CAM.—Obedezco, señor.

POL.—¡ Mi excelente Camilo! Es preciso disfrazarnos. (Vanse.)

## ESCENA II.

Bohemia.—Camino inmediato á la choza del Pastor.

Entra AUTOLICO cantando.

Ya van los narcisos del suelo brotando,  
 Me espera en el valle mi niña, ¡y olé!  
 Del año la gloria se va aproximando;  
 Ya tiñe el invierno de rojo su tez.  
 Al sol en las cercas la ropa se tiende,  
 Ya cantan las aves alegres ¡y olé!

A hacérseme agua la boca propende,  
 Pensando en el jarro que apaga mi sed.  
 La alondra que trina cruzando la esfera,  
 El tordo y el grajo, ¡y olé con olé!  
 Tumbadas las mozas conmigo en la era  
 No hay canto en verano que dé más placer.

He servido al príncipe Floricel, y en mi tiempo de terciopelo me vestía, pero de ocupación carezco ahora.

(Cantando.)

¡Mas por eso llorar, vida mía?  
 Con la luna de noche veré,  
 Y vagando de noche y de día,  
 El camino mejor hallaré.  
 Ya que logran vivir caldereros  
 Recubiertos de un saco de hollín,  
 Yo daré mis descargos sinceros.....  
 Aunque fuere en el cepo, por fin.

Trafico en mantas; pero, cuando el milano anida, vendo telas más ligeras. Díome mi padre por nombre Autolico; y, como nací bajo la influencia de Mercurio, soy dado á arrebatat friolerillas de poca monta. Los dados y las mozas hanme proporcionado este equipo, y raterías son mis rentas. El patíbulo y la penca son harto poderosos en los caminos, y á mí me horroriza que me peguen ó que me ahorquen. En cuanto á la otra vida, procuro que ese pensamiento dormite. (Entra el Payo.) ¡Presa! ¡Presa!

PAYO.—Vamos á ver. Cada oveja, veintiocho libras de lana. Cada veintiocho libras de lana, diez ducados y pico de maravedís. Mil quinientas ovejas esquiladas, ¿cómo sale la lana?

AUT.—(Aparte.) Si se aguanta el lazo, ésta chocha perdiz es mía.

PAYO.—No lo puedo sacar sin piedrezuelas. Vamos á ver. ¿Qué debo comprar para nuestro esquileo? Tres libras de azúcar, cinco libras de pasas, arroz. ¿Qué hará con el arroz esta hermana mía? Pero mi padre la ha nombrado reina de la fiesta, y ella carga la mano. Tiene preparados veinticuatro ramilletes para los esquiladores. Todos cantantes de primera, pero la mayoría tenores y bajos. Sólo hay un puritano entre ellos que canta salmos al son de la gaita. Necesito azafrán para dar color á los pasteles de peras. Macis. Dátiles. No, no están en mi nota. Nuez moscada, siete. Una ó dos raíces de jengibre; pero eso me lo regalarán. Cuatro libras de ciruelas pasas y otras tantas de uvas soleadas.

AUT. ¡Ay, para qué haber nacido!

PAYO. ¡En el nombre del cielo!

AUT.—¡Oh, por favor! Quitame estos harapos, y luego, la muerte, la muerte.

PAYO.—¡Válgame el cielo! Infeliz. Necesitas aún más harapos de los que tienes y no quitarte éstos.

AUT.—¡Ah señor! Su inmundicia me hace más daño que los azotes que he recibido, que han sido atroces y á millonadas.

PAYO.—¡Ay, pobre hombre! Un millón de golpes da mucho de sí.

AUT.—Me han robado y me han maltratado. Me han quitado el dinero y la ropa, y me han vestido estas repugnantes cosas.

PAYO.—¿Cómo? ¿iba el ladrón á pie ó á caballo?

AUT.—A pie, gentilísimo caballero, á pie.

PAYO.—A pie, por supuesto, según la ropa que te

ha dejado. Si esta casaca fuera de jinete, habría hecho buen servicio. Dame la mano. Te ayudaré. Vamos. Dame la mano. (Ayudando á levantarle.)

AUT.—¡Oh caballero bondadoso! Suavemente: ¡Oh!

PAYO.—¡Pobrecillo!

AUT.—¡Oh caballero bondadoso! Con mucho cuidado. Temo que tengo fuera de su sitio el omoplato.

PAYO.—¿Qué es eso? No te puedes tener.

AUT.—Con mucho cuidado, señor mío. Bondadoso caballero. (Autolico vacía las faltriqueras al Payo.) Con mucho cuidado. Me has hecho una gran caridad.

PAYO.—¿Te hace falta dinero? Aquí traigo algo para darte.

AUT.—No, bueno y caritativo señor, no. Yo te lo ruego. Tengo á un pariente que vive á menos de tres cuartos de milla de aquí, á cuya casa me encaminaba. Allí tendré dinero ó lo que me hiciere falta. No me ofrezcas dinero, te lo suplico, me parte el corazón.

PAYO.—¿Qué especie de bribón era ese que te robó?

AUT.—Uno que he visto caminando siempre con un juego de boliche á cuestras. Lo conocí criado del Príncipe; pero, señor mío, no sé por qué virtud suya sería, lo cierto es que á latigazos lo echaron de la corte.

PAYO.—Por qué vicio querrás decir. A latigazos no echan de la corte á ninguna virtud. Las miman á fin de que allí se queden; y, no obstante, allí aparecen sólo de paso.

AUT.—Vicio quise decir. Conozco bien á ese hombre. Después enseñaba por ahí un mono. Luego fuéregonero. De seguida alguacil, más tarde titiritero, y representaba cuadros del Hijo pródigo, y por último, se casó con la mujer de un calderero que vive á menos de

una milla de distancia de donde tengo yo mis tierras y propiedades; y, habiendo recorrido infinitas truhanescas profesiones, establecióse definitivamente como bribón. Algunos le llaman Autolico.

PAYO.—¡Malhaya! Es un ladrón, por vida mía. Un ladrón. No hay velada, ni feria, ni lucha de osos sin él.

AUT.—Mucha verdad, señor mío. Él fué. Él. Ese bribón me vistió este traje.

PAYO.—No hay bribón más cobarde en toda Bohemia. Con solo haberte puesto serio y escupirle hubiera echado á correr.

AUT.—Tengo que confesarte que no soy peleón. Para eso, ánimo me falta, y de fijo el tal lo sabía.

PAYO.—¿Cómo te sientes ahora?

AUT.—Mucho mejor que antes, señor querido. Me puedo tener de pie y andar. Despídome, pues de ti, y me iré despacio hacia la casa de mi pariente.

PAYO.—¿Quieres que te acompañe?

AUT.—No, gentilísimo señor, caballero amabilísimo.

PAYO.—Entonces, adiós. Tengo que ir á comprar especias para nuestro esquileo.

AUT.—Pásalo bien, amabilísimo caballero. (Vase el Payo.) No tiene tu bolsillo calor bastante para comprar especias. Estaré contigo también en tu esquileo. Si no hago de modo que este engaño engendre otro y no convierto á los esquiladores en ovejas, que me borren del gremio y que inscriban mi nombre en el libro de la virtud.

(Cantando.)

Trota, trota, camino adelante,

Deja alegre las cercas atrás.

Hombre triste se cansa al instante,

No se cansa el alegre jamás. (Vase.)

## ESCENA III.

Bohemia.—Pradera ante la choza del Pastor.

Entran FLORICEL y PERDITA.

- FLO. Ese extraño vestido nueva vida  
 A cada una de tus gracias presta.  
 ¡Pastora tú! No tal. La misma Flora  
 Eres tú del Abril en la vanguardia.  
 Fiesta de semidioses tu esquileo,  
 Y tú la reina.
- PER. Noble dueño mío,  
 Tu exagerar sin tino debería  
 Reprenderte. Perdona que te hab'le  
 De esta manera. Tu persona egregia,  
 Blanco de las miradas de tu pueblo,  
 Con tu vestido de pastor degradas;  
 ¡Y á mí, pobre labriega, me atavías  
 Cual si fuese una diosa! Si no fuese  
 Porque tales locuras en festines  
 De nuestros comensales se acostumbran,  
 Me sonrojara al verte así vestido;  
 Me desmayara al verme en un espejo.
- FLO. La hora feliz que á tu paterna casa  
 Mi halcón sus alas dirigió bendigo.
- PER. ¡Causa Jove te dé! La diferencia  
 Que existe entre nosotros me da miedo.  
 Tú, por tu posición, no lo conoces.  
 En este mismo instante, temblorosa.

Me encuentro de pensar que aquí pudiera,  
 Como llegaste tú, llegar tu padre.  
 ¡Cielos! Al contemplar á su hijo excelso  
 Ligado así, ¡qué cara no pondría!  
 ¡Qué no dijera! ¡Cómo soportara  
 Con estas galas yo su ceño adusto!

FLO. Alégrate y no temas. Humillando  
 Su esencia divinal, los dioses mismos  
 Hasta forma de brutos asumieron.  
 En toro Jove se convierte y muge,  
 Neptuno en forma de carnero bala,  
 Y el dios que viste túnica de fuego,  
 El áureo Apolo, transformóse un día  
 En pastor, como yo, pobre y humilde.  
 Tales transformaciones no han surgido  
 Jamás por causa de mayor belleza,  
 Ni con más casto fin, pues no adelanta  
 A mi honor mi apetito, ni arde menos  
 Que mi pasión mi fe.

PER. Mas ¡ay! no puedes  
 Cumplir esa intención, si contrariada  
 Cual por el Rey tendrá que ser, sin duda.  
 Será forzoso entonces, ó que mudes  
 Tú de intención al fin, ó que yo muera.

FLO. Mi querida Perdita, te suplico  
 Que no nublen tan negros pensamientos  
 Del festín la alegría. Tuyo siempre,  
 Ó de mi padre no, prenda adorada.  
 Porque no puedo ser siquiera mío,  
 Ni de nadie, si tuyo no me llamo.  
 Firme en esto he de ser, aunque dijere  
 El destino que no, querida mía.



Anímate. Sofoca esas ideas  
 Con lo primero que observar te toque.  
 Tus huéspedes se acercan. Esa frente  
 Levanta ya, como si fuese el día  
 De las nupcias que entrambos nos juramos.

PER. ¡Ay, señora Fortuna, á ti me acoyo!

FLO. Tus huéspedes allí ya se aproximan.

A recibirlos, animada, vete,  
 Y de contento nuestros rostros ardan.

Entran el PASTOR y POLIXENO y CAMILO disfrazados, el  
 PAYO, MOPSA, DORCAS y otras PASTORAS y PASTORES.

PAS. ¡Qué vergüenza, hija mía! Despensera,  
 Cocinera, á la par que mayordomo,  
 Era mi anciana esposa en este día,  
 Mientras vivió. Tan ama cual criada,  
 A todos saludando, ó bien sirviendo,  
 Cantando una canción, ó bien bailando.  
 Ahora aquí, ahora allí, de nuestra mesa  
 Allá á la cabecera, luego al centro,  
 Sobre el hombro de aquel, ó de aquel otro  
 Con el trajín el rostro enardecido;  
 Y, al refrescar, de aquello que tomaba,  
 A todos grandes tragos ofrecía.  
 Tú retirada estás, como si fueses  
 La festejada tú, no la hospedera.  
 A los amigos forasteros estos  
 La bienvenida da, que de ese modo  
 Más amigos serán, más conocidos.  
 Apaga tus sonrojos. Ven; cual reina  
 De la fiesta preséntate: lo eres.

- Danos la bienvenida á tu esquila,  
Si deseas que medre tu rebaño.
- PER. (Á Polixeno.)  
Bien venido, señor. Mi padre quiere  
Que el cargo yo de agasajaros tenga.  
(Á Camilo.)  
Señor, muy bien venido. Dame, Dorcas,  
Las flores que allí están. Nobles señores,  
Romero y ruda aquí tenéis. Conservan  
Su aroma y su sabor todo el invierno.  
Dichosos sed y recordad entrambos,  
Y sed á mi esquila bien venidos.
- POL. Pastora—y preciosísima—conforme  
Con nuestra edad, nos das flores de invierno.
- PER. Señor, ya viejo el año, y todavía  
No acabado el verano, ni nacido  
Todavía el invierno tembloroso,  
De la estación las más preciadas flores  
Son los claveles y alelís pintados,  
Que bastardos también suelen llamarse.  
Nuestro rústico huerto no los cria,  
Ni esquejes de ellos procurarme cuido.
- POL. ¿Por qué, gentil doncella, los desprecias?
- PER. Porque suelen decir que el arte ayuda,  
Variando sus matices, la obra grande  
De la naturaleza.
- POL. ¡Y aunque fuese!  
Si la naturaleza se mejora,  
Se mejora por medios naturales.  
Por lo tanto, ese arte que tú dices  
Que á la naturaleza favorece,  
Es arte que creó naturaleza.

Hermosa niña, ya lo ves. Casamos  
 Con un árbol silvestre noble rama,  
 Y hacemos concebir al tosco tronco  
 Flor de raza más noble; y éste es arte  
 Que á la naturaleza enmienda ó cambia,  
 Pero el arte es en sí naturaleza.

PER. Es verdad.

POL. Enriquece el huerto tuyo  
 Con alelíes, pues, y no los llames  
 Bastardos más.

PER. Ni el almocafre en tierra  
 Pondré para plantar un solo esqueje.  
 Ni quisiera tampoco que este joven,  
 Porque yo me pintara, me admirase,  
 Y emparejar conmigo, por lo tanto,  
 Por eso solamente pretendiera.  
 Ten, toma flores. Alhucema ardiente,  
 Yerbabuena, ajedrea, mejorana  
 Y maravillas, que se van al lecho  
 Cuando se pone el sol, y, cuando sale,  
 Lágrimas derramando se levantan.  
 Flores son de mediados del verano,  
 Y á hombre de edad mediana suelen darse.  
 Señores, bien venidos.

CAM. Dejaría,  
 Si oveja fuese yo de tu rebaño,  
 De pacer por mirarte.

PER. ¡Qué tontera!  
 Tan flaco te pondrías, que en Enero  
 De parte á parte el cierzo te horadara.  
 Ahora, mi dulce amigo, yo querría  
 Tener aquí primaverales flores,

A tu edad adecuadas. Y á la tuya,  
 Y á la vuestra también, pues la pureza  
 En vuestros tallos virginales luce.  
 ¡Oh Proserpina, quién tuviera ahora  
 Las flores que, asustada, caer dejaste  
 Del carro de Plutón! Esos narcisos,  
 Que aun á las golondrinas aventajan,  
 Y en flor afrontan al ventoso Marzo;  
 Ó esas violetas recatadas, pero  
 Más dulces que los párpados de Juno,  
 Ó la respiración de Citerea;  
 Ó esas pálidas primulas, que mueren  
 Infecundas, no habiendo nunca visto  
 En todo su esplendor al áureo Febo,  
 Achaque tan común á las doncellas;  
 La corona-real, la vellorita,  
 Toda clase de lirios, inclusive  
 La flor de lis. Me faltan todas éstas  
 Para poder tejerte á ti guirnaldas,  
 Oh dulce amigo, y en total cubrirte.

**FLO.** ¿Como á un cadáver?

**PER.** No. Como altozano,  
 Para que allí el Amor se acueste y juegue.  
 No cual cadáver, no para enterrarte,  
 O, si así fuere, vivo entre mis brazos.  
 Vamos, toma tus flores. Me parece  
 Que es esta pastoral como se estilan  
 Allá en Pentecostés, y hago mi parte.  
 Cambia mi genio mi disfraz sin duda.

**FLO.** Tú todo cuanto haces embelleces;  
 Cuando hablas tú, quisiera, prenda mía,  
 Que de hablar no cesaras. Cuando cantas,

Quisiera que compraras y vendieras,  
Y que dieras limosna de ese modo,  
Y aun que no dieras órdenes ningunas  
Que cantadas no fueran. Cuando bailas,  
Onda del mar que fueras desearía  
Para que hicieras solamente eso,  
Y nada más hicieras. Siempre, siempre  
Moviéndote y no haciendo ya otra cosa.  
Tan especial es todo cuanto haces,  
Completas cuanto haces de tal modo,  
Que tus acciones como reinas brillan.

PER. ¡Oh Doricles, me encomias con exceso!  
Si tan joven no fueras, y tan pura  
No se mostrase tu preclara sangre,  
Que en pastor tan sin tacha te convierte,  
Pensar pudiera yo, Doricles mío,  
Que no de buena fe me enamorabas.

FLO. Tan escasos motivos de recelo  
Juzgo debes tener, como motivos  
Porque dudes de mí pienso yo darte.  
Mas vamos á bailar, Perdita mía.  
Dame tu mano, pues. De esta manera  
Las tórtolas se aunan que no quieren  
Ya separarse más.

PER. Por ellas juro.

POL. Es esta la villana más bonita  
Que jamás ha pisado verde césped.  
Trasciende cuanto dice y cuanto hace  
A algo más que á ella misma: inadecuado  
A este lugar.

CAM. Le dice alguna cosa  
Que hace ascender la sangre á sus mejillas.

Es la reina, á fe mía, de la crema  
Y de los requesones.

PAYO. ¡Adelante!

¡Toquen!

DOR. Es Mopsa tu pareja. Vaya,  
Con ajos corregir sus besos puedes.

MOP. Ahora á compás.

PAYO. ¡Chitón, chitón! Con honra  
Nos portaremos. Adelante. ¡Toquen!

(Música.— Pastores y pastoras bailan.)

POL. ¿Ese gentil pastor que con tu hija  
Bailando está, sabes quién es, buen hombre?

PAS. Le apellidan Doricles, y él que tiene  
Extensos prados asegura : sólo  
Lo sé porque él lo ha dicho, mas lo creo.  
Me parece veraz. Ama á mi hija,  
Según dice, y verdad se me figura,  
Porque nunca jamás se ha contemplado  
La luna á sí en el mar, cual se contempla  
Él leyendo en los ojos de mi hija.  
Y, hablando francamente, me parece  
Que no hay de diferencia medio beso  
Entre el amor del uno y de la otra.

POL. Tu hija baila con gracia.

PAS. Cuanto hace  
Lo hace del mismo modo, aunque lo diga  
Yo, que callar debiera. Si Doricles  
La llega á poseer, lo que ni sueña  
Ha de llevarle en dote.

· Entra un SIRVIENTE.

SIR.—Amo mío, si oieras al buhonero que está can-

tando á la puerta, no volverías á bailar al son de gaita y tamboril, ni harías caso de cornamusas. Canta diversas canciones más aprisa que tú cuentas dinero. Las suelta cual si comido hubiera baladas, y tiene á todos los oídos pendientes de su canto.

PAYO.—No podría venir á mejor ocasión. Que entre. Me gusta á mí, pero mucho, una balada, si el asunto es triste y la música alegre, ó un asunto placentero lúgubremente cantado.

SIR.—Trae canciones para hombres y las trae para mujeres de todos tamaños. No hay guantero que sirva con más precisión á sus parroquianos. Tiene preciosas canciones amorosas para doncellas. Tan poco libidinosas que es maravilla, con estribillos de «la la ra lá» y «olé con olé» y «dale que dale»; pero si algún pillastre deslenguado quiere, como si dijéramos, entender picardías, é interrumpirle con bromas de mal género, hace que la doncella conteste: «No me causes perjuicio, buen hombre», y le rechaza y lo desprecia con «no me causes perjuicio, buen hombre».

POL.—¡Valiente mozo!

PAYO.—Créeme. Hablas de un sujeto extraordinario. ¿Trae géneros legítimos?

SIR.—Trae cintas de todos los colores del arco iris. Más encajes de los que podrían necesitar todos los sabios letrados de Bohemia, aunque acudieran á pedirselos á docenas. Cordones, estambres, batistas, estopillas. ¡Vaya! y los canta como si fueran dioses ó diosas. Creeríais que una camisa era un ángel femenino; de tal modo canta las mangas y el bordado de la pechera.

PAYO.—Haz el favor de decirle que venga, y que entre cantando.

PER.—Adviértele que no emplee palabras impropias en sus canciones.

(Vase el Sirviente.)

PAYO.—Estos buhoneros, hermana mía, tapan más de lo que tú piensas.

PER.—Sí tal, hermano, ó de lo que quiero pensar.

Entra AUTOLICO cantando.

Cual la nieve blancos linos,  
 Cual cuervos negros crespones,  
 Antifaces y mantones,  
 Perfumados guantes finos.  
 De ámbar collares preciosos,  
 Y de azabache pulseras;  
 Pomos de olor primorosos,  
 Ricas tocas y gorgueras  
 Que jóvenes generosos  
 Pueden á sus novias dar.  
 Traigo horquillas y alfileres,  
 Cuanto gusta á las mujeres.  
 Vamos, vamos, venid á comprar,  
 No hagáis á las mozas por eso penar.  
 Venid á comprar.

PAYO.—Si no estuviese enamorado de Mopsa, no te llevarías dinero mío; pero, ya que me hallo cautivo, esclavizaré también algunas cintas y algunos guantes.

MOP.—Me los prometiste para la fiesta. Ahora llegan tarde.

DOR.—Algo más que eso te ha prometido, si no mienten lenguas.



MOP.—A ti te ha pagado todo lo que te prometió. Acaso más....., que te avergonzaría devolverle.

PAYO.—¿No hay ya buena crianza entre doncellas? ¿Colocáis vuestros refajos donde deben estar vuestros rostros? ¿No hay hora de ordeñar, ó cuando os vayáis á la cama, ó cuando saquéis el pan del horno, para cuchichear estos secretos, y no que los tenéis que parlotear ante nuestros huéspedes? Afortunadamente hablan entre sí. Atajad esas lenguas. Ni una palabra más.

MOP.—He concluído. Vamos. Me prometiste un collarajo y un par de guantes perfumados.

PAYO.—¿No te he dicho que me engañaron en el camino, y que perdí todo mi dinero?

AUT.—Es cierto que se encuentran muchos fulleros por esos caminos, y, por lo tanto, la gente debe ser cauta.

PAYO.—Hombre, no temas, que aquí no perderás nada.

AUT.—Confío en eso, porque traigo conmigo muchas cosas de valor.

PAYO.—¿Qué tienes ahí? ¿Romances?

MOP.—Vamos, cómprame algunos. Me gustan los romances impresos, porque así se tiene la evidencia de que dicen la verdad.

AUT.—Aquí tengo uno con música muy triste, que trata de cómo la esposa de un usurero dió á luz en un solo parto veinte talegas de oro, y de cómo apetecía comer cabezas de víboras y sapos asados.

MOP.—¿Tú crees que eso es verdad?

AUT.—Y tan verdad, y hace un mes que ocurrió.

DOR.—Dios me libre de casarme con un usurero.

AUT.—Aquí está el nombre de la partera que la asis-

tió, una tal señora Inventábolos, y los de cinco ó seis honradas matronas que se hallaban presentes. ¿A qué había yo de propalar patrañas?

MOP.—¡Vamos! Hazme el favor de comprarlo.

PAYO.—Bueno. Ponlo aparte. Veamos antes otros romances. Compraremos las demás cosas después.

AUT.—Aquí traigo otro. De un pez que apareció en la playa el miércoles, ochenta de Abril, cuatro mil brazas sobre el agua, y lo cantó contra las doncellas de corazón insensible. Se sospecha que era una mujer convertida en pez, por no haber consentido cambiar su carne con la de un hombre que la quería. El romance es tan triste como verdadero.

DOR.—¿Es verdad, crees tú?

AUT.—Cinco jueces lo afirman, y la comprueban más certificados de los que caben en este lío.

PAYO.—Apártalo también. Otro.

AUT.—Esta es canción alegre, pero muy bonita.

MOP.—Vengan algunas alegres.

AUT.—¡Vaya! Esta es bastante alegre, y se canta al son de «Dos doncellas amaban á un hombre». Apenas hay muchacha allá por Occidente que no la cante. Está, os lo aseguro, muy en boga.

DOR.—Tenemos esa música hace un mes.

AUT.—Yo cantaré mi parte. Debéis saber que ésa es mi profesión. A ello los tres.

(Canción.)

AUT. Idos. Que á punto de marcharme estoy,  
Y no debéis saber adónde voy.

DOR. ¿Adónde, di?

MOP. ¡Oh! ¿dónde?



SIR.—Señor. Ahí están tres carreteros, tres cabreros, tres vaqueros y tres porqueros, que, habiéndose cubierto de pieles, se llaman sátiros, y ejecutan un baile que las chicas califican de gazpacho de saltos, porque no cuentan con ellas; pero al mismo tiempo creen que si no se juzga demasiado tosco por quienes entienden poco de juego de bolos, agradará extraordinariamente.

PAS.—¡Fuera! Nada de eso. Demasiadas tonterías se han hecho ya. Señor, creo que te aburrimos.

POL.—Aburres á quienes nos agasajan. Suplícote que veamos á esos cuatro tríos de «eros».

SIR.—Uno de estos tríos, según dicen, ha bailado ante el Rey, y el peor de ellos salta por lo menos doce pies y medio bien medidos.

PAS.—Deja tu charla; y, puesto que á estos señores les agrada, que entren. Pero de seguida.

SIR.—¡Vaya! Pues si están á la puerta. (Vase.)

Entran doce RÚSTICOS vestidos de sátiros que bailan y se van.

POL. (Aparte). ¡Ah, padre! más sabrás dentro de poco.  
(A Camilo). ¡No ha ido ya esto demasiado lejos? Tiempo es de separarlos. Habla mucho, Y no tiene doblez.—Alguna cosa, Gentil pastor, tu corazón conmueve, Y aparta al alma tuya de la fiesta. Cuando era joven yo, y en amoríos Andaba como tú, de fruslerías A mi dama cargar acostumbraba; Y el tesoro de sedas del buhonero A fe mía quedara saqueado Y á manos llenas dado se lo hubiera. Ir lo dejaste sin comprarle un dije,

Y, si tu dama mal te interpretase,  
 Y lo achacara á falta de cariño  
 O generosidad, te costaría  
 Trabajo responderle, pretendiendo  
 Tenerla satisfecha.

FLO. Noble anciano,  
 Frioleras semejantes tiene en poco.  
 Los dones que de mí tan sólo busca  
 Están atesorados bajo llave  
 Aquí en mi corazón, y son de ella,  
 Por más que todavía no los tiene.  
 ¡Oh, déjame exhalar la vida mía  
 Ante este anciano, quien, en otro tiempo,  
 Según parece, amó! Tu mano cojo,  
 Como plumón de tórtola süave,  
 Blanca cual blanco él, ó cual el diente  
 De Etiope, ó cual nieve sacudida  
 Que dos veces cribó fiera borrasca....

POL. ¿A esto qué sigue? Lindamente lava  
 Este joven pastor la mano esa  
 Tan blanca ya. Perturbación te causa.  
 Mas protestando, sigue. Lo que dices  
 Déjame oír.

FLO. Sí tal, y sé testigo.

POL. ¿Y lo ha de ser también mi compañero?

FLO. ¿Él? Mas aún, la humanidad, la tierra,  
 El cielo, todo el mundo. Fuera mía  
 La corona imperial más preeminente;  
 De ella el más digno yo; cual yo, no hubiera  
 Para atraer los ojos de una dama  
 Mancebo más gallardo; fuera activo,  
 É inteligente fuera cual ninguno,

Y nada sin su amor apreciaría,  
 Y en su provecho todo lo empleara,  
 Sometiéndolo todo á su capricho,  
 Ó dejando que todo se perdiera.

POL. Mucho ofreces.

CAM. Amor sincero indica.

PAS. Hija, ¿y tú de igual modo le respondes?

PER. No puedo hablar tan bien, ni mucho menos.  
 No, ni sentir mejor; pero recorto  
 Con arreglo al modelo de los míos  
 La honradez de sus propios sentimientos.

PAS. Negocio concluído. Vuestras manos.  
 Forasteros, testigos sed vosotros  
 De que le doy mi hija, y que su dote  
 Al suyo ha de igualar.

FLO. El dote ese  
 Tan sólo la virtud de tu hija sea.  
 Tan rico debo ser cuando uno falte  
 Cual ni sueñas. Quizá te cause asombro.  
 Pero vamos. Despósanos delante  
 De estos testigos.

PAS. Dame tú la mano.  
 Hija, dame la tuya.

POL. Te suplico,  
 Pastor, que te detengas.—¿Tienes padre?

FLO. Sí; ¿mas que importa?

POL. ¿Sabe lo que pasa?

FLO. Ni lo sabe, ni quiero que lo sepa.

POL. Yo diría que un padre  
 Debe las nupcias presenciar de un hijo,  
 Ser de la mesa el más preciso huésped.  
 Una palabra más. ¿Tu padre, dime,

Está incapacitado, por ventura,  
 De entender en razón cualquier asunto,  
 Ó entontecido con la edad ó el reuma?  
 ¿No puede hablar? ¿No oye? ¿No distingue  
 A un hombre de otro hombre? ¿Sus negocios  
 No maneja? ¿Postrado está en el lecho?  
 Ó, en resumen, ¿tan sólo lo que hacía  
 Allá en sus años infantiles hace?

FLO. No, señor. Goza de salud, y fuerte  
 Está cual pocos de su edad.

POL. Entonces,  
 Juro por estas canas que es conducta  
 Poco filial la tuya. Razonable  
 Es que hijo mio su mujer escoja ;  
 Pero á un padre, que goza solamente  
 Con que le quede digna descendencia,  
 Es muy justo también que se consulte.

FLO. Admito lo que dices. Mas por causas,  
 Noble señor, distintas, que no importa  
 Que sepas, nada digo al padre mio  
 De este asunto.

POL. Conviene que lo sepa.

FLO. No lo sabrá.

POL. Lo ruego.

FLO. No es posible.

PAS. Hijo, saberlo debe. Reprocharte  
 No puede tu elección con justa causa.

FLO. Adelante. Adelante. No es posible.  
 Sanciónense mis nupcias.

POL. Tu divorcio  
 Sancionárase, joven.....  
 (Descubriéndose.) A quien hijo

No me atrevo á llamar, harto villano  
 Para que yo reconocerte pueda.  
 Tú, de un cetro heredero, ¿solamente  
 A usar cayado de pastor aspiras?  
 Y tú, viejo traidor, siento que sólo  
 Acorto de tu vida una semana  
 Ahorcándote. Tú, niña, buena pieza,  
 Tipo de bruja, es fuerza que supieses  
 Quién era el regio necio que tratabas.  
 ¡Ay, corazón!

PAS.  
 POL.

Con zarzas tu hermosura  
 He de hacerte arañar, y que se ostente  
 Vulgar cual es tu condición villana.—  
 A ti, necio rapaz, si por acaso  
 Entiendo yo que lanzas un suspiro  
 Por no volver á ver esta muñeca  
 (Y ya yo cuidaré que tal no ocurra),  
 Te desheredo, y no te reconozco  
 Cual de mi sangre, no, ni cual pariente,  
 Sino por Deucalión. De mis palabras  
 Acuérdate. Tras mí ven á la corte.—  
 Rústico, tú por esta vez te libras,  
 Aunque contigo esté de enojo lleno,  
 De castigo mortal.—Y tú, encantorio,  
 Muy digna de un pastor, sí tal, y digna  
 De quien tan solamente por prohibirlo  
 Mi honor no es para ti, si en adelante  
 Tu rústico portillo le franqueas  
 O circundas su cuerpo con tus brazos,  
 Te inventaré una muerte tan terrible,  
 Cual frágil eres. (Vase.)

PER.

¡Sin recurso quedo!



No me asustó gran cosa. Una ó dos veces  
De hablar á punto estuve, y de decirle  
Que el mismo sol que allá en su corte brilla,  
Su faz no oculta de la choza nuestra,  
Y de manera igual nos mira á todos.

(Á Floricel.)

Que te vayas de aquí, señor, te ruego.  
Te anuncié de qué modo acabaría.  
Atiende á tu interés, te lo suplico.  
Al sueño aquel, estando ya despierta,  
No debo de rendir más homenaje.  
A ordeñar vacas y á llorar.

CAM.

Escucha,

Padre; tú, antes de morir, dí algo.

PAS.

Ni hablar yo puedo, ni pensar tampoco,  
Ni me atrevo á saber lo que he sabido.

(Á Floricel.)

¡Ah! Tú, señor, la perdición causaste  
De un pobre octogenario, que pensaba  
Llenar su fosa en paz, y sobre el lecho  
Poder morir donde murió su padre:  
Yacer ante sus huesos respetados.  
Ahora el sudario me pondrá el verdugo,  
Y ningún sacerdote una palada  
De tierra cogerá para mi fosa.

(Á Perdita.) Maldecida criatura, que, sabiendo  
Que éste el Príncipe es, á él te ligaste.  
Mi perdición, mi perdición es ésta.  
Si falleciese dentro de una hora,  
Viví para morir cuando quería. (Vase.)

FLO. ¿Por qué me miras de ese modo? Triste,  
No acobardado, estoy; atribulado,  
Pero cambiado no. Soy lo que era:  
El pretender que vuelva atrás, impulsa  
Mi afán de persistir. Contra mi gusto  
No sigo la trailla.

CAM. De tu padre,  
Señor, conoces el carácter. Nada  
Querrá escuchar ahora. Ni yo creo  
Que hablarle te propongas, ni tampoco  
Acaso quiera verte en este instante.  
Así, pues, no te acerques á su Alteza  
Hasta haberse su furia apaciguado.

FLO. No me propongo hacerlo. Reflexiono,  
Camilo.

CAM. Y él también.

PER. ¡Cuán á menudo

Dije que lo que pasa pasaría!  
¡Cuán á menudo dije que acabado  
Mi poder, quedaría conocido!

FLO. Sólo puede acabar, si yo violo  
Mi fe jurada; y si eso á mí me ocurre,  
Que la Naturaleza los costados  
Estruje de la tierra y que los una  
Y estropee los gérmenes que guarda.  
¡Alza esa frente! Mi derecho al trono  
Renunció, padre. Yo á mi amor heredo.

CAM. Aconséjate bien.

FLO. Por mi capricho.

Si mi razón á obedecerlo llega,  
Tengo razón; si no lo obedeciere,  
A la demencia entonces mis sentidos

Agasajan y dan la bienvenida.

CAM. Desesperada es tu conducta.

FLO. Sea.

Mis votos cumplo y honradez la llamo.

Ni por toda Bohemia, ni la pompa

Que allí pudiere cosechar, Camilo;

Ni por cuanto ve el sol, no, ni por todo

Lo que la tierra entraña, ó en su seno

Profundo el mar esconde, desmintiera

La fe jurada á mi beldad querida.

Ruégote, pues, como á leal amigo

Que de mi padre eternamente fuiste,

Que, al echarme de menos, porque juro

Que no ha de verme más, sobre su ira

Tus consejos arrojes. Por ahora,

Yo lucharé contra la suerte mía.

Ya lo sabes, y así decirlo puedes.

Al mar me voy con la que aquí no puedo

En tierra conservar. Por dicha nuestra,

Cerca de aquí se encuentra anclado un buque,

Aunque no esté para esta empresa listo.

Inútil es que sepas lo que intento,

Ni me sirve de nada el publicarlo.

CAM. ¡Ah, señor! Ojalá que tu alma fuese

A la razón para ceder más blanda,

Ó más tenaz para el presente caso.

FLO. Oye, Perdita. (Llevándola aparte.)

(Á Camilo.) Ya te oiré más tarde.

CAM. A huir está resuelto, decidido.

Feliz yo si pudiera hacer mi gusto,

Su fuga aprovechando. Lo salvara

De riesgo, mi respeto y mi cariño

Mostrando, al par que conseguir podría  
 Volver á ver á mi Sicilia amada  
 Y á ese Rey, mi señor, tan desgraciado,  
 Que hambre tengo de ver.

FLO. Ahora, Camilo,

Tan serio es el negocio que me ocupa,  
 Que voy á prescindir de ceremonias.

CAM. De mis pobres servicios, me parece:  
 De mi afecto, señor, hacia tu padre  
 Habrás oído hablar.

FLO. Sí, con encomio.

Has cumplido. Mi padre tus servicios  
 Constantemente canta, y le preocupa  
 En gran manera el darte recompensa  
 Con arreglo al aprecio en que los tiene.

CAM. Pues bien; si juzgas que al monarca estimo,  
 Y por él lo que de él se halla más cerca,  
 Que eres tú mismo, tómame por guía.  
 Si tu plan decidido y arreglado  
 Variar consientes, por mi fe te juro  
 Que yo te indicaré lugar en donde  
 Como cuadra á tu alcurnia te reciban;  
 Donde en compañía vivas de tu amada  
 (De quien ya no es posible, por lo visto,  
 Que te separen nunca, sino sólo  
 Por lo que impida el cielo, tu rüina),  
 Y con ella te cases. Yo en tu ausencia,  
 Yo apaciguar procuraré á tu padre,  
 Hasta lograr que quede satisfecho.

FLO. ¡Este casi milagro cómo puede,  
 Camilo, hacerse, á fin de que te llame  
 Más que hombre, y después en tí confie?

- CAM. ¿A qué sitio os iréis tienes pensado?  
FLO. Aun no. Como impensado fué el suceso  
Culpable de mi empresa aventurada.  
Esclavos del azar nos proclamamos:  
Moscas que vuelan á merced del aire.
- CAM. Óyeme, pues. Es esto: si no quieres  
Variar de propósito, é insistes  
En huir, encáminate á Sicilia  
Con tu gentil princesa, porque veo  
Que así ha de ser. Preséntate á Leontes,  
Y, como corresponde á compañera  
De tu lecho, que vaya ataviada.  
A Leontes miro abrir sus francos brazos  
La bienvenida al darte entre sollozos,  
Y que te pide á ti, porque eres hijo,  
Perdón, cual si tu mismo padre fuese:  
Besa la mano á tu gentil princesa;  
Aquel rigor con su bondad contrasta:  
Lo primero relega á los profundos,  
Y á ésta fomenta y á crecer obliga,  
Veloz como el pensar ó como el tiempo.
- FLO. ¿Qué pretexto daré, noble Camilo,  
Para darle color á mi viaje?
- CAM. Que el rey tu padre, le dirás, te manda,  
Para que lo saludes y consueles.  
Tu conducta hacia él, con cuanto debas  
Manifestar de parte de tu padre,  
Secretos de los tres no más sabidos,  
Yo por escrito te daré. Con esto  
Sabrás en tus distintas entrevistas  
Lo que debes decir, y de ese modo  
Creerá que en ti su confianza entera

- Deposita tu padre, y que repites  
Lo que su propio corazón diría.
- FLO. Te quedo agradecido. Miga tiene  
Lo que dices.
- CAM. Mejor es esta senda  
Que lanzaros á mares no surcados,  
A ignotas playas y á miserias fijas,  
Sin esperanza alguna, y solamente  
Salir de un riesgo para entrar en otro;  
Y por mejor amigo vuestras anclas,  
Que nada más harán que deteneros  
Donde estar no queráis. Y á más, ya sabes  
Que es la prosperidad el lazo propio  
Del amor, cuya tez fresca y rosada  
Y cuyo corazón penas demudan.
- PER. Lo uno será verdad. Acaso mude  
La aflicción las mejillas, nunca el alma.
- CAM. ¿Y eso lo dices tú? Ni en siete años  
Ha de nacer en casa de tu padre  
Nada que te asemeje.
- FLO. Buen Camilo,  
Su discreción es tal, que recupera  
Lo que se queda atrás de nuestra alcurnia.
- CAM. No diré yo que siento que privada  
Se encuentre de instrucción, porque maestra  
Puede ser de los más que dan lecciones.
- PER. Me sonrojas, señor, al darte gracias.
- FLO. Perdita encantadora, ¡qué de espinas  
¡Ay! nos obligan á pisar! Camilo,  
Salvador de mi padre, de mí ahora,  
Médico de mi casa, dí, ¿qué hacemos?  
Provisto como el hijo del monarca

De Bohemia no estoy, ni yo en Sicilia  
Como tal puedo aparecer.

CAM. No temas,  
Señor, ya sabes que mis bienes tengo  
Todos allí. Será cuidado mío  
El que estés equipado regiamente,  
Cual si representara yo esa escena.  
Verbigracia, señor, verás tú cómo  
Nada te ha de faltar. Una palabra.

(Hablan aparte.)

Vuelve á entrar AUTOLICO.

AUT.—¡Ya! ¡ya! ¡Qué necia es la honradez y la confianza, su queridísima hermana! ¡qué criatura tan simple! He vendido todas mis baratijas. Ya ni piedra falsa, ni cinta, ni espejo, ni pomo de olor, ni broche, ni libro de memoria, ni romance, ni cuchillo, ni cordón, ni guante, ni lazo, ni pulsera, ni anillo de cuerno me queda para que se desayune mi fardo. Se atropellaban para ver quién era el que compraba primero, como si esas fruslerías estuviesen benditas y santificaran al comprador. Así pude atisbar cuál era el bolso que mejor pintaba, y lo que vi, para mi mejor uso, atesoré en mi memoria. Mi payo, á quien algo le falta para ser mozo de talento, se enamoró de tal modo de los romances para las mozas, que no movió sus patas hasta que se apoderó de la letra y de la música, lo que atrajo al resto del rebaño hacia mí, y sus sentidos todos se les quedaron atascados en los oídos. Podía haber escamoteado sus vestidos. Capar una bolsa era nada. Hubiera podido limar llaves colgadas de cadenas. Ni se oía ni sentía otra cosa sino mis canciones, cuyas vaciedades admiraban. Por lo cual

en ese período de letargo investigué y corté la mayor parte de sus bolsos de día de fiesta; y si no hubiera llegado el viejo echando pestes contra su hija y el hijo del Rey, y ahuyentado de su afrecho á mis grajos, no hubiera quedado bolsa viva entre toda aquella tropa.

CAMILO, FLORICEL y PERDITA se adelantan.

CAM. No. Porque llegarán mis cartas antes  
Que llegues tú, y así no caben dudas.

FLO. Y las que tengas tú del rey Leontes.....

CAM. Tu padre las leerá.

PER. ¡Bendito seas!

Puesto en razón cuanto me dices juzgo.

CAM. (Viendo á Autolico.)

¿Quién está aquí? Lo haremos instrumento.

Nada omitamos que ayudarnos pueda.

AUT. (Aparte.)—Si me han oído..... ¡Vaya! La horca.

CAM.—¡Hola, buen hombre! ¿Por qué tiemblos? No temas. No tratamos de hacerte daño.

AUT.—Señor, yo soy un infeliz.

CAM.—Sélo, pues. Nadie te va á robar eso. Sin embargo, con tu exterior pobreza vamos á hacer un cambio. Así, pues, despójate de tu cáscara inmediatamente. Considera que es preciso, y cambia de ropa con este caballero, y aunque los ochavos de ganancia no estén en su favor, toma, ahí tienes aún más.

(Dándole dinero.)

AUT.—Señor, yo soy un infeliz. (Aparte.) Bien sé quién eres.

CAM.—Vamos, despacha. El caballero está ya casi sin plumas.



AUT.—¿Hablas formalmente? (Aparte.) Me huelo lo que es.

FLO.—Despacha, te suplico.

AUT.—Cierto que me has dado señal; pero mi conciencia no la puede admitir.

CAM.—Despacha, despacha.

(Florice! y Autolico mudan de ropa.)

Afortunada joven, que se cumpla  
 En ti mi profecía. Necesario  
 Es que te ocultes tras aquel arbusto.—  
 Te calas el sombrero de tu amada  
 Y te rebozas. De ropaje muda  
 Para desfigurarte cuanto puedas,  
 Y después, porque temo que en acecho  
 Tuyo estarán, vete callado á bordo.

PER. Entiendo la comedia, y que me toca  
 Representar mi parte.

CAM. No hay remedio.

¿Has concluído?

FLO. Si me ve mi padre,  
 No ha de llamarme hijo de seguro.

CAM. No, no l!eves sombrero.

(Dádoselo á Perdita.)

Ven, señora.

Adiós, amigo.

AUT. Adiós, señor.

FLO. Perdita,

¡Lo que hemos olvidado! Una palabra.

(Hablan aparte.)

- CAM. (Ap.) Lo que ahora debo hacer es de esta fuga  
 Noticia dar al Rey. Decirle á dónde  
 Se dirigen; y espero hacer de modo  
 Que decida seguirlos, y de nuevo  
 En su compañía me hallaré en Sicilia,  
 Que ver con femenil afán ansío.
- FLO. Ampárenos la suerte. De este modo,  
 Camilo, nos marchamos á la playa.
- CAM. Conviene la premura.

(Vanse Floricel, Perdita y Camilo.)

AUT.—Entiendo el negocio. Lo distingo. Oído delicado, ojo avizor y mano escurridiza son cosas preciosas para un ratero. Buena nariz es también requisito necesario para oliscar trabajo á los demás sentidos. Ya veo que en estos tiempos prosperan los pícaros. Gran cambio era éste sin regalía. ¡Y que regalía me han dado aparte del cambio! Hogaño los dioses seguramente nos toleran, y podemos improvisar á nuestro antojo. El Príncipe mismo es una mala pieza. ¡Escaparse del paterno hogar con trabas en los talones! Si no imaginara yo que era un golpe de hombría de bien dar parte de esto al Rey, lo haría. Pero me parece más truhanesco ocultarlo, y yo no abandono mi profesión.

Vuelven á entrar el PASTOR y el PAYO.

¡A un lado! ¡A un lado! Aquí hay materia para un cerebro ardiente. Cada callejón, cada tienda, cada iglesia, cada tribunal, cada ejecución, proporciona trabajo al hombre laborioso.

PAYO.—Mira, mira. ¡Vaya un hombre que eres tú! No hay más remedio que decirle al Rey que es una ex-  
pósita, y que no es de tu ralea.

PAS.—Pero oye.

PAYO.—Pero oye tú.

PAS.—Pues sigue.

PAYO.—No siendo de tu ralea, tu ralea no ha ofendido al Rey, y por ende tu ralea no debe sufrir castigo del Rey. Muestra estas cosas que con ella encontraste. Todo lo que se ha guardado oculto menos lo que lleva consigo. Y hecho esto, puedes reírte de la justicia. Yo te lo fío.

PAS.—Le contaré al Rey todo, absolutamente todo, sí, y las diabluras de su hijo también, quien no se ha portado honradamente ni con su padre ni conmigo, tratando de hacerme consuegro del Rey.

PAYO.—Verdaderamente consuegro era lo menos pariente que hubieras sido suyo, y entonces tu sangre se hubiera enriquecido no sé yo en cuánto la onza.

AUT. (Aparte.)—Bien pensado, borriquillos.

PAS.—Pues vamos á ver al Rey. En este lío hay lo que le hará rascarse la cabeza.

AUT. (Aparte.)—No sé yo qué impedimento pudiera esto ser para la huída de mi amo.

PAYO.—Pídele al cielo que esté en Palacio.

AUT.—(Aparte.) Aunque no soy naturalmente honrado, lo soy á veces por casualidad. Meteré en mi bolso mi apéndice de buhonero. (Quitándose la barba postiza.) ¡Hola, rústicos! ¡Adónde vais?

PAS.—A Palacio, con tu permiso, excelencia.

AUT.—Vuestro asunto allí. Cuál. Con quién. Lo que contiene ese lío, vuestro domicilio, vuestros nombres,

vuestras edades, vuestro caudal, vuestra posición, y cuanto sea conveniente conocer, manifestadlo.

PAS.—Somos gente llana, señor.

AUT.—¡Mentira! Sois gente tosca y peluda. No tolero que me mientan. Eso es de mercaderes, que suelen darnos el mentís á nosotros los militares, que les pagamos con moneda acuñada y no con penetrante acero, y, por lo tanto, no nos dan el mentís.

PAYO.—Tu excelencia nos lo iba á dar, si no te hubieras con cortesía reprimido.

PAS.—Si me permites, señor, ¿eres de la corte?

AUT.—Que te lo permita ó no, soy cortesano. ¿No ves el aire de la corte en estos envoltorios? ¿No tiene mi paso cortesano compás? ¿No percibe vuestro olfato el perfume cortesano que de mí mana? ¿No se refleja en vuestra humildad mi cortesano desprecio? ¿Pensáis que porque me entrometo con vosotros y os extraigo vuestro negocio no soy cortesano? Soy cortesano de los pies á la cabeza, y uno que hará avanzar ó hará retroceder la empresa que traéis entre manos. Con esto os mando que me contéis vuestro negocio.

PAS.—Mi negocio, señor, es con el Rey.

AUT.—¿Quién es tu representante?

PAS.—Con perdón, no lo sé.

PAYO.—(Aparte al Pastor.) Representante es una palabra cortesana que equivale á regalo. Dile que ninguno.

PAS.—Ninguno, ni faisán, ni gallo, ni gallina.

AUT. «Benditos los que humilde grey no somos.»

«Mas cual éstos pudiera haber nacido».

Así, no los desprecio.

PAYO.—(Aparte al Pastor.) De por fuerza, éste es un gran cortesano.

PAS.—(Aparte al Payo.) Sus vestidos son ricos, pero no le caen bien.

PAYO.—(Aparte al Pastor.)—Se le figura que su extravagancia realza su nobleza. Es un gran señor, te lo aseguro. Lo conozco en que se monda los dientes.

AUT.—¿Qué lío es ése? ¿Qué hay en ese lío? ¿A qué ese cofre?

PAS.—Señor, tales son los secretos que contienen este lío y este cofre, que sólo al Rey corresponde conocerlos, y los conocerá en esta misma hora si puedo hablarle.

AUT.—Ancianidad, has perdido el tiempo.

PAS.—Señor, ¿por qué?

AUT.—El Rey no se halla en Palacio. Ha ido á bordo en un buque recién construído para curar su melancolía y airearse, porque, si en ti hacen mella los asuntos importantes, has de saber que el Rey hartó está de penas.

PAS.—Señor, así dicen. Por causa de su hijo, que se quería casar con la hija de un pastor.

AUT.—Si ese pastor no está ya en salvo, que huya. ¡Los tormentos que sufrirá quebrantarían el espinazo de cualquier hombre, y el corazón de cualquier monstruo!

PAYO.—¿Crees, señor, eso?

AUT.—Y no sólo padecerá él cuanto pueda idear el ingenio de áspero y la venganza de amargo, sino que también sus parientes, aunque lo sean en el quincuagésimo grado de parentesco, caerán bajo la mano del verdugo; y, aunque esto inspire grande lástima, necesario es. ¡Un viejo ganapán de honda y silbato, un guarda-ovejas, pretender que sea alteza su hija! Algunos dicen que morirá apedreado; pero esa es muerte hartó blanda para él, digo yo. ¡Arrojar nuestro trono á un chozajo!

Todas las muertes son pocas..... La más tremenda harto dulce.

PAYO.—¿Tiene ese anciano algún hijo, según tus noticias? y perdona, señor.

AUT.—Tiene un hijo, que será desollado vivo. Luego le untarán de miel, y lo pondrán junto á un nido de avispas y lo dejarán hasta que esté tres cuartas y una pulgada muerto, cuando lo reanimarán con espíritu de vino, ó alguna otra infusión ardiente. Después, despeleado como estará, y en día que, según predicción, será calurosísimo, lo colocarán contra una tapia, mirándole el ojo del sol del mediodía, hasta que se lo coman las moscas. Pero ¿á qué hablar de esos infames traidores, cuyas miserias provocan á risa, por ser tan capitales sus ofensas? Decidme vosotros, porque me parecéis gente honrada y sencilla, ¿qué tenéis con el Rey? Traed algo que patentice vuestra consideración, y yo os llevaré á bordo donde está. Le hablaré al oído en favor vuestro, y si hay hombre que con ayuda del Rey pueda arreglar vuestro asunto, éste que veis es ese hombre.

PAYO.—(Aparte al Pastor.) Parece que tiene gran autoridad. Aceptemos su oferta. Dale oro. Aunque la autoridad es un oso, y oso terco, sin embargo, frecuentemente se deja llevar de las narices con oro. Enseña la parte interior de tu bolsa á la parte exterior de su mano, y no hay más que hablar. Acuérdate. ¡Apedreado y desollado vivo!

PAS.—Si quieres hacerte cargo de este negocio, mira este oro que traigo. Lo doblaré, y dejaré á este joven como rehenes hasta que te lo traiga.

AUT.—¿Cuando haya cumplido lo que prometo?

PAS.—Sí, señor.

AUT.—Vamos, dame la mitad. ¿Tienes tú interés en este negocio?

PAYO.—Hasta cierto punto. Pero, aunque mi situación sea lastimosa, no espero salir de ella desollado.

AUT.—¡Oh! en ese caso está el hijo del pastor. Hay que ahorcarlo para escarmiento.

PAYO.—(Aparte al Pastor.) Buen consuelo. Buen consuelo. Tenemos que ver al Rey y enseñarle estos objetos misteriosos. Así verá que ni es tu hija, ni es hermana mía. Si no estamos perdidos.—Señor, yo te daré otro tanto de lo que te da este anciano, cuando el negocio esté concluido; y me quedaré, como él dice, en rehenes hasta que te lo traiga.

AUT.—Me fío de vosotros. Id delante hacia la playa. A mano derecha. Yo voy á echar una ojeada por detrás del vallado, y os seguiré.

PAYO.—(Aparte al Pastor.) Este hombre es nuestra bendición. Yo lo digo. Es nuestra bendición.

PAS.—(Aparte al Payo.) Adelantémonos, como dice. Nos lo depara el cielo para nuestra salvación.

(Vanse el Pastor y el Payo.)

AUT.—Aunque quisiera ser honrado, ya veo yo que la fortuna no me lo consiente. Deja que me caigan las presas en la misma boca. Estoy favorecido ahora con una suerte doble. Con oro y con poder hacer un servicio á mi amo, que ¡quién sabe de qué manera influirá para mi provecho! Llevaré á estos dos cegatos topos á bordo. Si le parece bien, porque su misión al Rey no le interesa, que los ponga otra vez en tierra y que me llame bribón: estoy á prueba de semejantes calificativos y de todo baldón anexo. Se los presentaré. El asunto puede tener miga.





---

---

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

Sicilia.— Habitación en el palacio de Leontes.

Entran LEONTES, CLEÓMENES, DÍO, PAULINA y otros.

- CLE. Señor, bastante has hecho. Como un santo  
Has sufrido. Tus faltas redimidas  
Están, porque con creces penitencia  
Por tus pecados, en verdad, cumpliste.  
Imita al cielo que tu falta olvida,  
Y perdónate ya cual te perdona.
- LEO. Mientras que á ella y su virtud recuerde  
No he de olvidar haberlas empañado,  
Ni el recuerdo extinguir de los perjuicios  
Que también me causé, sin herederos  
A mi reino dejando, y de existencia  
Privando á la más dulce compañera  
Que pudo ambicionar hombre ninguno.
- PAU. Verdad. Verdad, señor. Si una tras una  
Te casaras con todas las mujeres,  
Ó lo mejor de cada cual tomaras

- Para formar una mujer perfecta,  
No hallaras par á aquella que has matado.
- LEO. Sí; matado, matado. Que he matado,  
Es verdad. Mas me hieres, al decirlo,  
Sin piedad. Tan amargo es en tu lengua,  
Como es amargo en la memoria mía.  
Por favor. ¡Vamos! Dilo pocas veces.
- CLE. Señora, nunca. Muchas otras cosas  
Pudieras haber dicho más al caso,  
Y que más tu bondad patentizaran.
- PAU. Volverle á ver casado desearías.
- CLE. Si tú no : ni el Estado á ti te importa,  
Ni que quede recuerdo de su nombre.  
Ni piensas en los males que, por falta  
De sucesión, caerían sobre el reino,  
Aniquilando á incautos circunstantes.  
¿Qué más justo que ansiar que esté la Reina  
En el cielo dichosa? ¿Qué más justo  
Que, á fin de que el Monarca encuentre alivio,  
De que hoy tengamos paz, dicha más tarde,  
De nuevo bendecir el regio lecho  
Con noble compañera?
- PAU. No hay ninguna  
Digna de reemplazar la que le falta.  
Los dioses, además, su plan oculto  
Quieren cumplido ver. El sacro Apolo,  
Al tenor de su oráculo, nos dijo  
Que el rey Leontes no tendrá heredero  
Si su perdida hija no se hallare;  
Lo cual á la razón es tan contrario,  
Cual que mi esposo Antígono, saliendo  
De su sepulcro, á visitarme venga,

Habiendo la criatura perecido,  
 Como yo misma creo. ¿Por ventura  
 Queréis que el Rey contra los cielos luche?  
 ¿Que á su sagrada voluntad se oponga?  
 (Á Leontes.) Déjate de herederos. Heredero  
 La corona tendrá. Dejó la suya  
 Al más capaz el ínclito Alejandro.  
 Su sucesor quizá por eso mismo  
 Fuera el mejor.

LEO. Paulina bondadosa,  
 Que la memoria de Hermione acatas  
 Como me consta bien. ¡Ay de mí triste!  
 Que no he seguido siempre tus consejos.  
 Podría en este instante de mi Reina  
 En los ojos mirarme; de sus labios  
 Tesoros recibir.....

PAU. Y quedarían  
 Más ricos con sus dádivas.

LEO. Es cierto.  
 No hay mujeres cual ella; por lo tanto,  
 No más esposa. Si mejor tratase  
 A una peor, acaso retornara  
 Su angelical espíritu á su cuerpo,  
 Y en este sitio en que se ofende ahora,  
 Encendido su enojo, exclamaría:  
 «¿Por qué á mí de aquel modo?»

PAU. Si tuviera  
 Para hacerlo poder, causa sobraba.

LEO. Es verdad, y que luego diera muerte  
 A mi nueva mujer me ordenaría.

PAU. Lo exigiera, si yo fuese el fantasma,  
 Y te mandara contemplar sus ojos,

Y decirme qué triste cosa en ellos  
 Para escogerla viste; y de seguida,  
 Atronándote á gritos los oídos,  
 «De los míos acuérdate», exclamara.

LEO. Astros, astros. Carbones apagados  
 Junto á los suyos los demás. No temas,  
 No tendré más esposa, no, Paulina.

PAU. ¿Juras nunca casarte sin que antes  
 Permiso te dé yo?

LEO. Por lo más sacro,  
 Paulina, te lo juro.

PAU. Sed testigos,  
 Nobles señores, de este juramento.

CLE. A prueba lo sometes harto dura.

PAU. A menos que otra idéntica á Hermione  
 No se ostente á tus ojos.

CLE. Mas; señora.....

PAU. He concluído. Pero si es que quieres  
 Casarte, y si es que quieres, no hay remedio,  
 Tu voluntad es ley, dame el encargo  
 De que te escoja Reina; no tan joven  
 Cual aquélla será; mas, si el fantasma  
 Suyo te apareciera, de seguro  
 Gozaria de verte entre sus brazos.

LEO. Mi Paulina leal, no he de casarme  
 Hasta que tú lo ordenes.

PAU. Pues entonces  
 Será al volver á respirar tu Reina.  
 Hasta entonces jamás.

Entra un CABALLERO.

CAB. Un joven que asegura que se llama

Príncipe Floricel, de Polixeno  
 Hijo, y de su princesa acompañado—  
 Una dama más bella nunca he visto—  
 Pide llegar á tu Real presencia.

LEO. ¡Cómo! ¿No se presenta como cuadra  
 A la grandeza de su padre? Juzgo  
 Que viaje tan extraño é imprevisto  
 No es viaje preparado, sino impuesto  
 Por la necesidad ó un accidente.  
 ¿Qué séquito?

CAB. Pobrísimo y escaso.

LEO. ¿Que lo acompaña su princesa, dices?

CAB. Y sobre trozo más sin par de arcilla  
 Nunca el sol derramó su clara lumbre.

PAU. ¡Oh Hermione! Lo actual se juzga  
 Siempre mejor que lo que fué. Por eso  
 Debe ceder lo que tu tumba guarda  
 A lo que hoy se ve. Tú lo decías:  
 Tú mismo lo escribiste; pero frío  
 Lo que afirmaste está, cual su cadáver.  
 «Nadie cual ella fué ni puede serlo.»  
 Con su beldad tus versos de este modo  
 Fluyeron una vez. Indignamente  
 Decrece la marea, cuando dices  
 Que otra viste mejor.

CAB. Perdón, señora,  
 Si de ella me olvidé. Perdón te pido.  
 Mas cuando esté al alcance de tus ojos,  
 Esta también hará vibrar tu lengua.  
 Criatura es que si iniciara un dogma,  
 El celo de otras sectas apagara,  
 Y prosélitos suyos fueran todos

A quienes ordenara el ir tras ella.

PAU. ¡Cómo! ¡Hasta las mujeres!

CAB. La apreciaran,  
Porque, siendo mujer, de más valía  
Es que ningún mortal. Por su rareza  
Como mujer, los hombres.

LEO. Vé por ellos,  
Cleómenes, en unión de estos amigos;  
Y vengan á abrazarme.

(Vanse Cleómenes y otros.)

Sin embargo,  
Es extraño llegar tan de improviso.  
PAU. Si hubiera nuestro príncipe, esa joya,  
Ahora vivido, compañero propio  
Del joven ese fuera; no tenían  
Un mes de diferencia.

LEO. Calla, calla.  
Cesa, que para mí de nuevo muere,  
Cual sabes, cada vez que se le nombra.  
Cuando á este joven vea, tus palabras  
Me harán pensar en lo que puede, acaso,  
Privarme de razón. Aquí se acercan.

Vuelven á entrar CLEÓMENES y otros, con FLORICEL  
y FERDITA.

Príncipe, fué tu madre fiel esposa.  
Ha copiado á tu padre al concebirte.  
No tuviera yo más que veintidós años—  
Eres tú tan la imagen de tu padre  
Hasta en su aire mismo—y te llamara  
Hermano, cual á él, las travesuras

Que juntamente hicimos recordando.  
 Muy bienvenido seas. Tú igualmente,  
 Linda princesa-Diosa. ¡Oh desventura!  
 Un par perdí que de este mismo modo  
 Entre el cielo y la tierra se ostentaran,  
 Siendo, cual sois vosotros, maravilla,  
 Pareja encantadora. Por mi culpa  
 Perdí la compañía y el cariño  
 De tu valiente padre, por quien quiero  
 Vivir, aunque agobiado de pesares,  
 Para volverlo á ver.

FLO. Por orden suya  
 Mi buque ha recalado aquí en Sicilia;  
 Y de su parte, como á rey y á amigo  
 Un hermano saluda, te saludo.  
 Y si achaques anexos á sus años  
 Atajado no hubieran sus deseos,  
 Las ondas que separan á ambos reinos  
 Atravesado hubiera para verte;  
 Pues te quiere, me dijo te dijera,  
 Más que á todos los cetros de este mundo,  
 Y á todos los que, vivos, los empuñan.

LEO. ¡Oh! hermano mío, noble caballero.  
 Recuerdo las ofensas que te hice  
 Con renovada pena, y tus sinceras  
 Declaraciones ponen de relieve  
 Mi olvido prolongado. Bienvenidos  
 Seáis cual es la primavera al suelo.  
 ¡Pero dejó también que se expusiera  
 Tal prodigio á las fieras asechanzas,  
 O al trato por lo menos poco blando  
 De Neptuno cruel, con el objeto

- De saludar á quien tan poco vale,  
De ese modo arriesgado su persona?
- FLO. Señor querido, de la Libia llega.
- LEO. ¿Donde al valiente Esmalo, que allí manda,  
Se respeta y se teme?
- FLO. De allí mismo,  
Regio señor; de allí, y al despedirse  
Las lágrimas que vierte patentizan  
Que de la hija suya se separa.  
El mar después cruzamos para verte,  
De mi padre las órdenes cumpliendo,  
Con viento Sud propicio y favorable.  
Lo mejor de mi séquito, llegando  
Aquí á tus playas sicilianas, hice  
Que á Bohemia al instante se volviera,  
Para anunciar no sólo que arreglada,  
Señor, quedaba mi misión en Libia,  
Sino también haber aquí llegado  
En salvo y en compañía de mi esposa.
- LEO. Los sacros dioses purguen de estos aires  
Toda infección durante vuestra estancia.  
Padre bendito tienes. Caballero  
Virtuosísimo es. A su persona,  
Tan santa, yo falté; por lo que airados  
De sucesión priváronme los cielos,  
Bendiciendo á tu padre, cual merece,  
Contigo que eres digno de su nombre.  
¡Que dicha para mí si hoy contemplara  
A un hijo y á una hija, cual podría,  
Bellos como vosotros!

Entra un NOBLE.



- NOB. Lo que anuncio,  
Noble señor, apenas es creíble,  
Si á la mano la prueba no estuviese.  
Señor, por mi intermedio te saluda  
De Bohemia el rey, pidiéndote detengas  
A su hijo, que, faltando á su alto puesto  
Y á su deber, del lado de su padre  
Huyó, su posición sacrificando,  
Con la hija de un pastor.
- LEO. ¿En dónde, díme,  
Está el Rey de Bohemia?
- NOB. Aquí se halla.  
En tu ciudad. Acabo yo de verlo.  
Hablo asombrado, y cuadra lo que ocurre  
Con el mensaje mío y mi sorpresa.  
Al venir á tu corte, persiguiendo  
A la pareja hermosa, en el camino  
Hallóse al padre de la linda dama,  
Y á su hermano, los cuales aquel reino  
En compañía del Príncipe dejaron.
- FLO. Camilo me ha vendido, cuya honra,  
Cuya fe, toda clase de borrascas  
Hasta ahora resistieron.
- NOB. Acusarlo  
Podrás, pues viene con el Rey tu padre.
- LEO. ¡Cómo! ¡Camilo?
- NOB. Si, señor. Camilo.  
Hablé con él, é interrogando queda  
A esos dos pobres hombres. Miserables,  
Jamás temblar he visto de tal modo.  
Ya se arrodillan, ya la tierra besan.  
Al quererse explicar se contradicen,

- Y el Rey los amenaza, los oídos  
Tapándose, con muertes infinitas.
- PER. ¡Ay, pobre padre! ¡Nos persigue el cielo!  
¡Celebrar nuestras nupcias nos prohíbe!
- LEO. ¿No estáis casados?
- FLO. No, señor. Ni es fácil  
Que podamos casarnos. Las estrellas  
Los hondos valles besarán primero.
- LEO. ¿Hija de reyes es?
- FLO. Sí. Cuando fuere  
Mi mujer.
- LEO. Ese cuando, si se juzga  
Por el paso que trae tu buen padre,  
Llegará lentamente. Yo lamento,  
Lamento que ese lazo de cariño  
Rompieras, que al deber te sujetaba.  
Y lamento también que tu elegida  
Tenga menos alcurnia que belleza,  
Para que consiguieras disfrutarla.
- FLO. Alza, prenda, los ojos. La fortuna,  
Nuestra enemiga encarnizada, puede,  
En unión de mi padre, acorralarnos.  
Para lograr que nuestro amor varíe  
No alcanza su poder. Señor, te pido  
Que memoria hagas hoy de cuando al tiempo  
Lo que le debo yo sólo debías,  
Y, teniendo presente esas pasiones,  
Seas mi defensor. Si tú lo pides,  
Las más preciadas cosas, cual frioleras  
Concederá mi padre.
- LEO. Si eso fuere,  
Le pediría tu preciosa dama,

Que cual friolera estima.

PAU. Soberano,  
 Hay harta juventud en esos ojos.  
 Sólo un mes antes de morir, tu Reina  
 Con más razón atrajo tus miradas  
 Que la que ves aquí.

LEO. Mi pensamiento  
 Fijado en ella en mis miradas iba.  
 Pero á tu ruego responder me toca.  
 A tu padre hablaré, pues que se ajustan  
 Al honor tus deseos. Por amigo  
 Tú y ella me tendréis. Con el mensaje  
 Ahora en su busca voy. Por consiguiente,  
 Sígueme para ver lo que adelanto.  
 Ven, buen Príncipe, pues, en mi compañía.

## ESCENA II.

Sicilia.—Ante el palacio de Leontes.

Entra AUTOLICO y un CABALLERO.

AUT.—Caballero, ¿estuviste presente durante el relato?

CAB. 1.º—Estaba cuando desataron el lio, y oí al pastor explicar cómo lo encontró; cuando, tras momentos de visible asombro, nos ordenaron salir de la habitación. Sin embargo, me parece que oí decir al pastor que él fué quien encontró á la criatura.

AUT.—Me agradaría conocer el resultado.

CAB. 1.º—Mi relación es incompleta; pero los demu-

dados semblantes del Rey y de Camilo eran verdaderos signos de admiración. Mirándose el uno al otro, parecían como si se les saliesen los ojos de sus órbitas. Expresión tenía su silencio; gestos su lenguaje. Parecía como que les llegaban noticias de un mundo redimido ó aniquilado. Representaban el asombro mismo; pero ni el más discreto circunstante hubiera podido colegir si era provocado por la alegría ó por la pena, aunque sí que lo era por el exceso de la una ó de la otra. Aquí viene un caballero que acaso sepa más.

Entra otro CABALLERO.

¿Qué noticias, Rogiero?

CAB. 2.º—Candeladas por todas partes. El oráculo queda cumplido. Pareció la hija del Rey, y tantas maravillas han ocurrido durante esta hora, que los trovadores no acertarían á cantarlas. Aquí viene el Intendente de Palacio, quien nos podrá decir más.

Entra otro CABALLERO.

¿Cómo va? Las noticias que corren como verídicas parecen tan novelescas, que sospechamos de su realidad. ¿Ha hallado el Rey quien lo herede?

CAB. 3.º—Es cierto, si es que las circunstancias alguna vez han dado á luz la verdad. Lo que oisteis referir jurad que es cierto, pues todas las pruebas tienden á confirmarlo. El manto de la reina Hermione; la joya pendiente del cuello; las cartas de Antígono, encontradas también, y que son de su puño y letra; la majestad de la muchacha; su semejanza á su madre; ese sello de ingénita nobleza superior á su estado, y otras muchas circunstancias, la proclaman, con absoluta evidencia,

hija del Rey. ¿Presenciaste el encuentro de los dos Reyes?

CAB. 2.º—No.

CAB. 3.º—Entonces te perdiste espectáculo para visto y no para relatado. Ahí hubieras visto una alegría sobreponerse á otra, de tal manera que parecía como que lloraba la tristeza al despedirse, pues su gozo se anegaba en lágrimas. Era de ver cuánto alzar los ojos, cuánto levantar los brazos, cuánta mudanza en los semblantes que casi impedía conocer á las gentes por sus rostros, y sí sólo por sus trajes. Nuestro Rey, fuera de sí, brincaba de gozo por haber hallado á su hija; y, como si ese gozo le causara profundo dolor, exclamaba: «Pobre madre, pobre madre.» Luego le pedía perdón al Rey de Bohemia. Después abrazaba á su yerno, y más tarde abrumaba á su hija á fuerza de abrazos, y por fin daba gracias al viejo pastor, que allí estaba como carcomida estatua que ha visto muchos reinados. Jamás he oído de un encuentro semejante, ni puede relato alguno hacerle justicia, pues desafía toda descripción.

CAB. 2.º—¿Qué le pasó á Antígono, el que de aquí sacó á la niña?

CAB. 3.º—Novelesco también, y quedará mucho de sí aunque la credulidad duerma y los oídos no se abran. Fué despedazado por un oso. Lo asegura el hijo del pastor, quien presenta en garantía de su dicho, no sólo su simplicidad, que es mucha, sino un pañuelo y unos anillos, que Paulina ha reconocido.

CAB. 1.º—¿Qué fué del buque y de los que lo tripulaban?

CAB. 3.º—Naufragaron al instante mismo de percer su jefe, y á la vista del pastor, de manera que todos los que intervinieron en el abandono de aquella preciosa

criatura perecieron en el mismo momento en que fué hallada. Pero ¡ah! era de ver la noble lucha que agitaba á Paulina, entre el placer y la pena. Con un ojo lloraba la muerte de su esposo, y con el otro miraba al cielo al ver cumplido el oráculo. Cogió á la Princesa y la levantó del suelo estrechándola entre sus brazos como si quisiera clavársela al corazón, á fin de no volver á dejarla de ver.

CAB. 1.º—La grandeza de este espectáculo correspondía á reyes y príncipes, y reyes y príncipes en el intervenían.

CAB. 3.º—Uno de los incidentes más tiernos, que por cierto pescó en mis ojos, si no peces, agua, fué la relación de la muerte de la Reina, noblemente confesada y lamentada por el Rey. Estremeció á la hija, que atentamente escuchaba, de tal manera, que, pasando de una manifestación de dolor á otra, terminó lanzando un ¡ay! y derramando, seguramente, lágrimas de sangre. Estoy cierto de que mi propio corazón las vertió igualmente. El más marmoreo de los circunstantes mudó de color; algunos desmayos hubo; todos lloraron, y, si el mundo entero hubiese estado presente, universal hubiera sido el duelo.

CAB. 1.º—¿Ha vuelto la corte?

CAB. 3.º—No: supo la Princesa que de su madre custodia Paulina en su casa una estatua—obra que se ha tardado en ejecutar muchos años y que ha terminado recientemente ese famoso artista Julio Romano, tan perfecto imitador de la naturaleza, que, si dado le fuera poder insuflar en sus producciones el hálito vital, hubiera podido competir con ella, pues tan parecida á Hermione ha hecho á Hermione, que se dice que quien le

habla espera respuesta—y allí con el ansia natural del afecto han ido y allí piensan cenar.

CAB. 2.º—Ya me sospechaba yo que algo importante traía Paulina entre manos, pues desde la muerte de Hermione sigilosamente visita esa apartada casa, dos ó tres veces al día. ¿Vamos allí con nuestra compañía á aumentar el regocijo?

CAB. 1.º—¿Quién, pudiendo estar allí, no estaría? A cada instante una maravilla ocurre, y nuestra ausencia nos priva de conocerlas. Vamos allá.

(Vanse los Caballeros.)

AUT.—Ahora bien: si no tuviese yo el estigma de mi vida pasada, ¡cuántos honores lloverían sobre mi cabeza! Yo conduje al viejo y á su hijo á ver al Príncipe á bordo. Yo le dije á éste lo que había oído decir acerca de un lío y de no sé qué más; pero en aquel entonces estaba harto entusiasmado con la hija del pastor, pues así la consideraba, para escucharme. Luego empezó ésta á marearse, y á él le ocurrió, sobre poco más ó menos, lo propio, y, continuando el tiempo contrario, quedó este misterio sin aclarar. Pero á mí me importa poco, porque, si hubiera sido yo el descubridor del misterio, no se combinaría esto bien con mis anteriores descéditos. Aquí vienen gentes á quienes he hecho un beneficio contra mi voluntad; y que ya han florecido con su buena fortuna.

Entran el PASTOR y el PAYO, ricamente ataviados.

PAS.—Vamos, muchacho. Yo ya pasé de la edad de tener hijos, pero tus hijos é hijas serán caballeros.

PAYO.—Bien hallado, caballero. El otro día te negaste á batirte conmigo, porque no era yo hidalgo. ¿Ves

este ropaje? Dime que no lo ves, y sigue creyendo que no soy hidalgo. Más vale que digas que este ropaje no es ropaje de hidalgo. Dame el mentís, por favor. Y vamos á ver si no soy hidalgo.

AUT.—Sé que eres ahora verdaderamente hidalgo.

PAYO.—Y en todo tiempo..... desde hace cuatro horas.

PAS.—Y yo igualmente, muchacho.

PAYO.—Asíes. Pero yo fui hidalgo antes que mi padre, porque el hijo del Rey me tomó de la mano y me llamó hermano, y entonces los dos Reyes llamaron hermano á mi padre, y luego el príncipe mi hermano y la princesa mi hermana llamaron padre á mi padre, y todos lloramos; y esas fueron las primeras hidalgas lágrimas que hemos derramado.

PAS.—Acaso vivamos, hijo, para verter muchas más.

PAYO.—Verdad, ó dura suerte sería en posición tan encumbrada como la nuestra.

AUT.—Humildemente te pido que me perdones todas las faltas que cometí hacia tu persona, y que hables bien de mí al Príncipe mi señor.

PAS.—Hazlo, hijo mío. Tenemos que portarnos caballerosamente, ahora que somos caballeros.

PAYO.—¿Te enmendarás?

AUT.—Sí, señor. Si te parece bien.

PAYO.—Dame tu mano. Juraré ante el Príncipe que eres de lo más honrado y de lo más leal que hay en Bohemia.

PAS.—Dilo, pero no lo jures.

PAYO.—¿No jurarlo, ahora que soy caballero? Díganlo rústicos y labradores. Yo lo juraré.

PAS.—¿Y si es falso, hijo?





De tus dominios, es favor tan grande  
Que no podré pagar por más que viva.

LEO. ¡Honra, oh Paulina, que molestias causa!  
Ansiamos ver la estatua de mi esposa,  
Y recorrimos ya tu galería,  
Gustosos admirando sus riquezas;  
Mas lo que vino mi hija á ver, no ha visto:  
La estatua de su madre.

PAU. Viva, estuvo  
Sin rival; y me pienso que su imagen  
Excede cuanto viste, ó mano humana  
Haya podido hacer; y, por lo mismo,  
Está sola y en sitio separado.—  
Pero aquí está. La vida disponeos  
A ver tan hábilmente simulada  
Cual simula á la muerte el sueño dulce.  
Contemplad y admirad.

(Paulina corre una cortina y descubre á Hermione representando una estatua.)

Vuestro silencio

Me agrada, pues demuestra vuestro asombro.  
Mas hablad. Tú primero, Soberano.  
Dime si no le encuentras parecido:

LEO. ¡Su actitud natural! Querida piedra,  
Reprende mi conducta, á fin que diga  
Que tú eres Hermione. Que lo eras  
Debería decir, pues no lo haces;  
Que á la bondad unida con la infancia  
Iguala tu ternura. Mas, Paulina,  
Tanta arruga jamás tuvo Hermione,  
Ni tenía la edad que aquí le han dado.

- PAU. Ni con mucho. Demuestra su talento  
En esto el escultor, pues la moldea  
Cual si viviese aún, ya transcurridos  
Diez y seis años.
- LEO. Como bien podría,  
Para consuelo mío; y no que el alma  
De verla se me parte. ¡Ay! de ese modo,  
Con igual majestad se sostenía:  
Hoy yerta; con calor vital entonces,  
Cuando la enamoré por vez primera.  
¡Qué vergüenza! Decidme, ¿no me insulta  
Esa piedra, por ser más insensible  
Yo que la piedra misma? ¡Grande obra!  
Tu majestad es tanta que me hechizas,  
Conjurando en mi mente mis pesares,  
Y de mi hija asombrada arrebatando  
El alma, pues, cual tú, piedra parece.
- PER. Y dame tu permiso, y no me llames  
Supersticiosa. Deja que de hinojos  
Le pida yo su bendición. Señora,  
Amada madre, que acabó la vida  
Cuando yo la empecé, dame tu mano,  
Y que la bese deja.
- PAU. No, detente;  
Acabada de hacer está la estatua  
Y fresca la pintura.
- CAM. Señor, harto profunda fué tu pena;  
No la han borrado diez y seis inviernos,  
Ni otros tantos estíos la secaron.  
Rara vez vive tanto goce alguno,  
Y muere toda pena mucho antes.
- POL. Querido hermano, dale á quien fué causa

- De esto poder para anular tu duelo,  
Tomando para sí lo que te quite.
- PAU. Señor, á haber sabido que la vista  
De mi modesta efigie de tal modo  
Te iba á afligir, pues que la piedra es mía,  
No la hubiera enseñado.
- LEO. No la ocultes.
- PAU. No la contemples más. No se te ocurra  
Acaso que se mueve.
- LEO. Bueno, bueno.  
Muerto ojalá estuviera, y tal me juzgó.  
¿Quién fué quien esto hizo? ¿No creerías,  
Señor, que respiraba? ¿Que esas venas  
Sangre deben tener?
- POL. ¡Perfecta obra!  
Tiene calor la vida de esos labios.
- LEO. Parece que se mueve su mirada.  
¿Puede engañarnos de este modo el arte?
- PAU. Correré la cortina. Enajenado  
De tal manera mi señor se encuentra,  
Que va á pensar, á poco más, que vive.
- LEO. ¡Oh, querida Paulina! Te suplico  
Que pensar me hagas eso veinte años.  
No hay sentidos cabales en el mundo  
Que igualen el placer de esa locura.  
Déjame.
- PAU. Conmoverte así lamento.  
Pero aun puedo hacer más.
- LEO. Hazlo, Paulina.  
Esta aficción sabor más dulce tiene  
Que el consuelo más grato.—De ella fluye  
Un hálito vital se me figura.—

- ¿Cómo el cincel tallar pudo el aliento?  
 Besarla quiero yo..... Nadie se burle.
- PAU. Señor, detente; que húmedo se halla  
 Ese rojizo tinte de sus labios,  
 Y á estropearlos vas, como los beses,  
 Y á mancharte los tuyos de pintura.  
 ¿Me permites que corra la cortina?
- LEO. Ni en veinte años.
- PER. Ese tiempo mismo  
 Pudiera aquí, mirándola, quedarme.
- PAU. Idos. Abandonad esta capilla,  
 Ó á mayores sorpresas ateneos.  
 Si soportarlo puedes, que la estatua  
 Se mueva haré, que baje, y de la mano  
 Te coja, y tu creerás—lo que yo niego—  
 Que nefandos poderes me auxilian.
- LEO. Con placer veré yo cuanto lograrés  
 Hacer que haga. Con placer, si puedes  
 Hacerla hablar, la oiré. Pues es tan fácil  
 Hacerla articular, cual que se mueva.
- PAU. Es necesario que tu fe se avive.  
 Quietos..... O todos los que juzguen esto  
 Arte ilícito pueden retirarse.
- LEO. Adelante. No hay nadie que se mueva.
- PAU. ¡Música! ¡Despertadla, que ya es hora!

(Música.)

Aproxímate..... Deja de ser mármol,  
 Y asombra á todos los que aquí te miran.  
 Ven..... Que yo haré se llene tu sepulcro.  
 Muévete, pues. Acércate..... Relega  
 A la muerte la inercia que tenías.

De ella la dulce vida te redime....  
Vedla moverse.

HERMIONE baja del pedestal.

No tengáis recelo,  
Que sus actos serán tan inocentes  
Cual juzgaréis legítimo mi encanto.  
No evitéis su contacto hasta el momento  
Que observéis que se agita nuevamente,  
Porque darle pudierais muerte doble.  
Vamos.—Dale la mano..... La buscabas  
Cuando era joven tú..... Ya entrada en años,  
Ella te busca á ti.

LEO. Su pecho late.

(Abrazándola.)

Si magia es ésta, que la magia sea  
Cual comer arte licito.

POL. ¡Lo abraza!

CAM. ¡Pende del cuello suyo!  
Que hable si es de esta vida.

POL. Y manifieste

Dónde ha vivido, ó diga de qué modo  
La mansión de los muertos ha dejado.

PAU. Si os digo vive, como cuento viejo  
Me lo rechazaréis cuando lo diga;  
Pero viva parece, aunque no habla.  
Esperad un instante. Te suplico  
Que te interpongas tú, linda doncella.  
Arrodíllate y pídele á tu madre

Que te bendiga.—Vuélvete, señora;  
Que ha parecido al fin nuestra Perdita.

(Presentando á Perdita que se arrodilla ante Hermione.)

HER. ¡Oh dioses! Escuchad. Sobre la frente  
De la hija mía derramad ahora  
De vuestras sacras ánforas la gracia.....  
Díme tu, niña mía, ¿de qué modo  
Te lograste salvar? ¿Dónde has vivido?  
¿Cómo hallaste la corte de tu padre?  
En cuanto á mí, sabiendo, por Paulina,  
Que nos daba el oráculo esperanzas  
De que vivías tú, me he reservado  
Para este desenlace.

PAU. Ya habrá tiempo  
De que lo diga.—Perturbar no quieren  
Tu dicha en este instante, al exigirte  
A ti un relato igual.—Partid reunidos.  
Todos salís ganando. Vuestro triunfo  
Participad á todos.—Solitaria  
Tórtola, yo dirigiré mi vuelo  
A cualquier seca rama, donde llora  
Al compañero que he perdido, y muera.

LEO. Paulina, ¡oh, calla!..... Por dictado mío  
Debes tomar esposo, cual esposa  
Por el tuyo tomé; que pacto es este  
Jurado entre los dos. Mi esposa hallaste;  
El cómo queda por saber, pues muerta  
Yo la vi y la juzgué, é inútilmente  
Recé sobre su tumba.—No muy lejos,  
Porque en parte conozco lo que piensa,  
Iré para encontrarte buen marido.—

Camilo, ven y tómale la mano.  
Su bondad y honradez son conocidas,  
Y están atestiguadas por dos reyes.  
¡Vámonos!—Vaya, ¿miras á mi hermano?  
A ambos perdón de haber sospechas viles  
Entre nobles miradas interpuesto.—  
Este tu yerno es, y del rey hijo,  
Y por auto del cielo, de tu hija  
El futuro.—Paulina bondadosa,  
Condúcenos á donde con despacio  
Podamos preguntar, y cada uno  
Procure dar razón de su existencia  
En el largo intervalo transcurrido  
Desde que fuimos separados.—Gufa. (Vanse )

FIN DE EL CUENTO DE INVIERNO.





